

Ignacio García

# *Su nombre hasta ahora*

Therefore, I urge you,  
brothers, in view of God's mercy,  
to offer your bodies as living sacrifices,  
holy and pleasing to God—

living sacrifices

this is your spiritual act of worship.

- Romans 12:1



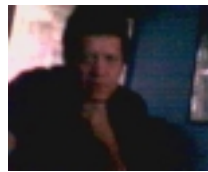
*Ezra Michelet Ediciones*

Ignacio García

---

*Su nombre hasta ahora*

---



*Ezra Michelet Ediciones*

Su nombre hasta ahora  
©Ignacio García, 2004

Ezra Michelet Ediciones

*Consejo Editorial*

---

José María Peña  
Carolina Cruz  
José Luis Cerdán  
Arturo García Niño

---

**Diseño de la Portada EME**

*Y se fue el hombre a la tierra de los heteos,  
y edificó una ciudad a la que llamó Luz,  
y ese es su nombre hasta ahora.*

**Jueces 1:26**

*Tal vez un ángel  
Te dé un poco de su tinta  
Para que puedas escribir  
Esto que ahora ves*

**Georges Schèhadè**

**M**uéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia... Las palabras traspasan su mente. Las palabras son molinos de luz en el flujo de la sangre. Son bálsamo y aceite a lo largo del cuerpo, y llegan al corazón y lo suavizan, o bien, lo hacen saltar en lúcidos espasmos de una paz que sobrepasa todo entendimiento.

Por lo mismo, por esa paz que derrama a la razón, iba él a escribir un nombre en la primera página de este cuaderno, pero se arrepintió. Porque a fin de cuentas, eran sólo cinco versículos de Jueces en el Libro. Cinco versos en los que sólo se le refiere como “*un hombre*”, “*aquel hombre*”, “*el hombre*”. Este pasaje bíblico, es la punta de un recuerdo luminoso; y él sabe que bien pudo haber escrito cualquier nombre y no hubiera sucedido nada, pues los nombres son sólo un nombre entre un infinito de nombres que han ido y venido, y éste, es un sin-nombre tocado por aquel otro, el verdadero Nombre. Y sin embargo —otra vez— tuvo que arrepentirse, porque a sus ojos y débiles sentidos les era imposible no testificar, en lo insondable de un espíritu antes vacío ahora rebosante que, efectivamente, aquella Escritura había conmovido lo más hondo de su corazón y mente.

De eso da fe hoy<sup>1</sup>, vestido con esta camisa azul, y *jeans* también azules de mezclilla, con las rodilleras decoloradas y raídas. Rememora, apoltronado en una hamaca en la que disfruta del sueño. Escribe, en este cuaderno, tabla lisa en su memoria, y con esta pluma fuente cuyo depósito de tinta no tardará en extinguirse. Todo lo recuerda a destiempo, sin dar demasiado crédito a la invasión del sueño, pues no sabe si lo sucedido aquí y luego trasladado a las hojas en blanco, conserva el equilibrio de los ayeres y mañanas, o la misma fuerza que lo hundió en aquel universo huraño y negro, también quebrantó el eje de los tiempos, y lo narrado aquí debe iniciar más bien con el final que con el principio, con el reverso y no con el anverso, con lo finito y no con lo infinito.

Deshilados los años y los días, y luego trabados éstos en el telar de las neuronas que hacen posibles y vívidos los recuerdos, este cuaderno debió iniciar con una madeja de luz, un río de magma y fuego: ese murmullo de guerra con el que la ciudad de Bethel —aquella mañana de frío y anestesia— levantó a Roberto, no sólo de la cama, sino de los escombros de la existencia y los deseos sofocados.

Da testimonio hoy, con un sentimiento de alivio. Lo da, poniendo el ojo en ese centro de luz que, bajo súbito fogón, va y viaja de la córnea al eje del cerebro, y de allí se dirige al tímpano del oído. En ese lugar, por alguna razón no esperada, vuelve a escuchar las palabras que, unos tres meses antes, precedieron a la lectura del pasaje de los Jueces:

«Si el ser humano que se halla inmerso en la confusión quiere recuperar la seguridad y la inocencia, está obligado a reconocer en sentido inverso el camino que, en medio de mil angustias y mil tormentos, le hizo ver que no llegaba a ningún lado, y a despojarse de todo lo que le prometía conducirlo a sí mismo; a renunciar al encanto seductor de una vida guiada por su propia voluntad, en busca de fantasmas, tan pronto como fue capaz de volar con sus propias alas. El peligro reside, sobre todo, en que el hombre ingenuamente ignora todo esto. Y si se lo dicen, no puede comprenderlo. A su

---

<sup>1</sup> Julio o Agosto del 2003, Playa del Muerto, Boca del Río, Ver.

egocentrismo está ligada una deformación de la realidad. Su mirada está confundida. No puede entonces comparar y no comprende la diferencia entre lo que él es y lo que debería de ser. En efecto: lo que él debería de ser, y cómo puede llegar a serlo, no puede decirlo *a priori*: no es otro estilo, una orientación diferente de su vida cotidiana, tampoco un modelo que pueda seguir y realizar; no es nada que pudiera realizar por sí solo.

»Dejar que cada día los pensamientos se estiren hasta sus límites e incluso más allá. ¿Podemos aprender a mirar y cuestionar de tal forma que el pensamiento se niegue a sí mismo dentro de las profundidades de lo desconocido? ¿Existe una manera de hacer tal pregunta a fondo sin confiar en absoluto de las palabras? Las palabras se entrampan siempre que estamos ciegos frente a la porción mayor que permanece en la superficie, y permanecerán así en tanto sigamos en nuestra respuesta física ante el mundo, que en realidad es lo que para nosotros se volvió el mundo. Lo importante, no es si las cosas suceden de alguna manera cierta, sino si se hará el movimiento más ligero para escapar de ellas, sin importar lo que sean»

Lo que se volvió el mundo para Roberto.

La duda si él hará ese movimiento que lo libere del absurdo estado en que se halla. Si su mente y corazón tendrán la fe para ser transformados y, en un asalto de lucidez como regalo, poder llegar a la comprensión de las palabras escritas primero en aquel pasaje de los Jueces, y ahora en los espacios de su memoria: “Muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia.”

\*\*\*

Esto es en lo que piensa Roberto, bajo un sol abrumado por su propio calor matutino. Es lo que recuerda, cobijado por el vuelo rasante de los pelícanos y el vocerío de las mujeres que llegan hasta la palapa para ofrecer sus chiles rellenos y aguas de horchata. Los pensamientos se evaporan a nivel del cerebro izquierdo. Roberto cierra los ojos, y hunde las páginas de su vida en aquellos días cuando decía: “Yo puedo dejar de beber cuando quiera” —lo decía sonriendo con malicia.

Porque en su interior, él sabía que si dejaba el alcohol, iban a comenzar los delirios. Como aquellos, en una fecha como éstas, de Fiesta de Santa Ana en Boca del Río. Los delirios fueron quietos y reposados: Estaba él con la mirada fija en la franja donde se juntan el mar y el río. Grandes crestas de espuma se elevaban en el aire al contacto de las dos corrientes. En medio de ese chasquido brumoso, el sol aparecía y desaparecía de sus ojos, unas veces turbio y poblado de cenizas marinas, otras con el aura violácea, y otras más como una naranja jugosa y recién lavada. Tenía los ojos casi cerrados y con ganas de adquirir un sueño profundo. Pero no podía dormir, no quería más bien dormir, para no dejarse llevar por ese flujo de conciencia que hace bajar del cerebro las más terribles visiones.

Hoy parece distinto. Tiene un sueño tranquilo. Uno similar a esa página marina que viene y va con un cedazo de espuma, y pega y salpica su cara, y le hace dormir y soñar. En el sueño, Roberto toma la pluma y dibuja un ojo enfebrecido y un corazón lleno de una paz que, no sabe por qué, sobrepasa todo su entendimiento.

Por eso decide escribir en este cuaderno. Quiere dejar constancia de su retorno. El cuaderno arrugado y de hojas maltrechas, contiene los pensamientos de Roberto. Pero, más que pensamientos, ráfagas mentales zurcidas de amnesia y delirios. Lo escrito aquí por Roberto, son estallidos sin orden que se suceden a destiempo y entrelazan más que con palabras con hilos de imágenes e ideas; son el caos ordenado y puesto a punto en las páginas de una libreta a rayas. Dice Roberto mismo: “Esta escritura es un juego pirotécnico que sube a las constelaciones; es un corazón hecho cohete que revienta en la espesura de la noche y deja ver guirnaldas incandescentes. Cada uno de esos botones de fósforo (dispersos en la vaguedad infinita del negro cielo), son la sangre de las imágenes aquí detalladas. El sabor de la pólvora, de los labios de quien enciende, es similar al aroma que ha dejado en mí este ejercicio de la mente”.

## 2

La primera vez que Roberto leyó detenidamente el pasaje de los Jueces, era una mañana de viento suave y cálido<sup>2</sup>. Fue una revelación breve, como esas de súbito alcance que suelen darse en los sueños sin que uno tenga la oportunidad de recordarlas cuando despierta. O bien, no lo sabe Roberto, fue literalmente un sueño que él ahora trata de recordar, escribiendo el parpadeo de éste en un cuaderno al que ha puesto un epígrafe que reza:

Desde el instante de su nacimiento entra en el reino de los sueños para no despertar a la realidad hasta el momento de su muerte.

\*\*\*

Es una voz. La voz escapa de aquella ciudad que Jueces llama Bethel, pero que algún día, según el mismo escritor, también se llamó *Luz*. El cuerpo de esa voz, envuelto en el sopor de cal marina y una bruma leve que humea. Por un instante, el vaho de espuma y sal, nubla la mirada de Roberto: suave y quieta, esplendorosa y azulada. Es un palpitar vivo, que a la luz encendida de vapores marinos y temblorosas yerbas, someten al ojo al resplandor de esos versos transparentes, a veces rojos, a veces azules. Se mueve en trazos perfectos, sin afectar el paisaje o someter la línea del horizonte al exceso de la sangre que viaja cálida y sorda por las arterias del cuerpo sudoroso.

Fue sólo un instante. Un momento que Roberto quiso escribir inmediatamente, con la mano temblorosa asida a la botella de alcohol, pero sin poder hacerlo. Tal vez (se dijo) por hacerse tanto de la mano del poeta francés, y meter en los ojos frases lapidarias como aquella que reza: “El papel en blanco, la tinta y la pluma me aterrorizan. Sé que se alían contra mi voluntad de escribir”<sup>3</sup>.

La negación de la escritura. El manto de aire azul y el ardor perfecto del cielo. Bajo este fondo hecho para sí, Bethel encarna un vasto espacio de luz y de día, tal y como suelen darse en las epifanías. En otro instante, Roberto logra escuchar aquella voz: “Muéstranos la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia”. Viento y aroma penetran el silencio. Hunden a Roberto en su perfume, y hacen que este ser de arisca pasión y sentimientos encontrados, se embarque en las llamas del lenguaje; un lenguaje capaz de nombrar a deshoras espadas de memoria y visiones internas. Como ésta, que en un parpadeo de Roberto, se instala en algún rincón de sus neuronas: Bethel está a la vista. Muda. Noche fría. Un suburbio envuelto por las arenas cortantes del desierto. Bethel duerme. Bethel, la pobre y desgraciada ciudad que antes se llamó Luz, se encuentra en fiesta de placer. Se han traído incienso y animales inmundos para el sacrificio. Las mujeres están ya listas para cumplir. Los hombres se mueven de un depósito de licor a otro, acarreando cajas de cerveza y vino para que la fiesta resulte de lo mejor. Lo que no saben, lo que nadie sabe ni imagina, es que los ejércitos de José han llegado a las puertas mismas de la ciudad, y están listos para juzgarla.

---

<sup>2</sup> Entre Abril y Mayo de 1995.

<sup>3</sup> En el *Diario* de Jean Cocteau.



\*\*\*

Roberto vuelve en sí. Los oídos aún le retumban bajo esa voz: sílabas y palabras que se abren en un espacio que lidia con el silencio. En otro momento, Bethel está muy lejos: en el Medio Oriente, en las dunas del desierto. En los ojos de Roberto sólo queda el aura. Bethel es una curva de luz que al desaparecer se eleva. Él la mira partir. Una bocanada de sal evaporada cubre la huida con una espiral de estrellas amargas. A él sólo le queda, bajo el domo sensible de los párpados, la idea de un instante, de un momento de vida, de una cierta profecía que en estos instantes es capaz de cumplirlo todo.

Al otro día, al abrir la ventana de su habitación junto al río, con un pequeño muelle al pie de la corriente, Roberto observa su conciencia; ésta, es un espejo que refleja la belleza de un corazón que genera amor y una mente que se encuentra abierta. Roberto cierra los ojos y sueña. Respira y duerme. El aroma de los juníperos y nardos—incluso el de las higueras plantadas al otro lado, en el estero— perforan su cerebro. Es como si, esa breve lectura sobre la conquista de Bethel, hubiera cubierto con vendas y ungüentos, el cuerpo molido y fatigado de su sombra.

### 3

Después del norte que se dejó venir en los días anteriores, el sol no logra penetrar aún los poros de la tierra. El mar se mece embravecido, se azota contra las escolleras y en el choque hace explotar sus alas de agua en múltiples y pequeños cohetes de niebla. Un vapor gris se suelda a la franja verde del horizonte. Flujos de peces y basura submarina pueblan la leve línea azul del día. Por instantes, el mar se calma, parece imperturbable. Mece las lanchas y lame las quillas. Deja que el viento frío se arremoline entre sus crestas y siembre en sus lomos basura molida con espuma.

Es la época en que los pescadores, vestidos de mangas amarillas para cubrirse de la ventisca, calan sus redes en los bajos donde la corriente es más pródiga con el cardumen. A ese ritmo, con el que la red arrastra *marabaya*<sup>4</sup> y liquen, el vuelo circular de las gaviotas es cosa común en el paisaje. El ojo permanece absorto y lidia con la bruma. De pronto, el círculo y la visión se rompen. Ese ojo, abrumado por el somnífero al que obliga el trago de alcohol, se ve sometido al domo del paisaje. Allá, al encuadre de una barca pintada de plomo y cian, una gaviota inicia el vuelo en picada y se levanta hacia el cielo azul-gris con un enorme jurel en el pico.

Otro movimiento aéreo más, y el ala de la gaviota sacude y derriba la botella de *güin*<sup>5</sup> de la que a ratos (en perfecta alternancia con la cerveza), Roberto se lleva a los labios un buen sorbo. Los ojos vidriosos y la boca amarga. La mano que tiembla, y una espina dorsal por donde se mueve y surca el ruido friolento de los nervios hechos nudo. Roberto da un trago a la cerveza y, estirando el índice, empapa con sal la yema del dedo que luego se lleva a la lengua para lamerlo. En el mar, la espuma se aborrega y forma rebaños de lana azul. La luz se moja y, a punta de destellos, va y rompe poco a poco con el día aún envuelto en una escafandra de plata.

Sin tener mucho qué pensar, embotados los sentidos por la cerveza y el *güin*, la mente cede su sitio a sucesos más que triviales. El destino extraño del jurel, un pez del que nadie conoce ni su origen ni su nombre, y que el pensamiento se excede en poner en el mero centro del círculo neuronal. Roberto se incomoda por esta idea ociosa que atraviesa su mente. ¿Por qué precisamente ese jurel? ¿Por qué tuvo el pez que elegir este día, esta hora, este centro del cuadro o el golpeteo de la barca contra el oleaje? ¿Por qué el ojo del pájaro apuntó a él y no a otros cien en el cardume?

La mente da vueltas, pregunta pero no puede responder. Sólo vaga y se desliga. Se entrega a cubrir otros estadios y párrafos y a consagrar la mañana al gozo de los efectos agudos de las cervezas y el alcohol de caña que, en estos momentos, suben como un guerrero de láudano por los territorios del sistema nervioso central y sus enclaves más sensibles. A fin de cuentas, los estados perpetuos del sopor se parecen al sueño y al deseo: son más hábiles que cualquier reflexión sobre el cuerpo sitiado y la sobriedad sin sentido. Para Roberto, la mente ha funcionado mejor así. Por lo menos, desde el día en que el alcohol palió en él los veneros de la angustia e incapacidad total para sobrevivir en espacios que obligan a encarar un destino deslucido y rudo. Esta serie de pensamientos anudados y turbios forman su verdadera casa, desde el amanecer hasta la

---

<sup>4</sup> En el lenguaje de los pescadores de Boca del Río, esta palabra se otorga a la pesca ínfima: una gran cantidad de peces sin valor alguno que regularmente son atrapados por la red junto con basura.

<sup>5</sup> Así llaman los mismos pescadores al alcohol de caña puro.

noche. Y él, trata bien a este vacío sin estrellas: *la sombra dentro de uno* — suele llamar Roberto a estas puestas en escena.

En este cuaderno, Roberto ha descrito ese estado que le parece un asilo estable: un cobertizo que le protege del vaivén circundante que la vida allá afuera opone con fuerza brutal y rabia furiosa. A veces, cansado de tanto vacío que le circunda, se ha puesto a platicar con otros sobre este depósito de *nada*. Unas veces al oído de algún pescador miserable, otras al de una mujer sucia y decadente o, en fin, al de cualquier hombre que se deje atraer unos minutos hacia la batuta labial de Roberto. De ese vacío, Roberto ha dicho (no sin que se sospeche que delira o está loco) que es *luz en evasión y repliegue perpetuo*. Algunos más, como este mesero que ahora le sirven la de “caminar”, jura haber oído decir a Roberto, que esa *nada* que puebla su vida, es para él:

*Hoja y página a la vez, lápiz y escritura  
Es el signo y la pasión y también el perfume  
Es silbo de mar, es corazón y es ardor  
Soy yo mismo hasta el final:  
Un final del que todos ignoran su nombre.*

El mesero, quien ahora retira de la mesa una media docena de botellas de cerveza vacías, se encoge de hombros y entre dientes murmura: “Sepa su madre lo que este güey quiere decir...”

#### 4

Con gesto aprehensivo, Roberto se lleva otra cerveza a los labios. Una *Sol* clara. Helada y amarga. Con ese sabor y aroma que en los trópicos se sublima, y complace cuando penetra en la garganta, y hasta los oídos y los poros de quien la consume. Cerca de allí, al pie del oleaje y tajadas de espuma, los pescadores con sus mangas de hule amarillas inician el rito de apilar los pescados en sus *taras*<sup>6</sup>. Junto a éstos, se apilan también corales y hojas muertas, escamas y nabos marinos.

Un poco más lejos, allá donde se levantan las escolleras, Roberto puede ver a otros personajes de esos que desde la madrugada pueblan la Playa del Muerto de Boca del Río. El Guacho y el Cámara revisan el montón de algas muertas con basura que la resaca ha ido formando a lo largo de la noche. Buscan de todo, desde billetes y relojes hasta botones, dijes y caracolas o alguna piedra de forma extraña que luego venden entre los turistas o van y la cambian por un litro de *güin* en los estanquillos y vinaterías. Roberto observa el quehacer de júbilo entre el escombros donde estos buzos del agua y del desperdicio marino son capaces de rescatar de todo: pedazos de madera de antiguo naufragios, juegos de geometría perfectos, botonaduras de plata y monedas acuñadas en España, cuando no, restos de hombres muertos a quienes extraen de los bolsillos alhajas y dinero.

Alguna vez, estos mismos mineros de la playa, quisieron vender a Roberto una caja de metal forrada de laca que habían sacado de los arrecifes de Antón Lizardo. Tenía la caja, cuatro querubines como soporte y patas e inscripciones en los cuatro costados y la tapa. Roberto reconoció algunos de estos signos, no supo entonces si hebreos o árabes, coloreados en azul sobre el bronce dorado. Un pequeño broche mantenía la caja herméticamente cerrada. Por más que insistió en ver qué había adentro, el Guacho deseaba ver primero un billete de cincuenta pesos. Dudoso, Roberto prefirió dejar la transacción para algún otro día.

Ese día parece ser hoy. Hoy, porque Roberto ha ido a empeñar su estereo y puede darse uno de esos lujos económicos. Hoy, día de frío y de marea, porque los pescadores han tenido una marea<sup>7</sup> más o menos pareja: han llenado unas siete *taras* entre jureles, sierritas y yeguas. Suben también a la camioneta del “viajero”<sup>8</sup> un pescado extraño al que le han llamado “greña de león” por el mercurio que dora toda su cabeza.

El Cámara parece haber visto de lejos a Roberto, porque en un instante, como si se hubiera materializado, está plantado frente a él. Se miran receloso. El Cámara aguardan a romper el silencio, a la vez que se empina la botella de *güin* que trae en la mano: un trago limpio, que luego acompaña con un mordisco de almendra verde.

—Es para bajarle, carnal...

—Deberías bajarle con un Coca-Cola, me parece que resbala mejor que la almendra.

Roberto dice esto a sabiendas de que el Cámara no tiene un peso para comprar la Coca, y que va a reaccionar con respecto a la caja, y le va a proponer un precio mejor

---

<sup>6</sup> Cajas de plástico donde se guardan frutas y legumbres, y que los pescadores utilizan para transportar el producto de la pesca

<sup>7</sup> Suma total del producto logrado en el lance de las redes.

<sup>8</sup> Uno de los pescadores a quien se le asigna la comisión de ir al mercado de Pescadería y vender al mejor precio la *marea*.

que el de aquella mañana en que la sacaron de los arrecifes. Al fin y al cabo así ha sido en otras ocasiones.

Una vez el Cámara le habían vendido un viejo reloj a un precio bajísimo; pieza que en vez de reloj resultó ser un astrolabio antiguo. Al levantar la tapa superior del aparato, se podía ver la foto de una mujer. Una inscripción a tinta sepia en el reverso de la foto, ya borrosa por los embates del agua y el tiempo, en la que sólo se distinguía el nombre de *Djimitrik*. A Roberto, ese rostro de la fotografía dedicada a alguien llamado Djimitrik, le había conmovido. Le pareció una revelación de antiguas lecturas y estados de ánimo confortables, llenos de luz y profunda quietud. La foto antigua, de esa mujer sacada de algún foro romano, era como un eslabón (no sabe por qué), entre los tiempos antiguos y éste que vive ahora. Porque los “buenos” tiempos se marcharon y vino uno de resacas constantes que lo empezaron a triturar en una línea sucesiva de días y noches.

La fotografía era melancolía pura: el mismo rostro de Safo que apareció en las ruinas de Pompeya; los mismos ojos inquisitivos y profundos; la misma actitud del lápiz sobre la comisura de los labios. El mismo poema invisible que no requiere ni de palabras ni de signos porque con la luz de la mirada basta y sólo es interpretable a través de ese mundo que señorea la belleza bajo un silencio abstracto y puro. Una sonrisa prodigiosa, ahora encerrada en una maquinaria que había pertenecido quién sabe a quién en no se sabe qué parte del mundo.

—¿Te acuerdas de la caja aquella que sacamos en Antón Lizardo? Ya hablé con aquel güey y dice que tú le pongas precio. Es más, ve y sácala de a ca’ Raquel. La dejamos por dos pomos de *güin* y medio kilo de jamón. Ya na’ más danos otros veinte varos y ai’ muere.

Roberto da un gran sorbo a la botella de cerveza y, espontáneamente, alarga el brazo, ofreciendo al Cámara la botella. Éste no duda. De un sólo trago consume el resto del líquido. Se sacude y, con gestos de haber probado algo prohibido, encoge los hombros y simula temblorinas en tronco y piernas.

—¡Sale! Pero no la quiero que le saquen nada... ¿O ya la vaciaron?

—No, nada más la abrió el Guacho. Pero no había nada, carnal. Cuando le dimos *flit* lo único que había dentro era un libro súper viejo, que no sirve para nada; pero yo creo que la caja si vale un buen porque la Raquel no hizo *iris* para fiarnos. El Guacho dice que el papel del libro, aunque madreado y todo, es del bueno... ¡Como para hacer unas sábanas, carnal! Están tan *chidos* que el pinche Guacho ya les quería dar bajín pa’ dorarse un *flavio*. Pero ahí está, carnal. Por eso no te preocupes. Allí está todo, tal y como la apañamos ese día.

Roberto busca en sus bolsillos. Extrae un billete de veinte pesos y se lo entrega al Cámara. Sabe que todos ellos son derechos y que la caja estará en la tienda de Raquel a la espera de ser rescatada.

\*\*\*

Cualquiera que se asome al ojo de Roberto, podrá observar, al centro del iris, el horizonte del mar que poco a poco, marcado por una débil luz dorada, comienza a levantarse. Pero también, en esa línea que emula el ámbar de la cerveza, podrá advertir,

leer y penetrar en la memoria conectada al ojo, y descubrir que lo que se pasea por el líquido acuoso no es la imagen del día arriando sus banderas grises. Más bien se detendría para contemplar, otra vez, la figura de aquel hombre anónimo del libro de los Jueces, quien, en estos momentos, sube por la escalera encalada del puente que conecta a Boca del Río con Alvarado. El hombre sin nombre trata de huir, cobijado por la oscuridad. Para Roberto, el hombre no tiene rostro, es sólo sombra y bruma apretujadas por una leve cortina de arena. Roberto se halla sentado en la barra del Muro, sitio de intercambio, tanto de peces por verdura como de taras a media vara por algún flavio o una botella de *güin* semi-llena. Roberto ha visto al hombre, envuelto en un pesado manto negro, largo y ceñido al cuerpo. El pelo al aire. El viento cálido. Sus movimientos envueltos en ese aroma del río que hiere el olfato con el hedor de algas y moluscos. Roberto hace parpadear en la memoria el instante en que el hombre, con gemidos y respiración rápida, voltea y clava su mirada en el margen de sus córneas: así, sin vacilar un instante, el hombre se ha vuelto y, como intuyendo que los ojos de Roberto lo miran, deja en él el profundo silencio de sus propios ojos. Una mirada angustiante, de decisión última: como si saltando la barra del muro, cosido por corales y algas, hubiera otro mundo, ya no de él, sino de un destino sin esperanza.

Lo único que Roberto advierte y sabe, es que hay luz, viento, sombras, cal y lirios. No ve al hombre que huye en busca de su negro destino. Aun cuando imagina tocarlo en el hombro para detenerlo y preguntarle cuál es la razón por la que huye con ese pánico contagioso, ese hombro y ese cuerpo son sólo un dibujo en la mente de Roberto. Y, sin embargo, sabe que el hombre, en algún momento, en un instante aún no determinado, podrá explicarle por qué sale y abandona su tierra con tanta premura: con esa mirada sin órbitas, tan hueca como el cielo de esta noche.

\*\*\*

Cualquiera que se asome al ojo de Roberto, podrá advertir que ahora, al ras de la pupila, el día se ha levantado completamente. Los pescadores cuecen, al pie de la playa y a fuego lento, un mazo de jureles. Laurel y ajo y un puño de sal. El fuego de las maderas crepita al ritmo del trovador que, guitarra en mano, deja escapar las notas de un viejo canto boqueño:

*Soy el marinero feliz  
que te vio partir un día  
soy el viento y el desliz  
que en busca de ti porfía.*

El sol, cada vez más intenso, culebrea por entre las piedras y rebana los cuerpos de quienes alertan la mente y sofocan la vida con una botella de alcohol y alumbre. Para Roberto, éste es sólo el inicio de otro día. Un día más asido a la existencia: un trajín cada vez más lento y descompuesto. Después de aquí irá a dormir, despertará y, casi seguramente, con algunas variantes de luz y alcohol, se encontrará de nuevo frente a los pescadores: el mismo paisaje, fatigado y perruno. Delante de este bosque de nieblas grises y caminos lentos, Roberto imagina un nudo que, al desatarse, abre las puertas a otro misterio menos crueles: otro asalto y otra maravilla y otro asombro. Pero sólo los

imagina porque enseguida el sueño y el sopor, junto con una astenia total, lo lanzan a estadios menos prometedores.

Con los nervios quietos por la cerveza y el *güin*, el mundo desde aquí parece tomar una forma distinta en el cerebro de Roberto; un sueño que tal vez, en unos minutos u horas, saltará hecha añicos, pero que en este instante, mientras él traza sobre su cuaderno estas líneas, le pertenece y es lo único que mantiene su brazo y muñeca en movimiento. Este momento no sólo corta la sangre, también la empuja en pos de batallas más poderosas y feroces, agrias y herméticas. La escritura parece ser entonces una forma de hastiar al vacío y vencerlo de un solo golpe.

La luz, que lo ha acompañado en el levantar de este día sin número y sin registro, da vuelta, se tuerce, simula caer, para luego impulsarse con un gesto de llamarada vacía.

## 5

Boni da vuelta al perol de arroz crudo, puesto sobre un montón de piedras. Debajo de las piedras, un montón de leña seca obtenida de pasadas resacas marinas. Boni mastica un tallo de hortaliza. De vez en vez va al rincón de sombras y se empina un trago de *güin*. Se mueve con parsimonia, llevando una cubeta de plástico en la mano. Abre el grifo de agua y llena la cubeta. Los ojos color miel no dejan de mirar a todos lados. Con sólo un pantalón, los pies descalzos, el torso bronceado y áspero, resiste con estoicismo (y al parecer sin sentir) los piquetes de los zancudos. Es la hora que, en este solar donde los gansos y gallinas pican la tierra en busca de lombrices, el día pierde su peso. Es la hora en que el universo pierde su equilibrio y se queda inmóvil. Eso, hace que quienes viven bajo este cielo, permanezcan quietos y seguros. A Roberto esta hora y este instante de cúpulas azules e inmutables, le recuerdan a Bethel y su desgracia a cuestras.

“El presente es el infinito en movimiento, la esfera legítima de lo relativo”. Esto es lo que cree oír Roberto antes de pasar del umbral al solar de Boni. Sin decir absolutamente nada, si acaso una mirada ligera de saludo a éste, va y se sienta en una banca hecha de troncos de árbol, y se pone a mirar el trajín del viejo pescador. Éste, ni siquiera se inmuta, atareado en la cocción del perol. Así es que Roberto le suelta la pregunta a bocajarro.

—Oye Boni ¿tú has oído algo acerca de un lugar llamado Bethel?

—¿De quién?

Por la expresión del rostro, Roberto se da cuenta que Boni no sabe nada del asunto. Aun así, insiste:

—Bethel, coño. *Be. e. te. e. ele...* Bethel.

—No, pues no. Quién sabe a qué te referies. Porque mira que yo conozco casi todos los lugares por aquí y nunca he sabido de alguno que tenga ese nombre que suena a hierba y brujería. ¿Cómo dices que se llama?

—¡Bethel, coño!...

—Yo conozco a un lugar, allá por Chiverías, que se llama El Betún... Por allá vive Gildarda, la mujer de Beto Púas.

—No, no creo que ése sea. El que yo te digo se llama Bethel.

El diálogo se ve interrumpido por la presencia de un grupo de pescadores quienes, ya entrado el sol en su punto, y azuzados por el aroma del arroz que ahora vive su primer hervor, vienen a participar en la liturgia etílica del mediodía.

—¡Qui'ubo, cabrones, ¿ya están otra vez chupando? —Dice uno de ellos, como reclamando que la botella de alcohol de Boni se encuentre casi a la mitad.

Boni sigue con los lentos movimientos del perol. Tampoco se inmuta con la llegada de estos miembros del escuadrón, dispuestos a darle baje a unas cuantas botellas del preciado líquido. Individuos que ejercen la muerte lenta, tal vez no honorable, pero, al fin, un medio de irse yendo de este mundo incierto, poco a poco y sin mucho ruido.

Cuando siete u ocho de estos suicidad en potencia pasan un almendro, alguien les advierte: “Cuidado con el tendadero...”. En medio de un sopor ligero, ya entronizado por el entronque de un *güin* mezclado con un raro sabor a hierbabuena, a Roberto se le viene a la mente ese libro que ahora, a grandes espacios de tiempo, se dedica leer, y



cuyos personajes ilustres podrían dar nombre a esta bola de suicidas. Así es que Roberto, sonriendo con malicia por dentro, decide referirse a este enjambre de briagos como los del *Tendedero*.<sup>9</sup>

—¿Alguien conoce a 'ontá un rancho llamado Bethel? —pregunta Boni, con la certeza de que nadie sabe nada del lugar mencionado. Como nadie contesta, con desdén va y se mete a su cabaña de madera y palmas, enciende el radio y, sin decir “agua va”, regresa con otras dos botellas de alcohol de caña.

Los demás, fingen pensar en el nombre que se ha mencionado. En realidad, tienen los ojos puestos en esas dos raciones de *güin* que, saben, Boni administrará a su manera. Alguno, simula atizar el fuego del perol que ahora se ha visto enriquecida con un montón de papás y nabos que han traído los recién llegados. Todos aguardan el súbito trago que habrá de encender sus sentidos y entrañas. Ojos adormilados, otros inquisitivos. Cuando Boni pasa junto a Roberto, le susurra al oído: “Hoy vino puro cabrón *arranca<sup>10</sup>*”.

\*\*\*

Cuando el descorche de las botellas se lleva a cabo, alguien ofrece a Roberto un trago. Él, con la mano extendida toma y agradece de buena manera. El zumbido de los moscos cesa. Un viento suave mece las hojas de los almendros. Allá, en el fondo, un perro amarrado a un árbol mulato duerme la siesta del mediodía. Roberto da uno y otro sorbo a la botella de alcohol. Deja que el día corra en medio de conversaciones sin principio ni fin. El silencio, un silencio extraño lleno de voces que no logran entablar un cuadro lúcido de la vida, se adueña de la liturgia. El *güin*, debido a las proporciones del sorbo, penetra en regiones misteriosas del cerebro; esas laderas que permiten la expulsión de las visiones y mantienen el pulso quieto y los ojos enceguecidos por esta iluminación absurda. Bajo este estado de sangre y cuerpo absorto y alejado, Roberto no toca el mundo ni siente el vértigo. El menor parpadeo lo lleva hasta ese teatro de la mente donde los recuerdos fluyen sin barrera alguna para despertar, a sangre y cuerpo, el interior del alma sitiada. En tal lugar, en el que nervio y arterias se “amorcillan”, es posible atrapar imágenes que son imposibles de exudar a través de un cerebro inédito. Roberto sabe, sin embargo, que éste es sólo un breve centelleo. Más tarde, en forma rabiosa y terrible, vendrán la tos y los espasmos, el calambre y la mueca. Van a fallar los reflejos, y esos mismos nervios, ahora sublimados por el alcohol, lo van a hundir en los territorios donde la lluvia de luz se convierten en un bulto gris capaz de ejercer la más ominosa de las profecías.

El ojo de Roberto, ya lastimado y rojo, se clava en el espectáculo que representa este cementerio de vidrio: unas setenta botellas que yacen descorchadas en una esquina del solar, cerca de un palo de hule, del que cuelgan algunas camisetas y pantalones rotos.

Roberto se para y va al mingitorio. Desagua. Se dirige al grifo de agua y se lava las

---

<sup>9</sup> El libro referido aquí es *Tendidos en la oscuridad*, en el que William Styron presenta su galería de suicidas famosos.

<sup>10</sup> Que no tiene un solo quinto en la bolsa y, por lo mismo, siempre anda mendingando el trago de alcohol.

manos con un jabón de pasta. Un trozo de espejo le permite ver parte del pelo y los ojos. Hace un gesto abriendo las pupilas. Luego mueve de un lado a otro las quijadas adormecidas por el alcohol. Se moja el rostro y echa un poco de líquido en el pelo. Se sacude las gotas de agua y toma un trapo que cuelga del framboyán. Danza de luces sobre un universo cárdeno y de pronto morado que refleja a un Roberto con el pelo tieso y la camisa desarreglada y sucia.

Allá lejos, debajo de hormigones y lanchas, los pájaros duermen el prodigio de la llovizna de ayer. Detrás de los islotes, por donde el cáñamo fustiga, la vida araña los corazones y se va estrellar al fondo de la sangre. Roberto medita en el sopor. Abre un ojo y se reconoce en el vidrio. ¿Cómo era aquel poema que escribió hace... (uno, dos, tres años)?. Se alacia el pelo y, mojando otra vez la mano en el grifo, hace un movimiento sobre el azogue del espejo, y escribe:

*No se necesitan pensamientos  
No hay pensamiento que mida  
Este fulgor hecho de puntas y sal  
De navajas nerviosas  
Que degüellan con su paz  
Vértebra y sintaxis de esta babeante palabra (...)*

\*\*\*

Si alguien pudiera poner su ojo en el ojo de Roberto, no vería su rostro reflejado en el pedazo de espejo, ni a Roberto con el rostro mojado y pétalos violáceos al lado; las pupilas dilatadas y rojas, fluvial y evasivo por el vaho del *güin* y la cerveza. Vería más bien como el cerebro invierte y desdeña las imágenes presentes y lanza a Roberto hacia algunas de aquellas noches lúgubres recostado en la hamaca, a las puertas de su cuarto que da a la bocana donde se unen el mar y el río. La mirada fija en la bóveda celeste. Pacífico el oleaje. Turbonadas al fondo del alma. Desvaríos, la boca seca. El trance de la madrugada cuando la “cruda” (que es el despertar y saludo de momentos infelices) tala con paciencia inmisericorde árboles y raíces en los bosques del cerebro. Roberto se levanta y mira al cielo intacto. Una estrella, de claridad instantánea, parece iluminar esos recovecos del interior poblado por pequeños infiernos: nervios engarrotados y taquicardias sucesivas que, ya no sabe Roberto, cuándo es que habían comenzado a sucederle. O más bien, cuándo este ser, a mitad de los cuarenta, se propuso que la vida fuera así —una vida de metales helados que le cruzan por los nervios— y no de distinta manera.

Pero, bueno, sí. Sí se acuerda. Se acuerda, en este instante en que prende un Faros y se dirige a la escalinata que da al pequeño muelle, y de una sola bocanada consume un cuarto del cigarro.

## 6

Hasta donde la luz de su memoria alcanza, el alcohol siempre ha sido parte de su conciencia y de su vida. Roberto nació en una población ferrocarrilera, cerca de los grandes volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, donde la mayor parte de los pobladores sobrevivían del negocio provisto por el paso de los trenes de pasajeros y de los ingenieros que construían una nueva carretera en el pueblo. Puestos de fritangas y atoles, ropa de Chiconcuá y zapatos traídos de León, y una hilera de tendajones con sardinas y otros enlatados, formaban el negocio de la zona. Los furgones llegaban a esa estación cargados de sacos de maíz, avena, lenteja y trigo, que eran después vaciados en las eras, para luego ser distribuidos en la ciudad a través de empresas del gobierno.

En todos los sentidos, física, social y moralmente, nació en el lado malo de los rieles: una zona destinada a los que ganaban menos y que los rieleros llamaban, no sin cierto sarcasmo, la Bruja, por aquello de su fealdad, mala suerte, además del destino oscuro que habían tenido muchos antiguos habitantes del caserío. Tendejones disfrazados, expendedores de aguardiente y pulque: cantinas y antros, prostíbulos y casas de juego, casi igualaban en número a los otros negocios, así como a las casas-furgón que se habían estacionado para servir de habitación a quienes trabajaban en las vías. En esos antros, los hombres pasaban la mayor parte de su tiempo libre.

Tal vez era por eso que —ya estando en la preparatoria que lo llevaría a estudiar el campo de la programación de computadoras— a Roberto le ponía triste escuchar a Eric Burdon cantar *La casa del sol naciente*. Aquella melodía le recordaba sus días de la Bruja, la ruina de tantos hombres, los cuerpos tendidos sobre los durmientes debido a las filosas navajas que el alcohol les encajaba, a pesar de sus confianzas en esas estatuas que representaban a un Dios altísimo crucificado. Aun así, Roberto no se opuso nunca a pertenecer a la Bruja. Igualmente, la amaba y la odiaba: de esas casas de sol naciente, emanaban también sus recuerdos de niñez más ásperas e hirientes.

Era por ello que el recuerdo del lugar lo estremecía. Le recordaba conductas y actitudes que había desarrollado: una torre cuya cúspide era la forma lastimosa en que hoy vivía. Y es que creció con el sentido de creerse siempre “menos que otros”: cabizbajo y melancólico, cortejador de la gente y deseador insaciable de estímulos y logros. Le recordaba también (por algunas referencias y analogías del lenguaje de las que hoy tiene que echar mano para saber por qué o cómo diablos llegó a esta situación de negra compulsión por la bebida) que a la estación de la Bruja no sólo llegaban los furgones cargados con sacos de cereales: llegaban también las barricas y odres de pulque provenientes de Apan, Hidalgo.

Mientras enciende otros Faros y se sienta en uno de los escalones del pequeño muelle, Roberto vuelca sus recuerdos sobre el lugar de su infancia. Se vuelve a arrastrar entre los durmientes de las vías. Se esconde debajo de uno de los vagones. Hierro mojado. El penetrante olor del óxido en los rieles. El aroma a melaza y frutas, a yute y polvo de mazorcas. Roberto ve de pronto cómo la mente se traslada a lugares y situaciones que caen como relámpagos cortantes sobre su memoria: se mira deslizando el cuerpo bajo la casa-vagón que sirve como almacén del *tlapehue*<sup>11</sup>. Saca del bolsillo del pantalón un carrizo; levanta el tapón de la barrica, y sorbe con placer la carne de los dioses.

Lo que entonces siente, es que el mundo se le transforma, lo deleita y empuja a

---

<sup>11</sup> Así se le llama al pulque.

fronteras nunca antes alcanzadas. A sus 14 años es capaz entonces de destrabar su lengua, quitar el pesado escudo de la pena y la vergüenza, y enfrentar a los demás con una mente que, le parece, no es la suya sino de alguien a quien él mismo desconoce pero puede encontrar cada vez que ingiere aquel “caldo de oso”.

Así lo hizo durante mucho tiempo, hasta el día en que Naranjo, un tipo hurraño y maldiciente, y jefe del almacén desde que Ferrocarriles Nacionales decidió poner a disposición de la empresa contratista de las carreteras “personal especializado” para transportar el material en furgones de carga, lo agarró con las manos en el *tlapehue*.

— ¡Ora, pinche escuincle cabrón, deje de estar ordeñando el barril!” —había sido la pronta reprimenda de Naranjo. Pero la reacción de enojo fue fugaz, porque al rato, ya le estaba enseñando a tomar “algo más fuerte: “Un *madrazo*, pero para hombres”.

Ese fue el inicio de muchas más incursiones al campamento de los obreros e ingenieros que construían la nueva carretera. Éstos, le fueron instruyendo en la ingesta de bebidas “para aguantar el pinche frío”, y también “para hacerse más hombrecito y tener suerte con las viejas”. Por no añadir, al eslabón de sus correrías etílicas, sus visitas a los talleres donde los mecánicos le habían dado a probar mezcal del bueno; de ése que llegaba vía ferrocarril a través de los garroteros y auditores, “directito de los alambiques de Oaxaca”.

Fueron también estos “contactos” los que le dieron oportunidad de hacerse de amigos y gente que más tarde impulsarían su carrera profesional. El sindicato ferrocarrilero lo becó para que estudiara, primero la secundaria y luego la preparatoria en una escuela de la ciudad de México. Allí se destacó editando un periódico. A pesar de sus atavismos y miedos, la fórmula mágica de “si no puedes, toma un trago de alcohol”, pronto le hizo obtener entre sus condiscípulos el liderazgo del grupo. De allí, y gracias a Mateo *El Chivo* Macías, orador oficial en los asuntos del sindicato, pudo llegar a la Universidad Nacional y luego especializarse —cuando ya *El Chivo* Macías era líder de la sección centro del mismo sindicato— en la entonces incipiente carrera de análisis y diseño de sistemas para computadora. El éxito y el futuro nunca parecieron tan cercanos a los ojos y sentimientos de Roberto.

\*\*\*

—Oye, Roberto, aquí Papayo Macho dice que conoce a un lugar como el que tú buscas... Ese que se llama quién sabe como madres...

Roberto asiente, pero no presta atención al llamado de Boni. Sus ojos están puestos en el brillo de otras dos botellas de *güin* vacías, y en el color rojo oscuro de una rosa que se tuerce entre las piedras. Las puertas de la memoria siguen abiertas. El sol ha comenzado a descender por la ladera oeste y las nubes a tomar un color bronceado detrás de la estela luminosa del astro. Es una hora incierta. La hora en que arriban más imágenes con su halo de rieles y casuchas entre los manzanares; las de ventanas sin cristales de las que cuelgan los botes de *quaker-state*, siempre repujados de geranios.

Una tarde —recuerda ahora Roberto— se puso a recorrer uno por uno de aquellos viejos vagones-casa. Se dio cuenta que las calles no tenían nombre, y que, de tanto andar y meterse entre el laberinto de carros, perdió la noción del tiempo y del espacio y ya no supo cómo regresar a su propio vagón. Así es que fue a dar a uno de los

tendajones expendedores de alcohol. Estaba lleno a la mitad. A Roberto todos los parroquianos le parecieron iguales: sin sentido de la verticalidad; unos cantando y otros jugando baraja española y, menos afortunados otros, botados sobre el piso de madera del furgón. Salió de allí sin saber de qué lado de la vía estaba. Supo, eso sí, que para llegar al otro lado, era nada más atravesar los rieles y descender por una larga escalera hecha de durmientes “curados” con diesel. Fue cosa de caminar por una vereda aplanada con tezontles, para poder advertir que allí las casas-vagón sí tenían cortinas, estaban pintadas con cal y añil, y algunas hasta antena de televisión tenían. Era la parte que habitaban los líderes sindicales y jefes menores. Roberto se esforzó por no comparar esos caseríos con los del plano de la Bruja. Siguió perdido, hasta que decidió regresar subiendo por las escaleras.

La borrachera casi se le había bajado y, tal vez por instinto y por vergüenza, quiso sentirse neutral. No quiso cuadrar su atención al hecho de que su extravío obedecía al haber bebido en exceso. No quiso creer que en aquel vagón-cantina, entre la luz mortecina de un quinqué, y recostado contra la pared de la que colgaba un calendario del Dr. Shultz, se había visto a sí mismo totalmente briago y perdido. Prefirió omitir este hecho. Se echó a caminar por la serie de durmientes, hasta que se cansó. Recuerda haberse quedado dormido en un cruce muerto, hasta que, intempestivamente, apareció el bonachón de Robayna que salía de uno de los furgones donde sesionaba el sindicato; caminaba con un libro bajo el brazo y un cigarrillo entre los labios. Aquella noche, este Robayna le preguntó intrigado: “¿Qué haces aquí tan solo?. Mira nada más, andas hasta la madre. Ven, te invito a tomar café a mi casa”.

\*\*\*

Por un instante, cree mirar en el reflejo de las botellas de caña, otra vez los ojos inquisitivos y relampagueantes, y la figura silenciosa de Clemente Robayna en la noche de aquel invierno frío. Robayna era ferrocarrilero, no grillo ni pendenciero, más bien un hombre de esos que entre la gente de los trenes es llamado “maestro”, cuando no “profesor” y hasta “padre”. Era un tipo grueso, de un metro ochenta de estatura y un rostro encendido por la media docena de whiskies con los que empezaba cada mañana, y los dos o tres con los que cerraba la noche, para poder “dormirla”. Nació y pasó su niñez en la región vasca de España, hasta que su familia tuvo que emigrar a México cuando la guerra civil española. El padre, de formación intelectual en la Sorbona de París, había regresado a su tierra para continuar con la publicación de un semanario que padres y abuelos habían dejado en el relevo. El ser cabeza visible de un semanario que estaba a favor de la República, había puesto al padre al frente de los primeros exiliados españoles rumbo a las costas de Veracruz. Si el destierro fue cruel, también es cierto que tuvo sus momentos de fortuna cuando llegaron a México.

Aún niño, Clemente Robayna había visto llegar a su casa de Tlalpan a los amigos de su padre, entre quienes podía contar a José Gaos, al filósofo Xirau y al poeta León Felipe. Presumía también de haber estrechado la mano de Trosky, haber cargado la bolsa con pinceles de Diego Rivera, y comido galletas en el jardín de su casa con Tina Modotti, un día en que ésta fue a tomar algunas fotografías a su padre.

Aquella noche que Robayna lo llevó a su casa, Roberto conoció a otro tipo que le

impresionaría a lo largo de su vida: un tipo huraño y melancólico de apellido Ramoneda. Este Ramoneda, catalán que había pasado su adolescencia en el mediodía francés, era uno de esos tipos que en lugar de ideas traen libros en la cabeza, o bien, si traen ideas las ordenan y extraen como si estuvieran leyendo una bibliografía inacabable. Esa noche, en que fueran a tomara un café y platicaran un rato, Ramoneda estaba de visita.

\*\*\*

Si en este instante Ramoneda echara un ojo al ojo de Roberto, quien se halla aquí, bebiendo *güin* en el solar de Boni, vería a Roberto sentado frente a Robayna, y a un lado de éste al mismo Ramoneda apoltronado en el sillón de cuero que, a poco tiempo de su llegada a la ciudad de México, había hecho llegar, junto con otros muebles, el gobierno de Cárdenas al padre de Robayna. Sentado en ese sillón, Ramoneda pasa mucho tiempo en silencio. Juega con los pulgares, dándoles vuelta y tallándolos el uno contra el otro. De pronto, adquiere un estado de trance e inicia, sin permitir que se le interrumpa, una charla que va a terminar hasta altas horas de la noche, o bien, cuando los que lo escuchan caigan rendidos por el cansancio. Habla de todo, pero lo que más fascina a Roberto es cuando, ojos profundos y respiración acelerada de por medio, Ramoneda se interna por los misterios de las catedrales, el santo sudario y la pasión de Cristo, el Santo Grial y los Conjurados; así, hasta rematar con el tesoro de los cataros. O cuando comienza a citar una larga bibliografía que va desde Denys Zacheire y De Nuysement, y también G. J. Witkowsky o Elías Shadius, hasta los temas herméticos del estilóbato y la cocción del *Rebis* filosfal. A Roberto le fascina esto y va a quedar profundamente conmovido y estimulado por estas noches de charlas bajo la batuta de Ramoneda. Porque de ahí, casi invariablemente, el propio Ramoneda va a seguir hablando del filósofo al que sólo se refiere con pasión, con el mote del *rumano*. “El rumano dice *esto*, dice *aquello*; el rumano suele decir ...”. Ramoneda se sabe de memoria un cúmulo de citas concebidas por éste a quien también —cuando la emoción le llega a los huesos— llama el *filósofo de la zozobra*.

La tarde posee un cuerpo gris. Los pescadores se han marchado y sólo permanecen los que, debido a la ingesta excesiva, se quedan a dormir a un lado del gallinero o tirados entre los costales de arroz. A lo lejos, se escucha la sirena de un barco que atraca en el muelle. Desde aquí, uno puede imaginar al puerto que flota en el sopor de este verano. Las construcciones y las grúas o los toneles de melaza y aceite que forman parte de la vida de Roberto. En una esquina del solar, Boni duerme la mona. Un frondoso almendro se agita sacudido por el aire. Roberto se vuelve a levantar para ir al hoyo que se usa como mingitorio. Regresa y se lava sólo una de las manos. Advierte que en el azogue del espejo, en forma de un vaho que sube y no se apaga, yacen los restos del poema que escribiera con pura agua. Se moja otra vez el mismo dedo y completa (o cree completar) aquel poema:

*Como si fuera a morderse*  
*Pero insistente más que anatema*  
*El labio sobre la botella predice lo que sucede*

*Cuando el placer se instala en el alma  
Y uno pronuncia, bajo este silencio amargo,  
el nombre de la mujer a quien le gusta mirar a solas*

Los perfumes aumentan con el transcurso de la tarde. Los hay dulces y agrios, volátiles y perfectos. Uno de estos perfumes se enreda en las sienes; se mezcla con el aroma de la camisa azul, y se engarza a uno de sus tonos del *Amarige* que envuelve a Roberto. Éste, trata de recordar dónde es que ha disfrutado de este aroma. Entonces se acuerda que debe haber sido la colonia que usaban Robayna o Ramoneda: un perfume entre limas y muguets que hoy le atraviesa las fosas nasales, baja al paladar y sube a esas regiones donde el cerebro abre otra vez aquella ronca voz: la voz de Ramoneda. Roberto comienza a escuchar algunas de aquellas citas pertenecientes al rumano; éstas, invaden con su perfume las capas del cerebro y zarandean la memoria y al tejido de neuronas aún tibias por tanto alcohol. Una de estas citas serpentea por el cauce de este río magistral:

Tenerle no basta: además hay que sufrirla como una maldición, ver en Dios un enemigo, un verdugo, amarle pese a todo, proyectando en él toda la inhumanidad de que se disponga, de la que se sueña.

Y también, en el sitio del ojo titilante, cruce de la conciencia con las potencias del olvido, —y que el cerebro vigila con espadas— otro pensamiento del rumano surge vivo y letal. Roberto se pregunta si acaso este carácter anatema y cauterizado, lleno de incertidumbre y desesperanza, no es resultado de haber amado ese cúmulo de ideas, pues, desde que escuchó a Ramoneda hablar del rumano, se impuso pensar y hacer suyas esas vivencias intelectuales de las que autor de *El aciago Demiurgo y Breviarios de podredumbre* hacía gala. Porque, si no entonces ¿cómo es que hoy las recuerda con embeleso? Nada más cierto para Roberto que estas líneas tatuadas de alcohol y limadas por la aspereza de un mordico de almendra:

Cuando hayamos dejado de referir nuestra vida secreta a Dios, podremos elevarnos a éxtasis tan eficaces como los de los místicos y vencer en este mundo sin referirnos al más allá.

Morir de ideas no es lo mismo que morir por una idea. Así es que Roberto no dejó de asistir, desde aquella noche en que Robayna lo rescató de la soledad entre las vías, a las reuniones en las que Ramoneda presidía. Había días en que se la amanecían. Con ánimos de soportar la noche lúcidos y atentos, todos la pasaban con una taza de café con alcohol, y el cerebro enfebrecido por el nutriente de estos versos letales.

Cuando Ramoneda terminaba la larga jornada, se levantaba, daba un sorbo a su café con brandy; permanecía en silencio un largo rato, luego se dirigía a la puerta. Antes de abandonar la habitación, dejaba caer algún pesado misil sobre la humanidad de quienes escuchaban:

No seamos inútilmente amargos: ciertas quiebras pueden ser fecundas. Por ejemplo,

la de la novela. Saludémosla pues; incluso lleguemos hasta celebrarla: nuestra soledad se encontrará de este modo reforzada, robustecida.



El doctor Denis ha guiado a un medio millar de alcohólicos hacia la salida de los *delirium tremens*. De rostro bonachón y vientre prominente, el mismo Denis —a quien los del *Tendero* llaman *Bacardí*— ha sufrido el indecible sufrimiento de los delirios. “Los he controlado, ahuyentándolos, con sólo no beber el día de hoy” —dice a los que insisten en preguntarle si todavía ve pirañas y peces dragones. Y luego agrega: “Pero los bichos esos no son reales, son parte de todo lo que el alcohol despierta en el cerebro. Lamentablemente lo que tenemos es todo, menos imágenes bellas.”

Su consultorio se halla en la calle de 16 de Septiembre y Miguel Alemán, en el centro de Boca del Río. Es una oficina cómoda, a la que acude gente de condición humilde; sobre todo esposas y madres de borrachos. Acuden a él para que saque a su gente de las terribles contorsiones, ojos desorbitados, y, no pocas veces, estados de ira que provocan amenazas con machetes y otras armas.

Roberto ha venido también esta mañana a verle, si bien, con un poco de pena por el hecho de que Denis llegue a saber los verdaderos motivos de su visita. Pero no ha quedado otra a Roberto. La situación se ha vuelto desesperante. No sabe por qué, no puede dejar de beber. O si lo hace, quiere saber porque entonces entra en un estado compulsivo que le impide detenerse totalmente. Eso no es el punto principal. Lo peor es que bajo el anestésico etílico ya no parece ser consciente de nada, excepto de un sentido de adormecimiento pesado y amnésico. Luego, está el túnel tenebroso: cuando el efecto del *güin* pasa, siempre se quiere más de éste. Siempre el cuerpo se dobla en pos de la botella para saciar algo que para Roberto es inexplicable. Si no se toma otro trago (cuyo efecto normalmente dura una media hora), entonces viene la desesperación y el pánico. Si se deja pasar más tiempo sin ingerir el líquido —es decir, si de una buena vez por todas quiere uno dejar la botella a un lado— entonces, regularmente a las cuarenta y ocho horas, vienen los delirios, y más desesperación, y más luz gris y depresión, y ganas de cortar la existencia de un tajo.

— ¡Quiúbo Roberto ¿Qué te trae por acá hombre?

— Nada, doc. Aquí nada más, visitándolo.

La voz de Roberto no parece convincente. No ve a los ojos de Denis. Los suyos vagan por los estantes donde el doctor guarda algunas muestras médicas. Miran hacia el torso de Hipócrates en imitación mármol. Se pasean por la luz que se filtra a través de la ventana: una iluminación previsoramente de lluvia, pues es una luz turbia y desgajada.

—A ver, qué se te ofrece, porque traes una carita... Se te ve como de una corrida de una o dos semanas.

—Nada doc, que me he sentido mal del estómago, he tenido diarrea y no me siento bien. Yo creo que las botanas me han hecho daño.

—¿Las botanas o lo que acompaña a las botanas? Porque uno va por eso, Roberto. Va dizque a la hora feliz porque sirven buenos caldos en tal o cual antro, y la verdad es que va uno por la cerveza y luego el desempance... Y luego, ya se jodió la cosa porque somos incapaces de pararla y tenemos que seguirla. ¿O no?

— Pues... más o menos doctor. Me siento muy débil y además muy deprimido... Pero la neta es que lo único que tomo es una caguama en la comida. Es todo.

Denis sonrío. Su experiencia le dice que Roberto miente. No miente porque quiere

decir una mentira, miente porque cree que lo que dice es verdad. Y Denis conoce todo este andamiaje de negación psicológica en quienes beben. Así es que, en vez de reprender a Roberto o sermonearlo, se dirige a uno de los estantes, y dice:

—Ahorita te dejo como nuevo. Te voy a inyectar una de caballo, y vas a ver como en unas horas estás como nuevo.

Denis se refiere a una dosis vitamínica espantosa que aplica a todo aquel que ha salido (o está por salir) de una larga corrida ética. Una sustancia negra y espesa que el médico coloca en una jeringa haciendo que el paciente se recueste.

—Parado no —dice con cierta conmiseración—, porque no la vas a aguantar”.

Y su recomendación es efectiva: aun recostados, las “víctimas” del doctor Denis demoran unos quince minutos para ponerse de pie; el líquido y el dolor penetran huesos y coyunturas y engarrotan las articulaciones y los nervios.

Después de aplicar la inyección a Roberto, Denis se lleva, con mucha discreción, una mano a la bolsa de la guayabera y extrae de allí una pastillita de Valium que generosa y discretamente ofrece a su paciente.

—No te doy más de éstas porque al rato eres capaz de decir que tus visiones han cambiado por alguna de esas novedades que hay de realidad virtual; nada más una, para calmar los nervios.

Roberto sonrío.

—Gracias, doctor—

La voz suena ahora con más confianza. Con ánimo de salir corriendo, pero con la angustia de qué va a pasar esta noche si me vuelven a agarrar las visiones, Roberto agrega:

—La verdad es que también vengo por otra cosa.

—A ver, cuéntame.

—Nada, doctor, que la última vez que estuve aquí con usted para lo de mi azúcar, estaba hospitalizado con usted uno de los Peladilla. Tenía visiones ...

—¡Úchale! —exclama Denis arrugando el entrecejo —esos Peladilla están aquí de tiro por viaje. No sé a cuál de las veces te refieres.

—A la vez que usted iba a decirme por qué ocurren esas visiones. Estaba usted en la introducción, pero lo vino a interrumpir la mujer del *Dólar*, que lo habían atropellado, andando hasta atrás de borracho.

—Pues la mera verdad no me acuerdo. Pero a ver, dime dónde andábamos y le seguimos... Orita tengo tiempo... A las seis subo a operar; así es que... a ver.

Roberto desea escuchar más acerca de los delirios *tremens*, pero no se atreve a pedirlo. Juega con una pluma y desvía la vista del doctor que lo observa. Quiere saber si, aun sin estar completamente bebido, pueden suscitarse apariciones como las que, en últimas fechas, le han ocurrido. Si no será que esas apariciones son sólo un producto de su mente atosigada por la cerveza, y sólo a él le pasan delante de los ojos. O será tal vez algún tipo de esquizofrenia que lo ataca, y él no se ha dado cuenta. Esto le preocupa en gran manera.

Denis se levanta de su asiento. Hace como que examina algunos medicamentos de la vitrina. Acerca la vista, se calza los lentes, y se queda mirando fijamente la etiqueta azul de los frascos. Luego, como si toda la tarde hubiera estado esperando a que alguien le consultara sobre el tema que más le agrada, se voltea, mira a Roberto y le dice: “Como

ya bien tú sabes” —sin que en realidad Roberto supiera absolutamente nada.

Denis apunta:

«El *delirium tremens* no es otra cosa que un conjunto de síntomas que se desarrollan en el alcohólico crónico después de la interrupción brusca (es decir, de madrazo) de una ingestión prolongada e intensa de bebidas embriagantes: más o menos cuarenta y ocho horas después de que dejas de chupar. Las alucinaciones visuales son los síntomas más canijos y dramáticos de este cuadro, y es justamente esa esfera personal alterada del alcohólico la que lo pone en un estado de sufrimiento indecible. El delirio no es más que la manifestación psiquiátrica de la protesta del organismo por la suspensión inesperada del alcohol al que el metabolismo ya se había acostumbrado. Se sabe que existen otro tipo de manifestaciones de tipo visual y auditivas que no se ajustan exactamente a los síntomas del *delirium tremens*, pero que son parte de lo que en psiquiatría se denomina alteraciones del pensamiento: el estado paranoide alcohólico y la psicosis alcohólica, por ejemplo, suele perseguir a muchos alcohólicos, aun cuando han pasado meses e incluso años de haber dejado la bebida; son variaciones de mismo tema. Pero, bueno. En el caso del *delirium* por el que preguntas, las visiones tienen, curiosamente, casi siempre un carácter de tipo religioso: tienes apariciones celestiales y beatíficas, o, lo más frecuente, de tipo demoníaco y de animales como culebras, ratas y cucarachas, cuando no, es el mismo demonio el que surge dentro de los vapores etílicos. Por eso, el doctor Jung decía que, paradójicamente, alcohol en griego es *spiritus*; de allí que nosotros los alcohólicos, al menor pretexto y para justificar nuestras francachelas, digamos: “vamos a entrarle a las bebidas espirituosas”. Por eso dice también Jung que nuestro aliado debería ser otro espíritu, el que se pronuncia y dice *spiritum*.

»Como te decía, existen alucinaciones provocadas por causas no debidas al alcohol —dice Denis, quien parece apenas haber iniciado su disertación y tener todo el tiempo del mundo, a pesar de que a su consultorio han comenzado a llegar sus pacientes—, como por ejemplo las que surgen de una depresión alucinatoria. Ésta sucede cuando una parte de tu cerebro llamada hipófisis posterior libera en exceso una sustancia llamada vasopremina; entonces los riñones absorben demasiada agua, y la vuelcan en la sangre; ésta entonces se diluye demasiado, reduciendo la necesaria concentración de sal. A esto se llama hiponastemia: informes recientes afirman que ésta puede ser la causa de las depresiones alucinatorias. No precisamente debes beber demasiado, ni ser un “tirador” de primera para que te ocurran los delirios.

»Y mira —continúa Denis, dirigiéndose a una de las vitrinas donde se apilan varios libros—, lo más canijo es que este desorden mental ya existía desde la antigüedad; el fenómeno social de la Edad Media que más interés ha suscitado entre los historiadores y que toca al problema de los delirios, es el de la brujería, pero la brujería confundida con estados alucinatorios clínicamente clasificables o, vete tú a saber, a lo mejor esas alucinaciones eran de gente alcohólica como tú y como yo.

Ahora Denis tiene el libro abierto entre sus manos, se calza unas gafas y lee: “Las descripciones del *Malleno Maleficarum* que, justamente, ha sido llamado el “Manual del Cazador de Brujas”, dejan pocas dudas del riesgo que corrían las personas (principalmente las mujeres) que mostraban conductas bizarras y sufrían alucinaciones, delirios, estados disociativos, etcétera, de ser vistos como herejes y eventualmente como agentes de Satanás”

Denis hace un alto. Se quita las gafas y hace un movimiento hacia la puerta. Es el momento de irse a atender a sus pacientes. Antes de salir, voltea y dice a Roberto: “¿Te imaginas a todo el *Tendedero* que conocemos? Con lo borracho que es no iban a caber en el “maniquiur” si hubiera Santa Inquisición aquí en Boca del Río”.

La tienda de Raquel la Güera abre desde la cinco de la mañana. A ella, llega toda esa gente que en Boca del Río inicia su trabajo desde la madrugada: recolectores de la limpia pública, obreros y oficinistas del muelle, cuijes y estibadores, los que venden golosinas y baratijas a la entrada de las escuelas y, por supuesto, el grupo de pescadores que lanzan sus redes en los fondos de la Playa del Muerto, las nasas de camarón en la bocana, o simplemente sueltan sus anzuelos al pie de los rompeolas.

Uno de los grupos que más busca adquirir el *güin* desde la madrugada, es el del *Tendedero*, instalado a una media cuadra delante del negocio de la Güera. Al sitio donde se reúnen se le conoce como *Palo de Hule*: reunión de pescadores, recolectores de basura, burócratas albañiles y pulperos, o bien, sujetos ya sin trabajo, que poco a poco van olvidando su nombre por el consumo sucesivo de un alcohol corrosivo al que los del *Tendedero* agregan a discreción motas de alumbre.

Aquí, han caído muertos seres que no daban señales de estar tan desesperados. Llegaron una mañana de cruda infame y poco a poco, exigidos por una mente ya cautiva, fueron perdiendo tardes y mañanas. Cuerpos jóvenes, mentes lúcidas para quienes el cronómetro ya no marcó más despertar para ellos. El último que Roberto recuerda ha muerto apenas dos semanas atrás. Se llamaba (entre los alcohólicos el apelativo es el verdadero nombre) el Pequeño; treinta y tres años de edad, agresivo y soberbio pero, en el fondo, de un corazón suave; de esos que tratan de intuir si acaso en medio de este festín glacial y de nervio duro, existe el ojo de algún Dios que le pueda echar la mano.

\*\*\*

Después de pagar a Raquel la cuenta del Cámara y el Guacho, Roberto tiene por fin en sus manos la caja aquella. Se da cuenta que no es tan pequeña como la recuerda. Debe medir unos cuarenta y cinco centímetros de largo por unos treinta de ancho y unos quince de altura. La tapa está prendida por un pequeño broche que debió haberse asegurado con un candado, pero que ahora sólo se sujeta por la presión de los dedos contra un remache. Roberto bota el seguro y abre la tapa. Allí se encuentra el libro que le ha dicho el Cámara. Está atado con un listón azul desteñido, que Roberto desanuda luego. Roberto parece decepcionado. El libro está totalmente podrido. El papel ha tomado un color amarillento cenizo, con motas de tono verduzco por el moho que lo envuelve. Por la apariencia, parece que va a deshacerse al primer contacto. Así sucede.

Roberto no sabe qué hacer. Lo único que parece tener valor es la caja, sobre todo la base en la que resaltan los cuatro querubines hermosamente tallados. Roberto le da vuelta para examinarla mejor; tal vez, tratando de hallarle consuelo a la decepción. En realidad lo que desea es hallar dentro de la caja algo más excitante. Cuando el Cámara le dijo sobre un libro viejo, Roberto pensó en la posibilidad de repararlo, volverlo a encuadernar. Eso le hubiera fascinado. Pero lo que ahora tiene ante sus ojos es eso: un volumen completamente maltratado y deshecho.

Decidido a quedarse con la caja y utilizarla como guarda-plumas. Extrae de su interior el libro podrido. Está dispuesto a arrojarlos a un baldío, cuando advierte que una de las

hojas no está tan maltratada; es más, extrañamente se halla sin daño alguno y su escritura es perfectamente legible. Bueno, eso de “perfectamente legible”, es un decir. Los signos de la escritura son similares a los que se hallan en la tapa. Lo que Roberto intuye es que se trata de escritura hebrea. Lo intuye porque alguna ocasión había visto, entre los libros de Ramoneda, un ejemplar de la Cábala judía con esa misma caligrafía; Ramoneda le había dicho entonces: “Eso es hebreo, y mejor deja el libro en su sitio porque no le vas a entender ni madres”.

La página que Roberto tiene delante de sus ojos, se halla dividida en cinco partes, a manera de versos o pensamientos independientes —por lo menos eso es lo que él imagina.

\*\*\*

Roberto está a punto de sentarse en el pretil de una jardinera para tratar de ver más de cerca los dibujos, cuando se ve interrumpido por el Huiti-huiti, uno de los personajes del *Tendedero* que trabaja en obras públicas, y se ha acercado poco a poco, sin que Roberto se dé cuenta. Sólo hasta que está prácticamente encima de él, Roberto advierte su presencia: un personaje tembloroso quien con la boca más que seca ha pedido a Roberto una “base” para comprar un cuarto de *güin*. Pero Roberto parece no escuchar ni entender nada. Se halla extasiado y absorto en el examen de estos caracteres escritos en la única página sobre-viviente.

El viento perfuma los pulmones. El sol es tibio y tenuemente dorado. Una luz cruza el cerco entre pétalos de alhelies y domos partidos en tres. El cerebro de Roberto se aquieta. Luego comienza a arder. Goce estético. Conmoción. Preguntas al fondo de la mente. Impotencia por querer descifrar lo que las imágenes dicen.

De pronto reacciona, levanta los ojos y ve directo al rostro del hombre. No lo ve. Busca entre el laberinto de luz. A lo lejos observa la mancha de ebrios bajo el toldo de hule. Un ruido aquí y otro allá, y también el incesante batir del mar. Está en todo esto, cuando cree percibir, desde el fondo de una descomunal columna de luz, la voz de alguien que le dice:

Pero el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás.

Roberto reacciona. Sale del sopor intenso. No un sopor que conduce al tedio o al desvarío, sino a una suerte de fuegos pirotécnicos dentro de la mente: el estado en reposo del ojo percibidor de lo abstracto, como dice Borges. Fuera de ese estado mental alerta, no hay nada. Sólo el Huiti-huiti, continúa hablando, metido tras unos enormes anteojos de fondo de botella, y a punto del paroxismo. Sin dejar de hablar, y sin solicitar permiso para hacerlo, se empina un trago prolongado de *güin* de la botella de Roberto; un trago (fogonazo ardiente) que, a estas alturas, debe caer al estómago como un bálsamo suave y resucitador.

Roberto decide marcharse y dejar el resto de la botella con este miembro del *Tendedero*. El sol cae a plomo. Atraviesa una calle donde las gallinas andan sueltas, picoteando aquí y allá trozos de maíz negro. Con sumo cuidado, pone en la caja la única

hoja de papel que se mantiene intacta. Antes de enfilear hacia la avenida Veracruz, realiza una parada estratégica en un estancuillo de cervezas y se deja llegar al intestino una Sol helada. Esto lo reanima. El hecho de beber la Sol de dos jaladas, hace que la cerveza llegue casi directamente al cerebro, evitando la absorción del hígado. Roberto se siente arder en forma helada. En dos minutos los ojos perciben el mundo de manera distinta, como una cámara a la que se le hubiera adaptado un gran angular o un ojo de pescado. “Una Pentax digital...”, piensa Roberto, quien ahora pasa por la cooperativa de pescadores. Dobla sobre la avenida Veracruz y se detiene en una papelería. Allí, solicita una fotocopia de esta única página. Compra también una regla y un bolígrafo. Cuando le entregan la copia, traza en ella una división sobre el texto hebreo; dos columnas y varios renglones. Como si dejara un espacio a la derecha del texto para una traducción posterior. Así es como quedó la copia ya modificada por Roberto.

כב וַיַּעֲלוּ בֵּית-יוֹסֵף גַּם-הֵם, בֵּית-אֵל; וַיְהִי, עִמָּם.	
כג וַיִּתְּירוּ בֵּית-יוֹסֵף, בְּבֵית-אֵל; וְשֵׁם-הָעִיר לְפָנִים, לוֹז.	
כד וַיִּרְאוּ, הַשְׂמָרִים, אִישׁ, יוֹצֵא מִן-הָעִיר; וַיֵּאמְרוּ לוֹ, הֲרֵאנוּ נָא אֶת-מְבוֹא הָעִיר, וְעֲשִׂינוּ עִמָּךְ, חֶסֶד.	
כה וַיִּרְאֶם אֶת-מְבוֹא הָעִיר, וַיִּכּוּ אֶת-הָעִיר לְפִי-חֶרֶב; וְאֶת-הָאִישׁ וְאֶת-כָּל-מְשַׁפְּחָתוֹ, שָׁלְחוּ.	
כו וַיִּלְךְ הָאִישׁ, אַרְץ הַחֲתִים; וַיָּבֹן עִיר, וַיִּקְרָא שְׁמָהּ לוֹז--הוּא שְׁמָהּ, עַד הַיּוֹם הַזֶּה. {פ}	

Sucedió un sábado por la tarde:

—Tú eres Roberto, yo no tengo nombre: soy anónimo. Creo que me estás buscando.

Roberto no supo qué decir. Ahí estaba la sombra del hombre; con esa voz, la no aprehensible, la ilusoria y fugaz. Ahí está, justo frente a él. Así, de cerca, el hombre parece mucho más real, a la vez que más lejano e inefable. Roberto compara. Compara su aparición intempestiva y cuerpo etéreo, con uno de esos hologramas que había visto colgar de las prendas de vestir finas. Tal vez fue el sopor de la cerveza, o el flujo suave de las marinas y el viento azulado. Quizá la resolana con su bocanada de sal quemante, o la actividad febril de quienes a esta hora regresan con sus botes cargados de camarón para vaciarlo en las *taras*. Esto fue lo que le hizo desviar la vista de los ojos del hombre anónimo y dirigirlos al pico dorado de la cerveza helada.

Y, sin embargo, lo único que logra, es llevarse a la sangre el cárdeno fagonazo. Porque, por lo demás, se ve enfrentado a una luz deslumbrante, incisiva y repujada. De pronto, ya no existe fondo de mar, ni línea de horizonte ni rasgos de paisaje. A una, van desapareciendo el Faro de Sacrificios, la mole del hotel Fiesta Americana y el esqueleto de los astilleros, hundidos tras las murallas grises de San Juan de Ulúa. El mundo lo aísla del deleite que lo envuelve y lo deja solo con esa presencia: tan cierta que se ha metido en la sangre y atraviesa el corazón y sube hasta el cerebro. Hay allí un vacío, un instante que hoy Roberto —parado a la ventana de su cuarto que da al esplendor de la Bocana— recuerda como una hora transparente y definitiva.

No mecánicamente, sino, más bien, calculando cada una de sus palabras, Roberto dice, aprehensivamente:

—No sé quien eres tú. Tampoco sé por qué tendría yo que andarte buscando: estás loco.

—Allá lejos no veo a nadie — dice el hombre, sin mover los labios: como si estuviera “hablando” con la mente.

—¿Y a quién buscas que aún no encuentras? —pregunta Roberto con el pico de la botella de cerveza entre los labios. Y continúa, casi con enojo—. ¡A esta distancia, no creo que puedas ver a nadie!

—Piensas que la espada levantada no tiene voluntad propia, que está hecha toda de vacío. Es como el destello de un relámpago. El hombre que está a punto de ser ejecutado no es un vacío: tiene forma y sentimientos, vida y agudeza existencial: tan real como quien esgrime la espada. Eso no está ni bien ni mal. Lo único que tienes ahora es la consecuencia de esta espada sobre la garganta y no en el vacío. Piensa en una de esas noches en que tratas de flotar en aguas tenebrosas y no logras salir a flote.

—¿Cómo puedes suponer lo que yo vivo o siento, de mi existencia a oscuras o bajo destellos, o si navego por aguas calmas o torrentes peligrosos? ¿Cómo sabes si yo...?

Roberto va a agregar dos, tres, cuatro argumentos más, pero se ve impedido por esa voz: el hombre anónimo, de espaldas a él, repite, como si estuviera cantando un antiguo himno de guerra, estas palabras: “Muéstranos la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia”.

Roberto se ve entonces lanzado del sueño. Suda, y el sudor es una capa de agua fría que baja por su espalda y moja la sábana. Agitado, y esforzándose por no tener que abrir los ojos, sacude la cabeza y se pasa las manos por la cara. Se levanta del catre, y va a la



hielera donde guarda media botella de caguama. De un solo y enorme sorbo, el líquido atraviesa su esófago, baja al estómago y se revuelca. Allí la sangre toma porciones de alcohol que ya ni siquiera pasa por el hígado: va a la urgencia directa del cerebro de donde, pronto, mana un retazo de tranquilidad momentánea.

\*\*\*

El recuerdo fulgurante hace que Roberto no se halle frente a aquel hombre, ni se encuentre sentado a una de las mesas en la palapa de los Marines, ni se pase el tiempo mirando a los barcos entre el velo de sol y niebla, o escriba poemas y los ponga al inicio de algunos de los capítulos de la historia que escribe, sólo para evitar enfrentarse a su destino. No, él se encuentra ahora fumando un cigarro Faros, asomado a la ventana de su cuarto que da al fulgor de la Bocana; desde ahí observa cómo los peces saltan para entrar del río al flujo y la marea, y luego se estrellan entre coral y rocas y reculan salvando varas y limando troncos entre el agua.

Entonces, Roberto comienza a recordar ese tiempo en que el alcohol disparó dentro de su mente esta urgencia perniciosa y falaz. En uno de esos días, se ve parado frente a la estación de ferrocarriles de Veracruz a la espera de la llegada de la corrida del Jarocho que venía de México y traía con él al *Chivo* Macías, flamante delegado regional del sureste del sindicato de ferrocarrileros. Y se recuerda también, mientras enciende otro Faros y lanza el humo por el lado donde crecen los arrozales, cómo aquel día (una mañana llena de luz y niebla y sopor que presagiaba viento del norte) había pasado a su cuaderno uno, dos o tres poemas que ahora se le escabullen de la memoria y que, sin embargo, vuelven, así sea en jirones, a aparecer como relámpagos tibios sobre la frente sudorosa.

Fue el recuerdo de una cita durante el sueño, o fue el ruido de la corriente y de las láminas golpeadas por el viento. O fue el bullicio de la gente afuera, con esa música de Caballo de la Sabana que se cruzaba con la de Bela Bartok en su viejo estéreo. No sabe Roberto. El caso es que después de amanecer el día brillante, se dejó venir sobre la línea del mar, y a la altura de la corona norte, un viento furibundo. Macías salió de la estación y fue recibido con un efusivo abrazo: tocó amorosamente la nuca a Roberto y le dijo: “¿Cómo has estado, cabrón?”. Y Roberto le contestó que bien, y salieron abrazados bajo el ¡crack! ¡crack! de los pichos subidos en la pesadumbre de los árboles. Sintieron el tufo de óxido y sal al doblar la esquina de Montesinos, y dejaron atrás el tráfico del muelle que a esa hora desembarcaba sacos de maíz traídos de África. Obviaron la sirena de un buque que partía sabe a qué rumbo. La plaza poblada de almendros, bancas de cemento y lámparas mortecinas. Aún no bebían las primeras cervezas, cuando del resplandor súbito y la cauda de una estrella surgida de El Muelle Inglés, vieron salir a un hombre tambaleándose y, detrás de él, un famélico perro con una enorme estrella en el hocico.

Entraron al bar. Se sentaron a una de las mesas. Para comenzar —despojándose de la chamarra que parecía molestarle— Macías pidió una cerveza Indio que luego cambió por una Monterrey, porque aquí no había Indio, sólo Montejo o Superior o Sol o ésta. Roberto estaba ya ebrio de puro gozo. La sangre le subía a las sienes y las hacía palpitar de la pura emoción de encontrarse con éste a quien consideraba su padrino en la forma

en que se concibe en la iglesia católica: aquel que la hace de padre. Y por eso, Roberto lo acompañó con una cubeta de cervezas Monterrey, para que luego Macías saliera con que necesitaba un “desempance” y se dejara pedir un Perico’s Teacher de Buchanan.

Eufórico —ya fuera por la plática que estaba centrada en cómo le iba a él en su trabajo y qué era lo que pensaba para el futuro— Roberto fue imitando, muy a discreción, a su padrino. Cuando los Perico’s Teacher superaron los seis vasos jaiboleros, Macías se dijo, y le dijo a Roberto, que ya era hora de mejor pedir una botella, pero ya no aquí donde no había música y faltaban las mujeres, sino en los Portales para también desde ahí contemplar el paso del tranvía que corre por la calle de Lerdo, y que a Macías le recordaba a su padre cuando trabajaba en la ruta de Indianilla, allá en la ciudad de México. Como era sábado cuando Macías llegó, pareció bien al líder alargar la juerga en el portal y luego buscar un sitio “donde seguirla” después.

\*\*\*

Roberto toma otro Faros de la cajetilla, lo enciende y le da una gran bocanada. El humo pasa por la garganta y entra al pulmón. Sale de su cuarto y se sienta en el pequeño muelle con escaleras de madera. El agua del río corre tranquila. A lo lejos la luna ha soltado un espolón y su luz resbala por la copa de los árboles en los esteros. Ese movimiento de luz adormecido y luego veloz, le recuerda la espera en el hotel, leyendo las noticias de los periódicos y aguardando a que Macías bajara de su cuarto, y la forma en que, ya aburrido de tanto esperar, se fue a meter Roberto ahí cerca, al bar Florida.

Si hubiera maneras de recordar y sacar de la cabeza asuntos y detalles mínimos que luego se convierten en un modo de vida y llegan a formar letras y acentos de la respiración diaria, Roberto anotaría aquí en su cuaderno, que aquella tarde y noche, y también esta mañana, son testigos de la manera subversiva de su literatura, es decir, la manera en que describe cómo es que llegó a este estado de huesos y nervios retorcidos: alma y vida de su pasión cotidiana. Aquí, el aliento se detiene y comienza a nombrar, con algunos subterfugios, las varias tareas que la mente ejecuta para enviar al mañana estos tiempos dolorosos. Y las letras y las *ies* que unas a otras se unen para escribir la historia de uno (en este caso la de Roberto), se asoman y, entre el juncal de lirios apretujados en las rocas y el agua, tratan de explicar el porqué de ese nudo existencial hecho de sombra y luz.

Fue esa tarde y muchas más: tarde gris de domingo y viendo él directamente su rostro al espejo, y sintiéndose inmensamente feliz. Esa tarde Roberto tenía un hilo intensamente azul. El que ahora tiene en las manos es negro y al punto de la desintegración. Él mismo a veces no entiende. Se pregunta y nadie contesta, y entonces mejor duerme con las preguntas. Se despierta y sufre: es imposible dormir sin estar anestesiado por tres cuatro tragos de alcohol.

Después de una noche de arañas popelinas y dragones enlutados, Roberto se despierta con extrañas imágenes en donde se mira bebiendo junto a Malcom Lowry en el Volcán de Cuernavaca. Sonríe al escritor de manera idiota, para enseguida, preguntarle si sabe qué es todo esto de no poder salir de una infeliz cantinucha. Todo lo que alcanza a oír por respuesta es esto:

*Acaso porque bebemos, no agua sino gravidez y promesa de gravidez. Acaso porque bebemos, no agua, sino certidumbre de claridad.*

## 10

Ya no sabe Roberto cuánto tiempo duró la corrida con Macías, o si acaso algún día había terminado ésta, lo que sabe es que, en medio de punzadas fluorescentes entre el alcohol y la abstinencia, le fue creciendo el deseo de saber más acerca del pasaje de los Jueces, y en un día —que tampoco ya recuerda, pues cuando se bebe los días son los mismos o se diluyen éstos en espirales del mismo calendario— se fue al centro de Veracruz a ver si hallaba a un amigo que le ayudara en este asunto del texto hebreo.

Así es que, sin saber qué nivel de cervezas y Perico's Teacher anidaban en el flujo de la sangre, salió de su apartamento y anduvo vagando toda la mañana, esperando la hora en que abría, allá, en el mero corazón del puerto, *El Rincón de la Trova* donde había quedado (según él cree ahora, pero sin que se lo confirme la realidad de tal cita) de verse con el arqueólogo Nacho León, dueño de este bar porteño. Nacho había prometido buscar en el INAH a alguien que supiera hebreo para traducir el papel que Roberto había comprado al Cámara. Así que, a la espera, Roberto gastó un buen tiempo de la mañana para vagabundear por Boca del Río antes de abordar el camión que lo llevaría al puerto.

El tiempo en Boca del Río pasa lentamente. Aquí, la vida se ha propuesto ser benigna con sus habitantes, poseedores de un corazón cálido y sensible. Las casas con sus patios, tienen ese sabor salvaje que tanto agrada a Roberto. Una habitación de palma, de madera o de construcción, tiene siempre puertas y ventanas abiertas. En los solares se siembran plátanos y naranjos o limones y plantas con chile chilpaya, sin faltar las palmeras de cocos y alguno que otro palo de tamarindo. Una taza de café a la sombra de un almendro o palo de hule, es como detener el avance de la tarde; el sorbo de un vaso de agua de coco con ginebra o aguardiente, vuelve a hacer que ese tiempo avance con intervalos súbitos de alegría. Boca del Río guarda aún un sabor provinciano que lo hace sentir uno de esos pueblos de los trópicos, sumido en una historia que no camina. Enclavado en una franja que forma un triángulo, el pueblo mira hacia el mar y hacia el río. Esta doble bendición geográfica lo convierte en un sitio paradisíaco.

Por las noches, se puede caminar tranquilamente por sus calles, andar fumando por el bulevar adoquinado o estarse quieto y meditabundo en una de las bancas de su zócalo, vigilado por la iglesia de Santa Ana, pequeña y encalada, con ese olor característico de las maderas sagradas y las flores que a mano limpia libran sus batallas frente a los milagros y las lámparas votivas.

Roberto todavía recuerda cuando las calles que cortan el pueblo, eran sólo veredas y lodazales. Durante la época de lluvia, estas avenidas de tierra, se mezclaban con el fango, ramas de árboles, frutas podridas y bagazo de caña molida. Han de haber guardado esta apariencia de barro y maleza desde los días en que, por primera vez, los españoles avistaron sus costas y le llamaron Río de Banderas.

Hoy las cosas han cambiado y el pueblo se ha convertido en una ciudad de tintes modernos, con avenidas bien asfaltadas y grandes edificios y comercios de firmas

extranjeras. Esto, no ha quitado al pueblo su sabor romántico. El avance tecnológico apenas si hace mella en los más viejos; en tanto los jóvenes, si bien se amoldan a las torres de aluminio y de vidrios polarizados, siguen también guardando ese estilo de vida en el que el sol y el mar se imponen a las estructuras metálicas.

Cuando el boqueño<sup>12</sup> pasa frente al Vips, Roberto se adormila. En una sacudida del autobús, los ojos cerrados reviran y buscan en lo profundo de la mente fragmentos que saltan y se sacuden como peces furiosos. En uno de esos aletazos, no sabe Roberto por qué, de su conciencia brotan una amalgama de estrellas en cuyo centro alguien dormido en su memoria, deshila porciones de un *Diario* a manera de eslabones discontinuos:

“Aun para nuestros abuelos, una ‘casa’, un ‘pozo’, la ropa misma, sus camisas y playeras: todo era mucho, infinitamente más íntimo; casi todo era el vehículo en el que hallaban al humano y al que añadían ingredientes al almacén de lo humano. Ahora, desde otros lados, nos llegan cosas varias e indiferentes, cosas fingidas, una imitación de vida. Una casa, en el sentido moderno, una manzana o un viñedo a la forma actual, nada tiene en común con la casa o el viñedo en los que quedaron guardadas las esperanzas y reflexiones de nuestros ancestros... Las cosas vivientes, las cosas vividas y conscientes de nosotros, están acabándose, y ya no podemos reemplazarlas. Tal vez somos los últimos que conocieron tales cosas. Sobre nosotros recae la responsabilidad de preservar no sólo su recuerdo (eso sería muy poco y nada confiable), sino también su valor humano y casero”<sup>13</sup>

Cuando Roberto despierta, azuzado por el final abrupto de este fagonazo de memoria, el boqueño se halla por los embarcaderos del Muelle de Pescadores. Roberto mira cómo, por el puente colgante de tablones, algunos pescadores lían un flavio; otros, le hacen el honor a este día, turbio y alucinante, bebiendo agua de coco con aguardiente. Un poco más, y el boqueño se interna por donde pueden verse los cascos de los barcos, las banderas de múltiples colores o los buzos que con su escafandra de vidrio se sumergen y luego emergen con algún pulpo ensartado a la punta del biello. Para cuando el autobús hace su parada final en el Mercado de Pescadería, Roberto siente ese gozo soberbio que causan los aromas salidos de aquellos arcos sin ventanales: el perfume del bagre y la mojarra; la combinación de ostras y lucios, y el de las verduras que a fuego lento se cuecen pasadas por vinagre.

Inadvertidamente, y sin que Roberto lo desee, le vienen a la mente aquellas líneas que el Poeta escribiera sobre este mercado, y que él, impelido por el goce soberbio de estos aromas, puede citar casi de memoria. Casi, porque mientras camina sobre las losas tatuadas con escamas, se pregunta: ¿”Cómo es qué dice?”; y lo que dicen aquellos párrafos que el Poeta escribiera en uno de los periódicos del puerto, poco a poco van deslizándose por el árbol neuronal de Roberto:

---

<sup>12</sup> Autobús que viaja de Boca del Río al centro del Puerto de Veracruz; un recorrido, por lo más, envidiable y lleno de asombro.

<sup>13</sup> Roberto sabe de memoria muchas citas como ésta del *Diario* de Rainer María Rilke.

NOTIVER, Sección Dominical, Julio 25, 1993

*Mercado de Pescadería*

*Para mí solo, a mí solo, en mí mismo  
cerca del corazón -fuente del verso-<sup>14</sup>*

“Aquí también se exhiben las moreras, los pez-gallo y ángeles con alas. Aceite y sal. Allá, un mástil sin bandera. Arriba, las cocinas. El hervor de los aceros en verano. Aceitunas y alcaparras para el pescado a la veracruzana. Laurel y almendros. Siete pesos la comida corrida. La luz con su cabeza de amapola. ¿De qué materia está hecha la Palabra sino de dos o tres vocablos? También hay pulpos entre cebollas. Amanecer en miniatura. Ya son las doce y media del día. Atracan los remolcadores con un barco de España. Todo lo demás viene con lo aciago, con lo vencido, con la nostalgia de días impronunciados y amor a la intemperie. Afuera las cervecerías. El Puerto y Doña Mary, Vitamar y Los Panchos. De allá mana una transparencia. En Landero y Coss el Patio de Vergara. Agua en los estanques con tortugas que giran. Ropa cardinal en los tendidos. Puertas de madera custodiadas por antiguos ángeles. Habla de lo poco que te separa: su aliento sin fuego, su pasión a pausas. Mira, ese muro con flores. También crece la hierba entre los ladrillos. Olor a pez mojado. ¿Por qué no escribes algo? Raíz del lenguaje, poco a poco calas en los muros poemas extranjeros. Dueño de ti, uno te crece en la boca: lavanda que temprano la sábana expulsa; lumbre que incendia los mapas de la lengua. Pasan los marinos entre el vapor de las verduras. Los salpica el sol en el borde de las estrellas”.

\*\*\*

Un paso más y Roberto se ve caminando rumbo al Rincón de la Trova.

El bar ocupa un antiguo edificio de techos altos y arquitectura porfiriana, con adoquín en el piso y vigas, cal y arcos que le otorgan un placer especial al que ahí bebe. Nacho León, se encuentra sentado, leyendo el periódico de la tarde. De vez en cuando, se toca esos bigotes que le han ganado el mote de el Tlacuache, y juega con ellos de manera indiferente.

—Quiúbo Roberto, te estoy esperando desde la una —dice Nacho a manera de bienvenida y sin dejar de ver al periódico. —Espérame, orita te atiendo.

Roberto permanece de pie. Observa la exposición que el fotógrafo Arturo Talavera presenta en este antro con motivo del Festival del Son Montuno: rostros envejecidos y recios, cuerpos sudorosos y explosivos de los que se desprende, a pesar del amoniaco y

---

<sup>14</sup> El epígrafe es un verso del inimitable y soberbio *Cementerio Marino* de Paul Valéry

la sepia, el olor a aguardiente; las miradas profundas, cavernosas y fulminantes, y el vaivén de la cintura en torno a ese universo que gravita sobre luces; o el abrazo de aquel otro hombre, vestido con guayabera, que hace nudos la geometría de la música con el solo pulsar de sus caderas.

—Mira, Roberto, aquí te tengo ya lo de este desmadre que traes de la escritura judía. ... Te tengo a un cabrón... ¡Ah, tú lo conoces, coño!... Daniel Nahamad. Bueno, Nahamad conoce a un ruso, de esos que llegaron a Veracruz con los tamseros hace poco. La cosa es que le caigas al Daniel en su oficina. Orita no está, anda por el Manatí, pero la próxima semana lo agarras. Procura caerle antes de la una de la tarde, porque ya después de esa hora se mete a la cantina... Y para que lo saquen de ahí está cabrón. O, a últimas, cáile en la cantina ¿no?

Roberto escucha con atención y cierto brillo en los ojos. Cuando, en días anteriores, había mostrado a Nacho León el escrito en hebreo, éste le prometió investigar entre sus conocidos del Instituto de Antropología, sobre la existencia de alguna persona que supiera hebreo, o bien, remitirlo a la ciudad de México o algún otro lugar, con el fin de encontrar a quien pudiera traducir el texto. Pero esto había resultado mucho mejor.

Porque, ya luego, Nacho León le ha contado que “el ruso este sabe un chingo de idiomas, además de ser alguien que sabe un montón de cosas más”. Tal vez el ruso podría conocer el hebreo y ayudar a la traducción. Nacho León le ha dicho que posiblemente el texto no tenga mucho valor, pero que la caja sí parece valer un buen chelín, pues demuestra tener por lo menos unos trescientos años de antigüedad.

Ahora, Roberto se ve sitiado por una serie de sentimientos encontrados. Ya no sabe por qué desea la traducción del texto: si por una curiosidad intelectual que ha ido supliendo poco a poco su interés económico, y de verdad ahora le revolotea con impaciencia en el estómago, o porque espera que de alguna manera el texto y la caja sean valiosos para así poderlos ofrecer y hacerse de un dinero fácil. Cualquiera sea la razón, la búsqueda del ruso va impulsada por un deseo único: claridad en todo esto.

## 11

Que emerja la claridad de esta hora en que la mente de Roberto permanece quieta. Fuma un cigarro Faros bajo un día esplendente. Observa cómo el agua del río lleva entre sus pliegues hojas y ramas secas, arrastra pensamientos y pule piedras. El río flota tranquilo. Sobre él, el zumbido de los moscos y el vuelo de las mariposas, y el arrullo del manglar torcido entre el pozo y las plantas. Roberto se aleja del muelle de madera en donde atraca ese pequeño bote llamado *Roble*, pero que también se llama *Tulipán*, y tiene otro nombre que ahora Roberto no recuerda. Va al librero empotrado en la pared, engarza una de las hojas de lirio entre sus dedos, y con la mano libre apaga el estéreo en el que suena la *Elegy* de Jethro Tull. En el silencio agudo de la tarde, el tímpano en el vacío, el yunque bajo gracia, parecen escuchar otra vez la voz del hombre anónimo: esta vez, con una frase más larga, pero de cuerpo absoluto y firme: “Ver el mundo en un grano de arena. Y un cielo en una flor silvestre; tener el infinito en la palma de tu mano, y la eternidad en una hora”.

\*\*\*

Macías regresó a Veracruz para asistir a un congreso del sindicato que duró todo un lunes y martes. Luego, decidió que iba a quedarse toda la semana pues “ya va a comenzar el carnaval, y ese sí, no me lo pierdo por nada” —le había dicho a Roberto, otra vez instalados en los portales de Lerdo, gozando de un Perico’s Teacher y viendo el paso de los tranvías.

Roberto se sentía realmente bien entre el barullo de la gente y el ruido de las botellas de cerveza. Es más (se decía en sus adentros): “Jamás me había yo sentido tan bien como ahora”. Incluso, el miércoles, luego de presenciar la quema del Mal Humor — lo que a Macías le pareció una “verdadera jalada” por la actuación acartonada del bastonero real— el mismo Macías (quien ya había aprendido a divertirse “a lo grande”) se llevó a Roberto a un bar que había descubierto por la zona de los mercados. Allí, en El Túnel del Amor, había mujeres con las que se podía bailar y charlar mientras se consumía licor. Roberto aceptó ir de mala gana con su padrino. Ya dentro del bar, un lugar de luces rojas batidas por el humo del cigarro, Roberto sintió que ese no era su sitio. Se vio aislado y taciturno e, incluso, dio una cabeceada, al tiempo que Macías sacaba a bailar a una de las mujeres.

“Lo que tú necesitas es un madrazo —le dice Macías, una vez que hubo regresado de bailar. —A ver, mi’ja, sírvele aquí a mi ahijado un *alipus*”. Fueron dos cervezas las que aceptó. Fueron dos cervezas las que transformaron su mundo. Aquella dolencia de sueño desapareció de pronto, los sentidos se aguzaron y las voces vibraron en otro tono. Una cerveza más, y estuvo listo para pedir a una de las meseras que bailara con él música de Chico Ché... Y detrás y delante de una estaca que no tiene culpa, la euforia de los sentidos, la expulsión de la anestesia, la percepción ácida y a la vez benévola del mundo que pone la sangre en equilibrio y sujeta los marrazos de la vida. El cerebro se amolda a estas navajas rasantes que surcan el aire. El aliento se disuelve y el habla se centra en al aura donde mejor golpea: zurce y teje la telaraña de la inteligencia, sin que los nervios logren domar éste que parece un molotov de poesía. El tiempo. El tiempo es

puesto entre paréntesis y dentro de él se dan las visiones lentamente, fugaz y fuera de su sitio. A tal grado que Roberto comienza a expulsar al oído de otra mente, visiones y frases puestas bajo la antorcha ardiente del alcohol y las luces: “¿Acaso está la muerte inconsolable por ser la muerte?”<sup>15</sup>. Todo es posible en este guión estridente de botellas puestas en fila. Y entonces Roberto le pregunta al oído: ¿Por qué no un perfume en vez de la muerte? La coronación del poema. Transparencia de los cuerpos. Acaso narciso y lila. O pétalos de menta. Allí el mar, por ejemplo. **O** de la **O**, alma mía. Limpio el mar, tu boca marina. Agua y sofocación. Tu cuerpo otra vez (*essence absolute*). Con Dios en el corazón...

Y así, hasta que le dijeron a Macías que ya no servían, que iban a cerrar, que tenía que pagar e irse. Irse al sol. Irse de frente al mar de luces cardenales, con los ojos rojos y nublados y la certeza de que por ese día Macías iba a dormir hasta el día de mañana, y se iba a quedar en su cama para retomar fuerzas. Pero no Roberto; porque él se sentía otro, uno que percibe cómo el cuerpo comienza a levitar y ponerle las sienes de acero. Roberto fue a dejar a Macías en el Diligencias y él, casi incólume, se fue a meter en uno de esos bares que abren justo a la hora en que los jureles y lucios son bajados al hielo con la pupila fresca y las branquias al aire.

---

<sup>15</sup> Un fulgor del poeta francés Roger Munier.



«*Mantén la antorcha pegada al oído*»

Esta frase se halla en una de las páginas del cuaderno de Roberto. No tiene fecha, pero fue escrita después de que él encontrara a Nahamad en la cantina, y éste le hablara casi por dos horas acerca del ruso, y luego le dijera: “Ahora no recuerdo la dirección; sé que vive por la laguna de Mandinga, pero mejor déjame checar bien dónde vive y yo paso a tu casa cualquier día... ¡Ah!, el miércoles que voy a Manatí; de refilón paso y te dejo la dirección exacta”. Y Nahamad había agregado que el ruso había llegado de por allá de las estepas siberianas o algo así, que no sabía muy bien pero que de todas formas le daría los datos completos de éste a Roberto.

En todo este protocolo Nahamad se había puesto espléndido y había invitado una caguama. Al principio Roberto le dijo que no, porque tenía algunas cosas que hacer, pero no tardó ni dos minutos cuando se convenció a sí mismo y le dijo al cantinero “una media Sol, nada más y me voy”. Y esa media Sol se convirtió para Roberto en dos caguamas, y dos o tres (ya no recuerda) madrazos de *gin tonic*, de tal forma que regresó a su casa totalmente encendido: un incendio que le duró como tres o cuatro días, metido en el lugar de Boni: allí trató de calmar el espasmo y la exigencia de una compulsión terrible.

Nahamad apareció un día miércoles por la casa de Roberto, y como éste todavía no la “paraba” y seguía metido en lo de Boni, el arqueólogo echó la nota con la dirección del ruso por debajo de la puerta. Eso de dirección es un decir, porque cuando Roberto leyó la nota, el santo y seña era éste: “Tomas el Mandinga y te bajas hasta la terminal. Allí en la laguna preguntas: todo mundo ahí sabe quién es el pinche ruso”.

\*\*\*

Resulta difícil para Roberto indicar si lo que a continuación se narra es producto de la realidad o se trata de exposiciones sucesivas de sueños, o una autosugestión a la que quiere someterse él ante la desesperante situación que entonces vive, o es simplemente que al tomar este cuaderno y anotar en él (ya de manera lúcida y sobria), quiere encajar en el papel azul, no la realidad exacta de lo acontecido, sino fogonazos de una memoria ahora transformada.

Roberto es incapaz de reunir pasajes completos de lo vivido en los últimos diez años. Puede sí, recordar hechos anteriores, como los de su niñez y adolescencia, e incluso, posteriores, pero no los más recientes (diez o quince años atrás) —sobre todo aquellos en los que sus borracheras fueron más incursivas. Los daños neuropatológicos que su cerebro registra, debido al consumo de alcohol, son severos: se ha afectado la corteza cerebral, la materia gris, el diencefalo, aun la espina dorsal y, sobre todo, el lóbulo frontal de su cerebro. La apatía emocional, la desinhibición extrema, su pobre atención a las tareas más elementales, son el resultado de una larga carrera alcohólica.

En un estudio profundo, que más tarde le sería practicado mediante Resonancia

Magnética de Imagen (MRI)<sup>16</sup>, se muestra que una parte del cerebro de Roberto se ha deteriorado prematuramente. Fisiológicamente, el alcohol ha hecho un daño severo: el número de neuronas de tipo largo en su cerebro, se ha reducido en la corteza frontal superior, a la vez que la medida de arborización dendrítica se ha vuelto significativamente más pequeña, y, de paso y lastimosamente, han sido afectados los cuerpos mamilares del cerebro produciendo drásticos cambios en el proceso sináptico. El alcohol, un fuerte proveedor de calorías no nutritivas, ha provocado también una deficiencia vitamínica de tiamina; la falta de ésta, le resulta a Roberto en una variante, si bien ligera, del síndrome amnésico de Korsakoff, con una afectación hacia la memoria retrógrada.

¿Sabe de todo esto Roberto? ¿Comprende lo que el doctor Denis le dice, mostrando para ello un gran atlas del cerebro? Sí, Roberto lo comprende. Asimila también cuando Denis le explica acerca de su problema con la memoria: el pavor de esos *blackouts* que lo hacen montar en pánico y desesperación. “El alcohol te está produciendo una variante de amnesia retrógrada, si bien no en su sentido estricto, sí de tipo sintomático”, le repite un Denis paciente y compasivo.

El daño está relacionado con la memoria a largo plazo, y consiste en la incapacidad de evocar información que había estado almacenada durante mucho tiempo por correspondencia en el encadenamiento de datos y hechos. Ahora, ya no existe esta correspondencia, lo cual va afectar de manera singular a la memoria de corto plazo, de tal forma que Roberto tiene serias dificultades para adquirir información nueva también. Él puede recordar información de los primeros decenios de su vida, pero no evocar información de épocas más recientes; la capacidad para evocar sucesos recientes y formar recuerdos nuevos, se halla deteriorada en una variedad de síndromes cerebrales orgánicos.

\*\*\*

Dentro del cerebro, el conocimiento no se almacena en ninguna forma que se parezca a un programa de computadora convencional, sino que se almacena estructuralmente, en forma de patrones distribuidos de pesos sinápticos excitatorios o inhibitorios, cuyas magnitudes relativas determinan el flujo de las respuestas neuronales que constituyen la percepción y el pensamiento...

La conferencia sobre Inteligencia Artificial. Las charlas del Rosenbluth (ya no se acuerda si en el Hospital Serdán o en el San Juan de Ulúa.) El orden y transparencia del cerebro bajo la lupa analítica de la IA. En esto piensa Roberto (y lo tiene anotado en su cuaderno), a la hora en que, dos caguamas y medio litro de caña de por medio, cree haber (¿o fue cierto?) tomado el Mandinga, como Nahamad le había indicado, y haberse dirigido al pueblo en busca del ruso traductor.

Apenas baja del autobús, con la caja bajo el brazo, pregunta por éste. Enseguida también se entera que a Bolk se le conoce como “Boris”, porque él dice que se llama Borisas Bolk, y es más fácil decirle Boris; pero le pueden decir de cualquiera de las dos formas, o como a la gente le parezca mejor y al gusto. Le dicen entonces a Roberto que sí

---

<sup>16</sup> *Magnetic Resonant Imaging* (por sus siglas en inglés)

conocen al ruso: a Boris. Y que sí, vive allá en aquella pequeña colina por la que se llega siguiendo ese camino relleno de grava. Mientras sube, Roberto se pregunta cómo llamara al ruso: no duda, prefiere llamarlo Bolk en lugar de Boris.

\*\*\*

Borisan Bolk en realidad no era ruso. Era un lituano, nacido en 1933 en Vilnius, la capital de Lituania. Sus ancestros, mercaderes errantes de una de las decenas de diásporas judías, llegaron allí antes del siglo XIV. En 1386 la Lituania de Bolk y Polonia se unieron y formaron un nuevo estado llamado Rzeczpospolita; el estado entró en guerra en el siglo XVI contra Suecia y Rusia y, como consecuencia, Lituania cayó en poder ruso. En 1918 los lituanos se declararon independientes, pero fueron reocupados por la Rusia soviética durante la II Guerra Mundial. Después del período amargo de la ocupación, Lituania recuperó su independencia en 1990 tras el colapso de la Unión Soviética.

Una larga tradición familiar condujo a Bolk por el camino de la actividad intelectual y artística. Hasta antes de la independencia lituana, Bolk se desempeñó como profesor de Filología y Lingüística de la Comunidad Judía en Vilnius. Habla varios idiomas: aparte del hebreo con elementos araméicos y el *yidish*, habla perfectamente otros nueve o diez idiomas, entre ellos el inglés, francés, sueco, italiano, algunas de las lenguas escandinavas y, por supuesto ruso, letonio y lituano. La vida intelectual de Bolk alternaba con la práctica espiritual bajo el cobijo de la tradición rabínica de los judíos provenientes del Ashkenazim, lituanos reconocidos por sus profundos sentimientos religiosos, su racionalismo intelectual, así como sorprendente erudición, además de habilidades inusuales para interpretar tanto aspectos religiosos, como asuntos de la vida cotidiana. Todo esto los llevó a sobresalir de otros grupos, y llegar a ser conocidos como los *litvaks*. Otro nombre popular para estos litvaks es *mitnagheds*, una palabra traducida del hebreo que significa “aquellos que no están de acuerdo”. A este grupo de gran tradición religiosa e intelectual pertenece Bolk.

Pero Bolk es doblemente diferente. Si bien es un *livstak*, no opera exactamente como sus colegas. En primer lugar, su capacidad y lucidez intelectual son mucho más afinados y exactos que otros *livstak*. Por otro, no es alguien al que precisamente pueda llamársele un *mitnaghed* ortodoxo, uno que discuta y argumente y “no esté de acuerdo”. Por el contrario, Bolk es un hombre de sensibilidad excepcional; siempre dispuesto a escuchar a los demás, a digerir el estado anímico del otro, interpretar encrucijadas y digerir asuntos caóticos, tanto de la mente como del espíritu de sus semejantes. A pesar de su vocación intelectual que reúne campos tan dispares como la lingüística, la física, las matemáticas, la arqueología, los terrenos de la inteligencia artificial y la psiquiatría (sin olvidar su pasión y conocimiento por el arte y la poesía), Bolk no parece haber doblegado todo ese trasfondo al ego. La fama parece hacerle cosquillas, y a cambio de ello lo que muestra a los otros es un espíritu de sencillez y amabilidad extremas.

Tal vez el secreto para dominar el dilema entre *querer tener* y *desear ser*, haya sido resuelto por Bolk a través de la dolorosa experiencia del exterminio a manos del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial. Bolk tiene solamente diez años cuando

su padre es contratado para dar clases de música en Polonia. Toda la familia se muda a ese país sin saber la suerte que les depara. Sólo dos años después, la Alemania de Hitler invade a los polacos e inicia la cacería de judíos. Bolk es llevado, junto con su padre y tres hermanos mayores (a los que no volvería a ver) a los campos de concentración de Auschwitz primero y luego Türkheim. Allí presencia y sufre en carne y mente propias toda la crudeza de una infrahumana brutalidad. Paradójicamente, fue en estas horribles situaciones límites donde el niño Borisan Bolk adquiere plena conciencia del sentido y dignidad de la vida humana y del valor del sufrimiento, aportándose con ello, una gran dosis de optimismo y esperanza respecto a que la vida humana vale la pena ser vivida. Para Bolk, esa vivencia forjada en yunque de metal y fuego, moldeó una suerte de pensamiento acerado: cualquier tipo de sufrimiento y de sacrificio que la vida nos depara, será aceptado con fortaleza por el ser humano, si sabe que detrás de él hay un sentido que puede iluminar su significado.

Bolk fue liberado en 1945, y conducido a un albergue sueco en donde permaneció hasta 1948. En ese año la Unión Soviética, que ya había ocupado los territorios no rusos del Este, reclamó a todos esos pobladores en refugios europeos y los regresó a sus lugares de origen. Bolk retornó a Lituania en donde vivió hasta 1992. Con la Glasnot de Gorvachov algunos intelectuales lituanos tuvieron la oportunidad de emigrar a los Estados Unidos, Israel, Argentina y Sudáfrica. Bolk fue presentado a Occidente como un erudito en el campo de la lingüística y las artes por el escritor y poeta ruso Joseph Brodsky. Con esta recomendación, Bolk no tuvo problema para ser invitado por la Universidad de Columbia, en Nueva York, para dictar la cátedra de Culturas Bálticas.

Próximo a cumplir los setenta años de edad, Bolk planeó su retiro. Quería pasar sus últimos días en paz: escuchando música, leer poesía y disfrutar de algunos paisajes similares a los de su amada Vilnius. Al principio pensó en la propia Nueva York, pero la vida exacerbada, el stress como dosis diaria, el crimen vagabundo de la ciudad, y el trato huraño y frío de sus habitantes, le hicieron desistir. Luego pensó en renunciar a los paisajes gélidos de Vilnius con tal de estar en paz y con los sentidos atentos al disfrute de la vida; así es que pensó mudarse a la Florida e instalarse en un apartamento cerca del mar. En eso estaba cuando un amigo georgiano le advirtió acerca de los desmanes que, en contra de las etnias de la ex Unión Soviética, practicaba la colonia cubana en el exilio (para los Marieles todos ellos eran “rusos”.) Resignado, Bolk pensó que era tiempo de volver a Vilnius. Tenía ya las maletas hechas y un reservado de avión a Moscú, cuando se le presentó una oportunidad alterna: uno de sus yernos le invitaba a venir a vivir a México.

El yerno, de nombre impronunciable, llamado Mordechaj Antakolski, era un ingeniero petrolero que había trabajado en la instalación del gasoducto transiberiano. Con la Glasnot, también había partido de su natal Letonia hacia Argentina, donde se ocupó en una gran fábrica de tubos. Un día de la década de los noventas, la empresa tubera argentina se halló de pronto con capital invertido en una fábrica mexicana instalada en el Puerto de Veracruz, y con la necesidad de personal experto que cuidara sus intereses en aquella región. “Mordech”, como le llamaban sus camaradas argentinos, no dudó en moverse nuevamente de trabajo: se enlistó en la “leva” argentina, junto con otros ingenieros rusos, y se vino al puerto como experto en la fabricación de tubos de acero sin costura. Después de tres años de vivir en el puerto, y anima-presionado por

Anna, su esposa, Mordech llamó a su suegro para ofrecerle un lugar donde éste pasara momentos agradables en su retiro. Le habló de las bondades del lugar, de sus malecones y portales, de la gente alegre y abierta. Le contó también de su departamento de dos plantas en uno de los condominios de Boca del Río, de lo espacioso que era y de cómo, si se iba al segundo piso, el huésped podía ver el sitio exacto donde mar y río se juntan. Y también, que si lo deseaba Boris, podía entretenerse ayudando a su hija en la atención del pequeño restaurante de comida rusa que recién habían abierto, también en el pueblo boqueño. Aunque advirtió el yerno que si no era costumbre de Boris vivir en comunidad y echar a perder la vida de otros, éste podría escogerse dónde vivir: en Boca del Río había muchos lugares hermosos y paradisíacos para hacerlo.

\*\*\*

La mente es simplemente un nombre para la actividad de procesamiento de información del cerebro. Es una entidad que actúa conforme a las leyes de la bioquímica y no está influenciada por ninguna alma irreducible o por ninguna otra actividad unitaria puramente mental, imposible de analizar como secuencia causal de sucesos bioquímicos elementales.

Roberto no sabe de donde le saltan estos furgones de memoria. A veces él mismo se asombra pues, por otro lado, es incapaz de recordar lo que hizo ayer o donde puso las llaves de su cuarto apenas hace unos segundos. El caso es que deja que ese magma de memoria viva y juegue, influida por el horno candente, producto de tres tragos seguidos de *güin* que ahora trae en el cerebro y hace que los ojos circulen y se adormezcan con un movimiento de placer: uno de esos estados idóneos en los que el cuerpo no se ha pasado de dosis ética, pero tampoco le falta: el equilibrio de la sangre sobre una soga de aire.

Es bajo esa levitación perfecta que Roberto pronto alcanza el alto de la colina. Allí está la casa de Bolk, ubicada en un lugar tan hermoso que no existe cercado alguno que delimite el lote como propiedad. Por doquiera que uno mueve el ojo, éste percibe el panorama con vista al mar y la laguna ostionera. Uno detecta enseguida los sonidos y los aromas: el aletazo del viento sobre el estero, las nubes blancas que bordean el horizonte de espumas; las gaviotas que vuelan y pican contra las barcazas, y ese silencio natural que envuelve el canto de los pájaros.

La casa está construida sobre un terreno de unos doscientos metros cuadrados. Se halla dividida en dos secciones. La más grande, que es la habitada por Bolk, tiene una salida por la parte de atrás que lleva a la otra habitación, separada de ésta por un camino de grava roja. Lo demás del terreno, y el que ladea a las habitaciones, está sembrado con hortalizas y árboles frutales. Destaca, entre las pequeñas parcelas de verduras y cañas, el pequeño puente con un pozo al lado y, bordeando a éste, un número indeterminado de bambúes, ralos y largos. Cuando Roberto llama de voz, pues puertas y ventanas se encuentran abiertas, un grupo de gansos, surgidos de una parte de terreno en declive, surgen graznando y moviendo las alas.

Como Roberto insiste en llamar y nadie contesta, se asoma al interior de la estancia, escudriña y luego penetra en ella. El sol entra por los ventanales a boca de jarro. Los

rayos golpean sobre el piso de madera encerada y rebotan, dorando las paredes y los techos. Esta primera sensación de luz muy dócil, se ve acompañada por este otro silencio perfecto y asombroso. Todo va de acuerdo con esta sensación de tranquilidad que se respira desde la colina y que ahora contrasta con el pulso acelerado y los nervios apaleados de Roberto. Aun, en este estado de pronta resaca (apenas mitigado por el trago que siempre carga como reserva estratégica y primeros auxilios), Roberto es capaz de percibir este estado de armonía y paz casi perfectas. Puede advertir la sencillez en el espacio de esta casa. Sólo unos pocos muebles pueblan el espacio; casi todos de caoba, con la superficie bien lustrada, y líneas sencillas y curvadas en los extremos. Una mesa larga junto a la pared y, sobre ella, un jarrón decorado con peces sencillos que nadan entre el limo, y en el que se halla colocado un ramillete de flores azules y rojas. En otro rincón, dos pedestales, también de caoba, de distinta altura y disposición, con una lámpara sencilla en uno de ellos. Unos pocos banquillos y, a un lado, un gabinete con secciones de diversa altura y niveles.

Pero es el librero, de pared a pared, pegado al fondo de la estancia, lo que más llama la atención de Roberto. Libros de arriba abajo. El primero a la vista es *La defensa de Luzhin* de Vladimir Nabokov. Arriba de éste, el *Réquiem* de Ajmotova, y a un lado *Corazón de Perro* de Bulgakov. No faltan ni Tolstoi, ni Gorki o Pushkin. En la parte baja del librero, de una rápida ojeada con el rabillo, Roberto puede ver una antología del Grupo de Helsinki de Tomas Venclova; otra antología de poetas judíos, traducida por Josasevich. Una más, esta vez la antología poética de Maiakovski.

Algo extra: si uno abre la primera de las páginas de este libro, puede leer una cita escrita a mano, en inglés, que traducida reza:

Si se confiara a un árbol la misión de dirigir su propio crecimiento, pronto se convertiría en una sola rama, o desaparecería enteramente en sus raíces, o se transformaría en una hoja monstruosa, olvidando que el universo es su modelo... Y después de producir de mil cosas sólo una, repetiría esa única cosa mil veces.

A un lado del librero, un mueble aloja discos compactos, cientos de ellos. Música báltica, escandinava. Música de Sibelius: la *Danza sinfónica número 2*, la *Obertura Peer Gynt*, el *Concierto-obertura En otoño* y *Una vieja canción noruega*. También obras de Edvard Grieg, Carl Nielsen, Juhani Rautavaara. En un apartado especial, música de Arvo Pärt: *Cantus in Memory of Benjamin Britten*, *Tabula Rasa*, *Fratres*, *Trisagion*, y mucho más de la obra del músico letonio.

Roberto se detiene frente a un ejemplar abierto de par en par de la Torah judía. La hoja. La escritura del libro es exactamente igual a la de su manuscrito. Nahamad tenía razón: el lituano debe saber qué dice el papel que trae a ser traducido. Se halla absorto ante este espectáculo silencioso de quien siente la vida llena de paz y asombro, cuando, a sus espaldas, cree escuchar una voz. La voz ya no le permite más revisión de libros. De reojo apenas si cree percibir en los anaqueles superiores *El mar* de Jules Michelet, la *Geometría* de Lobachevski, un *Principia Mathematica* de Kurt Gödel, y *The Book of Daniel* de Sir Isaac Newton.

La voz, es una voz grave, y dice: "Mantén la antorcha pegada al oído...". Roberto voltea y mira. Allí se encuentra Bolk, vestido con un pantalón blanco de algodón, una camisa de mezclilla y unas sandalias de piel. Su pelo y barba, completamente blancos, se

miran recortados por una luz que a Roberto parece casi sagrada. La visión se ve rota por el canto tranquilo de un pájaro: el canto trata de beber de esa misma visión forjada en la absoluta soledad de una antigua sinagoga.

## 13

Si ese pájaro —que desde temprano se posa en la rama del mulato para recibir el alba y ver cómo el sol levanta entre calderas de niebla— atravesara el ojo de Roberto, conocería como éste, fumando un cigarrillo Faros, recuerda que Macías se fue en el tren de las siete de la mañana del día miércoles, sin esperar a que Juan Carnaval se enterrara, o ir a tomar ceniza en la Iglesia del Cristo como él hubiera querido, pues ya se le quemaban las habas por irse a la ciudad de México, reportarse, visitar a su mujer e hijos, para enseguida largarse a la ciudad de Aguascalientes, dizque a otro congreso del sindicato, cuando en verdad lo que planeaba Macías era irse a meter a la Feria de San Marcos. Y había dejado a Roberto con un efusivo abrazo, no sin antes haberle dicho: “Qué bueno que nos vimos, pinche Roberto: me la pasé a toda madre; yo creo que el año que entra aquí nos vemos...” Y se acuerda Roberto que ya no hubo otro año de carnaval para Macías, pues en esa ida a Aguascalientes, allá en la feria de San Marcos, Macías se había caído de borracho de una de las gradas de la gallera, y se había desnucado. Cuentan quienes vieron en sus últimas a Macías, que éste, acercándose al oído de uno de los camilleros, ya en el estertor de la muerte, le susurró con fuerza: “Díganle a Roberto que voy a regresar, que al final del milenio habrá un rey feo del carnaval: se llamará *Pato Buzo Ferrocarrilero*”.

Cuando Roberto supo la noticia de la muerte de su padrino, no mostró expresión alguna ni le dijo nada a nadie. Sólo recuerda que una noche, después de haberse servido con unos siete tequilas a la salud de su padrino, se agarró la cabeza y, aunque le parecía absurdo que a Macías, todo lleno de vida, se lo hubiera cargado la muerte, se dijo para él y para los que no lo escucharon: “Ni modo. No hay destino que no se supere con el desprecio”<sup>17</sup>.

Unas semanas después de la muerte, Hilda, la esposa de Macías, le hizo llegar a Roberto por vagón de tren, unas diez cajas repletas de libros que él fue a recoger a las oficinas de envío postal que se encuentran en la calle de Montesinos. Dentro de una de las cajas, una carta de Hilda anexa, que iniciaba diciendo: “Ojalá y te sirvan: Mi Chivo siempre pensó que te gustarían”

\*\*\*

Si ese pájaro —posado ahora en un promontorio de las escolleras para ver si surca de nuevo las llanuras mentales de Roberto—, se asomara al ojo de éste, vería a Roberto abriendo las cajas y sacando uno a uno los libros. Éstos, según carta que anexa la propia Hilda, son los mismos que Ramoneda heredara de Robayna, cuando aquél desapareció de la vista de todos porque, después se supo, ingresó a las filas de la Organización Separatista Vasca. Y eso lo supo Robayna por medio de Pepe Revueltas, estando en la cárcel de Lecumberri donde había caído durante los hechos del movimiento estudiantil del 68. Cuando Robayna abandonó la cárcel en marzo del 69, puso a buen resguardo los libros que Ramoneda había dejado en su casa. Por temor a que la policía del simio Díaz Ordaz fuera a catear las barracas del lado bonito de la Bruja —y dieran esos gorilas con los libros, y a pensar esa policía retrasada que el Santo Grial o Gurdijief o los *Breviarios*

---

<sup>17</sup> Frase clásica en el tratado de Albert Camus cuando se refiere al Absurdo.



*de Podredumbre* del rumano eran subversivos, y fueran a cargar con toda la familia— Robayna había llevado los libros al almacén del sindicato y los había ocultado en sacos de correo, sin olvidar ponerles su etiqueta con su marchamo para que se creyera era correspondencia registrada. Enseguida, Robayna se había ido al puerto de Veracruz donde hizo “contacto”; tres meses después de embarcó en un granelero que atracaba en Génova, y de allí pasó a España y luego, habiendo dado con Ramoneda, se había puesto también a las órdenes del ETA.

Así, cuando Macías se convirtió en delegado sindical de la sección Pantaco de Correos Mexicano, le hizo el favor a Robayna de trasladar los sacos de correos a un lugar seguro con la orden de Robayna, quien había dicho: “Dónalos cuando lo creas oportuno”. Pero en eso de andar en las ocupaciones del sindicato y cuanta borrachera se le presentaba, a Macías se le pasaron los años con los libros almacenados en una de sus “casas chicas” que, él decía a Hilda, era su “oficina”. Aun así, un día que se acordó de ellos, había dicho a su mujer: “El día que venga Roberto que se lleve ese montón de libros, yo pa’ que chingaos los quiero”. Y otra vez, ya el tiempo más cercano a su muerte, había expresado “¡Coño, fui a Veracruz y por andar chupando no le dije a Roberto lo de los libros!...” Así que ordenó a su mujer que se encargara de eso, pues él andaba muy en la chinga, y, por otro lado, no hallaba quién iba a querer más esos libros que el propio Roberto.

Cuando Roberto estaba a punto de cambiarse de habitación, pues ya no le daba para la renta para este departamento en una privada de por el Muelle de Pescadores, fue que llegó para él este montón de libros. En lugar de traer las cajas a este sitio, tuvo que llevarlas a una habitación que alquiló en Boca del Río, un solo cuarto con baño, pero con un pequeño muelle que Roberto usa cuando quiere fumar o ver por las noches el oleaje bajo las hoces de las estrellas; o bien, para leer y leer cuando no tiene demasiado trabajo que hacer en las computadoras.

Fue como comenzó a devorar, uno por uno, los libros que dejara Ramoneda en casa de Robayna y que luego éste, a través del Chivo Macías, de manera no pensada, pusiera en sus manos.

\*\*\*

A la hora en que el pájaro se lleva al pico un insecto que posa en el agua, el ojo de Roberto está atento a una de esas múltiples páginas. Toma la colilla del cigarro y le da una última bocanada. El ojo retrocede sobre una línea ya leída. Con ánimo y sin premura, el iris vuelve a fijar el párrafo, dejando que el cerebro conserve un perdigón en esa región que los psicólogos llaman memoria a largo plazo. En ese lugar, la línea se revuelve, ataca y por fin se acomoda y dice: “Tigre, tigre que arde luminoso”.

Roberto arroja la colilla del cigarro al agua repujada de luces. Éste se hunde. Se deja llevar por la corriente mar adentro, lejos, muy lejos, hasta casi convertirse en ese cuerpo de libélula que habrá de alumbrar el retorno del próximo barco.

El juego de la mirada posee una libertad de expresión extraordinaria. Los otros juegos de la fisonomía son apenas las consonantes ante las vocales que son los ojos. Las mujeres sobre todo tienen una fisonomía idealizadora. Ellas son capaces de expresar no sólo su sentimiento con una exacta veracidad sino que lo hacen de una manera ideal, con encanto y belleza.

Antes de irse a la cama, Roberto ha vuelto a pensar, no en la cita de Novalis evocadora de alguna figura femenina con vocales en la comisura de los labios, sino, precisamente, todo lo contrario: ha traído de nuevo a su memoria a aquel hombre anónimo. Tanto le da a pensar ese hombre, tanto se le ha metido entre neurona y neurona, que hoy ha decidido darle un nombre: sin saber en realidad qué nombre darle a alguien que en los Jueces no lo posee; al escritor aquel no se le ocurrió que algún día ese hombre, anónimo hasta el cansancio, iba a hundirse hasta la saciedad en la conciencia de Roberto. Así que, por no dejar a este individuo sin nombre, y tener algo con qué llamarle, decide que se llamará XYZ: como los nombres de las variables que se usan en matemáticas y sirven para, como indica Newton, percibir tanto lo abstracto como el caos.

Roberto se sumerge en el sueño, en éste, se ve comprando algunas revistas en el quiosco del zócalo boqueño. Está en eso, cuando siente una mano que se posa sobre su hombro izquierdo. Mano dura y tenaz, y una mirada que, aun estando de espaldas, Roberto siente penetrante. Cuando gira el cuello para ver quién lo toca, da de nuevo con el rostro indefinible del hombre a quien apenas ha dado nombre, y que, según Freud, —por asociación del inconsciente con el cúmulo de deseos reprimidos—, aparece furtivamente en los sueños. Es el hombre anónimo: ojos profundos y, hasta cierto punto, animales: de un animal pacífico y agazapado.

—Si quieres saber la verdad, no te ando buscando —dice Roberto en actitud defensiva y no sin una cuota de agresividad manifiesta.

—Existen dos formas de evitar la guerra — dice XYZ, otra vez sin mover los labios — Una, es satisfacer los deseos internos que claman en uno; la otra, conformarse con lo que existe. La primera no es factible por las limitaciones del espíritu de uno: queda la de conformarte a tus deseos.

La voz se mezcla con el repique de las campanas de la iglesia de Santa Ana, azarosas y ajenas, a la vez llenas de una vibración sagrada. Roberto permanece inmutable. En un instante reacciona y deja que XYZ le siga hasta una de las bancas del parque. Está dispuesto a callar y dejar que el episodio transcurra sin tiempo y lleno de mutismo e indiferencia. Total, así ha sido Roberto durante toda su vida: evasivo y hermético. Quiere cerrar los ojos y decirse a sí mismo que no pasa nada, que sólo está soñando y en cualquier momento va a despertar.

A fin de cuentas, ya en otras ocasiones ha tenido esta experiencia de sueños vívidos y profundos que parecen reales hasta el grado de tener lirios en las manos y zarzas que arañan y doblegan la espalda. Eso sucede cuando, después de varios días, deja de beber y entonces el cerebro se concentra y comienza a nutrir los sueños de imágenes casi vivas. Y éste es uno de esos sueños. Como lo sabe, trata de moverse para despertar. Está a punto de mover una pierna, estirar un brazo, abrir el párpado y bostezar, pero desiste: prefiere enfrentar, de una vez por todas, a este fantasma de sus sueños. En alguno de

esos viejos libros de Ramoneda, debió haber leído sobre el evangelio gnóstico de Tomás, y a Jesús diciendo en él: “Si no sacas lo que tienes en el interior, lo que no sacas te destruirá”. Así es que, sin más convicción que la de alejar a XYZ de sus sueños, finge un diálogo sin resonancia alguna:

—Habla en silencio; en el habla se escucha el silencio —Dice XYZ, vueltos los ojos hacia un macetón sembrando con orquídeas. Enseguida cambia el tono de la plática de manera inusual, pues ahora dirige una pregunta que a Roberto le parece menos escabrosa.

—¿Te gustan los peces?

—Sí, —Contesta Roberto con desenfado—. Tengo varios. Los he tenido durante años. Viven en una pecera con plantas verdes y burbujas claras.

—¿Qué tipo de peces puebla el agua? —Pregunta XYZ, ahora cada vez más lejos de Roberto.

Roberto comienza a recordar las veces que ha pasado por el mercado y visitado los estanques de cemento con peces, y los cubos que contienen a las tortugas, y el fresco resplandor de la luz contra las hierbas de agua y los corales y matas de extracción submarina. Y le dice al encargado: “Deme ése, y ése otro, y también aquél”. Y le cuenta a XYZ los peces que pueblan el agua y forman retablos de mar en pequeño.

—Tengo un pez cobre de la bahía. Una sílaba morisca y un león dorado. Un *O* ballesta y un chromis. También un pez navaja y un azul cirujano. ¿Qué más? ¡Ah!, un ídolo moro y un cardenal de los mares, y creo que también un ángel gris y otro de vidrio... ¿Por qué me preguntas eso?

XYZ se encuentra ahora en una franja de viento. Su figura se recorta sobre la luz lunar y la plata sesgada del desierto. Cubierto con una capa negra, no habla, y si habla su voz apenas llega al oído de un Roberto a punto de despertar del sueño.

—El espacio y vida de los peces es el agua. Ella es su límite. Si el agua cede, viene la asfixia. ¿Te has preguntado si los peces son una especie sedienta? ¿Beben agua los peces? Nada es igual al poder de una pregunta sin palabras, un sólo punto de interrogación cuya energía primera brilla en su interior. Esta sola pregunta silenciosa tiene el poder, no de crear esta conciencia del objetivo que buscas, sino más bien facilitarlos mediante la perforación del muro del pensamiento y de volver a despertar una conciencia que siempre está aquí para ser recordada. Pregunto otra vez: ¿Te gustan los peces?

Roberto está a punto de decir otra vez que sí, que los peces le subliman y lo ahogan y sus movimientos y quiebres le alucinan. Está a punto de decir esto, pero la sirena de un barco, detenido en la franja de la Isla Verde, lo azuza para que despierte, y en el sopor y la inconsciencia del sueño interrumpido, no sabe si la última frase es de los negros y quemados labios de XYZ, o se trata de una confusión, y esta línea poblada de ciertos relámpagos y rayas, es también una herencia de Ramoneda.

Con el ojo izquierdo, todavía cegado por esa franja de luz repentina, Roberto va a su cuaderno y anota esta línea: “En medio del silencio, se pronuncio en mi interior una palabra secreta”.

Roberto abre otra cajetilla de Faros y se lleva el primer cigarrillo de la mañana a los labios. Toma también el cuarto de litro de *güin* debajo de la cama y apura un trago enorme. Los nervios se suavizan. Sin encender aún el fósforo, va y se asoma a la

ventana de su cuarto. El barco, sobre la franja de la Isla Verde, enfile al muelle. Lleva bandera, mas no nombre No tiene nombre, y se mueve. Se llama *Luz*, y permanece en reposo.

## 14

Si hubo mañana, no lo sabe. Tampoco puede precisar con exactitud si hubo o no bienvenida o existió alguien llamado Bolk, o si éste se dio como fruto de su mente o fue la intención de saber sobre la escritura de los Jueces; o fue acaso el ondear de banderas escandinavas sobre los arrozales, las que le hicieron figurar en medio de dagas y sables de luz sobre los campos, que ese hombre era quien le iba a traducir y guiar por los secretos de la escritura y los oscuros pasadizos de su cada vez más negra enfermedad crónica.

El caso es que aquella mañana, de cimbras y castillos hechos por la memoria, Bolk ofreció una cálida bienvenida a Roberto. Éste se presentó como amigo de Nahamad, y Bolk le había recibido con agrado. A sus setenta y dos años Bolk no parecía tan acabado. El pelo, totalmente blanco, era sedoso y se movía ondulante, casi al ritmo del viento y la música de Pärt en el estéreo. “Me gusta que la gente me visite”, le había dicho, sin mentir y con un acento que golpeaba su español casi perfecto.

Enseguida ha atendido el reclamo de Roberto. Con parsimonia abre la caja y toma la única hoja que viene dentro. Lentamente y sin hablar, se pasea de lado a lado de la estancia, recorre con los ojos uno a uno el texto, y dice: “Sí, claro que puedo ayudarte; es un pasaje sencillo de la Torah. Seguro que puedo ayudarte.”

Bolk frota las manos una con otra y, sin más preámbulo que el deseo de satisfacer la curiosidad de Roberto, va al lugar donde se halla la Torah, abierta de par en par. Hace una seña para que Roberto se acerque. De un solo movimiento coloca un separador en una de las páginas. Bolk se queda callado por unos segundos. “Aquí lo tienes”, dice a Roberto, mostrando la página abierta de la Torah. Bolk explica que se trata del libro de los Jueces, en uno de los pasajes más hermosos de toda la Torah. “En la Biblia que tú conozcas, no sé, tal vez la Reina Valera del 60, sería Jueces capítulo 1 y versos del 22 al 26. No te pregunto si tienes una Biblia y busques el pasaje, mejor préstame la fotocopia que traes del texto y allí te anoto la traducción al español.”

Roberto parece decepcionado. No existe ningún asombro por parte de Bolk con respecto al documento, ni a la caja. Lo único que el lituano agrega es que, posiblemente, la caja fue arrojada de un viejo Galeón español que se hundió en las costas de Veracruz. “Recuerda que los judíos eran quienes financiaban las expediciones de la Corona Española, y no era raro que muchos de ellos viajaran a América en busca de nuevos horizontes. Pero también puede ser que la Inquisición confiscara sus pertenencias a algún judío. Era común que este tipo de cajas, como la que has comprado a los pescadores, fueran utilizadas para conservar algunos escritos tales como el Talmud y la Torah”. Seguramente algún rabino (o simple creyente judío) había sido despojado de su libro durante el viaje, la nave naufragó y la caja y el libro con ella. Lo raro y milagroso, apunta Bolk, es que sólo se hubiera conservado esta página de extraña belleza. Por lo demás, ni la caja ni el documento parecen tener valor alguno... Tal vez si el libro hubiera estado completo... Quizá.

Bolk saca una Waterman de la bolsa de la camisa. “Aquí te voy a anotar la traducción: tal vez no la mejor, pero sí la más común.” Sin utilizar diccionario alguno, Bolk va anotando en la columna derecha de la fotocopia, la traducción que corresponde a cada uno de estos cinco versículos. Lo hace con una tinta color sepia. Cuando termina,

la muestra a un Roberto más que desencantado. Esta es la traducción que Bolk ofrece a Roberto.

<p>כב וַיַּעַל בֵּית-יוֹסֵף גַּם-הֵם, בֵּית-אֵל; וַיְהִי, עִמָּם.</p>	<p><b>22</b> También la casa de José subió contra Bethel; y Jehová estaba con ellos.</p>
<p>כג וַיִּתְּרוּ בֵּית-יוֹסֵף, בְּבֵית-אֵל; וְשֵׁם-הָעִיר לְפָנִים, לוֹז.</p>	<p><b>23</b> Y la casa de José puso espías en Bethel, ciudad que antes se llamaba Luz.</p>
<p>כד וַיִּרְאוּ, הַשְׂמֵרִים, אִישׁ, יוֹצֵא מִן-הָעִיר; וַיֹּאמְרוּ לוֹ, הֲרֵאנוּ נָא אֶת-מְבוֹא הָעִיר, וְעֲשִׂינוּ עִמָּךְ, חֶסֶד.</p>	<p><b>24</b> Y los que espiaban vieron a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia</p>
<p>כה וַיִּרְאֵם אֶת-מְבוֹא הָעִיר, וַיַּכּוּ אֶת-הָעִיר לְפִי-חֶרֶב; וְאֶת-הָאִישׁ וְאֶת-כָּל-מִשְׁפַּחְתּוֹ, שָׁלְחוּ.</p>	<p><b>25</b> Y él les mostró la entrada de la ciudad, y la hirieron a filo de espada; pero dejaron a aquel hombre con toda su familia</p>
<p>כו וַיֵּלֶךְ הָאִישׁ, אַרְצַי הַחִתִּים; וַיְבִנֵה עִיר, וַיִּקְרָא שְׁמָהּ לוֹז--הוּא שְׁמָהּ, עַד הַיּוֹם הַזֶּה. {פ}</p>	<p><b>26</b> Y se fue el hombre a la tierra de los heteos, y edificó una ciudad a la que llamó Luz, y ese es su nombre hasta ahora</p>

**22** También la casa de José subió contra Bethel; y Jehová estaba con ellos. **23** Y la casa de José puso espías en Bethel, ciudad que antes se llamaba Luz. **24** Y los que espiaban vieron a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia. **25** Y él les mostró la entrada de la ciudad, y la hirieron a filo de espada; pero dejaron a aquel hombre con toda su familia. **26** Y se fue el hombre a la tierra de los heteos, y edificó una ciudad a la que llamó Luz, y ese es su nombre hasta ahora

Jueces 1:22-26

\*\*\*

Cinco versos que Bolk ha leído de forma extraña y luego explicado a Roberto que, en hebreo, se trata de una lectura vertical de los textos llamada *bovesthophedon* (de derecha a izquierda un renglón, de izquierda a derecha el siguiente.) Cerca de cien palabras en la traducción al español. Una breve historia que perseguirá a Roberto en sus sueños y en sus vigilias. Hará que medite a horas y deshoras, temprano y por la tarde, confundido y lúcido. Se va a meter a sus sienes y columbrar por los espasmos en esos momentos en que el alcohol se ufana de ser el amo de sus exhalaciones y signos vitales: esos instantes en que la desesperanza fustiga y parece ser un hoyo negro en donde Roberto va perdiendo el último de sus respiros.

Por otro lado, Roberto se siente frustrado. Todo para esto. De haberlo sabido, mejor hubiera tomado ese libro al que Ramoneda llamaba la *Biblia del Oso* (y de la que presumía era un facsímil de la primera Biblia en español impresa en 1573), y allí buscado y dado cuenta que *eso* no servía para nada. O, a últimas, hubiera tomado la Reina Valera 1903 que su abuelo le había heredado, y que hacía ya mucho tiempo no leía, y ahora ya no recuerda dónde la puso, o si cuando se cambió de departamento la trajo con él o la había ya vendido en una librería de viejo o empeñado en alguna cantina.

“¿Y, qué quiere decir todo esto?” —pregunta Roberto con desgano. Bolk sonríe. Se halla frente a Roberto con unos bocadillos que coloca en la mesa de centro: queso feta búlgaro, galletas canapinas, una botella de vino Carver Sutro y otra media de Chateau Ducru Beaucaillou. Roberto no parpadea. De pronto, aquel desencanto se ve suplido por una serie de calambres pavlovianos que le produce la vista de este excelente festín. De verdad Bolk se ha mostrado espléndido al poner en la mesa esa vianda; esos vinos que en breve pondrán la espina dorsal de Roberto en la mejor de las verticales.

“Esto no quiere decir nada, si no quieres que diga nada”—, dice Bolk a la vez que sirve del Carver Sutro en la copa de Roberto— todo es cuestión de si deseas de verdad que el pasaje signifique algo para ti”. Bolk toma asiento en el sofá. Frente a él, Roberto parece gozar de los primeros efectos del Carver Sutro. Los dos permanecen en silencio. De pronto, Bolk se para y dirige al librero. Ahora la actitud de Bolk parece menos sesgada, más cálida. Su mirada hacia Roberto se ha vuelto de ternura y cierto dejo de compasión. Cuando llega al librero, Bolk toma de allí un atlas bíblico enorme, en inglés. Lo coloca sobre la mesa a la que se hallan sentados, y lo abre en donde el índice: *Bethel: The Conquest of Caanan, page 72*.

Cuando ha llegado a esa página, Bolk dice a Roberto, circulando con un lápiz rojo el sitio exacto en el mapa color amarillo: “Aquí la tienes... Esta es Bethel en los tiempos que menciona el pasaje de los Jueces”

Aliviado por las dos copas de vino en el estómago, Roberto comienza a interesarse cada vez más por este asunto. Bolk le ha explicado brevemente la historia de la conquista de Caanán a manos de los ejércitos de Josué. Roberto escucha con atención. Después de una segunda copa de Carver Sutro, Roberto se llena otra, ahora de Ducru Beaucaillou; sin importar si nada más se debe beber de uno solo de los vinos. El cerebro le punza. Pero la punzada es un agudo sentido de disfrute de todo lo allí envuelto: la música sacra escandinava, el perfecto sabor del queso sobre la bóveda palatina y el rumor del aire que trae consigo un aroma a hierba dulce, a flores y almácigos. Roberto puede sentir el vino soldándose a su sangre y haciéndola más roja, más intensa, hasta alcanzar el índigo y subir a su cerebro y hacerlo arder como una torre desde donde todo

es visible de forma extrema y clara; todo es audible, de una perfección en donde las palabras se vuelven cuerpos y éstos son capaces de ser tocados sin acercarse a ellos. Es tal vez por esto que Roberto no se da cuenta a qué hora Bolk ha comenzado a leer el artículo acerca de Bethel: la oscura y desgraciada ciudad que antes se llamaba Luz. No sabe cómo, aquella misma sangre revuelta con vino, se convierte en una ola de palabras que retumba lejos de sus tímpanos...

«Bethel significa *Casa de Dios*. En la antigüedad fue una ciudad cananita, fundada por las tribus de Cam, hijo de Noé. A diferencia de las pequeñas ciudades de los grandes imperios asirio y babilonio, sepultadas por el paso del tiempo, la existencia de Bethel no es cosa que se discuta. En la actualidad lleva el nombre de Beitin, y se halla situada a unos 19 kilómetros al norte de Jerusalén.

En la Torah, se le menciona setenta y dos veces. La primera vez en Génesis 12:7-8. Te leo: “*Y apareció Jehová a Abraham, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido. Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Bethel, y plantó su tienda, teniendo a Bethel al occidente... Y edificó allí altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová*”. El nombre de Bethel fue dado a la ciudad por Jacob, en aquella visión que tuvo de la escalera del cielo, porque dice Jacob lleno de sombro: “*Cuán terrible es este lugar, no es otra cosa que Casa de Dios, y puerta del cielo*”. Posteriormente, en Génesis 31:13, un ángel se aparece a Jacob y le dice: “*Yo soy el Dios de Bethel, donde tú ungiste una piedra y donde tú hiciste un voto...*”.

Bethel siguió siendo famosa. Después de la muerte de Salomón, y a la división de su reino, Jeroboam, rey de Israel (norte), levantó dos becerros de oro, uno en Bethel y otro en Dan. Fue así como Bethel llegó a ser un gran centro de idolatría, y el principal santuario de Israel, tan poderoso que llegó a rivalizar con el Templo en Jerusalén. Los profetas Jeremías y Amós denunciaron a Bethel por sus idolatrías; el profeta Oseas lamenta su gran maldad, y la llama Bet Aven (Casa de prostitución). En la reforma para renovar el estudio de las Escrituras y la adoración a Dios, el rey Josías destruyó el altar que se encontraba en Bethel.

La antigua Bethel fue destruida cerca del 540 AC. por un gran fuego. La destrucción pudo haber sido obra de Nabódino de Babilonia, o de los persas, en el período anterior a Darío. Aunque la ciudad no se menciona en el Nuevo Testamento, seguramente que Jesús debió haber pasado muchas veces por esa área cuando viajaba. Bethel está situada en el camino principal que va de Siquém a Jerusalén...

La voz de Bolk es perfectamente audible. El cruce de los dos vinos ha formado un campo sonoro donde el golpe del martillo sobre el yunque del oído hace que las ondas sonoras se expandan, no sólo en el sitio del lóbulo auditivo, sino alrededor de todo el cuerpo de Roberto: como si fuera un aura y el aura pusiera en ejercicio todos los sentidos, y éstos atrajeran mantras y oraciones.

La lectura de Bolk continúa. Lo que pudiera parecer a simple oído una plática aburrida, va pareciendo para Roberto, en medio de esta vorágine de luces mentales, un mapa donde su ser toma (no sabe cómo) un lugar en una de las aristas. Su mente se va dibujando un sitio en las coordenadas de esta Bethel a punto de ser pasada a filo de espada...



...Números 13, narra la actividad de los doce espías enviados por Moisés a tierra de Caanán. En suma, la tarea del espía era: observar el territorio cómo es, qué características tiene el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, poco o numeroso; si la tierra es buena o mala para sembrar y producir; cómo están trazadas y edificadas las ciudades, si son fijas o sólo son campamentos; y otras cosas como éstas.

Bolk cierra la enciclopedia. Toma una galleta que embarra con queso, la lleva a la boca. Enseguida añade: “Los espías que aparecen en este pasaje de los Jueces, realizan una tarea similar de reconocimiento de la tierra y de la gente de Bethel, antes de atacar. Seguro que los jefes militares no querían sorpresas y prefieren estar prevenidos. Algo, sin embargo, no les funcionó aquel día a los enviados: Bethel estaba amurallada, con paredes que alcanzaban los tres y medio metros de altura; además, la puerta principal de entrada parecía estar bajo camuflaje. Los espías tuvieron que esperar: tal vez dos, tres días o una semana entera, antes que se presentara una oportunidad para tener acceso a la ciudad.

El problema, la espera y la oportunidad van a ser resueltos de manera sorprendente...”

\*\*\*

La buena literatura está hecha de sorpresas y detalles azarosos, de un sobresalto mental y anímico, o bien, de un sentimiento de reconciliación con lo que uno lee, por el hecho de que lo leído parece ser parte de nuestra historia personal. El pasaje de cinco versos bíblicos que Roberto ha recién conocido, y ahora escucha comentar a Bolk, es una de esas literaturas deleitables.

En medio del nerviosismo natural, de la espera impaciente, de ese aguijón en el cerebro que obliga al cumplimiento del deber, los espías de la casa de José aguardan a las afueras de una ciudad amurallada, de la que no es posible saber cómo se entra a ella.

El alambique en que se ha convertido el hígado de Roberto, y que realiza la tarea química de recibir el alcohol para que la sangre elija sustancias etílicas que van al cerebro y lo sacudan y asombren, hace que el mismo Roberto imagine la entrada principal de la ciudad, junto con otras entradas, tapizadas de una mezcla de lodo y paja, con un tono similar al de los muros. Imagina a los espías sudorosos y cansados, pero estoicos, sin quitar el ojo vigía de su atención al objetivo. De pronto, la historia da un vuelco. La suerte de los espías cambia: se transforma de una manera que ellos no esperan: un acontecimiento sorpresivo y fuera de lo común.

De forma breve, concisa, contundente y hermosa, el narrador de Jueces refiere el detalle que altera de pronto la monótona tarea de los espías. No se dice, efectivamente, cuánto tiempo aguardaron los enviados de la casa de José a las puertas de la ciudad, agazapados en lo alto de una colina, ni del frío del desierto por las noches o el calor agobiante por el día, que pudo haberlos hecho claudicar de su misión. El círculo que formó todo ese tiempo de espera para ellos, hacía saltar en sus mentes señales y oportunidades. Esperaban, tal vez, alguna señal de ataque de sus jefes; el cruce de algunas luces en el firmamento, indicando: “Adelante, el frente está limpio y sus espaldas a salvo”; o bien, una señal de rendición, tal vez banderas blancas ondeando, los

cuchillos al aire del desierto, y la súplica de los bethelianos en señal de rendición incondicional.

Existe una razón, un ingrediente extra, que aviva la paciencia y el deseo de ataque de los soldados: esta vez, se les ha prometido una jugosa ganancia: la tierra conquistada sería tributaria de las familias Efraín y Manases: esposa e hijos, y criados y resto de la parentela. En eso están ahora: comentan entre ellos lo bien que les puede ir cuando reciban parte de aquel tributo. De pronto, algo llama su atención. Uno de los espías codea al otro, y señala hacia aquella antorcha que parece moverse en el manto negro de la noche. No es un cometa o alguna estrella caída. No parece ser tampoco rezagos de aquella zarza ardiente desde la cual Yahvé se había manifestado a Moisés en Sinaí. Los espías dudan al momento: no saben exactamente de qué trata ese movimiento de fuego bajo el toldo frío y macizo de la noche. Los Jueces simplemente testifican que:

Los espías vieron a un hombre que salía de la ciudad.

\*\*\*

Roberto sabe que ese “*un hombre*” se llama XYZ, y que, no sabe por qué circunstancias extrañas, aquél comienza a parecerse a él de una manera horrible. No sabe por qué, ese hombre se va mimetizando con él, o él con aquél. Es como si los sentimientos, angustia, tristeza, ilusión, cabeza quebrada y genes formadores de aquel otro hombre, le fueran familiares a Roberto, quien se ve, en este mismo instante, tratando de salir, con una lámpara sorda, de ese oscuro rincón que es su alma juzgada.

Hace unos 2400 años, aquel hombre anónimo, el hombre ese al que Roberto llama XYZ —el hombre sin más destino que ser pasado a filo de espada por la elite militar de los ejércitos judíos— ocupaba (en ese día en que el negro destino cayó sobre sus hombros) un cuartucho mugriento en las afueras de la ciudad; en uno de los barrios más abandonados de Bethel, donde pululan las cantinas, y los hombres, casi siempre embrutecidos por el alcohol, ven cómo los días pasan sin una luz que cruce su camino.

\*\*\*

“Ciudad que antes se llamaba *Luz*”.

Bethel antes se llamaba Luz y dejó de llamarse así.

En los sueños aprendemos mucho más sobre los demás y sobre nosotros mismos que lo que sabemos en el estado de vigilia. En el sueño somos más irracionales pero también mucho más sabios, tenemos una percepción más aguda que en la vigilia. ¿No otorga esto permiso a Roberto para preguntar en su sueño ¿por qué Bethel dejó de llamarse Luz?. Si bien Roberto no halla siquiera la mitad de la respuesta, insiste. A fin de cuentas durante el sueño uno es más creativo, y como tal, inquisitivo. ¿Por qué entonces no crear una respuesta al caso Bethel: un cuento, un relato, un mito? En el sueño el hombre (cualquier hombre que sueñe) es un poeta, un artista. Hasta se podría, en última instancia, definir a un artista creador como un hombre que es creador sin dormir, es decir, es creador aunque esté despierto.

Lo que habla y piensa el hombre que sueña es un lenguaje universal, el lenguaje de la humanidad. ¿Por qué entonces no insistir, a pesar del tiempo y el espacio que los separa, en comunicarse con XYZ? Si fuera posible, se le interrogaría acerca de ese *su* destino tan oscuro; del proceso existencial que lo condujo hasta esta situación. Se charlaría asimismo de esto que parece inaudito, es decir: de cómo su vida está a punto de pasar de la irrenunciable marca de la muerte, al paso estadísticamente en contra de la vida: pasar de la total oscuridad a la luz absoluta. ¿Qué méritos (nos preguntaríamos todos) tiene este hombre anónimo y oscuro para simplemente y sin causa aparente estar a punto de ser perdonado por el ejército enemigo? De forma extraña se le otorgará el perdón a un hombre que aquella misma mañana había decidido, previo al ataque de su ciudad, cruzar la línea entre la vida y la muerte.

¿No vale acaso este escenario una pregunta, aun sea ésta una pregunta dentro del más infeliz de los sueños? ¿No acaso en el sueño nos comunicamos con nosotros mismos —como en el Talmud (*Berajot* 55a) donde se lee: “Un sueño no interpretado es como una carta que no se lee?” Entonces, tratar de comprender la voz que llama a Roberto en el sueño, y repite las palabras de los espías: “Haremos contigo misericordia”, no parece ser una tarea absurda. Por el contrario, se presenta como una forma de liberarse a uno mismo dentro del sueño, para luego saltar la delgada línea entre la vida y la muerte; acaso también, sea un recurso para mitigar esta insufrible y sofocante esclavitud del alcohol; esta compulsión pavorosa a la que obliga un solo trago; esta indeterminada ecuación genética en la cual un poco de materia ética barre con la fórmula de sobriedad y lo dirige a uno a los pasadizos de la locura.

“Ciudad que antes se llamaba *Luz*”. Eso le suena familiar a Roberto. Él ha vivido esa rivalidad entre la energía de la luz (que provoca una euforia desmedida) y el reto de querer acabarse todo ese poder a base cerveza y licor. Él ha ido, poco a poco (y sin al parecer darse cuenta de este proceso decadente), cambiando la luz de su vida, por un abanico de sombras ominosas. Roberto es uno de esos hombres que jugó con la vastedad de la luz, desdobló sus filamentos, para luego penetrar, no al corazón de su destello, sino al fondo de un destino extraviado: el laberinto de su acérrimo rival, las tinieblas

\*\*\*

Bolk habla ahora con los brazos tras la espalda y mirando hacia la laguna. Allí, un grupo de pescadores camina entre el ostral. Sobre la maleza, cerca del manglar, un grupo de grullas parece detenido por el tiempo. Apenas si una de ellas, subida en los lomos de un buey, encaja su pico y extrae de la oreja bichos adheridos a la piel. Bolk permanece estático también, absorto al espectáculo que le ofrece la tarde. En un instante, Roberto llega a creer que por hoy ha sido todo. Sin embargo, guardando aún esa posición de brazos detrás de la espada, Bolk le dice: “¿Crees que el hombre anónimo de esta historia tenía alguna oportunidad de vivir? Desde un punto de vista lógico, no la tenía. Pero sí, sí la tuvo. Cuando los espías lo vieron salir de la ciudad, uno de ellos se adelantó, sigilosamente se acercó al hombre, lo tomó por la espalda, sujetándole con una llave china, y, tapándole la boca, le murmuró al oído: *Muéstranos ahora la entrada de tu*

*ciudad, y haremos contigo misericordia.*

En el último segundo de su existencia, alguien tuvo compasión de este hombre...”

Cada palabra —y éstas son la esencia del pensamiento— no es sino la punta del *iceberg*. El efecto principal de las palabras permanece bajo la superficie, sin ser visto, si bien nunca sin percibirse. Cada palabra se mezcla a los recuerdos y éstos a las texturas que ocurren de manera inseparable. Las palabras se entrampan siempre que estamos ciegos, y permanecen así en tanto sigamos en nuestra respuesta física ante el mundo, que en realidad es lo que para nosotros se volvió el mundo.

Y lo que el mundo se volvió para Roberto es una lucha diaria, con puntas de vidrio en la letra *f* del *fragor* cotidiano. Un rito doloroso, a veces de euforia desmedida, otras de lágrimas mentales y desciframientos obtusos; o aquellas noches del “ya quiero pararle” y no poder hacerlo.

Después de la muerte de Macías, había vuelto con frecuencia a las cantinas. El San Juan de Ulúa, que lo traía de regreso de los muelles donde se ocupaba como diseñador de software para computadoras, bajaba por el puente de ferrocarriles a eso de las cinco de la tarde. Roberto se apeaba, precisamente en la esquina que forman Zaragoza y Arista. Sobre estas calles, flanqueadas por las de Landero y Coss y Lerdo, se halla el cinturón de bares y cantinas.

Sin el ánimo de llegar a casa, pues la soledad es reina de agujijones y dagas cuando uno no es de estructura mental equilibrada, Roberto se metía, “sólo para pasar el tiempo”, o “a que se haga de noche”, a cualquiera de aquellas cantinas. Pedía, primero una cerveza, la que apuraba en un solo tiempo: así, hasta en fondo del ámbar interno. Luego pedía otra que consumía hasta la mitad. La sensación de cansancio y agobio, de frustración y desvelo, se veían compensados por estas dos primeras Soles. El estado de incertidumbre frente al mundo cedía, y entonces, Roberto, proclive a encerrar sus palabras y movimientos tras un aura de acero, surgía al mundo junto con sus oropeles y festejos. Se adormecía sobre el hilo de la existencia ruda y calcinante, y daba paso al éxtasis en que los sentidos se ven impulsados por un vigor desconocido.

Así había sido durante casi diez años. La vida entre El Barón Rojo II, Doña Mary, El Puerto, Vitamar o La Chatita, fueron el escondrijo natural de Roberto. Dada la hora calculada, salía de la cantina y abordaba el boqueño para regresar a casa. ... Hasta un día en que se le fue el boqueño, pues en la euforia de las cervezas y de que “*ai* te mando una o *ai* te va otra también”, de mesa a mesa entre parroquianos que apenas si se conocían, a Roberto se le fueron las horas. Cuando se dio cuenta, eran ya las dos de la mañana: tres más y los boqueños iniciarían su corrida... pero del día siguiente.

\*\*\*

Este día, Roberto sabe que no podrá hacer nada más que acudir a su cita con el doctor Denis, quien lo ha requerido para un análisis concienzudo, pues, ha dicho el médico: “A mí se me hace que estás muy jodido, Roberto”. Y si no era este sábado, iba a ser hasta dentro de un mes, pues Denis va a asistir a un retiro espiritual y luego al congreso de su partido político allá en el estado de Morelos. Roberto no desea cancelar la cita: cada día se está sintiendo peor. Pero, como había quedado con Bolk de darse una vuelta por su casa para seguir charlando acerca del escrito, decide abordar el autobús y dirigirse al

Conchal, y así avisar al lituano de su decisión.

Roberto llama a la puerta abierta pero nadie contesta. Sabe que puede entrar y dejar algún recado escrito, pero decide mejor caminar un poco y subir a un promontorio de terreno, a un lado del pozo. La tarde es gris y tibia. A lo lejos, uno grupo de nubes leonadas avanza hacia él. Gradualmente, las nubes se tornan de un color cobalto y se aborregan como queriendo llover. El viento mece la hierba y luego da vuelta en U, agitando unas banderas bálticas que Bolk ha plantado entre los arrozales. El lituano le ha dicho que esas banderas le recuerdan su patria. Al fondo, la laguna también se ve gris, con barcas que se mueven atadas a los manglares.

Nada. Roberto no ve nada. Decide entonces entrar a la habitación para dejar una nota y marcharse, pero quien tiene una nota, doblada y encima de la mesa de centro, es él. Cuando la abre, lee:

“Siento no poder estar el día de hoy para lo de nuestro asunto. Tal vez el viernes ¿Me avisarás? ...Estaba yo pensando en aquel hombre anónimo y desgraciado. Tal vez lo que ocurrió aquella noche (la que iba a ser la última de sus noches), fue un milagro. Piensa en ello, Roberto.  
Un abrazo”.  
Borisan

Roberto guarda la nota en el bolsillo del pantalón. Se dirige a un promontorio alto, situado al extremo que avista el mar. Allá, a lo lejos, a unos cien metros mar adentro, Roberto cree mirar a Bolk montado en la proa de su pequeña lancha y con un anzuelo en la mano; casi sin moverse y, más bien, como si en lugar de tratar de pescar, buscara en el oleaje azul, algún otro asunto o tarea.

Esta escena de Bolk subido en la barcaza, trajo a la mente de Roberto lo que el mismo lituano le explicara, en aquella primera cita, sobre una de las fotografías de Vilnius en las que aparecen varias caligrafías en lengua aramea: “Éste, significa la belleza del *logos* primigenio, la exuberante creación del universo. Este otro lo bellamente desolado o desoladoramente bello”. A los lejos, desde la cima donde Roberto lo avista, Bolk encarna ese sonido y ese contenido: la palabra creadora y belleza absoluta, representada en un ser para quien el tiempo no pasa.

Roberto no puede, en este instante, describir nada: por eso su cuaderno tiene una hoja en blanco. Una escena, especialmente una escena hermosa como ésta; las nubes del invierno sobre el puerto y la bahía, las gaviotas y pelícanos de vuelo rasante y pacífico, la música del aire y el sonido de las sirenas desde los barcos, no son posibles de describir en un cuaderno como éste. La idea de *decir* este instante, es sumamente subjetiva. Si uno decide ver una cosa como si fuera un simple cuadro, ésta se convierte en eso: una narración, un simple cuadro. Es por eso que una narración sobre la convalecencia, la de un viento del norte azotando al mar o acerca de piedras quietas y sumisas a la orilla de un arroyo, resultan ser, muy a menudo, más hermosas que la experiencia misma. Y esto es lo que siente Roberto ante el espectáculo majestuoso de Bolk con esa caña de pescar en la mano.

Roberto respira hondo. Su vista todavía está clavada en ese segundo de tiempo en el

que Bolk permanece quieto, sin área alguna o posible espacio. Se acuerda Roberto que cuando Bolk le describió aquellos signos arameos, se fue inmediatamente a uno de los libros de Ramoneda, y halló aquel libro de los *Cantos* de Ezra Pound en la que éste incluye algunas traducciones de poetas chinos. Había repasado uno a uno de aquellos poemas, y luego escrito en su cuaderno éste que le pareció puntual y oportuno:

*Los campos secos, los viejos árboles  
sobre el agua cae la tarde  
Bajo el pequeño puente, corre el agua  
y las márgenes son lisas  
En el antiguo camino, un caballo flaco  
y la caída del sol hacia el ocaso  
Más allá, un hombre con un anzuelo sin peces:  
Perdido amor, allá a lo lejos  
nadie lo sabe.*

\*\*\*

Roberto había experimentado con Bolk, el pavor de no saber por qué un hombre puede ser feliz de una manera tan sencilla. Primero, Roberto no entiende cómo un hombre podía ser tan libre e instintivamente feliz. Bolk no poseía gran cosa y lo peor (para el entendimiento de Roberto) es que tampoco deseaba poseerlas, como tampoco dio indicios de haber querido aferrarse a algo. No eran sólo posesiones como televisores o autos o corbatas y perfumes o tarjetas de crédito y cuentas bancarias boyantes; Bolk no quería poder ni posesión de voluntades, no deseaba admiración ni se empeñaba en adquirir reputación (a pesar de sus vastos conocimientos) de buen ciudadano; vaya, ni siquiera de hombre más o menos bueno.

Después de hablarle aquella tarde del significado de las caligrafías, Bolk se había ido a sentar a uno de los banquillos, cerca de la ventana desde donde podía ver un grupo de garzas inmóviles, detenidas en un ojo de agua. De pronto (ya no sabe Roberto si él o Bolk) se había mencionado la palabra *felicidad*; tal vez por ese momento de las garzas en el espejo de agua; quizá, porque se les ocurrió que era un instante del inconsciente que reclamaba nombrar esa palabra. Por toda respuesta, Bolk se había vuelto a él y dicho: “La felicidad puede ser y quedarse sólo como una palabra, si no eres capaz de recordar, escribir o recitar, por lo menos dos momentos de tu vida en los que hayas sido completamente feliz”.

\*\*\*

Sorprendentemente, Roberto se da cuenta que difícilmente puede recordar dos o tres momentos en los que ha sido feliz; le cuesta un trabajo enorme contar o traer a la memoria algún instante de felicidad plena. Se esfuerza en recordar alguno de ellos. Se

pregunta si había sido feliz el día en que su padre llegó con el oficio que le había dado Macías y la aprobación de beca para poder estudiar programación de computadoras en una de las mejores escuelas de la metrópoli. O si lo había sido al ver el rostro de satisfacción de su padre y sentir la forma en que éste le había abrazado de forma inusualmente cariñosa. O si fue feliz aquella ocasión en que su mirada se había cruzado a lo lejos con aquella muchacha al otro lado de la vía donde se celebraban una fiesta, sin que luego, él fuera capaz de regresar ese saludo afectuoso. O cuando recibió su primer salario y le puso un giro postal a su padre con una nota que decía: “Para que te compres un saco y una corbata”. O si mirando los trigales y avenares mientras leía un libro de poemas andaluces y lusitanos. Pero no, no pudo contestar nada.

En cambio, revierte la pregunta a Bolk, ya apoltronado en su hamaca y tomando otra copa de Carver Sutro. Bolk le contesta que sí, que recuerda muchos momentos de éstos, pero que sólo va a mencionar unos cuantos para no cansarlo; que podrían no parecer importantes a Roberto, pero para él, han sido instantes de inolvidable alegría:

“Estoy bebiendo un vaso de ginebra rusa con algunos amigos románticos que leen poesía y hablan de cómo se siembra una buena hortaliza en las laderas de Vilnius. Es una noche de otoño y ya me siento algo mareado. Un amigo comprensivo, sentado a mi lado, trae de pronto una caja de grandes cohetes, alrededor de una docena; me levanto de la mesa y voy a encenderlos. El olor del azufre me entra por la nariz y me llega al cerebro y siento todo el cuerpo que vibra por dentro.

...De noche, me parece escuchar que alguien piensa en mí a la distancia. Al día siguiente voy a visitarle. Entro por su puerta sin llamar y miro en torno a su cuarto, y lo veo sentado y leyendo algún libro de poesía que yo había extraviado unos días antes. Me ve, asiente suavemente, y me toma de la manga para hacerme sentar a su lado diciendo: ‘Ya que estás aquí, ven y leamos juntos’. Y reímos y gozamos, hasta que han desaparecido las sombras de la tarde.

...Con un hambre indescriptible me levanto en la madrugada y busco si tengo algo de comer todavía. Revuelvo la alacena sin resultado. De pronto, recuerdo que en un cajón que ya no uso, he escondido una lata de caviar beluga del Mar Caspio. Destapo el depósito y embarro este manjar en una galleta. Acompaño el manjar con una botella transparente de ginebra de San Petesburgo.

...Estoy sentado en un bote que navega sobre las aguas del Báltico. Hay buen viento a favor, pero el bote no tiene vela. De pronto aparece una gran barca, que avanza tan velozmente como el viento. Trato de enganchar el bote a la barca con la intención de que nos remolque e, inesperadamente, el gancho prende en la barca. Lanzo entonces una cuerda, y nos remolcan y empiezo a cantar algunos antiguos versos celtas que he aprendido”.

Cuando Roberto desciende de la colina, puede ver todavía a lo lejos la barca de Bolk, atada a un cepo de madera, cerca de la playa oriente. Bolk no está solo. Con las manos puestas detrás de la cintura, conversa con alguien sobre la tarde ya casi sombra. Sólo



una leve hilaza de sol, de un tono cárdeno, atraviesa las figuras. Roberto cree distinguir, en medio de este espectro, la figura de XYZ quien, con su habitual capa negra, conversa largamente con Bolk.

Fue ésta, la última vez que Roberto recuerda haber visto al lituano.

## 17

A la hora que Roberto llega a casa, se da cuenta que afuera la ciudad ha encendido sus luces. Un espeso silencio lo cubre todo. Se acuesta con la intención de leer nuevamente el pasaje de los Jueces, pero la luz de las lámparas, en el interior del cuarto, comienza a parpadear, a hacerse cada vez menos intensa, hasta que finalmente la habitación queda completamente a oscuras.

A lo lejos, entre las sombras de diques y chalanes, Roberto cree percibir el vaivén de los barcos, y puede ver salir de ellos a varios hombres armados. Esto no es raro en un puerto en el que la Marina efectúa constantes movimientos y ejercicios militares. Así es que regresa a la cama y trata de dormir un poco. O tal vez no sólo un poco, sino veinte o más horas. Ya no importa. Roberto ha terminado con una de las caguamas con alcohol de caña, y ésta lo ha anestesiado lo suficiente como para prolongar el sueño durante varios días.

El efecto de tanta bebida, con su columna de hormigas que pueblan los canales de la sangre, conduce a ese punto (ya tantas veces experimentado), donde el nudo que une a la vida y a la muerte se mira fácil de desatar. Esta noche, en un estado de amnesia virtual y levitación extrema de la sangre, Roberto piensa en esa posibilidad que existe de romper con la oscuridad y el dolor. Para ello cuenta con varios frascos capaces de desatar el nudo: Lexotán, Rivotril, Zoloft. Todo un arsenal del que Roberto se ha hecho mediante recetas médicas falsas, que luego surte con el fin de poder dominar los nervios que le atormentan cuando no bebe.

En estos pensamientos se halla cuando, sin desearlo, sino simplemente porque la idea le molesta y de molesta salta en su mente sin que él pueda detenerla, le surge la pregunta: ¿Quién es aquel hombre que sale de Bethel? ¿Cómo se llama, cuál es su trabajo, dónde vive? ¿Por qué si va a ser tan famoso y buscado, los Jueces no ofrecen sus "generales"? ¿Qué es lo que busca ese XYZ fuera de la ciudad que no encontró allá adentro? ¿Comprende el peligro que rodea a Bethel? ¿Sabe que ésta será ejecutada a filo de espada dentro de sólo unos instantes, y que él está, sin duda alguna, entre los que serán sacrificados?

Es sólo un instante, un *lapsus*. Al rato Roberto vuelve a lo suyo. Se da cuenta que tiene más de lo que necesita para terminar. Finalmente, y de manera absurda, piensa que ésta no es una mala forma de partir. Sobre todo, si dosifica y deja que sea su cerebro quien ordene. Por ejemplo, puede tomar dos píldoras de Alción, tres de Rivotril, otras dos de Zoloft, y un buen trago (habla de medio litro de cerveza y medio de alcohol.) Esto provoca que te quedes pacíficamente dormido, poco a poco y sin que duela.

Pero, en realidad, lo único que Roberto desea esta noche es permanecer despierto. Quiere pensar. Tal vez aguardar ese momento final sintiendo el hormigueo del alcohol por todos los poros de su cuerpo. No, no desea inflamarse en un sueño. Todavía recuerda como Yukio Mishima se inmoló, pero despierto. O, tal vez, sea ese anhelo que él no quiere llamar asca de esperanza o punta de fe, y que se traduce como: "A lo mejor

mañana me despierto, y se me fueron las ganas de beber”. Por eso, esta noche prefiere pasarla en vela. Dejar los rivotriles y zolofts a un lado. Imaginar, bajo el ruido lejano de los tambores navales que se unen al tumbo del mar contra los focos, que aquellos militares también le traen buenas noticias a él. Aun si eso no sucede, esta noche, por lo menos ésta de estrellas gélidas y explosivas, no quiere cerrar los párpados.

¿No acaso dice Marguerite Yourcenar que hay que entrar a la muerte con los ojos abiertos?

\*\*\*

Si ese mismo ojo abierto del que habla Yourcenar, se hiciera de un rayo de sol, y ese rayo de sol que ahora incide en la botella de vidrio y caña, cambiara de curso y apuntara al ojo de Roberto, se estrellaría contra el manto del párpado que cierra el ojo, pero, a fuerza de incidir a través de esa curva débil, vería a Roberto tirado sobre los costales de arroz, allí, donde suelen dormir la mona los del *Tendedero*. Y penetraría ese ojo en el cerebro de Roberto para acceder a eso que Shakespeare llamó “la muerte de cada día” y que Samuel Johnson definió como la “irresistible estupefacción”. Y, en esa relación de la estructura límbica con el bulbo raquídeo donde ocurren los movimientos oculares rápidos y abundantes del sueño, ese rayo de sol se posaría tranquilo para ver a Roberto sentado a una de las mesas del Barón Rojo, con el sexto o séptimo trago, ya no de Perico’s Teacher sino de un ron de calidad ínfima. Y contemplaría ese día —éste día, uno de aquellos días—, en que Roberto se encontró con el Poeta.

Hacia ya varias semanas que Roberto había visto entrar y salir al Poeta, casi siempre vestido con *jeans* y una camisa azul desarreglada, pelo rizado y barba rala. Solía llegar e, inmediatamente, ocupar uno de los banquillos altos de la barra; tomar allí dos o tres cervezas, para luego irse a refugiar a una de las mesas del fondo. No hablaba. Tampoco era capaz de levantar la mirada, empeñado en transcribir a un cuaderno trazos y trazos de escritura. Cualquiera que lo viera, hubiera creído advertir en ese personaje a un contador de los muelles o los astilleros, de éstos que vienen a pasar sus cuentas a la cantina, si no fuera porque el corte desgarrado y meditabundo del Poeta, le separaban de aquellos otros especímenes vestidos con guayabera de lino.

Las meseras contaron a Roberto que se trataba de un poeta que había ya publicado algunos cuadernos de poesía y artículos de arte y literatura en las páginas de algunos de los periódicos del puerto. Se le veía entrar y salir de la cantina varias veces al día, siempre con su cuaderno bajo el brazo. Al principio (de esto hacía ya unos seis, siete años) lo veían entrar y salir de manera vertical, como si las cervezas que bebiera no hicieran en él mella alguna. Ahora ya no era lo mismo. Comenzaba a tomar su cerveza mañanera, se iba, regresaba y tomaba otras dos; salía, regresaba, se iba y volvía; así durante varias ocasiones en el día. Por la tarde, había perdido ya la línea vertical y, aunque no se quedaba dormido ni hacía escándalo o dejaba de pagar, su mirada se volvía más penetrante y extrañamente lúcida, más inquisitiva a la vez que ajena. El silencio, ya de por sí corrosivo y duro, lo envolvía y desquiciaba, de tal forma que el pulso del lápiz se convertía en un juego frenético ante el cuaderno. Una de las meseras

había presumido a Roberto que, en uno de esos días de lujuria semántica, el Poeta le había regalado un poema, escrito con su puño y letra. “Mira cómo dice. ... Escúchame: no te duermas...”

*No basta con seguir tus pasos  
para ver cómo el mundo cae  
y sentir que un sueño nos despierta  
De nada sirve  
si no eres tú quien blande la espada  
y en el silbo de ese centauro de hierro  
en vez de morir  
se juntan nuestras bocas...*

Aún silencioso y obsesivo frente a la tarea de la página, el Poeta de vez en cuando levanta la mirada para ordenar otra cerveza. Se le puede ver entonces esa mirada cansada y somnolienta, a la vez que inmóvil, como si no viera nada y sólo estuviera atento a una película —no que se proyectara sobre las paredes de cal enmohecida, sino más bien dentro de su cerebro—, y él fuera el espectador a quien encomendaron describir cada una de aquellas escenas, y llevara a cabo su tarea sin mover los ojos, con tomas a veces lentas, a veces aprehensivas, con violencia y pasión, pero también con una especie de amor sufrido y ácido.

Un día, el Poeta quedó mirando a Roberto en el instante en que éste se llevaba el vaso de Hoyos 101 a los labios. Inadvertidamente, Roberto dirige los ojos a esa figura que se empina la enésima Sol bien helada. Ninguno evade nada. Roberto advierte que los *jeans* del Poeta están deslucidos y rotos de la parte de las rodillas, que su camisa azul luce impecablemente limpia aunque arrugada, con un aroma a maderas de acacia y muguets, que le recuerda el agua de colonia que usaba Robayna; en la muñeca de la mano con la que sostiene un Faros, el Poeta luce una esclava de piel y un antiguo Longines en la otra muñeca. Encima de la mesa el poeta ha puesto un libro: *Mi corazón es un cohete*, de Baudelaire; un ejemplar maltratado, deshojado, en una condición de la que Roberto hubiera jurado es la misma de uno que le regaló Ramoneda, y que ahora debe estar ya fuera de alguna de las cajas que le hizo llegar Macías.

En el recorte, nadie cede. Es como si en el cerco de miradas, ambos se reconocieran pero a la vez tuvieran temor de cruzar palabras, y el instinto de conservación del yo de cada uno los llevara sólo a hacer eso: trabar los ojos el uno contra el otro, sin hilar gesto alguno o planear éste o aquél guiño que les dijera: ¿No acaso te conozco?

Afuera, el muelle y las oficinas comienzan a dejar ir a sus obreros, marinos y trabajadores. Los militares, aún vestidos con sus trajes de negro y oro, pasan a la cantina y se tiran “la del camino”. La tarde es bella y tibia. Los antiguos edificios comienzan a poblarse en sus balcones con mujeres que, al paso de los marinos, ven al compañero que se fue de “embarcado” y tal vez regrese en una de estas tardes de verano. Dentro de la cantina, la estación de flores erguidas y sal que penetra en las fosas nasales, contempla el fin del duelo. En un instante, el Poeta baja la mirada y vuelve a arremeter contra el cuaderno, como si no hubiera presenciado nada y la figura de Roberto hubiera sido sólo un calmante para descansar del pensamiento obsesivo al que obliga un renglón en

blanco.

*Hay un último día, un último gesto, un último ardor...*

La línea explota inmisericorde en el cuaderno del poeta. Azuzado por los óleos de la cerveza y consagrado a mirar ese movimiento que parece perpetuo, Roberto cree poder «leer» los trazos de esa mano, que se parecen mucho a sus propias temblorosas oscilaciones cuando suele arrastrar el lápiz sobre su propio cuaderno. Un segundo más —y tal vez debido al fajo de Hoyos 101 que bulle en sus intestinos—, Roberto cree «saber» cómo se moverá la próxima vez el lápiz del Poeta; también lo que éste escribirá en seguida y lo que su mente dejará a merced del numen o los dioses. Roberto cierra los ojos y musita:

*Hay un punto final y la certeza infinita de que el lápiz, apenas comienza su tarea...*

Y la certeza infinita también de que el Poeta saldrá en un momento de ese lugar de espejos encontrados, e irá a vagar por los edificios antiguos y parques solitarios; esperará su camión que lo lleva hasta Boca del Río para luego buscar entre las madrigueras y covachas a los pescadores que le inviten el trago de *güin* que necesita para el sueño.

Roberto se levanta con ánimo renovado. En su cuaderno ha anotando cada uno de los hechos ocurridos en este lugar y en este día. Su ánimo flota, se esparce, contagia, sacude y hace cimbrar esta cantina de ebrios delirantes. Roberto tiene la certeza de que por fin tiene una historia para contar: la historia de la vida de aquel poeta que va rumbo a las lunas y las mareas, para encerrarse en los fogonazos de lumbre y sol que nutren la mente, la golpean, la zurcen y enloquecen.

Nadie sabe que, a su vez, el Poeta lleva ya, escritas a mano, y más o menos legibles, un centenar de páginas que hablan de la vida de un personaje llamado Roberto: éste que escribe ahora.

Unas dos semanas después de la última vez que viera a Bolk, Roberto tuvo que caer nuevamente por el consultorio de Denis. Esta vez, Roberto se abrió un poco más de capa con respecto a su problema, y le expuso a “Bacardí” las dificultades que tiene para recordar algunas cosas, sobre todo al otro día de haber estado bebiendo por días o semanas. Roberto cree que le hacen falta unas vitaminas para fortalecer el cerebro, y es esto lo que comenta a Denis. Éste le dice: “Espérate, que el doctor soy yo, Roberto. Y ya deja de andarte auto recetando, porque ya sé que te andas metiendo unas *tachas* para los nervios”. Como respuesta, Roberto se había quedado callado y con una vergüenza intensa.

Acto seguido, Denis le ha extendido una orden para un MRI. “¿Qué es el *yaMRI?*”, pregunta Roberto, y Denis le dice que no es “Ya me reí” sino las siglas, en inglés, de Magnetic Resonance Imaging. “Tú que trabajas en eso de la Inteligencia Artificial deberías saberlo, pero te la pasas de borracho...En fin, para que nos entendamos: una Resonancia Magnética que te van a hacer del cerebro, metiendo tu cuerpo en una especie de cápsula para tomar muestras de lo que pasa dentro de tu cabeza... A ver si no truena la máquina esa con tanto alcohol que traes adentro...”

Una semana después Roberto estaba de regreso con los resultados que —se queja con Denis— le salieron carísimas pues en su trabajo sólo le dieron la mitad del costo; y a ver si como caras le sirven para ya no tener esas lagunas mentales que han llegado a desesperarle. Denis, con las manos levantadas, sostiene las tomografías, observa los detalles de éstas sin pestañear.

Roberto permanece expectante. La luz de la tarde se filtra por las celdillas de la persiana. La caguama que ha bebido apenas antes de entrar al consultorio de Denis, comienza a hacer su efecto. Pero es un efecto a medias. Cada vez más, a medida que transcurre el tiempo, el efecto deseado requiere no sólo una caguama, sino el trago infalible de alcohol que desate en el cerebro la explosión en cadena. Así es que Roberto se excusa diciendo que va al baño. Abre la puerta que da a la calle y camina media cuadra. En el estanquillo de Nazario venden el cuarto de litro del alcohol de caña que, en menos de tres minutos, se halla en manos y labios de Roberto, quien ingiere uno, dos, tres, hasta la mitad de la botella. El resto lo deja encargado a Nazario con la consigna de volver por él en unos veinte minutos.

Ahora sí. Cuando Roberto regresa al consultorio, Denis se haya sentado detrás de su escritorio. Escribe sobre una receta médica. Roberto siente los párpados pesados. Los siente de plomo, pero también *ve que los ve*. En un instante en que se sale de él mismo para abordar el espacio de la sala, se ve a él mismo con los ojos morados: como si un fognazo de pólvora los hubiera maquillado. Detrás de ese azul-negrucito, se mira flotando. Él está ahí, detrás de esa cortina de sus párpados, y ese “atrás” no es oscuro, es transparente. Y esa transparencia está formada de rayos líquidos, y estos rayos son los que permiten a Roberto hacer una imagen de lo que Denis le va diciendo.

“Te voy a recetar tiamina” —le dice Denis, un tanto preocupado. Roberto oye a lo lejos, y luego de cerca: otra vez más lejos (por donde jureles y tortugas pueblan de paz las aguas) la palabra *tiamina* rebota en su oído. No sabe Roberto a qué horas Denis ha comenzado su discurso del porqué de la tiamina. Cuando la atención de Roberto retorna

de una de las mil bifurcaciones por donde la mente vaga, ya el doctor se halla diciendo: “Y eso es porque el alcohol le está dando *aire* a la tiamina en tu cerebro. Escucha. ¿Sí escuchas, verdad?... Esa carencia, es provocada por la forma desmesurada en que chupas, hijo. Mira ahora, qué aspecto tienes... vienes hasta la madre. Y no creas que no sé a qué saliste hace unos momentos”.

Roberto ya no se siente apenado ni con vergüenza alguna. Sonríe de manera idiota. De alguna forma el alcohol en el cerebro cierra las puertas de la vergüenza y la culpabilidad, y las suple por un estado de indiferencia total. Sólo sonríe y dice: “No, doctor, cómo cree”. La voz pastosa y arrastrando la lengua. “¿Cómo creo? ¡Pues viéndote!... En fin, escucha lo que te voy a decir: Te me vas ir a ver al psiquiatra Michael Redmond, allá en la avenida 16 de Septiembre... Aquí te anoto su dirección. Redmond va a consultar con Toral, un neurólogo, y luego te van a analizar más de cerca. Aquí le explico todo. Necesito la opinión de ellos porque yo ya llegué hasta donde me corresponde. Lo único que te puedo decir es que si no dejas el chupe, vas a estar peor. Pero bueno, allá tú. Ora que allí están los doble A esperando a que vayas: pero eso sólo tú puedes decidirlo”.

\*\*\*

En su *Principia Mathematica*, Kurt Gödel no sólo demuestra que podía existir una proposición que al mismo tiempo fuese verdadera e indemostrable, esto es, indecible, sino que esto ocurría, necesariamente, con cualquier sistema axiomático, con cualquier tipo de matemáticas existente ahora o que fuese a existir en el futuro. En contra de las presiones de todos los especialistas, las matemáticas son, sin asomo de duda, incompletas.

La teoría de Gödel relampaguea en las sienas de Roberto. De entrada por salida el teorema acaricia sus temporales: lucidez azul y encanto matemático. En la corriente de esta suave marea de ideas brillantes, otro pensamiento se anida a su cerebro: lo verdadero e indemostrable es esta evidencia del deterioro físico, anímico y espiritual de Roberto, y la negativa de éste a aceptar que ya no puede controlar al alcohol: que llegó el momento en que el alcohol lo controla a él. En este pensamiento enredado se halla cuando se da cuenta que el boqueño esta ya a la altura del Hotel Novo Mar; que se debe apearse y cruzar unas dos o tres calles para llegar hasta 16 de Septiembre donde tiene su consultorio el psiquiatra al que Denis lo ha enviado. Éste ha dicho a Roberto que Redmond explicará con mucho más detalle y precisión algunos aspectos de su enfermedad. Denis ha añadido: “Tenle confianza: pregunta todo lo que puedas preguntar”.

El doctor Michael Redmond es un buen médico psiquiatra. Tiene su consultorio en el centro de la ciudad de Veracruz, muy cerca de una de las playas más famosas del puerto. Redmond sólo da consultas previa cita. Así es que Roberto había hecho una y fue programado para acudir a ella en tres días. Hoy se halla a la espera. La sala de

consulta se encuentra dentro de la propia casa del médico; una construcción antigua con grandes jardines y el sabor colonial que le dejaron sus antiguos moradores españoles. Cuando Roberto entra, Redmond fuma. Y va a seguir fumando durante mucho tiempo más, uno y otro cigarrillo. Cuando se encuentra Roberto con él, levanta el cigarro solicitando permiso. Roberto asienta con la cabeza, y él vuelve el tabaco a los labios.

Redmond ha revisado ya las tomografías del cerebro de Roberto. Comenta que lo mostrado en esas tomas es un daño progresivo del lóbulo frontal, además de un desgaste de la parte craneana que protege esa zona. Pero lo que más ha hecho Redmond es hablar con Roberto acerca de su incapacidad por dejar la bebida. “De nada sirve decir qué tienes, cuál es tu mal, si no sabemos y podemos detener lo que lo provoca”, ha dicho el médico convencido.

En un sesgo de confianza inusual, Roberto se ha abierto de capa, y contado al médico todo un historial espeluznante. Finalmente, la pregunta central de Roberto es ¿por qué puedo dejar de beber tres, cuatro días, una, tres semanas, hasta tres meses seguidos, y cuando creo que la estoy haciendo, vuelvo irremediablemente a la botella?

Redmond se pasa la mano sobre el pelo. Fija la vista en un lugar indeterminado del consultorio. Se levanta y abre un poco la persiana. La luz no espera: con prisa deja entrar por ese ángulo abierto furgones cargados de luminosidad. Redmond vuelve a su sitio. De forma inteligente, a la vez que explícita y mesurada, comienza a orientar a Roberto acerca de este punto estratégico de su problema:

«En términos muy simples —dice Redmond señalando con el dedo a una de las radiografías— nosotros tenemos dos partes en nuestro cerebro. La primera parte es el neocortex; está localizada en el frente de la cabeza y recibe y almacena información para hacer decisiones y recordar. La otra parte es el llamado Sistema Límbico o SL, y controla todos los sistemas automáticos del cuerpo y las emociones. Más importante aún, controla las respuestas de sobre vivencia. Cuando tú te sientes amenazado, estas respuestas protectoras te dicen si has de defenderte o salir corriendo.

»El SL no posee memoria como el neocortex. No reconoce la diferencia entre ayer y hace 30 años, lo que explica por qué algunos de nuestros traumas de la niñez todavía se disparan en nosotros tan poderosamente. Este sistema es el más afectado por nuestras creencias, conductas y adicciones. El SL puede ser negativamente programado a través de experiencias traumáticas, tales como el haber crecido en una familia disfuncional. Drogas, alcohol y otras conductas compulsivas han programado el SL para evitar la conciencia de pensamientos y sentimientos incómodos, en vez de crear respuestas sanas a fin de resolver nuestros temores.

»Los acontecimientos llegan a través de nuestros sentidos y alimentan varias partes de nuestro cerebro. El SL colorea o etiqueta estos eventos con grados de respuestas ya sean peligrosas o no. Si se etiquetan como peligrosas a causa de un trauma en el pasado (sea real o imaginario) el SL reacciona creando ansiedad o depresión. Si el evento se etiqueta como un asunto de sobre vivencia, el sistema crea un ansia que se concentra en la conducta que ha sido asociada con eso que sobrevive del pasado. El ansia concentra nuestra atención en esa conducta hasta que nos sentimos a salvo y normales otra vez. Así se crea una adicción.

»La adicción al alcohol u otra droga, no significa siempre ponerse “hasta arriba”, sino una forma de sentirse normal (libre de *stress*) La mente consciente aprende a cooperar con la conducta que sobrevive (adicción), y la protege de ser desafiada mediante un proceso de filtración llamado *negación*. El SL aprendió que el tener necesidades en una familia disfuncional resultó en vulnerabilidad, dolor, abandono y soledad. Con el fin de sobrevivir día tras día en una atmósfera disfuncional / amenazante, una persona debe hallar un sistema

de pensamiento que le permita sobrevivir. Una forma en que la persona procede es pensando: “No necesito de nadie. Si no necesito de nadie, no soy vulnerable, no seré lastimado”. Naturalmente esta es una mentira para sobrevivir. Cada vez que un sentimiento de vulnerabilidad es experimentado, el temor se arrastra lentamente y advierte: ¡Peligro! Los sentimientos de temor le indican a la persona que huya de un posible dolor.

»El SL responde automáticamente y subconscientemente aun después de que la traumática y dolorosa situación han pasado: el subconsciente cree que “Si tengo necesidad y confío en otra persona, voy a ser herido y no sobreviviré”. Cuando la verdad del asunto emerge, el SL reacciona como si estuviera programado para percibir temor y vulnerabilidad. Este temor puede ser expresado en ira, auto-gratificación y desconfianza, lo que crea una personalidad de sobre vivencia. Esta personalidad te hace sentir que tienes el control (libre de temor y stress.) Este falso sentido de control es a menudo alcanzado a través de la auto-gratificación o conductas compulsivo/ adictivas que temporalmente remueven la conciencia de pensamientos y sentimientos no deseados. El SL reacciona o controla básicamente estas tres áreas.

»Para cambiar, tú debes programar tu cerebro para primero descubrir estas falsas creencias y entonces reemplazarlas con las verdaderas. Te darás cuenta que has estado saboteando tus relaciones con la creencia de que no necesitas de nadie. La verdad es que necesitas confiar en Dios y en otros. El SL te hará muy difícil la realización de cambios que involucran riesgos (como la de ingresar a un Programa de Recuperación) a menos que se sienta que está a salvo. Y el SL no está a salvo al tomar el riesgo solo.

»Si bien ya has descubierto falsas creencias, descubierto las mentiras y conocido una nueva verdad, hay un rezago de tiempo entre el que tu SL comienza a creer y en el que el neocortex aprende. A esto se le llama Retraso Límbico o RL, un proceso que puede llevarse un par de meses hasta años, si bien se irá haciendo más corto a medida que continúas desafiando las falsas creencias (memorias traumáticas) y te arriesgas a creer en las personas. Puedes llegar a tener ataques de miedo y pánico, pero una vez que avanzas con ellos sin practicar tu antigua conducta, el SL dirá: “Oh, Hemos avanzado en esto y todavía sobrevivo”. La próxima vez que experimentes temor, éste será menor, y serás capaz de hacer buenas elecciones en vez de sobreactuar con respuestas anteriores.

»Los antiguos hábitos automáticos no son cambiados ni rápida ni fácilmente, y son más fuertes cuando estamos cansados. Muchos adictos que tratan de dejar de beber como tú, e incluso algunos en recuperación y sobrevivientes de algún trauma, han programado la parte superviviente de sus cerebros con cientos y cientos de sustitutos para evitar pensamientos o emociones indeseados, eligiendo no luchar contra el asunto, sino tomar la evasión: así es como en poco tiempo están de nuevo en las redes del consumo. Al paso del tiempo este patrón de evasión llega a convertirse en *reacciones automáticas*. Con una nueva identidad basada en nuevas creencias, éstas pueden cambiar ese patrón de evasión o reprogramar el SL.

»Ahora bien, si quieres salir de ésta, debes pensar que los cambios ocurren por una decisión a la vez. No importa lo que tus emociones te digan respecto a que te sentirás bien haciendo drogas, alcohol, sexo, comida, escucha lo que tu mente conoce, y has lo que es mejor y correcto. Si continúas aplicando este tipo de pensamiento, comenzarás a romper con el patrón de evasión, decreciendo así el tiempo en el proceso del Retraso Límbico.

»El problema grave en gente hipersensible como tú, es que el alcohol es un anestésico. Hace una cosa: mata el dolor. Es razonable entonces asumir que cuando cedes al anestésico, sentirás el dolor, profunda y fácilmente. Saber qué hacer cuando esto ocurre, es una herramienta crítica en la prevención de la recaída, si has decidido dejar de consumir ese poderoso paliativo. La prevención a las recaídas se basa en encontrar nuevas formas apropiadas para responder a una situación dolorosa. Con el fin de responder al dolor apropiadamente, los adictos tienen que permitirse sentir a sí mismos. Las dos respuestas más comunes al dolor son el *enojo* y la *ansiedad*. ¿Qué experimentas tú, Roberto, cuando te



enojas, estás angustiado o tienes resentimientos? Casi seguro que en el trago hallas el alivio momentáneo. Lo malo aquí es el círculo vicioso que establece esta conducta: lo que alivia mata. Una verdadera paradoja. El enojo es una de las más comunes de las respuestas al dolor. Esta clase de respuesta llega a ser “normal” en una familia disfuncional cuando nadie puede admitir los problemas o el temor. El enojo nos ayuda a vencer el dolor haciéndonos sentir tensos, lo que causa excitación, liberación de adrenalina y endorfinas, distrayendo nuestra atención del dolor. Nada más escucha esto: de acuerdo a investigaciones serias, una respuesta de enojo produce una respuesta negro-química similar a una toma de cocaína.

»La mayoría de la gente dice sentirse mal después del enojo, pero en el momento el enojo mismo nos hace sentir grandes, fuertes, agresivos y poderosos. El enojo es un poderoso anestésico físico y emocional. El alcohol es un poderoso dolor que mata. Cuando pregunto a un cliente adicto al alcohol ¿Cuánto alcohol necesitas tomar para que no sientas nada cuando te golpeo en la cara tan fuerte como puedo?, su respuesta es siempre la misma: “Exactamente en el umbral de la sobredosis y la muerte”.

»Consciente o inconscientemente, hemos aprendido a usar emociones como el enojo para matar el dolor y evitar pensamientos y memorias subconscientes, no deseados. Algunos adictos tienen la adicción al enojo tanto como a las drogas, especialmente si su papel modelo era el de un ira-alcohólico. La gente sana va hacia el dolor y lo enfrenta valerosamente. Si bien el riesgo es incómodo, nosotros todos gozamos los sentimientos que vienen de una resolución conflictiva y una clara conciencia. Manteniéndose en el enojo o evitando cosas que deben ser negociadas, nos toma una cuota tremenda de energía. Reprimir a la conciencia de conflictos no resueltos lleva al cansancio y el resentimiento.

»La ansiedad es igualmente usada para luchar con los sentimientos. Si bien incómoda, esta emoción libera negro-químicos que hacen que el cuerpo se acelere y evite la depresión. Un médico llamado Stiles, en su libro *Throns in the Heart*, declara: “Además de ponernos alerta en situaciones de crisis, la ansiedad tiene una función adicional. Sirve como antídoto al dolor físico y emocional. Dado que la ansiedad es comúnmente relacionada con el dolor y la angustia, su función como máscara para el dolor puede tener sorpresas. ¿Si la ansiedad causa dolor emocional, cómo es que también lo detiene? En cantidades modestas, la ansiedad es una cortina de humo efectiva”.

»Aquí es donde el problema comienza. Cuando hallamos que la ansiedad nos ha servido bien en situaciones particulares, tales como enmascarar el dolor, nosotros podemos deliberadamente usarla otra vez. En este punto nuestro cerebro inferior comienza a registrar nuestra respuesta. Pronto, una impresión o hábito se desarrolla, y nosotros comenzamos a aprender sobre la *ansiedad*. Al tiempo, cualquier cosa que dispare ese patrón aprendido, producirá las respuestas de ansiedad.

»Si una persona se mantiene cada día, en dos de los resentimientos sin resolver que produce la ansiedad, en un año habrá añadido ¡730! ¿Cuántos de estos resentimientos crees que un alcohólico como tú puede mantener dentro de él antes de que vaya en busca de la cura “milagrosa”? Lo que nosotros sabemos es esto: los resentimientos hacen recaer a alcohólicos y adictos. Como dice *El Libro Grande de AA*: “El resentimiento es el ofensor número uno, destruye más alcohólicos que cualquier otra cosa: de él provienen todas las formas de enfermedad espiritual”»

Cuando Redmond termina de hablar, ya ha consumido dos o tres de sus Raleigh sin filtro. Se alisa el cabello con las manos, echa la cabeza hacia atrás, y se queda pensando. Después de un buen rato, para sorpresa de Roberto, le dice: “Mira, la verdad es que no estoy muy seguro que mi tratamiento dé resultado contigo... Ahora te digo por qué; no vayas a pensar que soy un médico incapaz”. Redmond toma su recetario y anota. Prescribe a Roberto Rivotril y otra sustancia química que contiene serotonina, según él,

sólo como un recurso para suavizar la depresión y equilibrar el balance químico del cerebro. Pero no está seguro.

Se pone de pie, y se dirige a uno de sus librereros. Toma un libro color azul del estante y regresa a sentarse. Busca en las páginas de un libro de Solares titulado *Delirium Tremens*; dobla la página, y con el dedo señala un texto subrayado a lápiz rojo. Redmond pide a Roberto que lea la historia de un paciente del doctor Gustav C. Jung. Un hombre (conocido sólo como H.), quien después de algún tiempo bajo tratamiento del excepcional psiquiatra, creyó haber salido triunfante sobre la bebida: se sentía maravillosamente bien, al interior de su mente todo funcionaba perfecto; al grado que llegó a pensar que por fin había vencido al tirano llamado alcohol, y que volver a éste, es decir, tener una nueva recaída, era inimaginable... A los pocos meses estaba otra vez completamente ebrio.

Entonces H. volvió a Jung y le pidió le dijera la verdad; el médico se la dijo: “Tiene usted la mente de un alcohólico crónico. En los casos similares al suyo, nunca he visto recuperarse a nadie”. El hombre sintió como si las puertas del infierno se hubieran cerrado con estruendo detrás de él. Preguntó a Jung. “¿No han habido ningunas excepciones?” “Sí —le contestó el médico— sí las hay. Las ha habido desde tiempos remotos. Aquí y allá, de vez en cuando, algunos alcohólicos han tenido experiencias espirituales vitales; estas experiencias parecen poseer una naturaleza de enormes desplazamientos y reajustes emocionales. Desechadas repentinamente las ideas, emociones y actitudes que fueron una vez las directrices de las vidas de estos hombres, un conjunto completamente nuevo de conceptos y motivos empezó a dominarlos. De hecho, yo he estado tratando de producir algo similar en muchos otros hombres, dándome resultados satisfactorios”.

Después de escuchar esto, H. se sintió tranquilizado. Si había *algunos* a los que Jung había visto salvarse, seguro que él era uno de ellos. Además, porque después de todo, H. se creía fiel a sus prácticas religiosas. Esta leve esperanza se la echó abajo Jung diciéndole que, en tanto sus convicciones religiosas eran muy buenas, en su caso no significaban la experiencia espiritual fundamental que era necesaria...

Hasta aquí la historia. Redmond se halla con la cabeza echada hacia el respaldo de su asiento. Hace círculos aéreos con el humo del cigarro. “¿Qué es lo que trata de decirme con esto?”, se pregunta a sí mismo Roberto, un tanto angustiado. Después de un prolongado silencio, Redmond se abre de capa. “No sé si algún día estuviste cerca de Dios, si es así, regresa a Él. Ve con los de AA, a la iglesia, a la Biblia, no sé; pero has algo que te conduzca a lo espiritual. Lo que tú requieres, es un despertar espiritual, algo que en los círculos de los desesperados y condenados llaman una ‘experiencia súbita’...”

Roberto sale del consultorio conmocionado, sin saber qué pensar. Se cruza en uno de los pasillos con una mujer de negras ojeras y ojos vidriosos, el pelo desordenado y la mano derecha, con la que sostiene un cigarrillo a medio fumar, flaca y temblorosa. Está Roberto a punto de alcanzar la puerta de salida, cuando oye la voz de aquella mujer llamarle de manera familiar “Hey, ¿no eres tú Roberto, el Poeta? Roberto trata de reconocer ese rostro, pero antes de que pueda contestar algo, la mujer añade: “Oh, sí, sí

eres tú. Te recuerdo porque un día escribiste algo que me impresionó mucho; escribiste: “*Porque las sombras son más antiguas que la luz*<sup>18</sup>”.

¿No es así, poeta?”

## 19

“La verdadera vida está ausente”. Eso dice Rimbaud en el viejo libro de edición bilingüe que le llegara a Roberto entre los libros de Ramoneda.

La noche es fresca. Las luces del muelle y los astilleros parpadean entre las ondas del viento, se tuercen y luego llegan en forma de esfera luminosa que revienta en los párpados de Roberto. ¿Qué desorden es el que trae Roberto dentro de él? ¿Es consciente de este desorden, y si lo es, por qué no soluciona de una vez por todas el caos? La interrogante viaja por la mente donde él trata de hallarse a sí mismo y responderse. Pero ¿qué es su mente? ¿Es la mente sólo un nombre para la actividad de procesamiento de información del cerebro; una entidad que actúa conforme a las leyes de la bioquímica, y no parece estar influenciada por ninguna alma irreducible, ni por ninguna otra actividad unitaria puramente mental, imposible de analizar como secuencia causal de sucesos bioquímicos elementales?. En otras palabras ¿dónde se encuentra el *yo* de Roberto capaz de invertir este proceso destructivo, que pueda conducirlo por los senderos de la sobriedad y la paz mental? ¿Quién lo sabe?

“La verdadera vida está ausente...” ¿Es esto en lo que pensaba el hombre de Bethel al que ahora Roberto llama XYZ? ¿De verdad la vida plena —aquella en la que tus deseos y sentidos concuerdan con el mundo que te rodea— está en otro lado, más allá de tus capacidades y deseos? ¿Tenemos, como afirma André Breton que *irnos* para poder hablar desde “aquella otra parte” y así realizar no lo que somos sino lo que fuimos?

La breve historia del texto hebreo no ha dejado de punzar en la mente de Roberto: bella y desgraciada historia, por cierto. La ferviente lectura de Rimbaud, no da tiempo a Roberto para advertir que la caguama de cerveza se ha terminado. Se levanta con ansiedad. ¿Qué horas son? Adivina que ya deben haber cerrado los sitios donde se expende alcohol y cerveza. Piensa que todo está bien, que no hay por qué angustiarse; que puede detenerse allí y decir: “Por el día de hoy ya estuvo bueno”. Pero no puede. Dentro de él existe una gruesa línea que separa al *querer* del *poder*, en la que el *detenerse* sale siempre derrotado por el *no-poder*. Así es que busca desesperado y temblando entre sus escondites estratégicos. Se acuerda que la última vez que estuvieron en su casa los del *Tendedero*, les escondió tres cuartos de caña en algún lugar: pero no recuerda dónde. Sale al pequeño muelle y rastrea. Por fin: se acuerda que la botella se halla debajo del agua, amarrada del gollete con la misma cuerda que se amarra el bote. Saca la botella y respira aliviado. El latir del corazón vuelve a la normalidad. Camina emocionado a su cuarto, se sienta en el catre y vacía el alcohol en un medio litro de caguama.

El alcohol está frío. Roberto toma un trago que se estanca momentáneamente en su garganta. Luego, pasa completo al estómago, perfilando el cerebro a los territorios del sueño, la imaginación, visiones adheridas a la realidad; al mimetismo emocional y espiritual con otros. Este *otro* es ahora XYZ. El culebreo del alcohol por las paredes del estómago y luego de súbito en el núcleo de las neuronas, obliga otra vez a la pregunta:

---

<sup>18</sup> Este aforismo pertenece en realidad al poeta francés Roger Munier.

¿Quién era ese hombre de aquella ciudad oscura, sentenciada, y a punto de ser objeto del filo de la espada? ¿Cuál es, en ese momento, el estado de ánimo de XYZ, quien se sabe condenado junto con sus con-ciudadanos?

Roberto abre un ojo. Deja que una esfera de luz, de las que llegan balanceándose desde los muelles, penetre en su córnea. En ese acto, trata de aprehender el ser total de XYZ, e imaginar las alternativas que pudo haber tenido el hombre anónimo del libro de los Jueces.

«Alternativas.» ¿Había alguna para ese hombre? Porque, si la había... En fin, ¿Se parecen estas alternativas a las que el mismo Roberto tiene ahora por delante? ¿Será que también ese hombre, en ese día negro y ominoso (el último día de su vida), se hallaba recostado con una botella de alcohol al lado, y cajas de Rivotril, Zoloft y Alción puestas sobre el buró de su cama?

Roberto se halla situado en el lado opuesto del tiempo y el espacio. Ha llegado a este cuarto y este instante, no repentinamente, sino bajo un proceso que dura ya casi veinticinco años. Bajo tal circunstancia, Roberto no parece tener muchas salidas. Es más, no distingue una sola. Bueno sí. Su objeto de búsqueda y sobre-vivencia, el total enfoque de sus fuerzas y energía y pensamientos, está puesto en una caguama con alcohol. Una como ésta que tiene ahora en la mano, y que sorbo a sorbo realiza dos funciones paradójicas: alivia de momento los calambres en el estómago, y lo lleva directamente hacia la muerte.

Poco a poco, Roberto entra en esa suerte de sopor entre el sueño y la vigilia; un estado intermedio en el que el cerebro trabaja mejor con las imágenes, es decir, deja que el sujeto controle parte del delirio. Boca arriba, con la luz de su habitación apagada, y el viento de la noche cargada de aromas inusuales, Roberto deja que XYZ murmure a su oído, eso que los dos han acordado llamar:

#### *Las alternativas*

Esta noche el hombre anónimo nota que una de las puertas de la ciudad de Bethel tiene una pequeña rendija en la que apenas cabe un hombre. El boquete se halla en la parte trasera, junto a los muladares y basureros. Este hecho circunstancial hace girar los pensamientos del hombre: realiza que al menos ahora tiene una alternativa más entre vida y muerte.

El hombre (que antorcha en mano verán salir los espías dentro de pocos minutos) se halla todavía dentro de su cuartucho, al final de una de las calles de Bethel. Se asoma a la ventana. Afuera la noche es una boca de lobo. Ni un solo ruido. Nada que indique tragedia. En las cantinas del centro de la ciudad, algunos parroquianos toman la copa para "el camino", mientras que otros cruzan presurosos las calles, tratando de llegar a alguna de los estanquillos que permanecen abiertos las veinticuatro horas del día.

El hombre sin nombre apura su porción de cerveza/caña. El estómago se calienta, y el cerebro revoluciona a velocidad prodigiosa. En el arco de una de estas revoluciones, el hombre advierte que le quedan pocos minutos. Sabe que la vida lo ha lanzado a la suma de los absurdos. Debe elegir, no cómo continuar la existencia, sino cuál es la mejor forma de terminar con ella. Al centro de una última y total lucidez acerca del asunto, decide aplicar aquella

sentencia de Camus que, ahora recuerda con claridad, dice: "Si suicidarse es quitarse la vida, yo me quito la muerte" ...Pero no, ni siquiera eso puede decidir. Lo que ahora le queda, son únicamente dos alternativas para morir.

La primera es la obvia; la elaborada y re-pensada meses atrás: morir en el cuartucho. Tomar la dosis necesaria de antidepresivos y ansiolíticos, junto con un gran trago de caguama correctamente preparada. Irse en un sueño profundo, sin que nada duela. Nadie se dará cuenta de nada. Hace meses que ha pasado por la ignorancia de quienes un día le amaron. Además ¿quién de los que serán pasados a espada esta noche podrá testificar de su cadáver? Hasta en esto, su muerte será absurda. Nadie —puesto que todos van a morir dentro de unas cuantas horas—, podrá por pura caridad avisar a la policía para que recojan su cadáver y le den "cristiana" sepultura. Ningún forense podrá dictaminar de cómo la combinación de alcohol y píldoras, dan una lividez azul al rostro del suicida. Cuando los espías recojan los cadáveres y los arrojen todos a la fosa común, y los hagan arder en un inmenso horno crematorio ¿quién va a poder decir si el anónimo murió pasado a espada, de una caída, si de miedo o de cirrosis hepática? Lo más triste: aun cuando algún hombre piadoso quisiera saber su nombre para poner una cruz en su túmulo, ¿qué nombre le van a poner si hasta eso perdió en su largo proceso destructivo?

Piensa en todo esto, y no le gusta. Aún recuerda cuando uno de sus amigos alcohólicos se mató disparando el cañón de una Beretta en la boca. Pero el amigo había previsto un entierro "digno": rentó un automóvil del año, se vistió como para una fiesta, cargó con todas sus identificaciones, y apuró el fogonazo en un lugar donde el automóvil pudiera ser visto por todos; quería que su cuerpo llevara encima una lápida inmensa con las letras de su nombre resaltadas en oro.

La segunda alternativa es tratar de huir, dejando la ciudad. Esto contiene dos variantes. Salir de Bethel representa también la muerte, pero, como sea, aquí se puede elegir entre una y otra muerte; lo cual, para un candidato al suicidio, por absurdo que parezca, posee un grado de esperanza mayor. XYZ aún no olvida aquellas reflexiones de Tolstoi en torno al absurdo de la existencia. Consciente de la existencia absurda, el escritor ruso, en una primera reflexión, no parece encontrar más alternativa que el suicidio. Sin embargo, más adelante, rectifica y escribe: "La existencia de la muerte nos obliga, sea a renunciar voluntariamente a la vida, sea a transformar nuestra vida de manera tal de darle un sentido que la muerte no pueda arrebatarse".

En la *primera vertiente* está el abandonar la ciudad de noche, cuidando de no ser visto. Adentrarse en las arenas del desierto, y esperar. Tal vez la próxima ciudad no se halle tan lejos, o pueda uno cruzarse con algún viajero que le auxilie, o hallar un oasis donde se es recibido con alegría. Vale la pena imaginar. Al fin y al cabo esto es lo que, no pocas veces, él ha imaginado: un día se levanta y no tiene la terrible compulsión del alcohol; se fuga, escapa de esta costra negra que es su alcoholismo: alguien viene y le rescata y ofrece una vida nueva, en una nueva ciudad donde todo se sucede de distinta

manera ... un lugar luminoso en el que por una especie de ósmosis, él adopta esa claridad aplastante.

Aunque lo otro es más probable: no se cruza con nadie, no halla agua, la ciudad más cercana está más allá de sus fuerzas físicas; y entonces muere, calcinado por las arenas del desierto. Una muerte, por cierto, más lenta y cruel que la primera.

Quién sabe por qué, al hacer repaso de esta variante, viene el recuerdo de *Judith*, aquella obra de Hebbel, cuando la protagonista afirma: "Tú me has visto con frecuencia, cuando parecía tranquilamente sentada al telar, o en otro qué hacer sencillo cualquiera, postrarme de pronto en oración. Me creen piadosa por ello, y temerosa de Dios. Yo te lo digo, Mirza: si hago esto, es porque no sé ya huir de mis pensamientos. Rezo entonces para sumergirme en Dios, como una especie de suicidio; me precipito en el Eterno, como los desesperados en el agua profunda...".

La *segunda variante* se presenta como una especie de suicidio honorable. Salir de la ciudad, de noche, con una antorcha en la mano. Así, para ser visto por quienes, en unas horas, atacarán la ciudad. Ser tomado prisionero por los ejércitos israelitas, y ejecutado inmediatamente a espada. De esta forma, por lo menos se podría hablar con los soldados (en caso de que éstos lo permitan) para decirles cuál es su nombre, dónde vive, qué piensa. Quizá incluso XYZ pueda disculparse de ir hasta el fondo de ebrio, y narrarles cómo es que llegó a este estado físico y espiritual tan maltrecho.

Las alternativas están sobre la mesa: frías, estólicas, filosas como una de esas espadas que usarán los soldados hebreos para degollar a cuanto se les ponga enfrente. Sin embargo, por muy absurdo que también parezca, muy en el fondo una leve llama de esperanza arrebatada a XYZ. Piensa que, tal vez, alguno de esos espías no se fije en su ciudadanía, si es de Bethel o filisteo; quizá tampoco se le pregunte por su estado alcohólico, ni por su vida pasada, ni si ahora su existencia es oscura, o cuánto ha pecado inclinándose a cuanto ídolo que se le ha puesto enfrente.

Este instante es el de la esperanza. La última. Dentro de unos minutos estará parado en la delgada línea que lo separa de la vida y de la muerte. Lo que él ahora posee (todo y lo único que tiene) es una leve flama de fe.

La evidencia señala que tal sentimiento, esa pequeña aguja de esperanza, que débilmente se yergue dentro de él, tiene nulas posibilidades de darse. Los fuertes vientos del desierto, movidos aún más por el aullido guerrero de los soldados, hacen pensar que nadie puede cambiar el abrumador pronóstico en contra de este hombre.

Una conciencia inflada es siempre egocéntrica: consciente de ninguna otra cosa que de su propia existencia. Es incapaz de aprender del pasado, incapaz de entender el presente e incapaz de trazar un plan para el futuro. Está hipnotizada por sí misma y no existe argumento válido que la convenza de su condición. Esto, en forma inevitable, la conduce a un estado de perdición cuyo destino final es la muerte del espíritu.

«La conciencia inflada. ¿Dónde se halla la conciencia de uno? Dentro del cerebro, el conocimiento no se almacena en ninguna forma que se parezca a un programa de computadora convencional, sino que se almacena estructuralmente, en forma de patrones distribuidos de pesos sinápticos excitatorios o inhibitorios, cuyas magnitudes relativas determinan el flujo de las respuestas neuronales que constituyen la percepción y el pensamiento. Pero ¿Dónde se haya esa conciencia que ahora provee material del mundo sólo para su propia existencia?»

Roberto no sabe dónde se sitúa eso llamado conciencia. Sabe y detecta lo contrario: la inconsciencia a que lo lleva la ingesta de alcohol. Una inconsciencia patética, devastadora. Un estado mental desposeído que lo deja tirado en el sillón, cuando no, en cualquier pared de la calle o sobre la arena de la playa. Que lo hace orinarse a discreción en solares, calles o jardines de las casas, sin que él realice nada del acto. Lo pavoroso es entonces el despertar, acompañado de un ¿qué paso, qué hice, dónde estoy?

Denis le ha explicado que esto sucede ahora más rápidamente debido que el hígado ya no le trabaja normalmente; entonces, el alcohol no es absorbido y procesado totalmente, lo que provoca vaya casi íntegro al cerebro, inflame el lóbulo frontal y produzca esas aterradoras amnesias, *blakouts*, lagunas mentales (como se les llame o se les quiera llamar.)

Inconsciencia o no, períodos de amnesia o apatía, un pensamiento puede presumir de ocupar el centro de atención en el cerebro maltratado de Roberto. La idea de ese *alguien* es cada vez más claras y firme en la parte de la conciencia donde Roberto ha ido perdiendo el demás inventario de su existencia. Existe una escena en especial que a Roberto le parece tanto absurda como conmovedora. Es aquella en la que XYZ, decidido a la alternativa de cruzar los desiertos, es sorprendido por una voz enérgica pero a la vez desusadamente comprensiva. Es la voz de uno de los espías. Roberto siente incluso el tibio de ese aliento sobre su oreja. Algo susurra ese hombre. Lo que dice, se cuele hasta el tímpano. El yunque se cimbra al martillazo de las palabras. Esa palabra permanece en el oído por un largo instante. De ahí, pasa al cerebro y se mantiene en ese lugar sin moverse. XYZ se halla completamente tieso; sólo puede medio ver, en el alto resplandor de su antorcha, las largas espadas de los soldados y, a uno de ellos, apuntando con el arma directamente a su tráquea. Sólo falta que el soldado extienda un poco el brazo, deje de doblar el codo, hunda, jale y retraiga la espada, para que todo termine.

*Misericordia*, es la palabra que brutal y sorprendentemente rebota en el cerebro del fugitivo. *Misericordia*, se repiten mentalmente, distanciados por el tiempo y el espacio, XYZ y Roberto.

\*\*\*

Todos nuestros instintos naturales se rebelan ante la idea de que somos impotentes. Es algo verdaderamente espantoso admitir que nosotros, con la copa en la mano, hemos torcido nuestras mentes hacia una obsesión de beber en forma tan destructiva que solamente un acto de la Providencia pudo remover (...) Nos dijeron que éramos víctimas de una obsesión mental, tan sutilmente intensa, que ningún poder humano podría destruirla. Nos dijeron que con la sola voluntad, y sin ninguna ayuda, era imposible vencer esa compulsión. El alcohol, convertido en tirano, esgrimió una espada de dos filos contra nosotros: primero nos hizo víctimas de una urgencia irracional que nos condena a seguir bebiendo, y segundo, una alergia orgánica que a la postre nos destruiría. Pocos han sido, sin duda, los que en tales asaltos han logrado el triunfo en un combate mano a mano (...) Pero ¿quién desea ser rigurosamente honrado y tolerante? ¿Quién quiere confesar sus errores a otra persona y reparar los daños que ha causado? ¿A quién le interesa saber acerca de un Poder Superior, de la meditación y de la oración? El alcohólico típico, egocéntrico en extremo, no se siente atraído por esas acciones, a menos que para salvar la vida tenga que practicarlas. Aquí, descubrimos la naturaleza de nuestra situación fatal; y sólo entonces, se han abierto nuestras mentes a la convicción, porque hemos sentido la agonía.

El alcohol logró en Roberto ese equilibrio que nada ni nadie podía proporcionarle. Por un lado, la certeza en él de la perfección de su pensamiento; por otro, la más aguda certidumbre que bajo los efectos etílicos el mundo se amoldaba a sus sentidos de la manera que, él creía, debería ser la vida. El mundo es así. Dios, el pobre Dios que arrastra la cobija, es un demiurgo aciago, tal y como lo hace llamar el rumano. Dios es un número menor frente a la vastedad que la física ordena con esmero. La luz. La luz. La luz es eso. La luz controla el universo a través del azar. Lo pule y sume en un océano de años (miles de millones), para devenir mar de sol y corona de estrellas en el recodo más oculto de las galaxias. Las leyes. Sus leyes. Las leyes del universo han estado ahí desde siempre. Si no ¿cómo pensar que una ley devino inquebrantable si hubiera evolucionado a pasos defectuosos e infranqueables? La ley del universo es la Ley. De lo que trata el pensamiento es otear ese principio y vivir en él y con él.

Había, no obstante, un algo: un aguijón de sobriedad que era como una pedrada contra su espíritu. ¿De dónde han surgido estos deseos vehementes que se estrellan contra la realidad cotidiana? ¿De dónde esta correspondencia rota, entre los anhelos de uno y ese muro infranqueable? Roberto se pregunta si la verdad sostiene a otra verdad dentro del perfil del vacío. Si acaso este nublazón del nervio, engarrotado y puesto a disposición del alcohol, puede arrancar de ahí, tramo a tramo y sin detenerse, algún perdigón de luz que desacelere todo este coraje e ira, toda esta pacífica violencia que él siente por no ser ese ser que, en el espejo, parece remitirse al infinito lleno de una sobriedad exquisita.

Hubo un día en que a Roberto no sólo se le fue el boqueño y lo dejó por ahí en el mercado de pescadería esperando —creyendo Roberto que todavía eran menos de las



once de la noche—, y sin más dinero que un peso con cincuenta, no suficiente para tomar un taxi que lo llevara a casa. No sólo le cortaron la luz de su cuarto por no pagarla, y no sólo un día no se levantó para ir a trabajar, pues por razones que él creyó justas, se dijo: “Esos güeyes no se merecen que yo les trabaje”. También, internamente —al fondo de este pozo insondable que era su alma—, le faltó hálito, le faltó motivo y también una estrella para poder hacerse de un destino; para tener ambición como otros la tenían.

“A la fregada con todo”, dijo un día en que, irritado porque una de las mujeres de la cantina no había querido bailar con él que se caía de borracho, estrelló la botella de cerveza al suelo y salió de ahí, sin querer saber nada más de aquel lugar donde lo habían tratado como a un “cualquiera”.

Pocas veces habla o quiere recordar u omite voluntariamente Roberto la historia de su vida. Aparte de los recuerdos que posee de su vivencia en la Bruja, junto a los ferrocarrileros, y de su amistad con Robayna y Ramoneda, poco tiene Roberto qué contar acerca de su existencia pasada. Prefiere enterrar ésta bajo el pretexto de su amnesia y decir que el olvido “retrógrado” también le bloquea recuerdos de sus periodos cuando comenzó con la bebida, así como de sus trabajos y querencias.

Pero hoy, no sabe por qué, le ha venido a su memoria aquel Roberto encerrado en una oficina llena de computadoras. O sí. Sí sabe por qué ha aparecido esta hoja de memoria. Primero, que el doctor Redmond le ha recomendado (sugerido y luego exigido como parte de la terapia) que escriba en un cuaderno lo que él desee. Que anote, como una especie de Cuarto Paso de AA (si bien Roberto no haya hecho ni en el número cero), todo aquello que pueda causar en él una suerte de catarsis, desahogo emocional, confesión: “Como quieras llamarle” —le ha dicho el psiquiatra.

La otra cosa que anima a Roberto a anotar algo de este ejercicio histórico-vivencial, es que en un separador, hallado en las páginas de la Biblia del Oso de Ramoneda, ha encontrado un verso de los Salmos que reza: “*He sido olvidado del corazón de Dios como un muerto: He venido a ser como un vaso perdido.*”

Un día, sentado frente a su computadora, y en la pobreza total a la que su alcoholismo lo había llevado, se dio cuenta que la vida carecía de todo sentido. Había tenido todo lo que cualquier hombre normal pudiera desear. Una familia, buenos trabajos, educación, un apartamento a orillas del mar en las costas del Golfo de México, el aprecio de muchos compañeros de trabajo, la admiración de otros que se sintieron atraídos por la escritura de su poesía; y muchas cosas más que hoy él pasa por alto pues en ese entonces las consideró material de segunda mano. No obstante poseer todo esto, Roberto llegó a ser un *vaso perdido*. O más bien, alguien a quien el vaso de alcohol había perdido.

A falta de significado para su vida, Roberto se queda a trabajar hasta 18 horas diarias, pegado a los programas de software, y enseñando ciencias de la computación en las aulas de la universidad estatal. Entre los constantes *breaks* que se diseña para el trabajo, bebe. Si alguien objeta su forma de beber, siempre tiene una excusa a la mano; la más efectiva de ellas era que pese a todo, decía, él no se había vuelto irresponsable. ¿Responsable para qué?

Porque la responsabilidad significa siempre responsabilidad ante un deber, y los deberes de un hombre sólo pueden ser interpretados partiendo de un “sentido”, del

sentido concreto de una vida humana de la cual tiene conciencia; y Roberto no la tenía. Roberto (o el alcohol en él) ha perdido el enfoque de su existencia. ¿Cómo puede el hombre llegar a saber cuál es el fin último de su vida, cuál es el sentido superior a que obedece el universo como un todo? Vivir con responsabilidad sin saber a qué se es responsable, parece absurdo. Pero responsabilidad o su contrario eran lo único que Roberto podía pretextar ante los demás para no desmoronarse. Ante una vida tan vacía, no pudo evitar los "efectos secundarios" de tal aridez. Con una profunda necesidad altamente insatisfecha, su existencia entró en un *círculo vicioso*: Sin sentido – Alcohol – Depresión – Más Sin Sentido.

Al sentirse frustrado por no "sentir" que logra algo en la vida a través de lo que hace, Roberto se sume en una depresión horrible, la cual trata, primero con alcohol y luego con píldoras antidepresivas; y luego bajo la combinación de ambas. Esto le alivia momentáneamente; al rato la depresión es peor, y entonces vuelve, esta vez con más cantidad, al alcohol. El ciclo no soporta demasiado: tantas veces se le intenta engañar al cuerpo y a la mente con paliativos químicos, que alcanza su grado de decepción máximo. Algo le dice a la mente, al *self* del individuo, que ni siquiera *eso* llena sus aspiraciones de sentido. Despojado del último recurso de esperanza, el individuo encara entonces eso que Camus llama "el gesto definitivo": se suicida.

\*\*\*

Sentado en un viejo sillón de resortes saltones, Roberto medita. ¿Por qué no ir más al fondo de esta biografía que le parece espantosa? Una gruesa costra de negación y justificación blindan el intento. El viento afuera se mece sobre una tarde chillona de sol. Amarillos y azules penetran el espacio donde cubos de luz se prestan como receptores a esa danza hermosa. Un trago de alcohol pone el cerebro de Roberto en el sitio exacto. Extrañamente, algo cambia dentro de él. "A fin de cuentas —se dice un tanto cohibido—, nadie va a leer lo que yo escriba. Es más, Redmond dijo el escrito, lo que yo escriba, lo eche a la basura o le dé fuego, una vez que haya terminado".

La memoria lo lleva de ese punzón de lucidez hacia la imagen de él mismo. Animado por un *tal vez* de hallarse a sí mismo, y por la sugerencia de Redmond —quien le había dicho también: "Comienza con una frase como: 'Encuentro que el abuso del alcohol...', y ahí le sigues"—, Roberto toma un sorbo prolongado de caña, se para del asiento y busca un viejo cuaderno que anda por ahí. Toma la pluma y va anotando no sin cierta aprehensión...

«Encuentro que el abuso del alcohol produce en mí una baja notoria en la auto-estima. Me provoca una confusión de sentimientos muy importante, pues no sé con certeza qué es lo que siento realmente por mis seres queridos, prefiriendo negar u olvidar estos sentimientos con el objeto de evitar al máximo esta desagradable confusión. Ya que uso el verbo *negar*, sobre este debo advertir enfáticamente que esta ha sido mi actitud favorita: la de negar que estoy consumiendo en exceso bebidas alcohólicas, la de negar que lo que hago me está afectando en mi manera de ser, de vestir, de hablar, de

estudiar o trabajar. Uso la negación como principal defensa, no sólo para no enfrentar mi realidad, sino también para poder seguir bebiendo, y evitar que las personas que me aman hagan comentario alguno al respecto. Pienso que esta actitud, al inicio pasiva y aparentemente inofensiva, con el paso del tiempo se transformó en una *negación activa y hostil*, ya que he optado por enojarme cuando alguien quiere hablarme sobre el tema, no permitiendo el más mínimo comentario al respecto por parte de persona alguna.

»Desarrollé una capacidad especial para *resentirme* con todos y cada uno de los que me rodean. Aunque esto sucedió desde las primeras veces que comencé a beber, con el transcurrir del tiempo he comenzado a resentirme con todo lo que es posible hacerlo, real o irreal, humano o divino, material o inmaterial. Esto significa que casi todos los días estoy con un humor muy a la defensiva: siento que todo mundo me ha hecho algún tipo de daño o se me puede hacer en un futuro próximo; lo que me lleva a desconfiar de toda la gente y a *buscar culpables* para tener una explicación del porqué me he convertido en un ser tan solitario y de tan difícil trato.

»Mis estados de ánimo son muy cambiantes y esto confunde a quienes me rodean. Me frustro con mucha facilidad cuando las cosas no son como quiero que sean. Para evitar las constantes frustraciones, me he vuelto una persona hábil para manipular a los demás, llegando a mentir con tal de obtener lo que deseo, cuándo y dónde lo quiero; me he vuelto una persona inmadura e irracional.

»Debo decir también que me he vuelto sensible a las reacciones que los demás tienen respecto a mi persona; por lo general, los familiares cercanos o amigos prefieren rechazarme debido a las varias acciones arriesgadas que emprendo cuando me hallo intoxicado; estos desaires les afectaban demasiado. Pero no se crea que soy sensible exclusivamente al rechazo de los demás, también lo soy a la indiferencia e inclusive a la aceptación. Una de mis principales dificultades reside en no poder enfrentar ninguna de esas variantes que ofrecen las relaciones interpersonales, ya que normalmente las distorsiono y llego a pensar que nadie me ama. Así, desconfío de las personas que me estiman, alejándome de ellas, pues yo “sé” que tarde o temprano me van a pedir que abandone mi consumo irresponsable de alcohol, y esto no lo voy a aceptar tan fácilmente. Por esto, me quejo con mucha frecuencia de sentimientos fuertes de soledad, aunque empiezo a darme cuenta que esta soledad es producto de mis propios demonios y actitudes irresponsables. Para no quedarme solo completamente, me valgo de artimañas, mentiras y chantajes con tal de tener cerca a quienes aún pueden amarme y ayudar a mi adicción: he desarrollado un egocentrismo, como mi rasgo de carácter predominante.

»No cuento aquí en qué se convirtió mi hogar. Me apena decirlo. No quiero recordarlo porque el recuerdo es doloroso y sólo dos, tres, cuatro grandes tragos de *güin* pueden aliviarlo. Sólo puedo decir que mi familia se desorganizó de tal forma que ya no cumplía yo con los sueños de quienes lo formamos ni con las expectativas de quienes les tocó nacer ahí. La confusión

hizo presa de todos los miembros de mi familia; les provocó daños a veces irreparables por la profundidad de los sentimientos que se vieron lesionados. Y es que mi esposa e hijo intentaron, de todas las maneras conocidas, cambiar mis actitudes destructivas; les dolía mucho lo que me sucedía, además de que les provocaba vergüenza que otras personas se enteraran del problema. Por lo tanto, más temprano que tarde, cayeron en el juego de negar el problema, de restarle importancia. Aunque pareciera que yo salía ganando porque pude seguir consumiendo alcohol libremente y sin pagar las consecuencias de mis actos, el resultado en realidad fue pura pérdida: mi familia, erróneamente, fue quien absorbió todas mis secuelas destructivas.

»La paz y la tranquilidad que requiere todo hogar para ofrecer a sus integrantes (hijos y esposa) el ambiente adecuado en el que van a desarrollar sus potencialidades personales, se volvió un verdadero enjambre de confusiones emocionales: un lugar amenazante y angustiante en exceso. No existían ya los hábitos saludables: la buena alimentación y una cantidad adecuada de horas destinadas al descanso nocturno, se vieron seriamente alterados. Todos los miembros de mi familia (incluyéndome a mí, por supuesto), comenzamos a presentar problemas graves: la angustia que produce el vivir con alguien así, tan difícil como yo, puede quitar las ganas de comer o, por lo contrario, despertar un apetito insaciable. Esta misma angustia llegó a quitarles el sueño: mi familia se dedicó a vigilar la hora en la que yo llegaba a casa a dormir, alterando así las horas destinadas al descanso de ellos.

»No pasó mucho tiempo en que apareciera otro demonio feroz en mi hogar: la violencia verbal (gritos, amenazas, groserías) entre mi familia y yo. O de plano, la violencia física (golpes, empujones, destrozo de objetos.) La pérdida de objetos valiosos o ropa con que “le di vuelta” a mi mujer para venderlos y conseguir más alcohol, merece un capítulo aparte. Otra de mis “gracias” fue el manipular a la familia, infundiéndoles miedo o terror, de tal manera que cuando se me acercaban sabían que NO se podía hablar, ni siquiera sugerir, el tema de mi forma de beber. Si esto sucedía, me airaba, amenazaba con suicidarme o irme de la casa, o quitarles el dinero. Esto los ponía a temblar; entonces, optaban mejor por el silencio absoluto.

»Pero esto tenía que terminar. Por fin un día, después de tanto soportar a un borracho como yo, ellos se fueron. Cuando regresé a casa, después de una semana de borrachera, lo único que hallé fue una nota sobre la mesa que decía: “*Hasta aquí llegamos. No nos busques...*”

»Si eso pasaba en mi casa, fuera de ella me he convertido en una amenaza pública. Algunas personas cercanas a mí han corrido riesgos graves con mi compañía; otros, se han visto en peligro de perder sus propiedades o al menos el de sufrir algunas lesiones físicas o psicológicas importantes. He causado daño a mis vecinos cuando, por “quítame estas pajas”, he escandalizado en el barrio o en la vía pública, al enfrentarme a golpes con otra persona, cuando manejé mi auto y provoqué accidentes; porque eso sí, al volante siempre fui un semi-dios que desafió las leyes de la física más

elementales. He traicionado la confianza de algunos que me han servido como fiadores para alguna compra: me he gastado el dinero de los abonos en bebida, y el acreedor ha arremetido contra mi co-signatario y sus propiedades. He causado mucho daño al cometer errores en mi trabajo. Ya ni cuento aquí cuál era han sido esos desaciertos: sólo digo que una vez, por andar con una decena de cervezas encima, borré información que luego, varios de mis compañeros, tardaron varias semanas en recuperar. Por supuesto, adjudiqué la pérdida a un “error del sistema”. Esto sin contar los días en que he llegado tarde a la oficina, no he llegado o si lo hago es intoxicado o bajo los efectos de la “cruda”. Las veces en que he inventado estar enfermo, falsificado justificantes médicos, o “matado” a un ser querido, son incontables.

»Pienso que el mayor daño que he hecho, es el daño a mí mismo. Física, emocional y mentalmente, me siento devastado. Muy adentro de mí, en las áreas donde miles de genes parecen ejercer el tráfico del proceso sináptico, siento que también espiritualmente me he empobrecido al extremo...»

## 21

“Nunca le habíamos pedido a Dios que se hiciera su voluntad; por el contrario, siempre le dijimos lo que debía de hacer. Nos dimos cuenta que no se puede creer en Dios y desafiarlo a la vez. La fe es confianza y no desafío”.

Esto dicen los doble AA, le había dicho Denis a Roberto un día que lo invitó a tomar un café.

Roberto no sabe si había o ha desafiado a Dios. Lo único que conoce es esta terrible angustia que causa el no tener un trago a la mano. Esto le parece extraño: no tener un trago a la mano. Porque la facilidad para beber a cualquier hora siempre la ha tenido.

El trabajo de Roberto era uno de esos trabajos que todo lo permiten. Por alguna extraña razón, seres como él (vendedores, albañiles, burócratas, gente con negocio propio e incluso muchos médicos) tienen esa libertad de ejercer su gusto por los tragos sin que esto cause consecuencias alarmantes de disciplina. Roberto lo hacía. El ser un excelente programador de software, le permitía ciertas canonjías con sus jefes cuando éstos veían los resultados de su trabajo. Dos, tres semanas de ardua labor, le resultaban a Roberto en canonjías como faltar uno o dos días al trabajo, llegar tarde, entrar a una hora inusual, y salir de su oficina a la hora que quisiera.

Dentro del área de trabajo, Roberto solía ir a saludar a los obreros del Astillero, o a “inspeccionar” cómo iba tal sistema, o a hacer “análisis de los sistemas con los clientes”; y entre que lo hacía y no lo hacía, se recetaba un buen trago de las ánforas que alguno de los muchos obreros solían esconder entre las máquinas o bajo la ropa. El alcohólico siempre tiene uno o varios camaradas con la misma aguda inteligencia para beber a la hora que se les antoje. Roberto volvía a su escritorio de trabajo como si nada, y más bien seguro y orgulloso de haber podido “ponerse al día” y “calentar motores” para la hora de la salida.

Si la “expedición” no era posible por alguna razón, entonces Roberto y los demás se las habían ingeniado para beber a como diera lugar. Otra vez: la inventiva del alcohólico es única en estos menesteres. Las “técnicas” de provisión de alcohol son múltiples, entre las más ingeniosas está la de cargar con un envase de yogurt para beber, al que previamente se le ha agregado la mitad de alcohol... Nadie en la oficina se da cuenta del contenido, ni de la ingestión a “plena luz del día”. Otras “técnicas” rayan en el ingenio y la desesperación. Algunos de los “colegas”, enterraron una botella de suero al otro lado de la pared de la oficina de Roberto, junto a los climas; la botella fue llenada de alcohol, con una manguera que iba a parar “directamente” al frente del clima de Roberto por dentro de su cubículo de trabajo. Si por alguna razón venía la desesperación y no se podía salir a las “inspecciones”, lo único que tenía que hacer Roberto era sorber de la manguerita aquella. Cuando el líquido vital se esfumaba, Roberto sólo tenía que avisar al “proveedor” (que resultó ser el jardinero de la empresa) para que le llenara la botella. Al rato, ya era el propio Roberto quien, muy de mañana, se encargaba de esta tarea estratégica.

\*\*\*

Uno de esos días de cantina, entre rocolas que tocaban música de salsa y luego, de improviso, cambiaba a alguna melodía de Julio Jaramillo, Roberto se vanagloriaba de tener una “chamba en la que puedo hacer lo que quiera...”. Lo decía frente a un grupo de esos compañeros que había ido conociendo en la parranda de los años. Lo hacía con el Perico Teacher’s surcando no sólo la flor de sus neuronas, sino escalando los aposentos de su alma. Roberto dice: “A mi esos güeyes del astillero, me la mastican...” Para luego adoptar una postura de pagador diligente, de sobrio y fauno rebelde, de dios grandioso hacedor de universos étlicos. Los compañeros celebraban el: “A mi esos güeyes...”, porque enseguida, Roberto pedía a la mesera otra ronda para todos; al fin él pagaba y, si no, dejaba el reloj de cuarzo o su sortija de oro que le había regalado Macías el día en que se había graduado.

Y, sabe Roberto —hoy, sentado en las escaleras de este pequeño muelle de su cuarto— que ese presumir duró algunos meses, porque después ya no tuvo para pagar las cuentas y tuvo que volver a tomar solo: allá, alejado, en ese rincón último de la cantina, porque le daba pena que lo buscaran los compañeros y no tener para invitarles un trago. Volvió a tomar solo. Esa soledad le hería más que la muerte de Macías, y más que la mesera que no quiso bailar con él aquel día que aventó la cerveza al piso, y más que a él mismo: tomar solo le hería más que todas las cosas. La soledad de un trago que ya necesitaba por la mañana y era lo único que controlaba el látigo de plomo enredado a los nervios y hace sentirse a uno el más de los miserables.

En medio de esta miseria (esa puñalada de sal viva en el centro del alma), Roberto tenía la receta para mitigar este dolor intenso: más alcohol y más matarse poco a poco. Porque el alcohólico es un verdadero suicida, sólo que va ejecutando su acto por etapas. Evitando el paso de esta vivencia extraña —que va entre el querer seguir respirando y rebanar con una navaja este débil respiro—, Roberto se inclina por buscar la puerta de salida de la cantina.

Lleva en las manos un folleto que alguien ha dejado encima de su mesa: “Es un mensaje que a lo mejor necesitas”, le dicen:

Todo lo que se necesita es una llave y la decisión de abrir esa puerta. Sólo hay una llave, y ésta se llama buena voluntad. Cuando nuestra buena voluntad ha quitado el candado, la puerta se abre casi por sí sola; y mirando hacia adentro, veremos un camino, junto al cual está una inscripción que dice: «este es el camino hacia la fe que obra» (...) Indudablemente que para esto, es necesaria la fe; pero con la fe por sí sola no lograremos nada. Podemos tener fe y mantener a Dios fuera de nuestras vidas. En consecuencia, nuestro problema ahora es cómo y por qué medios podremos lograr que Él entre.

\*\*\*

Comenzó ese período en el que Roberto ya no supo elegir entre las amenazas de su jefe de trabajo que le decía: “Roberto, creo que te estás pasando con la bebida, trata de controlarla o voy a tener que tomar otras medidas la próxima vez que me vengas a *medios chiles*”. O elegir que mejor lo mandara liquidado. O entre abordar el San Juan de Ulúa a que lo llevara al trabajo a las seis y media de la mañana, o bien desviar el rumbo hacia uno de los bares abierto desde las cinco de la mañana, para sosegar los espasmos

que como navajas cortantes se arrastraban por todo su sistema nervioso.

El caso es que, recuerda Roberto —con las manos metidas en la corriente del agua, gozando del lirio y el remanso de sal que filtra el mar en el río— aquello explotó y lo retiraron del trabajo.

“¡Que se vayan mucho a la fregada; a ver si encuentran otro tonto que les cumpla como yo les cumplía; que les trabaje tan fregón como yo lo hago” —había dicho Roberto aquel lunes por la mañana, en que el contador general de la oficina pagadora de los Astilleros, puso en sus manos un cheque por la cantidad de 73,600 pesos, con una explicación de que: “La empresa le agradece sus servicios”. Y Roberto había tronado la boca y, sin dirigirse a nadie en particular, había caminado el trecho hacia la salida, mascullando un: “¡Púdranse todos, pendejos!.

\*\*\*

La *tolerancia*, junto con otros síntomas, es uno de los rasgos característicos que indican que uno va que vuela para alcohólico. Tolerancia es el fenómeno de siempre necesitar de más alcohol, droga o conducta adictiva: lo que se tiene nunca es suficiente. ¿Por qué el alcohólico se propone tomar "una sola cerveza", sólo una vez más, "la última y me voy", y no lo logra?

En el *Libro Grande de Alcohólicos Anónimos*, el Dr. William Silkworth expresa: "No estoy de acuerdo con los que creen que el alcoholismo es enteramente un problema de control mental. He tratado a muchos individuos que, por ejemplo, habían trabajado por espacio de meses en un problema o negocio que tenían que resolver favorablemente para ellos en determinada fecha. Se habían bebido una o dos copas antes de esa fecha, y el fenómeno del deseo imperioso había adquirido una preponderancia inmediata sobre los demás intereses y, por lo tanto, no había cumplido con aquel otro deber tan importante. Estos individuos no bebían para escapar, estaban bebiendo para aplacar un deseo imperioso que estaba más allá de su control mental".

Desde este punto de vista, es fácil entender que la atención de un alcohólico esté siempre puesta en la forma de conseguir su trago. No hay lugar para atender ninguna otra cosa, menos a sí mismo, a su familia o a Dios. En la etapa final de la carrera alcohólica, el bebedor vive sólo para proveerse de su bebida, y es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir un solo trago: robar y estafar (si es posible a la misma familia), inventar tragedias (como la muerte de un hijo), o incluso matar. Una vez que consigue su ansiado trago, lo cuida, protege y raciona; lo que no hace con ninguna otra cosa que se mueva a su alrededor.

Tan pronto como se trata de controlar la conducta adictiva (consumir droga y/o alcohol) mediante resoluciones autónomas, el adicto comienza a derrotarse a sí mismo. La mayor de las veces la derrota se debe a una mezcla de motivaciones: una parte de la voluntad desea sinceramente ser libre, la otra desea continuar con la conducta adictiva. Un truco fundamental de la mente es enfocar la atención en la *fuerza de voluntad*. De alguna forma, algo complicada, la mente asevera que “ella puede controlar la conducta”. Pueden tomar muchos fracasos antes de que el alcohólico pueda darse cuenta que verdaderamente no puede controlar su conducta adictiva.



Para cuando el alcohólico desea "parar" el consumo, aparece el llamado Síndrome de Abstinencia, el cual le va a hacer volver a beber. El síndrome se presenta mediante una reacción al *stress*, que ocurre cuando el cuerpo es privado de algo a lo que ha llegado a acostumbrarse y responde con señales de peligro, como si algo anduviera mal: agitación extrema, temblores, miedo, pánico, taquicardias, y *delirium tremens*. A la par de todas estas manifestaciones que se le presentan al alcohólico, una aún más perniciosa ha estado tejiendo sus redes en la mente del adicto: una mente engañada por sí misma cuya misión es una sola: la exquisita inventiva para perpetuar el que se siga bebiendo.

Aquí, donde la mente lucha en un enjambre de deseos y motivaciones contradictorios, la energía creativa del cerebro es usada para derrotar cada uno de los intentos por dejar el alcohol. Los engaños de la mente incluyen, principalmente: *negación, racionalización, proyección, ocultamiento y tácticas dilatorias*.

Durante las primeras etapas del alcoholismo, la mente consciente rechaza o ignora el incremento en el uso de alcohol. La *negación*, no sólo hace que la persona no reconozca que el problema existe: "ella no quiere pensar en ello". Cuando la evidencia crece, el adicto debe usar incrementos de energía psicológica para mantener la verdad fuera de su conciencia. La persona, que ahora se siente mal consigo misma, debe mantener su mente ocupada o insensible, los momentos de tranquilidad franca y de auto reflexión que en el pasado parecían tan placenteras, son vigorosamente evitadas. La negación puede continuar toda la vida. Se sabe, por ejemplo, de borrachos que muriendo de cirrosis hepática, confiesan que ellos jamás tuvieron problemas con la bebida.

Si de alguna forma el alcohólico es descubierto o penetrado en algún punto de su negación (por ejemplo, que se le halle completamente borracho, durmiendo en la mesa de alguna cantina), entonces echará mano de la *racionalización*, que nos es otra cosa que dar excusas en un intento de justificar la conducta alcohólica. Las racionalizaciones no son mentiras intencionales, la persona llega a creer verdaderamente que lo que dice, es la verdad. Así actúa el adicto: "Necesito un trago, me siento deprimido", "Si tuvieras una mujer como la mía, beberías tanto como yo"; "¿Crees acaso que no me merezco unos tragos de vez en cuando: no ves cuánto trabajo?", "No creo hacer nada malo mientras traiga el gasto para la casa", etcétera. La pura aparición de la racionalización es evidencia irrefutable de que existe un grave problema con quien bebe, porque donde no hay adicción no hay razón para excusas.

Al alcohólico le sobran personas y motivos a quien culpar de su alcoholismo. *Proyecta* en otros su problema. Culpa a su esposa, a los hijos, a los amigos y patrones, o simplemente a las circunstancias: muerte de un ser amado, una decepción amorosa, la pérdida del empleo; porque perdió o ganó su equipo de fútbol favorito, si está alegre o deprimido, etcétera. Lo peor del asunto es que casi siempre, la gente a quien el adicto culpa, adopta la acusación. Aquí es donde inicia el problema de la co-dependencia para quienes rodean a quien bebe.

Llega un momento en el que es imposible continuar con la negación: la verdad del alcoholismo es evidente. Debido a que ocultar la verdad ha fracasado, llega a ser sumamente importante para el bebedor *ocultar* la bebida o el objeto de la adicción. Aquí, el adicto experimenta un creciente alejamiento de la gente; existe un sentimiento de estar cubriendo un oscuro secreto, la revelación del cual parece intolerable. Así es que se comienzan a meter botellas de licor a casa, a escondidas. Se las oculta en la caja de agua

del baño, entre los pliegues de los sillones, en la caja de herramientas del garaje, en un hoyo de la jardinera. Si va al trabajo, el alcohólico procura utilizar una mochila grande donde no se note que guarda la botella. O la esconderá de manera disfrazada: tomará agua envasada a la que previamente ha agregado una buena dosis de ginebra o ron blanco. Para el alcohólico no existen imposibles en la forma de ocultar su bebida. Lo que muchas veces no puede ocultar, es que bebe demasiado.

En este punto aparece una variante de la ocultación: la *clandestinidad*. Se trata de demostrar que *sí se bebe*, pero con "moderación". Sin embargo, el alcohólico se las ingeniará para beber lo mismo o más que otras veces. Si lo invitan a una fiesta infantil, entrará al baño de su casa y se empujará unos tragos antes de salir al festejo; esto por si aquellos "son tacaños con la bebida". Si "por fortuna" en la fiesta sí se sirven tragos, él es uno de los que se ofrece para "atender la barra". En las cantinas, es de los que tienen un juego de señas para indicar al cantinero que sirva generosamente, etcétera.

En la carrera alcohólica existe siempre un momento en el cual se quiere parar. "Realmente necesito *pararla*: sólo me falta un poco de disciplina y fuerza de voluntad" —se dice el alcohólico. Aquí, la mente opone las más astutas inventivas posibles. Entre más creativa e inteligente es la persona, más descorazonador se volverá el proceso. La mente le sugerirá que tal vez no es de sabios "dejarla" así nomás porque sí; que se puede manejar el asunto no bebiendo tanto, debe hacerse "moderadamente". El alcohólico piensa cosas como éstas: "En Semana Santa, le paro"; "No puedo dejarla ahora, aún me siento ansioso e irritable y tengo cosas importantes que atender"; "Quizá si oro, Dios me mostrará cuándo y cómo pararle"; "Este es el último trago que me tomo".

Pero cuando llega el momento de decidir, al adicto le viene un profundo sentido de temor: siente que renunciar (*pararla*) es como la muerte: otro truco de la mente, otra *táctica dilatoria*.

Siempre llega ese momento en el que el adicto (ya para entonces en su etapa crónica y final) bebe a "campo abierto". No le importa ya negar, ni ocultar, ni jurar que ya no va a beber, ni echar la culpa a nadie. Lo único que desea es estar pegado a su indispensable botella. Incluso, se embriaga en su propia casa, con la botella sobre la mesa del comedor. De acuerdo a los expertos, cuando esto sucede —cuando el alcohólico parece haber perdido toda vergüenza—, es el instante en que está gritando: "¡Ayúdenme!".

La progresión que ha tomado varios años, ha terminado. El total de los sentimientos del alcohólico se presentan de lleno, predominantemente sentimientos de soledad y pérdida de auto-respeto y auto-dignidad.

Dice el doctor Teibout que no existe gente más solitaria en el mundo que los alcohólicos. En su carrera de adicción, muchos de ellos llegan a fracturarse debido a alguna caída, lo que resulta en huesos rotos, pero no existe dolor más devastador o más insoportable que el dolor de la soledad y pérdida de auto-respeto.

En este punto, la enfermedad se manifiesta a sí misma en una forma que comienza a afectar la vida privada del alcohólico: se comienza a afectar a la familia. A diferencia de las enfermedades del corazón y el cáncer, que son grandes asesinos, el alcoholismo afecta tremendamente a la familia. No existe un alcohólico sin una esposa, unos hijos, unos padres que, a su vez, no hayan enfermado juntamente con él. Cuando la enfermedad progresa, se producen lagunas mentales, que son verdaderas amnesias causadas por la bebida. El impacto de esto sobre la familia, es devastador. Entonces

viene otra etapa: el alcohólico comienza a faltar al trabajo, lo corren de éste, comienza a perder amigos y experimenta otras pérdidas. A tal punto llega a estar afectado que se convierte en una suerte de disco de tiro al blanco: llega a ser un individuo que poco va perdiendo cada una de sus circunferencias, hasta quedar él mismo, solo, en el mero y único círculo centro del disco; completamente aislado y objeto de todos los impactos.

“Muéstrenme un alcohólico, y yo les mostraré a un individuo con este síndrome”

— dice Tiebout. El alcohólico va quedando expuesto al abandono mediante un proceso de eliminación de circunferencias: cesa su actividad religiosa (si la tenía); luego su participación en la comunidad; la relación con los amigos, sus aficiones y tiempos de ocio; con sus semejantes, compañeros de trabajo y toda la gente que interactúa con él durante el día; se distancia de la familia, y con frecuencia pierde a la familia misma. Entonces, repentinamente (y casi sin advertirlo), el alcohólico está solo, en el centro del blanco, completamente aislado. El único compañero con el que cuenta es el trago.

Casi seguramente (de seguir a este ritmo), el alcohólico será corrido de su casa (antes ya lo fue de la iglesia, el trabajo, los amigos), y buscará refugio en una fraternidad que lo recibirá con los brazos abiertos: los Escuadrones de la Muerte.

Dos ángeles de espada flamígera harán casi imposible que salga de allí para volver a ser lo que era antes.

Roberto se sintió libre al ser despedido de su trabajo. Libre porque ahora con esos 73,600 pesos en la bolsa, él podía hacer lo que le viniera en gana. Y la gana, esa gana que a Roberto le parecía la libertad absoluta, se tradujo en pensamientos sucesivos de: “Voy a guardar la lana por lo que venga”. Y: “A lo mejor me compro un estéreo para oír un montón de música”. Y, también: “Se me hace que mejor meto la lana al banco: gano intereses y así no me quemó todo el dinero...”

Pero, a los pocos días, Roberto tradujo el gasto de ese dinero en necesidad elemental; en suplir lo que para él ya constituye el abasto básico, el pan de vida, la ostia suprema y consumo esencial. Dos días después de haber sido despedido de su trabajo en los astilleros, renunció también a su puesto como profesor de la universidad, previo acuerdo de una indemnización “razonable”, equivalente a 20,000 pesos. Así es que, de pronto, se vio con una cantidad de dinero inusual en sus manos.

A la semana de haber sumado este monto de dinero, se dijo que era justo y necesario (porque se lo merecía), darle un pequeño pellizco a los 93,600 pesos. Y sí, la verdad es que no sabe que cantidad tomó. Y sí: hartó de él mismo, allí encerrado en su cuarto, y del murmullo del mar que entraba por su ventana y se había vuelto monótono; y sintiendo que hacía días que no ejercía su papel de rey ordenador y revolucionario de los aposentos altos en las cantinas, decidió irse a meter al Chupacabras y pedir una botana con una cervezas, porque, había dicho: “nada más una y me voy”.

Ya no sabe Roberto cómo es que este tesoro (provocador de influencia y poder) fue disminuyendo poco a poco. Ya no sabe Roberto —hoy trata de acordarse aquí, sentado frente a este lienzo de espumas temblorosas y pájaros que, limpios, beben el agua transparente del río—, cómo fue ese deslizarse y perderse por un tobogán brumoso y descompuesto. Y más que bruma, puro olvido.

Como si la memoria fuera un ojo cruel que barrera de un libro el nombre de Roberto, ya no recuerda cómo es que aquellos 93,600 pesos desaparecieron. Ya no recuerda si fue cuando ordenó, ante la repentina presencia de algunas mujeres en su mesa, una botella de champaña para que ellas se la tomaran, pues él estaba tirando Buchanan’s. O si, al pagar, se excedió con las propinas a la mesera y le dejó un billete no de diez o veinte pesos, sino alguno de a quinientos, sólo “porque me trataste a toda madre”. O si lo bolsearon en algún sitio cuando, incapaz de caminar debido a la borrachera, se quedó dormido en un baldío de una de las colonias. No recuerda si, al pedir a un taxi que lo llevara a su cuarto en Boca del Río, decidió de pronto que: “No, mejor llévame a Paso del Toro”, y allí se había ido a meter a otra cantina, y había invitado a todos los allí presentes sin conocerlos, y pedido, al grito de “porque jijos de la fregada aquí no hay música”, que alguien se fuera a Veracruz en un taxi, y se trajera a los mariachis para que le tocaran algunas piezas que a él le gustaban. O bien (y ya tampoco se acuerda), había pedido a una de las mujeres del Chupacabras o El Cielo, que no se levantaran de su mesa hasta “que yo les ordene”, y allí las mujeres le habían metido en el trago una pasta de Rohipnol; se quedó dormido, y aquellas mujeres le dieron baje con todo lo que pudieron; y había tenido que pedir un taxi que le cobró valor agregado al llegar a su casa porque, le dijo el taxista: “Esto no es de todos los días, compadre”. O tal vez fue aquel día en que amaneció bien crudo y se fue con los del Palo de Hule, y les dijo: “Ora, váyanse por unas caguamas”, y también les había invitado pollos fritos y *güines*, y había

mandado que se matara para el mediodía ese borrego que, le dijeron, estaba a ca' Boni. O a lo mejor fue cuando se metió a un bar por allá por el bule y, ya casi durmiéndose, alguien le recomendó un “pase, para que te ponga a toda madre”, y pagó por ello ya no sabe cuánto, y resultó que el “pase” era una grapa de aspirina molida que le hizo sangrar nariz y garganta...

Roberto no supo jamás ser inoportuno; le molesta molestar a otra gente, así su necesidad de ellos sea urgente. Una mezcla de razones encontradas por no invadir el cuerpo y la mente de otros, le hace difícil el acceso a situaciones de emergencia. Un día, no le quiso decir a la banda del Palo de Hule que el dinero se había esfumado y que estaba sin quinto. No les quiso contar que una mañana se levantó y buscó en los cajones de su escritorio, entre las páginas de un libro de Michaux y otro de Baudelaire; buscó debajo de la cama y en los entre pliegues del único sillón que tiene, buscó entre las piedras y el oleaje, y en la espuma y la borrasca; investigó entre las páginas del *Universe in a Nutshell* de Hawkings; hurgó entre hilos de luz y cabos de oscuridad, en su mente y el fondo del abismo, entre cuadernos viejos y los resortes saltados de su camastro, en el fondo de las botellas vacías y hasta en el aroma de aquellas lociones que usaban Ramoneda y Robayna: no encontró ya ninguna moneda. Ni siquiera una que le permitiera un cuarto de caña del más barato, ese que vende la Abuela mezclado con alumbre y una yerba que, dice, evita el dolor de las crudas.

Llegó sigiloso con los del Palo de Hule y, sin que nadie lo advirtiera, a escondidas por temor a que alguien le reclamara, se empinó la botella de *güin* y le asestó un trago y luego otro. Sobre una mesa, trozos de pescado y tortillas duras hicieron el desayuno de Roberto. Como el trago de *güin* no le bastara, se levantó y fue a empeñar con Raquel su reloj de pulso que ya no sabe cómo había conservado. Lo dejó por un litro de caña y unos limones agrios.

\*\*\*

A los pocos días, Roberto se buscó y halló un nuevo trabajo en un pequeño negocio de venta y reparación de computadoras, allá por Ejército Mexicano en la Boticaria. El dueño del taller era un tipo bonachón, técnico en electrónica, de unos cincuenta años de edad, que siempre andaba alegre y dicharachero. Había llegado del estado de Guerrero con la intención de probar a ver si cambiando de lugar “dejo el pinche trago”. La abstinencia y prueba de fuga geográfica le había durado siete meses, en los cuales se acomodó y montó su taller. Entonces, regresó a Guerrero, se trajo a la mujer y al hijo más pequeño, a un ayudante de allá de su tierra, para que todos participaran en la inauguración del nuevo negocio. Ese día se hizo un pozole que se acostumbra en la costa chica guerrerense, se hicieron traer músicos y —por si las dudas de que alguien quisiera brindar con un fuerte—, algunas botellas de Don Pedro y una docena de cartones de cerveza. En el refuego de la fiesta, y dado que Cosme ya tenía algunos meses sin beber, le pareció que ya la había “logrado” y podía darse el lujo de un “pequeño madrazo, para no estar así tan a la intemperie”: además, la ocasión lo merecía.

Fue ese trago y muchos más. Tantos que si alguien preguntara a Cosme Arriaga cómo es que siguió con la parranda hasta por dos semanas más, no podría contestar. El caso

es que entre que se quitaba la cruda y se la volvía a poner, el recién abierto negocio no acababa de funcionar. Se sostuvo en pie gracias a la presencia de Pancho, el operario que Cosme había traído con él de su tierra. Así es que la llegada de Roberto fue un alivio para Cosme. Cuando éste le pidió trabajo y Cosme vio la forma diestra en que se manejaba haciendo programas para las computadoras, no dudó en contratarlo: Roberto le había llegado como caído del cielo; supo que ahora sí, lo único para lo que tenía que acudir al taller era para “supervisar cómo iba todo por ahí”.

Al principio Roberto se comportó como cualquier nuevo empleado: serio, silencioso, trabajador. Llegaba a su hora y, si había trabajo pendiente, se iba después de su horario habitual; cosa que causó muy buena impresión en Cosme quien no dejaba de darse sus vueltas para supervisar la cuestión y “hacer cuentas” con Pancho. Y las cuentas comenzaron a salir a pedir de boca. Roberto trabajaba rápido y muy bien, y en pocas semanas logró el reconocimiento de gente que sabía del negocio y acudía a solicitar los servicios de *Refa-Compu La Acapulqueña*.

Tan feliz estaba Cosme, que un día ya no se aguantó y, a medios chiles, les dice a Pancho y a Roberto: “Ya cierren esta madre y vamos a tirarnos *unas*, al fin que hoy es sabadito alegre”. Roberto fingió no escuchar la invitación, y Pancho, que de vez en cuando se tiraba una que otra cerveza, ni siquiera se inmutó.

Lo que Cosme Arriaga no sabía era que Roberto ya, desde las primeras horas de la mañana, se había “arponeado” con los del Palo de Hule, y que también, al llegar al taller, se metía al baño y sacaba de su maletín un cuartito de caña y se ponía “bien” para aguantar el trabajo de las primeras horas del día. No sabía Cosme que luego Roberto entraba unas dos o tres veces durante la mañana para darse un “madrazo”, y que un día pensó: “En una de esas, se me cae el pomo y este pinche Pancho se va a dar cuenta de todo; además, se ha de preguntar qué madre hago entrando con el maletín al baño”. Desde entonces, a la primera entrada al baño, clavaba el cuarto de caña en la caja de agua del retrete. “Así—decía Roberto victorioso—, nadie se las va a oler”.

En eso del olor tampoco Cosme —atareado en ahuyentar sus propios aromas de delante de su mujer—, se daba cuenta de nada. Tan era así que apenas entradas las doce del día estaba invitando por enésima vez a los muchachos. “Cierren esta madre, que nos vamos a los caldos o ¿qué? ¿Creen que soy su pendejo para que chupe yo solo?” Las primeras veces Roberto había dicho que no, pero un día, y nada más “para que no diga que soy ojete”, decidió acompañarlo; y se fueron a meter nomás ahí al Cielo en donde “orita es la *hora del amigo* y las cheves están al dos por uno”.

Esa fue la primera de muchas salidas, o simplemente ya no salida sino de ni siquiera regreso al trabajo: más bien salir de él y dirigirse a la cantina para no volver, porque Roberto y Cosme comenzaron a “seguirla” hasta una semana completa con visitas esporádicas de Cosme al taller para preguntarle a Pancho “cómo va el negocio”, y darle un pellizco a la caja, y enterarse que ya algunos de los clientes estaban muy peídos porque las reparaciones y los programas no salían. Eso a Arriaga también le peía y le contestaba a Pancho: “Diles a esos güeyes que no somos máquinas, coño; que si quieren se esperen o se lleven sus pinches fierros viejos”. Ya, para cuando la caja del taller no daba para seguirla, porque incluso el sueldo adelantado de Roberto se había “utilizado como reserva estratégica” de los socios, y ante una cruda mayúscula de ambos, Roberto le dijo a Cosme que él sabía de un lugar donde podían seguirla sin tanto iris. Así es que

un día se lo llevó Roberto en el Antón Lizardo a que conociera a los del Palo de Hule, donde Cosme cayó bien, primero porque, habiendo empeñado algunas prendas de oro de su esposa, pudo comprar un pollo para los del *Tendedero*, luego, porque sin más ni más ordenó que se trajera “un kilo de eso que ustedes toman”.

Del negocio de computadoras ya nadie se acordaba. Cosme jamás corrió a Roberto de la chamba. No tenía ya de dónde correrlo. La cosa fue más simple: Pancho, cansado de tanto problema con los clientes, había tirado la toalla y se había regresado a su pueblo. Unos veinte días después de este acontecimiento, Cosme se enteró que el negocio había estado con las cortinas bajadas durante casi dos meses.

## 23

Nuestra capacidad científica aumenta, pero nuestra habilidad para resolver problemas afectivos, disminuye. Queremos conocer por conocer, no buscamos el conocimiento para estar más seguros, para tener más probabilidades de sobrevivir, para vivir mejor, para sentirnos henchidos de poder y de alegría. No somos inteligencias puras añorando un cielo platónico, sino seres corpóreos, frágiles, perdidos, movidos por deseos y furias, por miedos y esperanzas; por un absurdo deseo de auto-destrucción en contra de nuestra “voluntad”.

Después de pasar a su cuaderno aquel “Cuarto Paso” hechizo, Roberto tuvo la oportunidad de reflexionar aún más acerca de su problema con el alcohol. Quien crea que al alcohólico no le preocupa ese estado maléfico que lo conduce a las puertas diarias del infierno, se equivoca. Sólo que a algunos de ellos su propia apatía, el cansancio extremo, el hecho de sentirse enfermos porque están enfermos, les impide investigar sobre el hecho. No es el caso de Roberto. Su preocupación aumenta cada día: de ahí sus visitas a Denis y prestarse al MRI y seguir los consejos de Redmond, así fuera a regañadientes.

Por lo mismo, Roberto comenzó a buscar en la literatura. Se hizo de un pequeño librito que adquirió en las estanterías del VIP’s, y lo leyó en cosa de una o dos horas. Más bien, y para ser puntuales, Roberto ya no recuerda si leyó o no *La mente adictiva* (ese es el título del librito.) Si el autor es Abraham Twerski o algún miembro de AA, o es fruto de la mente confundida del mismo Roberto quien revuelve *Mind & Brain* de Levi Robertson; o bien, todo es resultado de la mezcla de muchas otras lecturas que Roberto ha hecho sobre el tema en los últimos días. El caso es que hoy, recostado en su catre y al punto del sueño, bajo el equilibrio milagroso que logra el entrampe de media caguama de cerveza y medio litro de alcohol, Roberto cierra los ojos. Los párpados no pesan, son como pétalos de lirio balanceándose en el agua; son una tela frágil, y esta película de seda acaricia y lo lleva a puntos azules donde el cerebro conjunta y aviva porciones de lectura sobre la mente adictiva:

Si existe un pensamiento complejo, difícil de entender y de tratar, ese es el de un adicto. Nunca se recalca lo suficiente la importancia de darse cuenta de que a los adictos los engaña su propio pensamiento distorsionado; vive una “realidad” que no corresponde a la *realidad* de los demás.

Para un adicto toda realidad es abrumadora. A causa de esto no se ajusta ni rechaza esta realidad, simplemente recurre a las drogas y/o al alcohol e ignora esa realidad. Curiosamente, la causa de las adicciones no son conflictos abrumadores que se le vienen encima al adicto, sino la distorsionada percepción que vuelve inaceptable la realidad; el adicto no soporta esa realidad, la cual le parece demasiado insoportable.

Si no comprendemos esto, es posible que nos sintamos frustrados o nos enoje tener que tratar con un alcohólico. Curiosamente, un pensamiento adictivo no se ve afectado por la inteligencia. De hecho, a menudo las personas con un intelecto habitualmente alto presentan grados más intensos de adicción. Si la persona es religiosa o practica alguna creencia en grupo, puede que tenga el problema y lo oculte, con el riesgo de un daño espiritual mayúsculo. Está demostrado que una enseñanza basada en la religiosidad, la culpa y el resentimiento, provocan en el adicto tal desesperanza que ve en el consumo de alcohol como la única forma de anestesiar la depresión y vergüenza que provocan aquellos estados de ánimo.



La necesidad de la sustancia química es tan potente que dirige el proceso de pensamiento de la persona sancionando o preservando la bebida o el consumo. Ésa es la función del pensamiento adictivo: permitir que la persona mantenga el hábito destructivo. No basta con decirle al adicto que “vea las cosas como son”, “que se deje de tonterías”, “que lo que hace es ilógico”. La forma de pensar del adicto está afectada, enferma; su pensamiento es diferente del “lógico” porque no llega a una conclusión con base a evidencias o hechos de una situación dada ¡sino exactamente a la inversa! El adicto empieza por la conclusión *Necesito un trago*, y luego elabora un argumento que justifique esa conclusión, sin importar si es lógico o no lo es, o si está apoyado por los hechos.

Investigadores en el área de la adicción, como el Dr. David Sedalk, describen el pensamiento presa de la adicción como la incapacidad de la persona de *tomar decisiones sanas por sí misma*. Señala que no es una deficiencia moral de la fuerza de voluntad de la persona, sino más bien una *enfermedad de la voluntad* y la capacidad de usarla. En otras palabras, nuestra mente se encuentra deteriorada, enferma, incapaz de percibir las cosas como son.

El grave dilema del alcohólico es que no puede razonar por sí mismo. Se trata de un trastorno del pensamiento que se puede presentar en personas inteligentes, intuitivas, persuasivas y capaces de un razonamiento filosófico, religioso y científico. Para re- encontrar la capacidad de razonar con uno mismo, de *estar perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer* con los demás, requiere de ciertos factores 1) La persona debe de disponer de elementos adecuados para acercarse a la realidad. Aquel que desconoce qué es la adicción, cómo puede manejarla, no podrá razonar correctamente acerca del problema. 2) La persona debe tener ciertos valores y fundamentos para hacer elecciones. 3) La persona debe desarrollar un concepto de sí sano, no distorsionado.

\*\*\*

El pensamiento adictivo no es espiritual, puesto que su meta es el otro polo de la espiritualidad. Aunque, paradójicamente, el alcohol, como la locura y la contemplación mística, es excelente para que surja el demonio. Es una verdadera revelación del demonio, es decir, de la operación demoníaca, de la dualidad humana. Dualidad no fija, dualidad incesante.

Dualidad o no, Roberto sufre de dos estados del alma, ambos insufribles: el depresivo que lo orilla a pensar en el final del túnel, y este otro que trepana su cerebro y lo vuelve sensible al menor asomo de esperanza. Tirado en un catre de madera y yute, con una cruda espantosa y los nervios blandiendo el sueño y la carne como agudos cuchillos, Roberto reaccionó. Reaccionar para Roberto fue decir: “Ora sí, nomás me curo ésta y dejo de tragar alcohol”. Y sí, Roberto inició la suspensión brusca de la ingesta. Se lo propuso y dejó de beber... tres días. Al cabo de éstos, penetró en los territorios del síndrome de abstinencia; ese estado corrosivo en el que la mente y el cuerpo están al filo de la navaja: *si me tomo otra copa, me va a matar; si no me la tomo, me muero*: este es el epígrafe con el que inicia este himno negro.

Al tercer día de esta voluntaria abstinencia, alguien tocó a su puerta: Roberto, viendo que eran los del Palo de Hule, demoró en abrirles la puerta; más bien no quería que nadie le molestara, ni siquiera que le hicieran una seña. Estaba en esto de abrir o no abrir la puerta —por si quizá los del *Tendedero* cargaran con el antídoto perfecto para sus delirios— cuando Roberto comenzó a colapsarse. Estaba (ya se ha dicho) tan saturado de alcohol y tan agobiado por sus efectos, que ya no deseaba seguir bebiendo. Sin embargo, al poco tiempo de suspender la bebida y elevar sus más altos deseos por no volver a tocar la botella, apareció, lenta e implacablemente, el síntoma de la supresión:

estado de parajes oscuros y cortantes que obligan al cuerpo a reanudar el hábito a pesar de los dolores, el ardor, los vómitos y la sangre. Roberto sabe que este instante doloroso y de locura es la prueba fundamental de que su cuerpo sufre de un desorden neuroquímico cerebral: la protesta del organismo al serle retirada su droga favorita.

En medio de toda esta telaraña hecha de púas gigantescas, Roberto no alcanza a entender cómo es que llegó hasta este momento; cómo su inteligencia y lucidez se dejó atrapar por este juego de arañas delirantes, ponzoñas y amargas. Tal vez —se dice nada convencido—, sea el recuerdo de la primera experiencia de bienestar que causó el consumo del alcohol cuando tenía apenas estómago de adolescente. Quizá eso desencadenó la búsqueda obsesiva del alcohol: la experiencia con dosis, mezclas y variantes que lo llevaron a revivir esa primera experiencia; aunque ahora, en vez de placer, lo sacudan estos machetes sin filo que se clavan sin misericordia en lo más alto y sublime de la mente. O tal vez fue esa intolerancia que siempre sintió ante la angustia; ese dolor como un aullido de huesos y de muelas, que inmediatamente se calmaba con una breve dosis del elemento etílico. O no, quizá no. Tal vez todo ha sido producto de su mente enferma e indecisa. Lo que sí sabe Roberto es (otra vez) la cruel virtud de este momento: la disfunción neuro-química y metabólica que lo arroja por cavernas de pánico y delirio. Porque el día de hoy ha cedido la euforia y reina la depresión y este cansancio que produce más cansancio de estar tan cansado; en vez de ese estado de alerta de los días gloriosos, una lentitud intelectual barre la luz de este cuarto y pone en la frente un sudor y una ansiedad con síntomas de locura: un eslabón de alucinaciones convulsas que Roberto sufre sin saber cómo lidiar con ellas.

Las visiones son ciertas. Aun con los ojos abiertos, las imágenes se pasean señoronas por la amplitud del cuarto donde la luz es cobalto puro. Es una nave enorme que se mete en sus ojos y en su cerebro y se inserta en la parte del tálamo que controla el dolor; y el dolor no es físico sino de una agudeza espiritual indefinible. Es también una gran atarjea en la que Roberto juega con su inocencia de niño; de pronto, a traición y sin previo aviso, la atarjea devora su mente y su cuerpo enflaquecidos. Roberto siente, en el rigor del yute que le sirve como cama, el explotar de las neuronas, atentas a la forma consciente de lo que es ir perdiendo poco a poco la vida sin que ninguna luz y ninguna mano te detenga. Es, asimismo, el grupo de gatos con cara de alebrije que suben por la espalda y se trenzan en feroz lucha con cada una de las médulas que forman la columna; y abren y arañan y dejan regados, a lo largo del tímpano y el martillo, tuétano y pus: esa mezcla es también la voz de un tambor que no lo deja conciliar, porque es una voz antigua: la de sus más feroces miedos y culpas: seres del inconsciente colectivo que ahora bajan para ajustar cuentas con el corazón desprotegido: seres que tienen el rostro de lo no realizado y que, con un diente puntiagudo, abren la mente para exponerla en los salones de la locura.

En el cuaderno de Roberto, aparece esta cita apenas legible y escrita a toda prisa:

Todo aparece tan pronto estoy en dificultades; ese rostro repulsivo que ya he visto veinte, treinta o cuarenta veces, del que me aparto enseguida, precipitándome para echarme agua en las manos y la frente, cara horrible, gesticulante, que persigue, con exultación mis pensamientos de hombre acosado. No es Dios, es el demonio el que ve al hombre, el que es la conciencia del hombre, una conciencia además que la otra conciencia, se escandaliza, pero del bien, del esfuerzo, del ideal, rostro que los contemplativos puros deben haber visto aún más

ofendido y malo, proporcionado a la santidad de su primer yo.

El grito se oyó tan fuerte, que la palomilla del Palo de Hule tuvo que echar abajo la puerta para cargar con él y llevarlo con Denis. Quisieron despertarlo, pero él estaba despierto y les decía que allí en el río, entre las piedras ya sin juncos y convertidas en trozos de roca volcánica, vivían los gatos de uñas largas y acusadoras. “¡Mírenlos, coño, allí están!” Pidió entonces a los del *Tendedero* que por favor ya no aguantaba, que le dieran un trago de *güin*, porque se estaba muriendo. Y la flota le dijo: “No mames, Roberto, si por eso venimos nosotros a verte; no tenemos ni una pinche gota de *güin*”.

Roberto se mete entonces al baño. Después de vomitar aire y agua y echar los hígados, busca y encuentra esa loción que le recuerda al rumano a través de Robayna y Ramoneda; se enjuaga la boca con ella y deja pasar un gran trago de ese perfume a los intestinos. La mezcla dulzona pasa por la laringe, el tubo digestivo, la boca del estómago, y hasta los tejidos intestinales; la corriente sanguínea, pronta y tenaz, advierte de la sustancia: la envuelve en sus remolinos y conduce la vital porción a una zona cerebral que, de súbito, advierte el efecto sedante y consolador del alcohol en la loción. Axones y dendritas, tálamo e hipófisis, materia gris y estrellas de memoria, todo, todo en el cerebro de Roberto se ve de pronto perfumado por el aroma salvador de *muguets* y maderas.

Un poco más “repuesto”, la flota había acompañado a Roberto hasta el consultorio de Denis, que para estas horas estaba cenando. Allí lo dejaron sus compañeros, “anexado”, en una habitación del pequeño hospital que el médico tenía destinado para estos casos. Allí recibió suero y algunos calmantes que lo mantuvo quieto por algún tiempo. Cuando despertó, Denis le preguntó qué había sucedido. Roberto no recordaba nada. Había estado semi-inconsciente siete días, y lo único que recordaba era haber tomado medio litro de caña. Nada más.

Con la calma acostumbrada, sin exaltarse ni aconsejar nada, Denis le dice que estas inconsciencias con marco de sueño prolongado, son comunes (ya se lo ha dicho) cuando el hígado ya no trabaja como debe; y que si ocurre así, naturalmente, es por la forma desmedida en que Roberto ha estado bebiendo durante años. “¿Tú cree que el cuerpo no resiente tanto estarle metiendo veneno puro en cantidades industriales? ¡Claro que sí! Mira, te digo esto porque yo sé que tú entiendes, no eres ningún tonto y has estudiado: Una vez que el alcohol entra al hígado cuando chupas, es atacado por una enzima llamada deshidrogenasa, más fácilmente se les conoce como ADH; estas enzimas eliminan dos átomos de hidrógeno dentro de la estructura molecular del mismo alcohol, y forman una nueva sustancia llamada acetaldehído, el cual es altamente tóxico y mortal en grandes cantidades. Cuando el acetaldehído se instala en el cerebro, inhibe el uso de otros aminos o neurotransmisores que ayudan al razonamiento, provocando no sólo grados de amnesia, sino confusión mental y pensamientos engañosos y aberrantes”.

Lo único que acierta a contestar Roberto a esta cátedra de Denis, es que sí: sí se tira unas cervezas de vez en cuando, pero que no es para tanto; que en los últimos días ya le ha bajado al trago, y posiblemente en unos días más lo deje completamente. Y agrega, tratando de justificar el estado en que se halla:

— A mí se me hace que es tanto trabajo que he tenido últimamente, doc...

—Y ¿ahora en qué trabajas, no que ya te habían corrido de la chamba en los Astilleros? —pregunta Denis, sin ver a Roberto a la cara.

—Sí, doc, dejé esa chamba porque ya no me convenía; pero conseguí otra mejor y me va a toda madre: soy gerente de sistemas en una de las empresas de la Bruno Plagiai...

—¡Ah, sí! Entonces ¿por qué los del *Tendedero* andan contando que ya no das golpe y que el sábado te metiste a la tienda de Raquel y sacaste un litro de *güin* y unos refrescos, y te fuiste sin pagar?

Y de verdad que Roberto no se acuerda de eso ni de nada que hubiera ocurrido los días anteriores. Su mente se halla en un estado de niebla absoluta, y el tiempo se ha trastocado dentro de su cerebro. Y eso le enoja, porque dice: “Yo no soy capaz de eso; esos son puros chismes de los borrachales del *Tendedero*”.

Fue también aquel día, que Denis le pidió se pelara la nalga para inyectarle la espantosa materia negra de vitamina, y discretamente le había dado media pastillita de Valium para los nervios. Roberto se sintió bien después de todo este tratamiento. Salió cojeando del consultorio y con la promesa de que: “Le prometo que no lo vuelvo a chupar más, doc “. Denis nomás se sonrió, y, con el escapulario entre las manos para decir el rosario, había despedido a Roberto con un “Que Dios te bendiga...”

\*\*\*

Entre los alcohólicos, uno al otro son capaces de recomendarse recetas y remedios para sus males etílicos. Aun cuando el “consejero” esté en peor situación que el aconsejado, aquél se esmera por ofrecer “sabiduría” del oficio a quien sufre los efectos de tantos años de bebida.

Roberto contó a la flota del Palo de Hule lo que Denis le había dicho con respecto al alcohol. Que le parara. Que ya no le siguiera. Que su hígado ya no estaba en condiciones de soportar más caña. Pero el Judas, uno de los grandes veteranos del *Tendedero*, le dijo: “Eso dice Bacardí porque él si ha sido super briago: se quedaba tirado en las calles; y mira: él es médico, carnal”. Y que no: lo que Roberto tenía que hacer es irla “bajando” poco a poco. Que a lo mejor cambiando de *güin* a tequila le iba a sentar bien al estómago. “¡Eso es güey! También te pones a tomar *güin* al parejo de la flota, y eso si que está cabrón”. Otro le recomendaba: “Mira, págale a Raquel el *güin* que le chingaste, que te dé una ginebra, y así la vas “dejando” poco a poco Hazle así, verás que no hay tos... Pero no la vayas a dejar de madrazo ¿he?: ya ves lo que le paso al Pájaro por hacer eso”.

Y sí hubo tos. Roberto puso su cara de mártir delante de Raquel y pagó el *güin* y le dijo: “Güera, ora si me voy a portar bien”, y enseguida le pidió prestado un medio litro no de ginebra sino de tequila, porque “fjese que el *güin* ya me está haciendo daño”. Y la Güera le había contestado: “Eso supe. Que hasta estuviste con Bacardí ¿no?” Y le había envuelto el medio litro de tequila en papel periódico, y Roberto se lo había llevado a su cuarto y dicho: “Este frasquito me lo chiquiteo toda la semana”.

Y sabe Roberto —porque de eso sí se acuerda mientras pasa a su viejo y deshojado cuaderno estas líneas— que al otro día tuvo que hacerse presente en lo del Palo de Hule y pedir le pasaran la botella de *güin*, porque la de tequila se terminó como a las cuatro de la mañana.

Una vez puesto “a punto”, Roberto recuerda haber dicho a la flota que esta mañana (hoy) no estaría mucho tiempo con ellos, pues iría a ver un trabajo que había visto anunciado en Notiver allá por el Seguro Social. Así es que se subió al boqueño, y de ahí pasó a otro autobús que lo dejaría en las calles de Icazo. Al llegar cerca de su destino, y ya bien arponeado por tres o cuatro digestivos de *güin*, le había ganado la vejiga y se dijo: “Aquí me bajo”. (La vejiga de Roberto se había vuelto, poco a poco, más sensible; sobre todo cuando ingería algunos tragos, enseguida la uretra le reclamaba desagüe.) Así es que se bajó del autobús y metió al primer solar que pudo y desaguó. Su alma pareció volver a él. Sólo que los ángeles de esta alma resultaron ser dos policías municipales que enseguida lo subieron a la patrulla y le dijeron: “*Caite* con un tostón o te vas al bote” Y como Roberto apenas si tenía para llegar a aquel taller, tuvo que dar con su humanidad en una de las celdas de la Comandancia Municipal.

Lo vino a sacar Cosme Arriaga, quien había vendido su changarro porque, dijo: “Esta madre ya no produce”. Lo esperó a las puertas de la comandancia y enseguida le recomendó uno o dos tragos para el susto. Se fueron a meter a una de las cantinas del callejón Reforma, cerca de donde Cosme tenía ahora un negocio de compra - venta de chatarra.

Normalmente, tenemos un *yo* correcto, que utiliza correctamente (casi) tanto la persona de los demás como la suya propia; que utiliza sus apetitos, sus facultades, sus posibilidades, sus derechos, y que desea utilizarlos correctamente, y por otra parte un *yo* perverso, mal pensante, observador feroz, que actúa con perversidad. Aparte de esos dos, hay algunos *yo* efímeros, o mal zanjados. Podríamos hacer que vivieran más. Los tenemos en potencia.

A uno de esos *yos* de Roberto (no sabe si el perverso e intolerante, o si el noble y voluntarioso) se le hace difícil decir cuántos días han pasado, o si éstos han pasado y si no será que han quedado estancados en alguna de las páginas de la memoria. No sabe por qué ni cuándo ha pasado con su pluma estas líneas a su cuaderno, y no sabe si los tiempos de este cuaderno están correctos u obedecen a fragmentos dispersos y desordenados, aunque ciertos en esencia. Le sería difícil recordar —y sabe que este cuaderno trata sobre la memoria— cuándo inició este espacio negro de náuseas y calambres en el estómago y la boca seca y el pecho cuajado de cinceles sin borde. Cuándo es que comenzó este espacio árido de ventanas con herrumbre, cuándo comenzó a perder sus estados de euforia y alivio y una mezcla correcta de relajación, y llegó a este montón de tejidos nerviosos y tuétanos asustadizos. Cómo es que se pasó de la tolerancia absoluta del cerebro, a esta flojera mental que agujera el cuaderno y lo degrada y lo abstrae: cansancio bárbaro y estúpido. Cómo es que arribó a los esteros de este río demencial cuyo cauce no es un viaje de ida sin regreso sino un cuerpo que se vuelca en un ciclo constante de *anticipación a intoxicación*.

Roberto mira por la ventana. El paisaje es estéril y enjuto. Huele a amnesia podrida y dura. Su mente recicla voces interiores. La amnesia estricta, excepto por la voz rasposa y lenta que se posa señora en el arco de la bóveda palatina. Esa bóveda que recibió el placer del trago extra, del “madrazo” clandestino, cuando en las reuniones y fiestas, eras el primero en llegar y el último en irte; o eras el que se ofrecía a servir en la barra para poder “calentar motores” con sorbos adelantados, pues pensabas que allí eran avaros cuando de licor se trataba.

El río no corre. No se ajusta al ritmo de la vida ni celebra las bodas del paisaje con el hombre. El sol, desarmado y sucio, penetra los espacios del cuarto. Un haz de luz mugroso y vacío. Roberto anota algo en este cuaderno. Tal vez un poema. Pero esa línea es un ademán, un parpadeo de aquellas vigiliias subterráneas, un despertar a sobresaltos y calambres, una luz opaca y sin crepúsculos. Esa línea es la culpa y es el rechazo. Es un rebote de escenas hirientes cuyo vórtice es Roberto mismo: monta en ira porque sus jefes y amigos le hacen observaciones de su manera de beber. Molesto, porque se entrometen con su vida, va y se clava berrinchudo en la cantina; sólo ese trago poderoso lo hace sentir un ser rescatable y valioso. El rechazo cubre el problema y éste se vuelve fuente que mantiene el rechazo. ¿A qué sabe —se pregunta Roberto, mientras traza algunos garabatos sobre este cuaderno— a qué sabe ese trago bendito, a la vez infestado de dolor, como si fuera un insecticida sobre la capa dorsal de una hormiga? Roberto mismo se contesta, recargando la punta de la pluma sobre la página: “Sabe a luz, sabe a cizaña. No a polen azul sino a garganta helada. Sabe a sangre gris y a lujo amargo: como una pequeña navaja que nunca olvida nada”.

\*\*\*

Ivan Petrovich Pavlov afirma que si fuera posible ver a través de la bóveda craneana, y si la zona de excitación óptima fuera luminosa, en un hombre que estuviera pensando podría contemplarse el desplazamiento incesante de este punto luminoso, cambiando continuamente de forma y dimensiones y rodeado de una zona de sombra más o menos gruesa que ocuparía todo el resto del hemisferio.

El desplazamiento de ese punto luminoso haría ver que Roberto sí olvidó lo que iba a suceder. No supo predecir. Se detenía —con la boca seca y los nervios hechos cáñamo y nudo— en cualquier bar. “Nomás me tiro una y me voy a casa” Y esa luminosidad alumbraría también los cambios de forma y dimensión de la mente de Roberto, para hacer que el tiempo fuera una goma de mascar entre sus dientes.

Se dice que el tiempo para el alcohólico no es igual que para los demás. Y es cierto. Cuando Roberto tiene una cita familiar, de trabajo o simplemente para encontrarse con los amigos, es cuando, asombrosa y estúpidamente, más se demora en eso de ponerse “al punto” para acudir a esa cita. Al sentirse anticipadamente rechazado por los demás, Roberto cubre el rechazo con el bálsamo de aceptación del alcohol: sucede entonces que éste entra y sale por el embudo del tiempo, y lo deforma. Porque una vez entrado a la cantina y pedir la primera cerveza o copa, el reloj cede al momentáneo placer del alcohol. Es cosa de otras dos o tres cervezas más, para que actúe truco delirante.

Cuando falta una media hora para el encuentro, Roberto comienza a sentir que va a perder su tiempo en tal cita. Mira su reloj y decide llamar por teléfono a quien lo espera. Avisa que llegará un “poco” tarde: “En media hora estoy por allí”. Y ese *estoy* viene cargado de remordimientos. Entonces, Roberto llama de nuevo para informar que “me ha salido algo urgente”, y ese *urgente* está lleno de un coraje irreconciliable acompañado por la pregunta de si quienes lo esperan se merece realmente su presencia: un mal recuerdo de la otra persona (una ofensa que le hayan hecho, haberle negado algo o simplemente porque el otro no llegó a una cita anterior), todo esto sirve a Roberto como escudo perfecto para perpetuar su estancia en el bar. Mira su reloj. Son ya dos horas pasadas de una cita que para él ha quedado sepultada bajo la dosis del alcohol. Roberto mira una vez más su reloj. Sabe que ya no se irá de ese bar hasta que cierren, y sabe que mañana no podrá ver la hora porque esta noche empeñará el reloj con tal que no dejen de servirle otro trago. El último, el final...

«El sueño.» Los sueños devuelven al espíritu deseos incumplidos. El sueño es el mecanismo para volver inconsciente (por desplazamiento o reposición de imágenes) lo asombroso, lo preocupante, lo enojoso... Cinco días sin dormir (o en su defecto sin soñar) pueden afectar la salud mental de un hombre, que se pone a pensar de modo enloquecedor por falta de operaciones calmantes y atenuantes.

Roberto lleva no cinco o diez días sin dormir y soñar, sino una quincena entera en la que el insomnio causado por el alcohol le ha prohibido el acceso a esa zona portentosa en la que él hubiera querido permanecer para siempre. Sin embargo, hoy, por alguna razón que él atribuye a la bebida de un litro de té de tila y valeriana, junto con una pastilla de Rivotril, Roberto ha podido conciliar el sueño. En éste, vuelve a surgir, de manera brumosa y lejana la figura de XYZ. Esta vez, el hombre anónimo surge bajo escenas congeladas. Lo que esa imagen inmóvil muestra, es el rostro petrificado de XYZ, con una enorme espada de doble filo en su garganta. El momento final. El último de los tramos; la caída vertiginosa y total: la última apuesta. Ciertamente, no existe desierto alguno para huir, no hay oasis o tienda que lo acoja en la plenitud de las arenas. Los médanos son una interminable cadena de granos de arena, sin alma alguna de ese horizonte filoso y cortante. Existe sólo esta espada fría y pesada, tan pesada que al recargar sobre la yugular, obstruye la respiración y bloquea el tráfico de la sangre.

El rostro del espía con el arma en la mano, tiene el rostro de la aniquilación, del pasado que no perdona, de la desgracia que ha sido convocada al toque de un tambor descompuesto. Tiene el rostro de eso que Roberto, si bien no temió, supo que un día iba a llegar sin remedio. Y aquí está hoy, sin disyuntiva, sin esperanza. Nada indica que Roberto (quien ahora viste la capa negra de XYZ) pueda librarla esta vez. Es cuestión de segundos: un jalón de la espada, y todo habrá terminado. El absurdo de los absurdos a plena luz; aunque esta luz sea sólo el brillo mortecino de la antorcha de Roberto en medio de un desierto cargado de oscuridad. Oscuridad y desierto. Ningún escenario mejor para llegar al final. Incluso, en un instante de lucidez manifiesta, Roberto realiza que no tiene porque esperar un segundo más: puede él mismo recargar el cuello, hacer un movimiento brusco con la cabeza sobre el filo de la espada, y entrar por fin a ese sitio donde ha deseado llegar hace mucho tiempo.

Encerrado en su cuartucho en los suburbios de Bethel, XYZ-Roberto no vislumbra ya mucha posibilidad de vivir. O sí la ve, sólo que esta posibilidad era y es una mueca diabólica: un garfio existencial clavado en mandíbulas y corazón.

\*\*\*

Dice Voltaire que en general, uno no se mata en un acceso de razón. Y Paul Morand anota que el suicidio es uno de los tristes privilegios de la especie humana; para matarse es necesario saber primero que se vive, y que se vive mal.

Y así es. Roberto-XYZ ya no posee razón, y sí, vive mal y muy mal. ¿O será simplemente que ha sobrepasado el hilo del bienestar y éste se ha roto de tanto peso y clamor? ¿Y en este romper, la depresión extrema y apabullante que siente Roberto-TXZ tiene como única medicina y alivio el dejar de ser? En el orden de lo simbólico,



según Freud, el suicidio equivale a matar al objeto al que no se puede decir adiós. ¿Qué se quiere matar cuando alguien se quita la vida? ¿Una parte de sí mismo? ¿Una imagen arcaica? ¿Un pasado sobre investido? ¿El dolor presente? ¿La vida misma?

No sabe RoXerty-bZo cuál de todas estas cosas es la que empuja su cuello contra la espada. En el colmo de la paradoja, muy poco noble respecto a una filosofía, no sabe tampoco RobZrtX-eYo si el poner fin a su vida, es sólo para acallar esa voz interior lacerante e imperiosa que le reclama ejecute el movimiento brusco de la cabeza. O, de forma más romántica y de soberbia desmedida, hacerlo simplemente por pasar a la *lista*, junto con los del *Tendedero*; acompañado de Maiakovski, Cesare Pavese, Virginia Wolf, Jack London, Silvia Plath, y otros.

En ese paréntesis de indecisión se halla, cuando vuelven a él la suavidad de escenas protectoras. No recuerda a qué horas de la mañana, ni si llovía afuera y el mar embravecido hacía colisión con las corrientes montañosas del río; no alcanza a entender por qué, en medio del acto final, y a punto de que el espía jale del mango de la espada y degüelle a bocajarro ese bulto alcoholizado que es su cuerpo, vienen a sus ojos y mente acalabrada, y a sus oídos zumbantes y taponados, y a su cerebro inflado, aquellas palabras únicas y fuera de sitio:

“Muéstranos la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia”.

La muerte virtual abre una rendija por donde se filtra una luz, leve y lábil: azul que va gradando su color hasta volverse un punto luminoso que pega y perfora el cerebro de Roberto, y lo sacude y aquieta, para luego hacer viajar a lo largo de esa perforación, y de tímpano a tímpano del oído, esta palabra que ahora Roberto subraya.

La hoja aquella de los Jueces, la única salvada de todo el gran Libro, cuelga ahora, sostenida por una chinche, de la trabe de madera donde se halla también un pedazo de espejo. Sucia y arrugada, destaca entre todos los demás libros y papeles, porque una de sus palabras, la palabra *misericordia*, ha sido iluminada con lápiz fluorescente.

\*\*\*

La espuma del mar sube y danza. El ojo de Roberto —lleno de legañas y líneas moradas producto del brusco insomnio montado en él— no mira hacia ese rehilete azul que con su candor zurce en el giro al cielo cardenal. Más bien, ese ojo tiembla y se estremece al ritmo de su cuerpo. Es una angustia ácida y turbia, poderosa como una navaja; su descuartizamiento pesa como el quebranto: una angustia en relámpagos, con cierta puntuación de abismos, una angustia en la sangre que ahorca: se mata.

Se mata y no. Porque Roberto, ante la agonía mental y física que jamás pensó llegaría a su vida, adormece a la muerte y al dolor con el cuarto de litro de *güin* que conserva debajo del catre. En la desesperación, trata de encontrar esa dosis que lo sitúe en el terreno intermedio, cada vez más reducido: trata de hallar la cantidad justa de alcohol que detenga esos entes pútridos y amorfos que se clavan en su mente con sus hoces flagelantes, a la vez de no perder la conciencia que lo mantenga semi-alerta.

Pero todo es en vano. Un trago: un trago nada más. Pero cuando Roberto lo traga, ese trago cristalino lo cautiva: presume “su esbelto címbalo que finge al aire”. Ese simple

trago convierte la mente de su consumidor (alguien llamado Roberto), en un corazón que ya no piensa, que ha ubicado su ardor en un hoyo negro que todo lo absorbe. Y Roberto habla aquí de la ausencia de ese hoyo, de un sufrimiento macizo y frío, de un alba sin imágenes y un balbucir eterno, con un labio que, en estricto, es incapaz de pronunciar su mismo nombre.

\*\*\*

Lev Vestotski descubrió algo sorprendente del lenguaje: que no sólo lo utilizamos para comunicarnos con otras personas, sino también con nosotros mismos, lo que el científico llama “el habla interior” — y que James Joyce denomina monólogo interno—; eso que nos permite gestionar con la memoria: ¿Qué hice el sábado? ¿Quién soy yo?

¿Cómo es posible que la persona pueda vivirse y comprenderse como un ser actuante, como un yo libre y autónomo? ¿Somos una invención de nosotros mismos? ¿Por qué se convierte una combinación de ondas acústicas captadas por la maquinaria oído-cerebro en una composición musical que nos hace estremecer de emoción? ¿Cómo puede una actividad neuronal convertirse en amor u odio?

A veces, cuando se lo permite un poco de energía mental, Roberto se clava en estas reflexiones. Hoy no. Hoy permanece con una fiebre aguda y un dolor que muele por dentro la masa cerebral y nervios linfáticos. Se levanta y va a la estufa de donde toma media taza de té de hojas de naranjo. De paso, echa una mirada indiscreta a la hoja con la escritura de los Jueces clavada en la trabe. Se vuelve a acostar y elige en qué pensar, en qué soñar. Una vara de incienso de cereza aviva aún más el momento de la ensoñación. El paquete de incienso, tirado en el piso, resplandece. Se enciende en la parte anversa, donde el fabricante ha puesto su marca: letras danzantes y volátiles que Roberto ve cómo se elevan y forman una espiral de humo y oro: *Padmint Products, 323, Kamaraj Road, Bangalore (India.)*

La memoria viaja hacia aquella tarde. Está sentado a una de las mesas del patio cervecero de Licha la Gansa; un patio como los que hay en Boca del Río, con casas de madera y techos de lámina tratada con petróleo crudo; plantas iridiscentes, los lavaderos con una pileta llena de peces rojos, y una que otra tortuga verde; la parcela de tierra habitada por las gallinas, el palo de mulato y el tamarindo y, sobre todo, el equilibrio de los días que permite la holganza y la transformación de las visiones en escritura.

Absorto (a pesar del choque de los vasos y el ajeteo de quienes a machete limpio alían el cuerpo de los bagres), Roberto cala su mente en busca de algún recuerdo bondadoso; una visión que estremezca. Trata de recordar la forma en que inició la escritura de un poema al que aún no ha puesto título. Fotones de luz llegan al centro del ojo. De allí, se desplazan en barcos de aire hacia la parte donde la mente desdobra el cuaderno de la memoria. ¿Qué decía aquel escrito? No sé. Tal vez, *la lluvia comenzó, junio y sus geranios... Y los lentiscos y la gloria de amar sin medida. Un relámpago chasquea cerca del mar: cantares y proverbios bajo esa poderosa luz que, enferma, ve volar gaviotas en picada.*

*Espuma transparente y el vino de los bravos. Por amor a un destino quizá. O tal vez por aquello que nos dejó Schehadé. Luz, más luz, desordenada y posible luz. Lo imposible no es tenerla, sino combarla con esa falta de paz que niquela al alma. Un silencio quemante puebla el cementerio. Lo dejaron morir. No pudo pasar el cáliz. Decía / dijo / le dijeron: ¿Dónde está Dios? Un árbol allí, zarza ardiente. Debe ser el pez. Evocación. ¿Lo que existe toma forma de lo que no existe? (Yodo en el ojo, por favor) Dale vuelta al lápiz. Lo redondo de la O jamás prospera. Te hablaba yo del pez. Un blackfish según los del lanchón. Definir al pez, guardar la comunión, forjar la letra, tramar la unción. Tu todo o nada, bandera de luz. ¡Alma mía, la más común de las flamas! ... O el fuego de tu Gracia. Más carne viva. Y tacto posible...*

En el domo sin estrellas la noche apenas comienza. Debajo de la pupila vive otra noche: la del sueño verbal y despertares sobrios. Talando luz, aquel pez monumental es síntoma de eternidad, porque según alguien por ahí: “*The people living in darkness have seen a great light*”.

Roberto *regresa*. Retorna del sueño. De ese recuerdo hermoso bajo una tarde sin par. Retorna también del patio de Licha la Gansa, generador de aquel poema, y retorna también de él mismo: un “mismo” que ya no se sabe “yo”. Al volver de este largo pasadizo con bifurcaciones que alucinan, Roberto se hace a sí mismo una pregunta. Una pregunta vaga e innecesaria, pero al fin interrogación: ¿Cuál es el ser que más envidia Roberto? Sin vacilación, y porque ha sido esta la pertenencia de su vida, y el sitio donde más ha gozado de la existencia, Roberto, también, a sí mismo y sin dejar que nadie más escuche su respuesta, se contesta sin vacilación: “A aquél que vive entre palabras”.

\*\*\*

¿Por qué tanto rencor? ¿Por qué si es “yo” desdoblado, me mira tan mal, con un odio tan lleno de ardor? Si basta con un desdén, ¿por qué yo me odia tanto? ¿Por qué Roberto odia tanto a Roberto? Es un yo, suponiendo que sea yo, que no va de acuerdo conmigo. Sus ojos que ven mi duplicidad, su risa sardónica, que me apunta sin fin, sin que pueda evitarlo, es algo inolvidable. Pero entonces —se pregunta ese yo de Roberto-Roberto— ¿Quién soy en realidad yo? Es más ¿dónde se encuentra yo? ¿En qué parte del tráfico sináptico se da forma a eso que soy yo? Y, cuando puedo mirar el cerebro de algún muerto en el forense, ¿dónde, en toda esa capa babosa y dúctil, se halla lo que era el yo de aquel hombre? ¿Dónde se sitúa ese Roberto adicto al alcohol y quién o qué lo condujo a este camino tenebroso? ¿Él yo de él mismo?

## 26

Una de esas raras ocasiones en las que permaneció sobrio, Roberto se fue a meter a un café *web* y alquiló una computadora (la que él tenía, hacía ya dos años que la había ido a empeñar en el negocio de un maestro de la universidad, amigo suyo.)

Nadie, ni él mismo sabe qué es lo que allí investigó, pero en su cuaderno, no éste sino otro aún más arrugado y sucio, hizo algunas anotaciones nada despreciables. Las notas inician con algo que parece ser un epígrafe, o al menos un encabezado simbólico; dice esta primera línea:

*La idea de que el ADN es inmutable, es equivocada: yo no soy, me convierto.*

Existen fragmentos aquí y allá. En páginas salteadas, al parecer sin orden alguno, y también en hojas sueltas que se insertaron al cuaderno. Se traducen y rescatan aquí dos o tres trazos de esa escritura desordenada; las partes ilegibles han sido señaladas con puntos suspensivos entre paréntesis. Las palabras subrayadas son quizás aquellas que Roberto buscaría luego en algún diccionario.

¿Qué buscaba Roberto en todo esto? Nadie lo sabe. Lo que parece, a primera vista, y una vez “traducido” este enjambre de signos, es una búsqueda hacia la influencia del ADN en algunos males que se heredan desde el nacimiento; entre ellos, claro, la forma desmesurada de beber. Esto se deduce a partir de la lectura e interpretación de fragmentos como este:

*Código genético.* Información genética cifrada en las secuencias nucleotídicas del ácido desoxirribonucleico (ADN), que integra el mensaje para la síntesis de proteínas. Las proteínas de un individuo son específicas, por lo que lógicamente, la información para su síntesis que se encuentra cifrada en el código genético también debe serlo, en consecuencia el código genético es específico. (...) Las diferencias entre el ADN de los distintos individuos residen en la proporción y orden de cómo se suceden los pares de bases. De acuerdo con ello se considera, que el ADN puede mandar sus órdenes utilizando un alfabeto de cuatro letras, es decir, adenina (A), timina (T), citocina (C) y guanina (G). Estas bases se agrupan de tres en tres por ejemplo ATC, AGG, TAA, etc.

Metafóricamente el código genético, podría compararse con un código de lenguaje escrito, de manera que las cuatro bases nitrogenadas, para entenderlo, podrían equiparse con letras, los tripletes (agrupación de estas bases en grupos de tres), podrían llamarse palabras de tres letras, y el ordenamiento de tripletes que lleva la información, para el ordenamiento de aminoácidos en la proteína, podría compararse con una frase del lenguaje.

Párrafos más adelante, Roberto parece haber llegado al punto que le interesaba. Las anotaciones aquí, aparecen subrayadas, aunque, por haber sido escritas con pluma fuente, se hallan difuminadas, como si sobre la escritura se hubiera derramado líquido, y ese líquido fuera cerveza:

...genotipos de segmentos de AND exhiben variaciones, llamadas marcas polifórmicas, que son a menudo utilizados para detectar regiones cromosómicas de individuos alcohólicos, lo que parece sugerir un gen cercano, involucrado en dicho desorden alcohólico.

... Un poliformismo en una forma alternante del gen ADH2\*3, exhibe, de forma marcada, gran capacidad y máxima velocidad al contacto con etanol, lo que sugiere que este gen puede poseer un código más potente hacia una respuesta al alcohol

...una idea emergente es que el consumo prolongado de alcohol da como resultado cambios en el gen en el cerebro, y que estos cambios son responsables, al menos parcialmente, de la tolerancia al alcohol, dependencia a él, así como a la neurotoxicidad.

...A la fecha, 14 laboratorios independientes han decidido apoyar o están apoyando investigaciones que concluyen que el *alelo A1* es factor causante en formas severas de alcoholismo, si bien no en formas menos graves. Estos hallazgos no prueban que el alelo A1 del gen receptor de dopamina, es el único causante de alcoholismo severo, pero sí se halla fuertemente involucrado.

Hasta aquí, algunas de las transcripciones que Roberto hiciera.

Tal vez, como una forma más efusiva, cercana y viva, de acceder a ese “¿Soy yo o así se me hizo?”, Roberto anotó en su cuaderno (debajo del último de estos fragmentos) lo siguiente:

¿Dónde se halla el que soy?

¿*Ese* cuya obtusa y complicada combinación hace de *yo*  
un espécimen lleno de alcohol?

Me guardo la pregunta, dejo la respuesta al creador de genética manipulación.

El cansancio es mayor que la curiosidad. Busco el enigma a través de senderos internos. Un largo camino de decepción. Así, hasta que por fin, me acuerdo de levantar los párpados.

\*\*\*

El cerebro (tal vez uno que no sea el de Roberto), elaborando impresiones internas y combinándolas con procesos inconscientes internos, enciende de alguna forma misteriosa la luz de la vivencia personal, llamada también conciencia, espíritu o alma.

Pero, eso sucede en otro cerebro, no en éste: no en el de Roberto. Porque, hasta lo que va de este cuaderno, quien habita aquí, quien vive y sustenta a duras penas, es un alma vacía y horrorosamente estéril. Es Roberto, con su cansada existencia personal y un espíritu cuyo fuego se va extinguiendo al ritmo de esa antorcha de greña azul que poco a poco se consume en medio del desierto y de la noche.

La soledad tramposa en que Roberto se encerró, lo privó de la calidez y la ternura de sus seres queridos que prefirieron abstenerse de expresar sus nobles sentimientos y se volvieron fríos o distantes. Roberto necesita verdaderamente estos afectos básicos y va a buscarlos por otros lados, con otra gente, pero con idénticos resultados. La sensación de placer, confort y alivio de su soledad los ha encontrado en el alcohol. Con el tiempo, este sentimiento de abandono, más la sustancia alcohólica que ingresó al organismo, resultó en una combinación satisfactoria, a la que él recurrió con frecuencia, como fórmula mágica que llenó el vacío interior que lo atormenta. Ya se ha dicho: al cerrarse el círculo, las consecuencias pueden ser fatales ...A menos que Roberto quiera emprender el camino de regreso (lo cuál sí parece desear, pero no poder), y/u ocurra un milagro en su vida.

La senda del retorno (si hablar de retorno se puede) es el tema que Denis le endilga a Roberto, cuando éste, —advertidamente, y pensando que el doctor le podría ofrecer una de sus pastillas mágicas de Valium— entró al consultorio, y entre que “Espérame un poco”, y “¿Cómo va tu asunto, Roberto?”, Denis lo va surtiendo de comentarios alusivos a su estado. Así hasta que la cabeza dolorida de Roberto y ese leve sopor que causa en él el trago de vino tinto barato, se halla posesionado por la labia del médico quien le habla de los desgastes y avatares del alcohólico.

Sin hacer alusión directa a esta lamentable figura de Roberto, Denis va trazando, como si de un cuento de horror se tratara, una charla que a Roberto se le hace eterna.

«A medida que el tiempo pasa y las intoxicaciones aumentan en frecuencia y en intensidad, el alcohólico va a “involucionar”, es decir, va a comportarse, cada vez más, con menos madurez para resolver su problema. Su mente emprenderá un camino hacia el pasado, hacia la vida infantil, aunque su cuerpo y su necesidad de intoxicarse siguen creciendo (es lo único que realmente evoluciona.) No es posible que el adicto madure, crezca o pueda enriquecer su personalidad, si hay de por medio abuso o dependencia de alcohol o drogas.

»El camino de regreso (volver a un estado de sobriedad y lucidez) en algunos casos ya no ofrece otra salida más que la destrucción total de esa personalidad adquirida de la persona adicta. El tiempo que va a tomar recorrer el camino de retorno, es desconocido. A algunas personas les toma algunos meses, y a otras muchos años. Por desgracia no es un camino que se vaya a caminar solo ni sin tropiezos; además de que en el proceso al alcohólico lo acompañan personas queridas, cercanas, interesadas en salvarlo. Muchas veces, por desgracia, estas personas, empeñadas en una lucha titánica de rescate, se olvidarán de sí mismos, sumergiéndose en el torbellino sin fin de esta enfermedad que no tiene fondo...

Roberto sólo dice sí. Sí a todo lo que Denis le cuenta. Cosas que ya Roberto ha leído y otras más que, si bien suenan interesantes, a Roberto le parecen una verdadera pérdida de tiempo. Lo que él desea ahora es su pastilla de Valium para calmar esta sucesión de taquicardias y empellones nerviosos; esta fiebre ácida que le hace sentir como si el

consultorio de Denis fuera una enorme caja negra que se expande y se achica cada vez que abre más los ojos o agranda las mandíbulas en respuesta a temblores dentro del cerebro.

Pero no sucede nada. Denis no mete su mano al bolsillo de la guayabera, y saca de allí el milagro hecho píldora. En vez de eso pide a Roberto se dé una oportunidad en la vida, que aún es tiempo de hacerlo, que...

Roberto ya no escucha. Pide permiso para salir en forma apresurada. Camina unas tres, cuatro calles, y se detiene a un lado del restaurante Pardiños; un solar donde los meseros del local suelen arrojar botellas de licor y latas de cerveza con rezagos del líquido elemental. Roberto halla una lata de cerveza a medio acabar. Con desesperación y cierta locura, saca del basurero la lata y la lleva a los labios. Exprime la lata, la comprime, la aprieta, hasta que el bote forma una especie de ojiva de aluminio.

Con un dolor agudo, que es más un estertor del espíritu que punzada en el estómago, arroja la lata, y se echa a llorar.

\*\*\*

Un día, a Leibniz se le ocurrió decir que el cuerpo y el espíritu son dos sustancias distintas que no se influyen pero funcionan en paralelo gracias a que fueron sincronizadas por Dios en el momento de la creación.

Un día estaba leyendo esto Roberto en uno de los libros de Ramoneda, cuando llegaron los del *Tendedero* para invitarlo a uno de sus múltiples festejos. Así es que Roberto dejó las mónadas y el álgebra de Leibniz y, en vez de esta lectura fatigosa, se fue a alinear, no el espíritu sino su abotagado cuerpo, con un aditivo infalible.

Ya en el tobogán de los festejos, los del *Tendedero* le han dicho que no se preocupe. Le han “aconsejado” que con un trago por la mañana, y llevándosela tranquilo, se va a sentir mejor. Está en eso de la “consejería”, cuando, por primera vez desde que comenzara su carrera alcohólica, Roberto se da cuenta que no está a gusto en ese lugar. Es como un llamado. Una voz interna que le da a elegir un sitio, un lugar donde pueda cerrar los ojos para siempre. Es también una profunda debilidad, un cansancio extremo, un estéril ejercicio mental. Todo parece haber llegado a la línea final. Incluso, su ansia por estar allí bajo el manglar y la pileta llena de peces. Incluso su pasión por las arcadas pobladas de lirio y agua, o la manifestación de la luz encerrada en botellas vacías y llenas de un polen azul.

Ha llegado el tiempo de la indiferencia total. Queda el sudor en cuello y espalda. Un sudor frío y oloroso a alcohol. Está también la supuración de los ojos; no legañas sino pus: la masa gelatinosa que forma el alcohol cuando su única vía de expulsión es la ruta de la vista a través del líquido lagrimal. Quedan estas manos temblorosas y también el miedo, el dolor de cabeza, la depresión y la ansiedad.

Roberto ha tratado de dominar estos dos polos opuestos de su existencia: el ansia feroz por un poseer un trago de alcohol, y el grito de auxilio de su cuerpo y mente quienes le piden no meter más veneno a su interior. Así, ha experimentado en las últimas semanas el método de racionar su alcohol: comenzó con un cuartito cada seis horas, luego cada cuatro, después cada dos. No ha funcionado. Su organismo ya no le

tolera raciones engaños de a “poquitos”. Tan no lo tolera, que aquí está hoy: totalmente tembloroso y con el sistema nervioso atravesado por un enjambre de agujas níqueladas.

Le es difícil recordar a Roberto cuántas veces ha tenido que salir de su cuarto en estos últimos días, sólo para conseguir esto que calma no sólo los nervios y la respiración, sino también el fondo de la existencia. Porque ya no se trata sólo de un cuerpo y una mente que demandan el efecto químico del alcohol; el dolor más punzante y devastador proviene de eso que Leibniz llamó alma, espíritu o lo que sea. El grito lastimero de esa parte en Roberto, nadie lo escucha: lo escucha él, también con dolor: como si las vibraciones de esa voz angustiante que emergen de lo más profundo de su ser, fueran un manojo de púas lanzadas a su corazón con furia y rencor.

Tiene la boca seca, con banderas clavadas en los bordes. El estómago vacío. Bueno, no del todo. Esta mañana Roberto lo ha alimentado con una botana descompuesta que alguien dejó sobre la mesa y que, ya por pura inercia, se ha llevado él a la boca: dos cortes de sardina embarrados en una galleta mohosa.

\*\*\*

Dice Novalis que la vida es una enfermedad del espíritu. Al recordar esta cita del autor de *Himnos a la noche*, Roberto se conmueve. Lloro. Y para que el lloro —que no está hecho de lágrimas sino más bien de una exhalación amarga proveniente de un yo descompuesto y ajeno— no lo vaya a desbordar, y a zurcir con sal la última esperanza en él, mejor cierra los ojos y se entrega al un sueño reparador.

En éste, Roberto se mira revoloteando por las márgenes del río Jamapa. Atrapa mariposas de alas transparentes. En esas alas, una caligrafía simétrica. Cuando el ojo izquierdo (que es con el que mejor ve) se clava en uno de esos signos en el ala, Roberto (por esos avatares en los que el sueño salta de un paraíso a otro), se halla escribiendo uno de esos programas científicos para computadoras en las que se emplean las letras I, J, K, L, M, N para declarar variables de tipo entero, y XYZ para aquellas que son reales, es decir, con punto decimal. Por alguna razón, posible también en el sueño, esas letras toman ahora forma; no son ya parte de una estructura de un lenguaje de computación, sino de una frente primero, luego un cuerpo y unos ojos, y un cuello y una yugular con una espada de acero pegada a la misma.

El temible y avezado Henri Michaux dice que a veces hay que recurrir a un descifrador de sueños, ya que el soñador no está al corriente de lo que sucede en el sueño, dado que la coordinación de imágenes se realiza sin que haya que reflexionar. La imagen surge de sí misma, ante la llamada de la similitud. De noche las imágenes se sitúan en silencio sin que podamos hacer nada. Por eso, dormir con sus mil titubeos, prueba los sitios oscuros en donde han de instalarse las imágenes, incorporándose a la comunidad del pasado, obedeciendo ciegamente a la ley de la similitud.

Bordeado por miles de luces y sombras y árboles frutales y desiertos y vacíos y cohetes festivos y dardos en la juntura del ojo, Roberto atrapa, en un arco reflejo, parte de su sueño. Lo atrae, trata de manipularlo. Es como si de pronto tuviera ese poder de estar en ese sitio sin estarlo: los muros de Bethel, su entrada con camuflaje, el roncar de



sus habitantes, la antorcha que columbra en medio de la noche, la espada de dos filos cuya plata lima una que otra estrella: todo parece estar vivo y a la mano de Roberto. En una de aquellas grandes paredes hechas de adobe, puede mirar su hojita mugrosa y arrugada en la que está escrito aquel texto en el que, alguien, con lápiz fluorescente ha subrayado la palabra *misericordia*.

Entonces vuelve a oír claramente esta palabra. Pero no sólo esta palabra sino las que le preceden; las que, por razones de su mente embotada y turbia, no había prestado la atención debida: “Muéstranos la entrada...” Y Roberto se pregunta —no sin bajar los ojos y palpar con ellos el infinito número de las arenas— “¿Cuál es esa *entrada* que se tiene que mostrar? ¿Qué de lo poco que yo tengo da una suma igual a esa entrada y, por ende, a aquella ciudad? En todo caso, ¿no es este “*muéstranos la entrada*”, una oferta desproporcionada para alguien a punto de ser irremediabilmente ejecutado?”

Se ha levantado a medianoche para calmar este gran frío. El filo de la espada lleva en el dorso esta atroz abstinencia; los limbos de una pesadilla de hueso y músculo con el doblar de las funciones estomacales que chasquean como una bandera en las fosforescencias de la tormenta: una monótona crucifixión donde el alma nunca acaba de perderse.

He aquí, el vuelo rasante de las moscas que arremeten contra el plato de atún podrido, el empuje del sol y el brinco de la sal con penetración directa a este cubo de oscura geometría. He aquí a uno que ha sentido el desorden asombroso de la sangre en su relación con el paisaje y la espuma; uno que se perdió en el pensamiento (así como se sueña, así como se entra súbitamente al éter y luego se levanta en los recovecos de la pérdida.)

Si una navaja cortara de tajo la pupila de Roberto y penetrara en lo blando del cristalino, y levantara sin cuidado el iris de opacas ventanas y llegara esta navaja (luz que cruza la retina) a los conos y bastones o las células bipolares, podría ver no ya los vastos pastizales donde Roberto acostumbra poner a buen resguardo el ritmo de la sangre; vería más bien cómo éste, es dominado por un negro impulso que viene del fondo, por un fuego nervioso y el remolino de la sangre: visiones de heraldos y voces antiguas que no pronuncian a su mente más que palabras coléricas de un odio ciego (...) Luces que pasan como cuchillos o relámpagos en un cielo atascado. Vería a un hombre que desea lo dejen con sus nubes apagadas y con esta inmortal impotencia y disparatadas esperanzas: uno cuya fe, que él deja filtrar de cuando en cuando, son su carne cuya sangre se cubre de relámpagos: uno que escribe y dice —sombra de Artaud hasta el cansancio—: “Aquí me ves, pequeño, barrido, rechazado. Tú me alzas, me retiras de este lugar, de este falso espacio donde ya no me digno ni el gesto de vivir. Y a este ojo —esta mirada sobre mí, esta única mirada desolada que es toda mi existencia—, tú lo haces inflamar dentro de sí misma. Entonces, un brote encendido, hecho de tus córneas sin sombra, me revive como un vino misterioso”.

Pero ¿de quién surge la oferta? ¿Quién tiene el poder de perdonar cabezas, rescatar vidas del cepo y la letrina, a cambio de una acción tan insignificante? ...¿Que les muestre la *entrada*? ¿Es eso todo lo que demanda este grupo de soldados rudos, cuando ellos mismos pueden llevar a cabo fácilmente la tarea? ¿O es que, es simplemente *eso*:

han visto a este hombre sin nombre metido en el alcohol y la muerte ominosa hasta el cuello (con su vida frágil y a punto de quebrarse), y sólo porque a ellos se les da la gana, deciden dar a este hombre una oportunidad de vida?

A esto, a este acto inusual, extrapolado, y en cierta medida ilógico y absurdo, se le llama *misericordia*. Palabra clavada en la pared. Once letras y una acción. *Misericordia*, (*cheçed* en hebreo, según el escrito de los Jueces.) “El aspecto en el amor de Dios que le impulsa a socorrer al necesitado, al desvalido, al miserable; justo como la gracia es el aspecto de Su amor que lo mueve a perdonar la culpa” — según le dijera Bolk a Roberto en uno de sus últimos encuentros.

Pero ¿es válida esa palabra para alguien como Roberto? ¿Vale y sirve para alguien cuyo ADN lo ha predispuesto a ser alcohólico, no ya en potencia sino con la potencia final a punto de explotarle en la niña de los ojos? En todo caso (y lo más importante) ¿Quién se halla detrás de esta pesada y brillante espada: compleja y admirable obra de ingeniería molecular? ¿Puede él (quien quiera sea) invertir, mutar, modificar, la hélice del gen en el cromosoma que dicta a Roberto hundirse cada vez más en este tobogán pernicioso y cruel? En otras palabras ¿Puedo, a pesar de todo, *convertirme* en otro?

Dice Voltaire que a los vivos se les debe respeto, a los muertos, la verdad. Y la verdad de los muertos que Roberto ha conocido es larga e inacabable: una lista negra de quienes han bebido con él y poco a poco fueron dejando atrás su vida oscura, sus insignificantes tareas, y hasta sus insignes apodos: el Pájaro, el Burrito, Chompiras, Mustang, Pillo, el Abuelo, la Garza, el Pequeño, Molinillo, el Go, Lito... Un puñado de muerte. Un atado de festones negros. Ataúdes en serie y túmulos sin algo que indique quién está enterrado allí. El gris y doloroso rosario de la verdad.

\*\*\*

Había Roberto leído unos fragmentos de Novalis<sup>19</sup>, y ahora los recordaba y, por primera vez, desde hace mucho tiempo, lo conducen (no sabe por qué) al recuerdo de su padre. Lo recuerda siempre silencioso; admirablemente silencioso, sumido en su tarea de vigilar el carbón de las máquinas, purgar las tuberías y desincrustar los conductos del vapor. Ahora mismo su padre está en los ojos de Roberto, y él no puede evitar dejar de verlo, vestido de overol azul y un paliacate rojo alrededor del cuello. Lo tiene aquí, recortado por una luz mortecina; como un fantasma creado por las bocanadas de humo que soltaban las locomotoras.

Su padre era fogonero. Se levantaba religiosamente a las cinco de la mañana y no paraba sino hasta ya muy entrada la noche. Roberto no recuerda si descansaba. Si alguna vez lo hacía, regularmente era en domingo. Entonces, padre e hijo podían elegir entre ir a ver los partidos de béisbol que la Clemente Jacques organizaba en el cuadro de juego de aquel lado de la vía; o quedarse para ayudar al padre en la reparación de alguna caldera; o bien, dejar que el padre leyera durante toda la mañana el periódico de los domingos, con sus secciones de consejos y tiras cómicas.

Si algo amó de su padre Roberto, fue ese gesto pacífico e iluminado con el que realizaba sus tareas; limpiar tuercas, desarmar tanques de agua y calentadores, engrasar péndulos, todo lo hacía con paciencia infinita y severa. Otra cosa era cuando el padre se ponía a leer la Biblia. Ese rostro, ya sosegado y lleno de luz en la ejecución de la fajina, adoptaba una forma aún más sublime. Era en ese trance del padre, leyendo los Salmos o los Evangelios, que a Roberto le cruzaba cierta dosis de soberbia con la autosuficiente razón intelectual que había aprendido de las charlas en casa de Robayna. Veía al padre como un raro espécimen, un hombre que el marxismo y la nueva educación y sistema social, lo habían dejado en el rezago total. En esos instantes, en los que el padre parecía recitar con los labios algún pasaje especial, la mente de Roberto se desconectaba para volverse a enchufar, ahora en la meditación de sus lecturas, en las sentencias de Ramoneda, o en las frases lapidarias de Engels acerca de la religión. Y —sin decírselo directamente al padre, sino más bien como tratando de tensar esta suerte de lucha anímico intelectual en la que el padre parecía salir ganando, concentrado en las profecías de Isaías—, Roberto sacaba a flote aquellos pensamientos del filósofo de la

---

<sup>19</sup> *Volverme hacia las cosas o que las cosas se vuelvan hacia ti es todo uno. Todo lo no deseado debe sufrir una metamorfosis y convertirse en una cosa deseada.*

zozobra. “Sentir bruscamente que uno sabe como Dios de todas las cosas, y ver desaparecer, con igual brusquedad, esa sensación”. Lo tenía en la punta de la lengua, lo quería tararear para que el padre desatendiera la lectura y le impugnara. Y, sin embargo, prefería encadenar otro de esos pensamientos a su mente: “El único medio de salvaguardar la soledad, es hiriendo a todo el mundo, empezando por aquellos a quienes amamos”.

A Roberto le inquietaba esa fe inamovible del padre hacia las Escrituras; esa visión lejana y serena que tenía de la vida y de la muerte. Y le irritaba ese afán de creencia en una tierra fértil y perfecta: “Si es verdad que Dios detesta tomar partido, yo no me sentiría nada incómodo en su presencia, tal sería mi placer de imitarlo en todo, de ser como Él, un sin-opinión” —volvía a insistir mentalmente Roberto, quien ya sólo respetaba a las antiguas teocracias del conocimiento, el pragmatismo de algunos filósofos, el absurdo existencialista de Camus y el sin sabor demencial de Samuel Beckett. Si en el fondo amaba alguna de aquellas corazonadas sagradas, eran lo que Ramoneda le había enseñado a través de Tehillard de Chardin y su sagrado corazón cósmico.

Un día, en que su padre se preparaba un café negro, animado porque Roberto inició una plática más o menos llevadera, el padre había dicho en el inter-texto de la charla: “La esperanza es lo último que muere”. Y Roberto, molesto por esta puntualización exagerada y fuera de contexto, sólo había contestado: “¿La esperanza?”

Incluso, en la alquimia la esperanza se funda en la certeza de que existe un fin. Nadie ha empezado nada si no se hubiese demostrado claramente que este fin existe y que es posible alcanzarlo en vida. Entonces el padre había vuelto a su silencio; ese silencio bondadoso y viril que exasperaba a Roberto, y le arrojaba al deseo de correr para abrazar ese cuello y acariciar ese cuerpo; besar, así fuera una sola vez, esas mejillas cansadas y esos párpados punteados por el hollín, para ver si en ese acto de fusión, podía Roberto arrancar una porción de paz que el padre derramaba por los poros.

No pocas veces, Roberto tuvo la intención de levantarse y decir: “Padre, quiero hablar contigo” El orgullo y la soberbia forjaban un nudo ciego que lo dejaba con la lengua paralizada y los labios secos, las ideas arrinconadas y el pensamiento hecho una borrasca de giros imperfectos. Por lo mismo, antes de que el padre se levantara (lo cual ocurría a las cuatro de la mañana), Roberto salía del vagón y enfilaba por los oscuros boquetes de la madrugada, guiado solamente por la senda de los durmientes. Se iba para no ver la ceremonia del padre: lavarse el rostro, poner la cafetera en la estufilla y luego sentarse y beber a sorbos lentos el café. Pero se iba no por ese instante tan normal. Se iba porque no deseaba presenciar el momento en que, con un gesto de ternura que nacía entre ceja y ceja, el padre inclinaba la cabeza, y con voz audible se ponía a decir: “Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que sí puedo, y sabiduría para distinguir la diferencia: hágase tu voluntad y no la mía.”

## 29

¿Contiene el cerebro circuitos para medir la espiritualidad, considerando que la experiencia espiritual se halla en todas las sociedades? ¿Existe en nuestra cabeza el módulo de Dios, y si existe cómo se formó? ¿Es un producto de la evolución, una característica igualmente natural, bajo el perfil biológico, como el lenguaje, la visión estereoscópica o tiene un origen más profundo?

Si aquella navaja doblara en ángulo obtuso para cortar el quiasma y asestar un golpe a la cintilla óptica, alcanzaría a ver como Roberto se dirige al lavabo. Se enjuaga la boca dormida y seca con un poco de agua turbia, y se mira al espejo. Ese Roberto no es Roberto. O sí, sí es él. Sólo que el pelo parece engomado, y los ojos, absolutamente rojos, sólo distinguen sopor y niebla. La parte azul de su rostro, el ojo avizor de tanto y calculado asombro, el pelo rizado y sedoso, son ahora inversiones ilógicas al fondo del espejo. De no sabe dónde, Roberto se acuerda de un pequeño poema que hoy le cae a él como dogal al cuello; un poema de A. R. Ammons. Así es como lo tiene anotado en su cuaderno:

*Encontré una cizaña / que tenía / un espejo / en ella / y el espejo / miraba  
en mí / un espejo / que tenía / una cizaña*

Otra vez la pregunta: ¿Se halla escrito en algunos de los cromosomas cómo va a ser el final? ¿O es que la combinación de los alelos  $ATT + GGC + CGA$  resulta ser igual a alcohólico *ad infinitum*?

Por alguna extraña razón, la inteligencia de Roberto (a pesar de estar multi-cocida por el alcohol), se ha aguzado en los últimos días. Es a través de esta inteligencia fulgurante, que él percibe, cada vez con mayor claridad, el paso que sigue en su declinar constante. Está el jalón de la espada mortal, cuyo filo muta en una cerveza helada con medio litro de alcohol, más una buena dosis de Zoloft y Rivotril. O también, aguardar a que el hígado y el páncreas, o bien el corazón y las quijadas, se paren y digan hasta aquí. La primera opción resulta menos cruel. Una sola caída: el peso y largo de la espada sobre la yugular, en vez de esta secuencia dolorosa de muertes suspensivas.

No obstante, dada esa inteligencia que intuye el final, la leve flama de la que casi todo hombre parece dotado, le hacen concebir a Roberto un drama distinto al urdido por las hélices cortantes del ácido en cuestión: ¿Qué significa (se vuelve a preguntar con apremio) ese “muéstranos la entrada...?”

Muchos de los miembros del *Tendedero* (lista negra de muertos de la verdad) asistieron alguna vez al grupo Gratitud de AA en Boca del Río, al mismo tiempo que Roberto. Éste, había pisado los terrenos del grupo sólo para que el doctor Denis no dijera que no le echaba ganas en su lucha en cuanto al alcohol. Pero no resultó. Por mucho tiempo Roberto no pudo realizar que tenía un problema con el alcohol. Sus entradas y salidas de AA fueron múltiples, y lo que sus compañeros decían en la tribuna le entraba por un lado y, ojalá le hubiera salido por otro, pero no: Roberto se lo guardaba en el cerebro para racionalizar y decir que eso no era para él; que él, por lo menos, no había llegado a tanto como ese grupo de pescadores desarrapados.

Sin embargo, algo le quedó de aquellas sesiones. Recuerda muy bien aquella

conferencia que se dio para festejar el aniversario XV del grupo. Un médico, un pastor protestante (de los que hoy Roberto apenas si se acuerda), ofrecieron una plática nada despreciable. Hoy, al arremeter contra el cuaderno, Roberto trata de recordar y dividir los por-mayores de la charla.

Con un lápiz, Roberto escribe las letras A, B, C, D; las encierra en un círculo y luego desprende de cada una de ellas una flecha hacia la dirección del texto complementario. El punto central de la plática, según la mente de Roberto (ya arponeada por medio litro de *güin*), fue la responsabilidad del alcohólico (su propia responsabilidad) con respecto a su manera de beber. En otras palabras: ¿Hasta dónde es responsable el alcohólico de su alcoholismo?

(A) La primera postura es el llamado modelo *Moral* que dice: el alcohólico es enteramente responsable del problema, de su uso y de su cura. Como su nombre lo indica, al problema se le ve como algo claramente inmoral, una disposición pecaminosa del ser humano. El alcohólico deberá, a partir de su “fuerza de voluntad”, tomar decisiones radicales. Lo que le pasa, le pasa a su alma, a su espíritu, a su yo, sin importar (o averiguar) si fisiológicamente existe un desajuste en quien bebe. Este punto de vista muy a menudo ignora que el alcohol es un problema de la “persona integral”: no es sólo su espíritu y alma quienes se enferman: también el cuerpo y la mente están sumamente dañados por el consumo, y es, precisamente, la voluntad, la que está enferma y rechaza cualquier tipo de ayuda. Un buen número de movimientos religiosos están aliados a esta condena en contra del alcohólico.

(B) La segunda postura, es la *médico-científica* que expresa: el alcoholismo es una enfermedad, por tanto el alcohólico no tiene responsabilidad ni por el problema ni por la cura. La postura en sí se mira demasiado determinista, pero no lo es. La nula capacidad de la medicina para detener el proceso alcohólico en el individuo, le ha hecho voltear hacia opciones alternativas, menos científicas pero, al parecer, con mucho mayor éxito. “La medicina (dicen los AA) es un gran aliado del alcohólico”. Los otros grandes aliados de éstos son la psiquiatría y la religión. Durante la década de los años 50’s, una de las organizaciones de médicos más grande e importante del mundo, la Asociación Médica Norteamericana, misma que congrega a casi todos los médicos de ese país, acordó reconocer el alcoholismo como una enfermedad. Años más tarde, la Organización Mundial de la Salud (OMS), también estuvo de acuerdo en tratar al alcoholismo como una enfermedad médicamente manejable.

Para poder comprender la razón por la cual la adicción al alcohol es una enfermedad, se definen primeramente los rasgos característicos que presenta cualquiera otra enfermedad: la ciencia médica la define como un fenómeno que presenta, al menos, estas tres características: Primera: *síntomas*, que son un conjunto de señales de alarma que el organismo “emite” con la finalidad de indicar algún desperfecto en su estructura o en su funcionamiento. Segunda: *progresión*, esto es, las cosas tienden a empeorar si no se atiende el problema. Tercera: un *pronóstico* de cuáles serán los resultados cuando la enfermedad sigue su curso natural.

El problema del alcoholismo se vuelve más complejo cuando nos preguntamos ¿De qué tipo de enfermedad se trata? ¿Es como un resfrío, o es algo como la hipertensión arterial o el herpes o la diabetes? Los médicos simplemente la han definido como una enfermedad *primaria, progresiva y mortal*. Investigaciones recientes han establecido que el factor genético influye grandemente en el destino de una persona con respecto al alcoholismo.

La palabra *primaria* significa “primera” o que aparece en primer lugar. Muchas personas piensan que la adicción al alcohol aparece después o es consecuencia de algún problema, alguna enfermedad mental, un “trauma” sufrido durante la niñez o simplemente porque a alguien se le murió un ser querido o sufrió una decepción amorosa. Si así fuera, se diría entonces que el alcoholismo es una enfermedad “secundaria”, esto es, que es una consecuencia directa de otro problema mental o emocional: primero apareció el problema mental y después, como resultado, vino la adicción al alcohol.

Esta es una idea algo anacrónica y no completamente cierta. La ciencia contemporánea ya corrigió este punto de vista. La realidad es que la adicción al alcohol puede padecerla cualquier persona, tenga o no tenga conflictos emocionales o alteraciones de tipo fisiológico; la enfermedad debe ser tratada *primeramente*, esto es, antes que cualquier otro problema mental o emocional. Esto quiere decir sencillamente que la persona tiene que aceptar que está enferma y debe abstenerse de seguir consumiendo alcohol, además de pedir ayuda a los expertos en la materia, desde médicos generales hasta especialistas: psiquiatras, neurólogos, además de una asesoría espiritual profunda de parte de un consejero que entienda bien cómo tratar al alcohólico.

Por *progresiva* se da a entender simplemente que las cosas van a ir empeorando en lugar de mejorar, en tanto la persona no se atiende. Muchos alcohólicos, sus familiares, amigos o patrones piensan que con sostener una buena plática con el adicto, dándole algunos consejos o regaños, éste va a dejar de abusar de las bebidas alcohólicas y las cosas van a cambiar. Desgraciadamente esto no es así en el caso de los verdaderos alcohólicos. Se requiere de ayuda especializada. Es muy probable que después de esa plática o serie de pláticas interesantes e intensas en las que se invirtió tiempo, energías e inteligencia, tanto la persona alcohólica como el voluntario o voluntaria que se prestó para ayudar, salgan convencidos ambos de que algo bueno va a suceder próximamente, aunque... Al cabo de pocos días u horas las cosas van a regresar a como estaban antes... O peor.

Algunas personas suponen que el hecho de dejar de consumir por algún tiempo su botella preferida, alejarse de ella por semanas o por meses, se convertirá en el mejor argumento para demostrarse a sí mismo y a los demás que no tienen ningún problema y que pueden dejar de beber cuando así lo deseen y se lo propongan. La realidad es que, en lo más profundo de su interior, estará contando las horas y minutos en los que este plazo se termine para volver a consumir su bebida de manera ilimitada. Durante el período de abstinencia en el que la persona no se involucró con el uso del alcohol, su deseo por hacerlo no disminuyó, por lo contrario se vio acrecentado y toda la energía contenida de ese

deseo se desbocará a la hora de regresar a beber. Ante este hecho, no es raro que quienes rodean al alcohólico se sientan defraudados y sin ánimo de seguir adelante. Se debe entender muy bien que el alcohólico se encuentra en un tobogán y que no va a detenerse a menos que se le suministre un pensamiento sustituto al que ahora ejerce sobre él un verdadero estado de esclavitud.

El término *mortal* habla por sí mismo: a medida que la persona consume más alcohol, tiene más riesgo de morir por una sobredosis. Pero este punto no es el único que hace mortal a esta enfermedad. Hay otros muy importantes. También se puede morir en un accidente vial o por ir manejando intoxicado; del mismo modo puede perder la vida en algún pleito a golpes o por lesiones producidas por arma blanca o arma de fuego, situaciones que se presentan comúnmente cuando las personas se encuentran intoxicadas por el alcohol; incluso pueden morir al no ingerir alimentos o líquidos vitales, ya que el alcohol disminuye considerablemente el hambre y, en ocasiones, hasta la sed. Del mismo modo se puede sucumbir sencillamente porque mientras se abusa del alcohol o de las drogas se pierde el sentido de la vida y se llega (ya lo hemos dicho) a la depresión profunda. Esto es algo que le sucede a gran cantidad de alcohólicos. Finalmente, se puede perecer por la sencilla razón de que a la mayoría de ellos les resulta muy difícil parar de consumir el líquido y esto provoca un deterioro progresivo de las funciones vitales del organismo hasta que éste deja de funcionar. Si no es que, en un estado de depresión profundo, decide por él mismo quitarse la vida: comete suicidio.

- (C) El tercer modelo sobre responsabilidad, llamado *Compensatorio* dice (en una suerte de conciliación entre las partes anteriores) que el alcohólico debe ser apoyado emocionalmente. Dado que el alcoholismo es una enfermedad y, hasta cierto punto, producto del factor genético, el alcohólico no es responsable de su alcoholismo, pero sí de su cura. Este modelo deja a criterio del enfermo el método de la “cura”. Un gran número de éstos elige esta opción por fácil y “conveniente”, y se dan a la práctica de los múltiples programas que se les presentan: desde centros de desintoxicación a la orilla del mar u otra clínica de menor jerarquía, hasta programas como beber sólo los fines de semana, tomar sólo el fin de mes, ingerir pociones de hierbas medicinal, visitar a algún curandero e, incluso, realizar algunas prácticas de hechicería (como beber en ayunas un vaso de leche de marrana negra), o algo semejante. El tiempo lo dice todo: casi invariablemente el alcohólico volverá a su antigua práctica.
- (D) El cuarto modelo se denomina *Iluminador*. Sostiene que el alcohólico no es responsable del problema, sí de la cura, pero, por ser impotente para curarse por sí mismo, requiere de un poder superior a él que lo ayude a superar el problema. El alcohólico es incapaz de curarse a sí mismo. Los AA lo dicen así “Esto significa la creencia en un Creador que es todo poder, justicia y amor: un Dios que me tiene asignado un propósito, un significado, un destino de crecer, aunque sea poco y a tropiezos, hacia su imagen y semejanza”. Para algunos de esos AA, el verdadero cambio inició en el momento en que se declararon impotentes para enfrentar su



problema; el único paso que tuvieron que dar parece fácil y muy accesible: “Lo único que tuvimos que hacer, fue recoger el simple juego de instrucciones espirituales que pusieron en nuestras manos”.

### 30

Roberto vuelve a su catre. La mente barre con todo pensamiento que se le aparece. “Si matarse en quitarse la vida; yo me quito la muerte” —recuerda sin rencor a Camus. Y también Cesare Pavese interviene con su “Basta, no escribo más”. Entonces y sólo entonces Roberto realiza, percibe, urde, cree haber encontrado la solución: una sábana negra, un duelo sencillo y sin flores, el luto de los pájaros y de las orquídeas, el envío de coronas con geranios y tulipanes ensartados; la fiesta y el sepelio con los del *Tendedero* jugando albur y tomando caña a su salud. El crematorio y la ceniza azul esparcida, a manera de polen morado y macizo, sobre el manto del río que pega en la bocana.

\*\*\*

Hace unos seis días que Roberto no toca el alcohol, pero ya no soporta. Se levanta para sacar de debajo del catre-cama residuos que, imagina, debe haber quedado de la última botella de *güin*.

Con un gesto del que apenas se da cuenta que practica —y que consiste en acercar el gollete del pomo al ojo izquierdo para echar una mirada al fondo del mismo—, se da cuenta que elpreciado líquido ha desaparecido. Las hormigas han entrado en el frasco y comenzado a poblar con sus cuerpos negros el fondo del vidrio. Una de esos pequeños insectos hace danzar en la conciencia adormecida de Roberto el punto de su responsabilidad ante la botella. En un solo instante Roberto resume. En el resumen, lo que extrae es una luz oscura, al punto de la contracción (como esas estrellas que consumen su energía hasta convertirse en hoyos negros); pero a la vez que oscura, esa estrella refleja una uña luminosa: el deseo de seguir con vida. Para esto, en el revoloteo de papeles y pláticas que Roberto ha escuchado, se le pide que tenga fe, que se haga de una leve esperanza.

Un alcohólico crónico como él, ya no posee fe. Son tan crueles y prolongadas las palizas que el alcohol le proporciona, que todo vestigio de esperanza por salir de esa caverna oscura, se ha ido esfumando con los días. Si acaso ocurre que una leve flama de certidumbre atraviesa por su corazón, ésta es apagada por la sed insaciable que Roberto muestra por el alcohol; la sustancia etílica vuelve a instalarse como la única esperanza de sentirse momentáneamente aliviado de ese dolor mental y espiritual que lo oprime. Por ejemplo, el ansia y el deseo de salvarse, de correr y deshacerse de todo el alcohol del mundo, de echar al mar esta cruel obsesión que le aplasta el cerebro, es directamente proporcional al deseo de zafarse de su propia vigilancia, correr, entrar en aquel estanquillo de licor que abre las 24 horas, y empinarse unos buenos tragos de alcohol de caña para calmar el sufrimiento indecible que ahora, bajo el síndrome de abstinencia, lo tritura. Beber, aun a costa de su propia vida.

Está a punto de levantarse para ir y pedir fiada una botella de *güin*, cuando sus ojos topan otra vez con aquella hoja sucia y arrugada que contiene el pasaje del libro de los Jueces. No sabe por qué, o si él lo hizo y ya no se acuerda, o vino alguien y cambió el marcado del texto, o jamás existió un lápiz fluorescente sobre la palabra *misericordia*, o sí existió pero ahora son dos las partes marcadas en la hoja; el caso es que, marcadas con un lápiz aún más resplandeciente y amarillo, estas palabras explotan en la cabeza de Roberto: “*Y él les mostró la entrada de la ciudad, y la hirieron a filo de espada; pero dejaron ir a aquel hombre con toda su familia*”.

En el centro de todo, todavía con la conciencia de ser carne y hueso podrido, la mente chasquea, brota en perdigones de plata sucia, y anuncia: “Ya me enseñé a ignorar este dolor transparente, plantado en mí como una cuña en el centro de mi más pura realidad, en el sitio más sensible del habla. Aquí, donde se reúnen los nudos del cuerpo y de la mente, creo percibir una luz que viene del fondo...”

Del fondo de la conciencia y el recuerdo, y del terraplén de La Bruja y del sol que como un diente de león suelta sus volutas para iluminar los vagones. Del fondo de ese camino en el que aparece él mismo, débil y tambaleante, flaco y tembloroso, esquivo y sollozante; la muerte sobre él, con esa leyenda del poeta que anuncia “Vendrá la muerte, tendrá tus ojos”. La muerte y su explosión de pólvora que nadie imagina. Una muerte cargada de deleites y dédalos remolientes. He aquí, ese sollozo lejano y suplicante. Las luces de La Bruja que bajan en espiral, cohetones de presagio, con sus dotes de anestesia. Allí su sombra misma, de rodillas frente a nadie. Él solo, de hinojos sobre las heladas costillas del riel. Si algo se dice a sí mismo, no lo sabe y no lo sabrá Roberto. Sabe y conoce lo que le sucedió a Roberto Blaga a través de su vida: la metamorfosis, el ojo limpio y la boca fresca; el gesto y la luz y —sobre todas las cosas—, aquellas palabras que Ramoneda pronunciara un día de lluvia y que ahora, no sabe por qué, han entrado como blandos cuchillos por la parte más débil de su cerebro:

*Paciencia en lo azul  
cada átomo de silencio  
es la oportunidad de un fruto maduro*

\*\*\*

En la total confusión de las imágenes y el sueño y el insomnio y la hipotermia y la fiebre-sudor, he aquí, ya no Roberto doblado y vomitando. Mas bien *alguien*, a flor de labio (un labio agrietado por la resequedad), diciendo algo, de rodillas y con la cabeza en el piso, y esa angustia de sangre que ahorca y despedaza.

He aquí de pronto ese punto de luz, como un puño, como un haz de bilis cortante que baja y se instala en los patios de un corazón de sangres a punto de veneno.

Cuando uno sueña, ocurre una paradoja: si bien el cuerpo permanece tranquilo y semi-paralizado, el cerebro trabaja activamente. Entre más rápido es el movimiento de los ojos durante el sueño, más abundante y profundo resulta ser éste, y más apacible el estado de las demás funciones del cuerpo.

No sabe Roberto si fue que sus oculares se movían rápidamente y su cuerpo permanecía pacífico y quieto, o fue el *Liebestraum* de Liszt o el *Valse Triste* de Sibelius o el *Träumerei* de Schumann, o el *Largo, from Xerxes* de Handel; el caso es que —totalmente molida la masa cerebral por tanto consumo de alcohol de caña— Roberto se fue quedando dormido teniendo como fondo una de aquellas piezas musicales, y comenzó a soñar.

Esta vez, el sueño es un plomo dentro de los párpados, es un rehilete azul cuyas aspas no hieren como otras veces, sino que acaricia el ser total de Roberto.

El cerebro tiene sus recursos para enmendar los daños que sufre. A pesar de estar compuesto por un tejido blando y vulnerable, suele enterarse de sus propios daños y transferir a zonas saludables las funciones de la parte dañada. Pero ¿a qué área puede ese mismo cerebro de Roberto mover el daño que éste sufre en la totalidad de su cuerpo? ¿Adónde trasladar ese demonio negro que no tiene nombre pero que, desde las sub-capas del inconsciente, es capaz de dominar a este ser llamado Roberto, sin que éste pueda hacer nada por evitarlo?

Las preguntas manan del sueño en forma totalmente plácida y bondadosa. Es como si esa mezcla de alcohol con dos pastillas de Rivotril, ejercieran el papel de ensoñador pacífico, de ahuyentador de los traumáticos *delirium tremens*. Tan a gusto es el estado de Roberto bajo la capa de los ojos, que no tiene temor a hacer otras preguntas similares. Por ejemplo: si acaso su *yo* (la forma que él es ahora), sea una equivocación conjunta del impulso eléctrico que baja por el axon —lo que hace que las moléculas neurotransmisoras, contenidas en el botón sináptico, envíen un mensaje a otra unidad similar, para que ésta a su vez interprete y transmita...— Así, hasta formar eso que se llama pensamiento y conciencia del yo. ¿No habrá una equivocación, y esta parte que *es* ahora él debió haber sido *otra* y no *ésta* precisamente? ¿Acaso, en el juego múltiple de la actividad neuronal y el magma que forma la conciencia hubo equivocación en el caso particular de Roberto, y en lugar de un hombre sobrio y lúcido, alguien por desatinado dio forma a este *ser* casi perpetuamente adherido a la botella?. O más: ¿será posible que el *yo* sea sólo una construcción mental, una ilusión engañosa, o como afirma Metzinger, una invención de nosotros mismos? O, lo peor: ¿Estarán involucrados todos estos procesos sináptico-cerebrales en un juego en que de ser parte íntima e integral del *yo*, han caído ellos mismos en el engaño, y no es Roberto, sino *ellos*, quienes ya no pueden vivir sin una botella de *guin*?

Un movimiento ocular más acelerado que los anteriores casi paraliza el cuerpo de Roberto. Desde la abismal profundidad de las imágenes, su cerebro trata de conectar con la vigilia, intenta mover un brazo y respirar. Nada sucede. La respiración parece aletargada y el cuerpo tieso. Pero no parece ser ningún momento final. Es más bien ese estado de sueño en el que uno puede percibir con el tacto los elementos que lo forman:

una piedra, un árbol, esa rosa negra, el vidrio niquelado y azul, o el perfume a sal y lavanda que cerca del mar suele pegarse al cuerpo. Es uno de esos instantes en los que la fiebre del sueño le permite ponerse en contacto con el mundo de *dentro*; un episodio en el que, al igual que Coleridge, uno puede preguntarse: “¿Qué, si al despertar, traigo conmigo una flor del paraíso en la mano?”

En un parpadeo (a punto de asir esa flor del paraíso), Roberto logra librar uno poco de esa parálisis inconsciente, y puede darse la vuelta en el catre. Lo que mira entonces es, como todo sueño, inefable. Pronto, lo inefable cede a una geometría de sueño menos intrincada que Roberto puede traducir, no sin cierto espasmo.

La pared de su cuarto, despintada y húmeda, representa y *son* los altos y camuflados muros de Bethel, la ciudad que antes se llamó Luz: el pueblo del que XYZ sale huyendo con una antorcha al viento. El piso del cuarto es el desierto, la tierra de los cananeos; una enorme planicie de arena y médano, cubierta por un frío intenso. El techo, una capa cerrada de plomo helado, excepto por un boquete por el que se mira el cielo y un grupo de estrellas bajo cierta fórmula algebraica. Uno de los barrotes del catre hace las veces de peso sobre la garganta de Roberto: la enorme y brutal espada del espía. El tiempo se dilata. Es como si aquellas palabras del soldado referentes a “muéstranos la entrada...”, hubieran sido dichas apenas hace unos segundos, y Roberto, bajo el paréntesis que le ha otorgado la brevedad de ese tiempo, estuviera tratando de elegir acerca de su destino en este preciso instante.

Un hondo respiro significa que Roberto (no sabe con temor o sin él) pregunta: “¿Cómo dijiste? ¿Qué es lo que ofreces si te muestro la entrada?”. En un instante de rabia circular acelerada, sus ojos ven venir, envuelto en sombras y destellos azarosos, a un soldado visiblemente enojado que se dirige, no hacia él precisamente, sino a la trabe de madera donde se halla clavado el texto sucio y arrugado con el pasaje del libro de los Jueces. Con un movimiento pendular (dos tajos de la filosa espada), el espía arranca el texto con la palabra “*miser cordia*” subrayada a lápiz fluorescente.

“Esto es lo que haremos contigo, si nos muestras la entrada...” —le dice el soldado, ahora con la espada vuelta a la yugular de Roberto.

\*\*\*

Del subsuelo de la memoria, del latido de la sangre que se cuele por la aorta y corta camino rumbo al cerebro, Roberto oye ríos, mares, glaciales, témpanos y arroyos ligeros. En el rumor de ellos, y sumido y afanado en la tarea de rescatar voces que le digan algo, Roberto logra acercarse a esteros donde yacen algunos sueños reveladores. Allí logra otra vez escuchar la voz de Bolk, bebiendo su Carver Sutro y pausando cada palabra: “*Misericordia* (*cheed* en hebreo, como ya se ha recordado en otra parte), en este contexto que nos ocupa, posee un significado único: un acto en el que alguien, en circunstancias totalmente desfavorables, recibe ayuda, compasión de parte de otra persona. Esta ayuda o acto compasivo se sobrepone a otras acciones cotidianas, se transforma, toma cuerpo de misericordia divina, cuando quien la recibe llena tres “requisitos”:

- 1) Es incapaz, impotente, ante la situación que en ese momento enfrenta,
- 2) No hace *nada* para recibir esa ayuda, es decir: es incapaz aun de solicitar auxilio: incluso, esa parte esencial de la supervivencia, le está prohibida,
- 3) En todo caso, tampoco merece que se le tenga ningún tipo de compasión o que se le ayude.

“Fíjate en la breve y bella historia que hallaste en esa página” —le dice Bolk, levantando las cejas y señalando a la copia del texto que Roberto arruga entre las manos. Bolk añade: “¿Qué otra razón podemos ofrecer a este acto inusual de los espías? Sin preguntar por su vida pasada, sin indagar si está cerca o lejos de Dios, o si es moralmente aprobado, si buen marido o padre, o si se ha guardado de idolatría, robo, codicia y adulterio; sin ninguna de estas condiciones, los espías enviados por la casa de José le ofrecen a un extranjero (un pagano) algo que de pronto parece inverosímil: le prometen misericordia: estando muerto, este hombre recibe vida. ¿Sus méritos? ¡Ningunos!”.

En este momento del sueño, Roberto logra una vez más dar la vuelta al cuerpo. En vez de tener la pared del cuarto delante de los ojos, es la luz del exterior la que se filtra por la delgada capa de los párpados. Una luna esplendente, como un disco de plata líquida que absorbiera los fotones de luz y reprodujera la potencia de éstos hasta convertirlos en un aura que en forma de relámpagos constantes bajan a iluminar la boca del río. Roberto observa fijamente ese cubo deslumbrante. La luz brilla aún más y poco a poco va absorbiendo el sueño de Roberto; lo alisa y cubre de un aloe extraño. El cuerpo parece levitar. El estado de inmovilidad es total.

“¿No son acaso ellos, los verdugos, quienes deberían mostrarme a mí la entrada, en vez de yo a ellos encaminarlos hacia el portón que buscan?” —se pregunta Roberto. Al interrogar, cuerpo y mente Roberto encarnan en esa paradoja llamada XYZ.

De pronto el pavor y la angustia. Roberto se da cuenta que, al hacerse uno con aquél, hereda del anónimo el rostro paralizado por el horror; un pánico que nace de reconocer que ni él ni su *alter ego* saben nada de entradas ni de salidas: resulta vano que los espías le pidan este requisito para hacer con él misericordia, pues ¿qué voy yo a saber de accesos secretos, si mi interés total durante estos veinticinco años ha sido ver cómo me proveo de entradas pero de alcohol?

Así, todo parece irremediamente perdido. Ciertamente, existe bondad y compasión; una oportunidad única, invaluable, milagrosa. Sin embargo, es un punto ciego, una ecuación irresoluble. La bondad de los ejecutores es ahora directamente proporcional a la total incapacidad de Roberto para cumplir con su reclamo: “Muéstranos la entrada”.

¿No es esto absurdo?

*Absurdo.* La vida es absurda. Esto no es nuevo en Roberto, es decir, la idea no le sorprende. Por mucho tiempo, en los últimos años, había traído esto en la cabeza. Alguna vez, en uno de los libros de Ramoneda, había leído del filósofo griego Píndaro: “Hay una raza de mortales que está llena de futilidad. Miran lo que está a la mano, pero se dirigen al futuro, a la caza de imposibles, montados en las alas de falsas esperanzas”. Cuando Roberto, con la lengua pastosa y trabada por los efectos del vino, había citado a Bolk esta sentencia, el profesor lituano no desaprovechó la oportunidad para decirle:

«Esa *futilidad* es la misma que está en el corazón y mente de Salomón, el rey. La historia de este personaje es extraordinaria, porque da cuenta por qué ni él ni cualquier otro ser humano es capaz de mantenerse perfecto delante de Dios ni equilibrado con el mundo: siempre hay una mosca en la sopa. Salomón sintetiza, en un solo versículo, todo este sinsabor de la existencia: «*Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu*»<sup>20</sup> Salomón no dice que sean vanidad *sólo algunas* cosas, sino *todo ello*: el mundo total que el hombre habita. Lo asombroso es que lo dice un hombre quien reinó en Israel durante cuarenta años, la mayoría de los cuales fueron de esplendor, riqueza, paz y prosperidad. Lo afirma un hombre que tuvo lo que cualquier ser humano pudiera desear: poder, riqueza, placer, educación, inteligencia y sabiduría. No obstante, al final de sus días, él resume su vida así: "*Vanidad de vanidades: todo es vanidad*"

»La Nueva Versión Internacional (NVI) en español, ha traducido este verso como: "*Lo más absurdo de lo absurdo, ¡todo es un absurdo!*" Y la New International Version (NVI), lo hace así: "*Meaningless, meaningless... Utterly meaningless!*" Es decir, "sin significado". De acuerdo a Nelson, *vanidad*, como se usa en la Biblia, significa *vacío, sin valor, fútil*. La palabra aparece 37 veces en el Antiguo Testamento (VRV), más frecuentemente en Eclesiastés. *Vanidad* aquí, no tiene una connotación de "complejo de superioridad", de acuerdo al significado moderno del término, sino vacío en la vida humana, como en Job 7:3 y Eclesiastés 1:2; 2:1; 4:4; 1:10. Cuando se refiere a cosas, vanidad es especialmente usada para describir a los ídolos, porque no existe ninguna realidad espiritual en ellos; su adoración resulta sin significado: absurda. Cualquier cosa fuera de Dios mismo, en la que una persona confía para suplir sus más profundas necesidades, es *vanidad*.

»El mensaje de Salomón es sencillo. Aun si alcanzamos la cumbre del poder (el más absolutamente humano de ellos), nuestras vidas seguirán vacías. ¿No está acaso la búsqueda de poder enraizada en la necesidad básica de significado para el hombre? Salomón tuvo el poder que quiso, pero al final éste le pareció una forma absurda de hallarle sentido a la existencia.

»En Eclesiastés 2:10a Salomón presume de algo que pocos podemos presumir: "*No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno*". El rey llenó su corazón de placer; sus cavas reventaban de buenos vinos, paladeó los platillos más exquisitos y exóticos, se baño en aromas y perfumes cautivadores, y, cuando 700 mujeres le aburrieron en la cama, se hizo de un harén de 300 concubinas para satisfacer sus deseos sexuales. Por si esto fuera poco, el rey fue inmensamente rico (Eclesiastés 2:4-

<sup>20</sup> (Eclesiastés 1:14).

9.) Tuvo casi de todo. Podía gastar lo que deseara y comprar a manos llenas, sin que le molestara el hecho de tener hipotecada su casa o estar hasta el cuello de drogas. No obstante, lo que halló en todo esto fue "*aflicción de espíritu*".

Por si esto no bastara, fue un hombre educado, sabio, inteligente; todas estas virtudes fueron otorgadas a él por Dios (2 Crónicas 1:7-10.) Su capacidad intelectual llegó a ser mundialmente famosa. Si la educación hubiera sido la clave para el significado de la existencia, Salomón hubiera sido completamente feliz. Sin embargo, en Eclesiastés 2:15 declara "*Como sucede al necio, me sucederá también a mí. ¿Para qué pues, he trabajado hasta ahora para hacerme más sabio? Y dije en mí que también esto es vanidad ("Y concluí que también todo esto es absurdo"*, en la NVI.)

En tratar de hallar un punto de referencia válido y deseable a la existencia, el rey buscó bajo todas las posibilidades humanas: poder, placer, riquezas, sabiduría y educación. Nada sucedió. Salomón concluye que todo esto es absurdo.»

\*\*\*

Casi tres mil años después de Salomón, Roberto se halla trabado en este sueño profundo y revelador; se halla asimismo ensartado a la punta de una espada filosa y al indescifrable dilema: vida o muerte. Pero también a la paradoja fatal: «Se me ofrece la vida pero soy incapaz aun de tomarla.»

A pesar de su cerebro embrutecido por el alcohol, Roberto sabe e intuye con lucidez su momento de absurdidad. Sabe que su mediana responsabilidad lo ha lanzado a un mundo sin sentido. En esa carencia de significado se le ha juntado todo, no solamente la insidiosa compulsión por el alcohol y fármacos, sino algo que hiere aún más: el vivir una realidad que percibe intrincada, oscura, equívoca, ambigua, enigmática —todos estos sentidos contenidos en el vocablo latino *perplexus*. Esta perplejidad le paraliza, le lleva a "quedarse mirando" preso de sus propios sentimientos de extravío, sorpresa y turbación. Este divorcio es el que engendra la parálisis, el silencio o, en todo caso, un discurso carente de sentido.

Ante semejante panorama de vida, y sin asideros desde los cuales reconstruir la esperanza dañada, Roberto se encamina irremisiblemente hacia un mundo embrutecido en que la barbarie, la muerte, la nada, el sin-sentido constituyen su único horizonte.

Con la proclamación solemne de la muerte de Dios, Nietzsche expresaba el hecho de que vivimos en la época del absurdo y el sin-sentido más radicales. Él la denominó "el tiempo del último hombre", que por no poder encontrarle sentido a su existencia prefería dejarse llevar, dejarse morir en brazos de la *nada*.

Albert Camus, define el absurdo con diversas expresiones que a Roberto le hacen sonreír sin querer hacerlo: "El absurdo nace de esta confrontación entre la llamada humana y el silencio irrazonable del mundo"; y también: "El absurdo es el pecado sin Dios". Lo absurdo, propiamente hablando, no es el mundo, sino la confrontación entre un mundo ajeno a nuestras categorías racionales, y el deseo de claridad racional que el ser humano siente en su corazón como necesidad irrenunciable. El mundo caótico y la exigencia de unidad racional son los dos polos de esta tensión trágica que engendra el sentimiento de lo absurdo en el individuo cuando éste es consciente tanto del uno como de la otra, dando lugar a una situación de perplejidad. Aquí la experiencia clave es la del

dolor, tanto físico como moral. La confrontación, ahora, se da entre la utopía —como expresión de nuestros anhelos por medio de la imaginación—, y la tozuda realidad que nos ofrece, tanto en la experiencia individual como colectiva, la evidencia de nuestras miserias, limitaciones y maldades. Lo absurdo de la relación hombre-mundo no radica sólo en la caótica realidad de éste, sino también en los sufrimientos a que se ve expuesto el ser humano arrojado en un mundo en el que se ha separado de Dios.

Uno de los sentimientos ligados al absurdo es la percepción de lo que podemos denominar *la espesura del mundo*. Éste, deja de ser algo luminoso, transparente y jerarquizado, para tornarse oscuro, impenetrable y hostil. Es uno de esos momentos que podemos denominar el divorcio entre el actor y su decorado. El mundo se nos muestra ajeno, extraño; ni nos pertenece ni le pertenecemos a él.

Divorciados de nuestro yo con el mundo, un segundo sentimiento es provocado en nosotros por nuestros semejantes cuando descubrimos en ellos rasgos de futilidad, estupidez e inhumanidad, y reconocemos, al mismo tiempo, lo que nos vincula a ellos, nuestra afinidad con esa imagen vacía y grosera que despierta en nosotros la náusea. Es sólo cosa de levantarme al espejo para que éste transmita entonces la vanidad, lo fútil de mi propio ser. Tal vez, el sentimiento de extrañeza más desgarrador asociado al absurdo sea el que siente uno hacia su propio ser, descubriendo el extraño que, en ciertos segundos, viene a nuestro encuentro en ese espejo. La soledad aquí deja de ser un refugio para transformarse en un lugar inhabitable del que, por otra parte, no se sabe salir. No hay recursos ante este sentimiento de auto extrañeza. El individuo se transforma en un sujeto sin identidad que, si vuelve sobre sí mismo, lo hace como espectador desinteresado. Si todo esto resulta pavoroso, aún queda otro sentimiento desgarrador; algo que corroe las entrañas y sube hasta el cerebro y lo sacude hasta hacerlo segregarse pensamientos de amargura. "No hay más que un caso de desesperación pura: el de un condenado a muerte..."

¿Está Roberto condenado a muerte? Lo sabe, e instintivamente lo rechaza. Pero no rechaza el dolor supremo de la mente poseída por la fiebre alcohólica; ese aguijón que sólo puede ser anestesiado con un trago. Ese trago significa un paso más hacia la muerte. Un nudo más a la red del vacío. Lo más intolerable es que la muerte posee, en estos momentos, una doble faz. Por un lado, se le muestra a Roberto como suceso horrible e incomprensible al que él se opone con todas sus fuerzas —ésta es la razón por la que el ser humano se ha fabricado desde siempre falsas imágenes de la muerte que le sirven de consuelo, distrayéndole de su realidad y de su amenazadora presencia—; por otro, vida y muerte constituyen un conjunto inseparable de manera que nadie que no se haya hecho cargo seriamente de su propia muerte puede exprimir todos los jugos de su existencia, hasta el extremo de poder afirmar que no hay aceptación de la vida sin aceptación de la muerte, siendo dos caras de una misma realidad, máscaras de una misma vida que, bajo las apariencias de los individuos que se suceden, se perpetúa.

El tiempo del hombre que toma en serio su propia muerte, o que se enfrenta a ella cara a cara, se transforma en un *eterno presente*; fuera de las dimensiones de pasado y futuro. Este presente sin sentido, éste que rasga y corroe, éste que no tiene entrada ni salida, y que conforme pasan los minutos no se convierte en futuro, sino en más de lo mismo oscuro del mundo y de la vida. Jacob Wassermann, diría: "Sólo aquel que ha conocido el *presente*, sabe realmente lo que es el infierno".



\*\*\*

A estas alturas, el sueño apacible de Roberto amenaza con saltar en esquirlas de luz negra ante la evidente realidad del asunto: haga lo que haga (o deje de hacer), da igual: ya no existe salida. Dejando filosofías existencialistas atrás, el mismo diagnóstico médico sobre la enfermedad es más cruda y real que cualquier sentencia absurda: el alcoholismo es una enfermedad mortal por sus consecuencias.

No hace falta decir que a Roberto se le confunden fácilmente los tiempos, nombres, ideas, experiencias, alucinaciones, y en general cualquier asunto existencial. También se le dificulta contar cómo es que se vio impulsado (o qué lo arrojó) a concebir un último rayo de esperanza bajo un sueño MOR absoluto. El caso es que, una brizna de fe, ese último vestigio de sobre-vivencia, la pobre conciencia (ahora sumamente disminuida); o tal vez el aliento a punto de ceder y dejar su sitio para siempre en el pulmón, así como la paralítica voluntad que aún le sobra, tratan de hundirse más allá de la sub-capa cerebral donde, Roberto cree, la memoria filma y almacena los hechos de su vida.

Las técnicas modernas de rastreo cerebral, a partir del fMRI, pueden no sólo realizar análisis de tipo lineal operadas con unidades de píxel (de capacidad definitoria plana), sino que ahora pueden ofrecer un plano del cerebro tridimensional con unidades de definición llamados voxel<sup>21</sup>. Es así, que en un acto de instinto relampagueante, uno de estos voxeles penetra la parte interna de su cerebro; columbra por los pasillos y los rincones; sube, baja, se curva y extrapola, tratando de hallar en uno de esos cajones de la mente, algún indicio de esperanza: algo que no conozca Roberto, algo que se le pasó por alto. En suma, el voxel busca en áreas azules no tocadas antes, eso que algunos llaman *coincidencia del caos*, y otros simplemente *milagro*.

Pero ¿existen los milagros? Esta interrogante lleva a la memoria de Roberto hacia la casa de Bolk, donde éste, después de finalizar con Salomón y hacer una síntesis del pasaje de los Jueces, habría dicho —no sin cierta emoción prendida a las sienes: “Esto que ves aquí, trata de un hecho milagroso en la vida de un hombre ¿No te parece así?”.

Roberto había guardado silencio por un largo instante. Luego, embotado hasta el cansancio por el vino ingerido, había preguntado “¿Usted cree que existan los milagros?”. Bolk se levanta, toma de nuevo la Torah judía, junto con otro libro, y contesta. “A lo mejor no. Sin embargo ¿no es una ironía que la idea de la iluminación espiritual (lo que está fuera de todo control de las leyes naturales) tenga su origen en las estructuras límbicas antepuestas a las emociones en lugar de generarse en la parte pensante y racional del cerebro, que tanto presume en su capacidad de discernir lo verdadero de lo falso?. Tal vez cuando digo “milagro” no me refiero a hechos sobrenaturales como abrir el Mar Rojo o la multiplicación de peces y panes, sino a algo más sencillo; situaciones mucho más simples, como por ejemplo la experiencia de muchos hombres para quienes la vida ya no tenía sentido y de pronto ésta adquirió uno de proporciones inimaginables. Mira, en este libro William James narra muchas de esas historias<sup>22</sup>. El mayor milagro que le puede suceder a cualquier hombre es no *ser* sino *convertirse*”.

En una fracción de segundo Roberto mira cómo un voxel azul da vuelta en sentido contrario hacia el sitio donde proviene una emisión baja de voz. Allí se detiene, amplía y fulgura: trata de reproducir un fragmento de charla que Roberto parece haber olvidado por completo en la casa de Bolk. Debido a la acción oxidante del vino en la sangre, y porque ha caído totalmente en la indiferencia, y su mente ya sólo piensa en cómo

<sup>21</sup> Señal en forma de rectángulo sólido y tridimensional que contribuye en la resolución intensa de una imagen.

<sup>22</sup> Se refiere a *Variedades de la experiencia religiosa*.

conseguir más alcohol cuando se pare de aquí —y quede sin los beneficios del Carver Sutro— Roberto apenas si percibe esa vocecita... Lejos, muy lejos de él.

El voxel se inclina y reproduce la voz que parece ser del mismo Roberto diciendo: “¿Pero que significa *mostrar la entrada* en ese pasaje? La voz va subiendo poco a poco de nivel. Cuando alcanza los decibeles que el voxel requiere para transmitir a Roberto, se oye más claramente la respuesta de Bolk:

«*Muéstranos la entrada* posee una larga cadena de significados, raíces, derivaciones, inflexiones... Te he traducido la historia del hombre anónimo al español a la manera de la versión Reina Valera más o menos moderna, pero veo —ahora me doy cuenta— que esta traducción es muy apretada a estas alturas. Voy a ser más profundo. No importa que ya el vino te haya adormecido, sé que algún día recordarás esta lección. Quiero dar ahora el sentido etimológico y semántico exacto (y adecuado) que merece el pasaje. Desgraciadamente, en el español a que se ha traducido en la mayoría de las versiones bíblicas, se ha perdido mucho del contenido fiel de algunos pasajes. Sé que podríamos dejar la translación como está, pero no es fiel a la interrogante que ahora te cargas entre pecho y espalda; a tu condición insufrible, a la necesidad espiritual que veo en ti. Así es que vamos a ceñirnos a una interpretación de contenido más práctico.

¿Qué es lo que realmente escuchó el anónimo aquella noche de su posible muerte? ¿Qué quisieron decirle los espías con la palabra *mostrar*? En español esta palabra se usa para designar una decena de situaciones que no son exactamente iguales. Por ejemplo en Salmos 94:1, donde se lee: “Jehová, Dios de las venganzas, Dios de las venganzas, muéstrate.” Este *muéstrate*, es la palabra hebrea *yafá*, que más bien quiere decir *resplandecer o favorecer* a alguien. Así es que podríamos leer el final de este versículo como: ‘Dios de las venganzas, resplandece’.

Luego, en Isaías 5:5 dice: “Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado, y será consumida; aportillaré su cerca, y será hollada.” La palabra utilizada aquí es *yadá: asegurar al ver*. Por lo que debemos leer: ‘Me aseguraré que vean’.

Existen otras acepciones para la palabra *mostrar*. Éxodo 10:1 dice: ‘Jehová dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón; porque yo he endurecido su corazón, y el corazón de sus siervos, para *mostrar* entre ellos estas mis señales’. La palabra hebrea utilizada ahí es *shiít*, que más bien denota *ejecutar* una acción; la NIV traduce “para *realizar* entre ellos mis señales milagrosas”. Lo mismo ocurre en 2 Crónicas 16:9, ‘Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para *mostrar* su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él’. Aquí, la palabra utilizada es *kjzazac*, que equivale a ser *fuertemente apoyado*. La NVI traduce que Jehová ‘*está listo* para ayudar’.

Curiosamente, la palabra *muéstranos* de nuestro pasaje de Jueces, se quedó como tal, incluso en la NVI. En realidad la palabra utilizada allí es muy diferente a la traducida por *muéstranos*. Tal vez se dejó así por el sentido concreto de la historia, y porque simplemente no se le quiso tomar como una metáfora implícita de la misericordia de Dios para ese hombre. O, porque había que explicar muchas cosas análogas si se escribía el sentido exacto de la palabra.

*raá* רָאָה , es la palabra y posee varios significados, casi todos como una acción interna de la persona: “rogar, entender, elegir, estimar, examinar, considerar, buscar, descubrir, discernir”, son sólo algunas de estas connotaciones. Aquí mostrar tiene un sentido más vasto que el sólo señalar con el dedo el sitio donde se halla una puerta para entrar. Pero ¿qué quisieron entonces decir en realidad los espías al hombre anónimo? “¿*Considera* la entrada? ¿*Descubre* el umbral? ¿*Discierne* el sitio posible por el que se pueda dar un paso a tu interior? ¿*Busca* el portón que conduce a un lugar distinto al que te hallas hoy?”

El pasaje se vuelve aún más interesante. Otra palabra hebrea del texto, da un significado mayúsculo a la primera. Si la palabra mostrar no es tan estricta para denotar una acción de ‘mira, corre, ve y dile’, la palabra entrada tampoco lo es. En Éxodo 35:15 se halla una palabra para entrada: éste es el vocablo *petaki*, que significa, ciertamente, *puerta de entrada, camino*: ‘El altar del incienso con sus varas, el aceite de la unción y el incienso aromático, la cortina para la puerta a la *entrada* del santuario’. El lugar, la entrada, físicamente se hallan allí, sin necesidad de tratar de hallarle metáfora alguna.

No sucede lo mismo con la historia que nos ocupa. Aquí, la palabra hebrea utilizada para entrada es *rabó*, רָבוֹא que refiere a un lugar o acto, y tiene que ver con algo menos concreto e inmóvil: *ocaso* o *crepúsculo*, el *oriente*, también, *orilla* o *pasadizo*.

Tal vez, el más extraordinario de estos significados es el de la raíz implícita en la palabra ciudad, en hebreo *r ó ar* (si es plural). Tiene su origen en la palabra *ur* עִיר la cual posee un significado desusado a la vez que asombroso: (*estar*) *desnudo, descubrir* – mediante la idea de abrir bien los ojos, *levantar, suscitar, mover* y, por fin, *despertar*.

¿Cómo cambia la intención del pasaje con esta (más al pie de la letra) traducción que ahora se presenta? ¿Es una simple señalización del acceso ciudadano lo que solicitan los espías al anónimo? ¿El cuadro total (ciudad-hombre-espías) justifica una acción como la que se da este día a las afueras de Bethel? ¿O es simplemente una historia de redención que prefigura otras compasiones y misericordias para otros hombres en un lugar y tiempos distintos?

Muy al fondo del sueño de Roberto y sus reminiscencias de aquella plática con Bolk, lo que entonces su mente hace es tratar de traducir ese pasaje (disuadido por la sin-esperanza en la que vive), no ya como un simple y concreto: ‘Muéstranos la entrada...’, sino, a cambio de ello —y como una muestra histórica de la misericordia dada a quien no la merece—, como: “*Considera, examina, reconoce* tu estado actual (el *crepúsculo* acelerado de tu vida), y *levántate, despierta* (en el sentido espiritual más amplio); y haremos entonces nuestra parte: *haremos contigo misericordia...*’

¿No parece algo más bella esta interpretación que la otra?”

\*\*\*

Hubiera sido imposible para Roberto recordar toda esta retahíla de significados y significantes que Bolk le dejó caer aquella tarde en su casa de Mandinga, si no fuera por lo abismal de este sueño. Imposibilidad a su vez impulsada por un deseo fuera de tiempo, en el que un voxel sirve como anzuelo para ir al fondo de la memoria y de ahí extraer un último y desesperado intento por librarse de la muerte inminente. Todavía en el sopor, castigadas las quijadas por la parálisis del momento, y cocida la lengua y el paladar por los efectos corrosivos del alcohol, Roberto sacude la cabeza y trata de volver a la vigilia total. En ese sacudir, la sangre se agolpa contra las paredes del cerebro y provoca un vahído que amenaza con postrarlo de nuevo. Luces, como pequeños cometas fugaces, se pasean por la bóveda de la retina. Esas mismas tiras luminosas parecen acomodarse en la córnea de Roberto y transmitirle a ese *él mismo*, al *yo remanente*, al espíritu todavía vivo, un resumen escalonado de todo este embrollo; deducciones de un alma desesperanzada:

- ❑ ¿No se parece esta *tu* vida a punto del desperdicio (este ser demolido por los efectos del alcohol), a la pobre Bethel a punto de ser pasada a espada por los ejércitos de Efraín y Manasés?
- ❑ Aquella ciudad antes se llamó Luz y, por simbolismo, habitaba en luz. En un proceso gradual transitó por todos los matices del gris hasta convertirse en oscura y, precisamente por eso, dejó de llamarse Luz. ¿Reflejo de tu existencia o un simple coincidir absurdo?
- ❑ ¿No es XYZ un ejemplo *ad hoc*, una copia al carbón, de la existencia de Roberto: alguien que trata de salir de lo oscuro de su ciudad, sólo para caer en manos de quienes lo van a ejecutar?
- ❑ ¿Por qué huye XYZ de aquella ciudad? ¿No es porque afuera busca una última oportunidad que ya él mismo se ha negado dentro de ella? El hombre anónimo apuesta a no morir como un perro tirado en su cuartucho a las orillas del río; prefiere probar con el ejército enemigo, con el desierto candente, con la muerte por asfixia: entre estas opciones culebrea un delgado hilo de luz llamado “suerte”, pero también “esperanza”.
- ❑ ¿No es el peso de la filosa espada similar a la gravedad que ahora ejerce sobre su alma esta compulsión por el alcohol? El filo del acero étílico es el juez que dicta sentencia: la muerte inevitable.
- ❑ Pero ¿existe algo innombrable fuera de este destino marcado? Tal vez un acontecer ilógico, un acto inverosímil, un sentimiento compasivo, como el sucedido aquella noche de muerte a XYZ ¿Es sensato pensar en un guardia con tales sentimientos y palabras tan sensibles como absurdas a la vez que discordantes?
- ❑ ¿Puede Roberto, en todo caso, aspirar a un acto misericordioso como el ofrecido al hombre anónimo? Y, si así es, ¿puede él cumplir con el único requisito exigido al hombre sin nombre?
- ❑ Y ¿es esta exigencia una acción personal de mirar hacia adentro, más que hacer méritos a través de un hecho concreto? ¿Significa ese “muéstranos la entrada”

—como lo ha expuesto Bolk— un llamado a la reflexión, al análisis, al reconocimiento personal? ¿Qué otra opción tenía XYZ? Y sin embargo, ¿cómo se nombra, en palabras de ejecución, a este estado crepuscular de la persona? ¿Tiene que ver con la completa impotencia, con la dependencia total de alguien más... Acaso tiene que ver todo esto con eso que se llama humildad?

Impotencia, dependencia, humildad, era de lo que colgaba la vida del anónimo antes de decidirse a abrir la puerta de su corazón.

Pero ¿por qué Roberto, dado a la desilusión total, haría una lista como la de arriba? Él mismo no se sabe contestar. Y como no se sabe contestar ni a él ni lo que sobra de él, vuelve al empotrado de madera donde halla su botella de *güin*, difiere la respuesta y, entre hilos de luz ensartados al pensamiento, se dice que, tal vez ingenuamente, aguarda por un milagro. ¿Puede darse uno en la vida de Roberto?

Por alguna razón azarosa, esta idea del milagro se traba en la madeja de un recuerdo que tiene que ver con una famosa historia de Borges titulada *El jardín de los senderos que se bifurcan*. La historia viene a la mente de Roberto porque ésta tiene que ver con lo milagroso, si se considera que un milagro es un hecho no contenido en el contexto de las leyes físicas; o tal vez, sí se halle contemplado, pero aún no se ha dado cuenta de ello científicamente. Esta historia, y la moderna teoría de los Tiempos Imaginarios, están íntimamente relacionadas. O, no sabe Roberto si el cuento de Borges le viene a la mente por el puro efecto coagulante del alcohol sobre su cuerpo, o la rara sensación de cuerpo medio paralizado y, en medio de todo esto, sentir a la vez que no está enfermo de nada. Porque lo más sensible, lo que más se capta con las áreas receptoras del cerebro, es este punto oscuro en el que las cosas todas pueden darse en un instante de tiempo, y ésta precisamente está destinada a otorgársele a él.

En la narración mencionada, un hombre llamado Yu Tsun afirma: “Todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora... Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra, en el mar, y todo lo que realmente pasa, me pasa a mí”.

Este pesar de Yu Tsun por el destino propio, va a ser deshojado por otro hombre: el Dr. Stephen Albert.

Lo que atrae la atención de Roberto en la lectura, es esta afirmación de Albert: “En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras”. ¿Qué sucede con las demás otras opciones que no hemos elegido, y, en todo caso, qué efectos causaron en la propia vida y la de otros, las opciones que sí elegimos?

Para no forzar la mente a un máximo que ya ni siquiera soporta, Roberto vuelve a la historia del anónimo. Un solo hecho en la historia hubiera cambiado el destino de su vida: si Moisés hubiera fracasado en liberar a los judíos del imperio egipcio, no hubiera habido jefes de tribus, y por tanto ni Manases ni Efraín estuvieran al mando de Josué, ni hubiera habido conquista de Canaán, y por tanto los ejércitos judíos no habrían pensado en sitiar Bethel, ni puesto espías, ni visto salir hombre alguno de la ciudad... ni nada.

Dentro de estas posibilidades debidas a la actividad o pasividad de un solo hombre, se suman las que ocurren en la bifurcación de cada caso: ¿Qué tal si el faraón se empeña en mejor muerto que dejar ir a los hebreos, o si Josué decide ser pacifista y no formar cabezas de guerra, o simplemente el día que eligió a sus guerreros, deja fuera a Manases y Efraín porque realmente no les pertenecía herencia por ser hijos de madres egipcias, o si a la hora de elegir éstos a sus espías, en vez de nombrar a uno lleno de misericordia, llamado ‘A’, enrolan a otro llamado ‘N’, conocido por cruel y sanguinario?

O más de cerca —viendo con lupa destinos más concretos y menos ensartados a esa madeja de posibilidades— ¿qué tal si a la familia de XYZ no se le ocurre correrlo de la casa días antes, y el hombre sigue allí y en ese lugar entra el ejército y lo pasa a espada

como el resto de los habitantes? ¿O si el anónimo en vez de “jugársela” se mete un tiro en la cabeza y termina con tanto dolor, y ahí acaba todo y nadie escribe un libro acerca de él, y todo es mejor así? A cambio de esto, se teje *una historia*, esta historia que parece menos posible que las otras, menos real, poco creíble, al punto de milagrosa, y que tiene a “ese hombre” a punto de recibir una nueva oportunidad en su vida. ¿Existe ese tipo de tejidos históricos en la vida de otros hombres?

En el cuento de Borges se opta, simultáneamente por todas las opciones (el lector haga su cuenta en la historia del hombre anónimo.) Se crean así, diversos porvenires, diversos tiempos que también proliferan y se bifurcan, por ejemplo: un hombre **A** llama a la puerta de otro **B** y decide matarlo. ¿Cuántas posibilidades existen en el punto de bifurcación para este hecho? *Primera*: **A** mata a **B**; *segunda*: **B** mata a **A**; *tercera* **A** y **B** se aniquilan mutuamente; *cuarta*: **A** y **B** sobreviven.

En un jardín de senderos que se bifurcan ocurren todas las opciones, en la vida de Roberto sólo puede ocurrir una y se encuentra llamando a la puerta.

...

Todo este enredo del *Jardín de los senderos que se bifurcan* se incrusta en la mente de Roberto. Esta fija y detallada. Imagina su propio jardín: un largo andador lleno de botellas rotas y desmanes y restos de naufragio. Al final, el jardín ha agotado sus ramificaciones; por más variantes que se le busquen, sólo existe un punto ciego: el sitio donde se halla Roberto detenido ahora.

«Feynman. Richard Feynman.» Por ahí debe andar ese libro de Ramoneda acerca de la teoría del tiempo-múltiple. Roberto trata de hacer memoria: Con un universo bajo el principio de incertidumbre: “Un lance de dados que se hiciera con la intención de ver qué pasará a continuación de dicho lance, no tiene una historia, como se podría esperar, sino que debe tener todas las historias posibles, cada una de ellas con su propia probabilidad”<sup>23</sup> Roberto hace un esfuerzo aún más ocioso que el anterior: Hawking y Hartle escriben: “Resulta que en un modelo matemático en que intervenga un tiempo imaginario se pueden predecir efectos que aún no hemos podido observar, pero en los cuales creemos por algunos otros motivos. Por lo tanto, ¿qué es lo real y qué lo imaginario? ¿Está la diferencia sólo en nuestras mentes?” Y también: “Incluso, si la condición de contorno del universo es la ausencia de contornos, el universo no sólo tendría una historia, sino múltiples. En tiempo imaginario, a cada posible superficie cerrada le correspondería una historia, y cada historia en el tiempo imaginario determinaría una historia con el tiempo real. Habría pues, una súper abundancia de historias para el universo. ¿Qué selecciona, de entre todos los universos posibles, el universo particular en que vivimos?”<sup>24</sup>

Finalmente,<sup>25</sup> el principio antrópico, en términos aproximados, afirma que vemos el universo tal como es, al menos en parte, porque existimos(j). Esta perspectiva es diametralmente opuesta al sueño de una teoría unificada, totalmente predictiva, en la que las leyes de la naturaleza son completas y el mundo es como es porque no puede ser de otra manera...

---

<sup>23</sup> Stephen Hawking, *El universo en una cáscara de nuez*, Ed. Crítica Planeta, 2001.

<sup>24</sup> Idem

<sup>25</sup> El cuaderno de Roberto está lleno de anotaciones como éstas; se trasladan aquí sólo las de reflexión más acorde con el tema.



Pero ¿se haya el tiempo de lado de Roberto o el mismo tiempo lo comienza ya a traicionar volviéndose su peor enemigo? Todo esto parece un juego de ajedrez en el que el jugador no puede cometer un error sin encontrar un adversario despierto, pronto para aprovecharse de la situación y derrotarlo: ese enemigo es para él el alcohol. El juego de la vida de Roberto —cada movimiento por muy calculado que sea— está gobernado por sus peores momentos y no por los mejores. Mediante su capacidad de tomar decisiones, puede producir a su alrededor una zona local de organización de un mundo cuya tendencia general es la contraria a lo deseado. Este es el sentido pernicioso al que lleva el alcoholismo.

El alcohol es una especie de diablo maniqueo, un opositor como cualquier otro que está obligado a ganar y que utilizará cualquier engaño o simulación para triunfar. En particular, mantendrá en secreto su método de confusión; si pareciera que Roberto está a punto de descubrir su juego, ese demonio lo cambiará para seguir manteniéndolo en la oscuridad. Por otro lado, la misma adicción al alcohol parecerá mostrar un rostro benevolente. Siendo la medida de nuestra propia debilidad, requerirá de todas nuestras fuerzas para descubrirlo, pero cuando lo hayamos conseguido, ello equivaldrá a exorcizarlo y no cambiará sus métodos en materia ya decidida con la simple intención de engañarnos más. En su primera representación, el alcohol juega una partida de póquer contra nosotros, y recurrirá con gusto al *bluff* para no sólo tratar de hacernos ganar con el engaño, sino además impedir un triunfo de la otra parte, basándose en el supuesto de que no hemos de mentir. En un segundo plano, nos dejará triunfar absolutamente sobre él mientras deja que, en el proceso de celebración, la confusión aumente y el orden disminuya. Tal vez, en cuanto al sentido, este diablo no está muy lejos del Mefistófeles de Fausto, quien cuando le pregunta, responde: “Soy parte de esa fuerza que siempre busca el mal y hace el bien”.

¿Habrá, pues, no sólo una historia demoledora para Roberto, sino la opción de una más agradable y piadosa? Ya no sólo es un gene en el diminuto universo de su cuerpo, sino ahora la sentencia teórica de un mundo que es así porque no puede ser de otra manera; o su oponente, que predica que porque existimos es que concebimos al mundo tal como es.

¿Juega Dios a los dados con la vida de Roberto, o tiene para él un plan bien definido, (otra historia, otro tiempo) que incluyen la salvación de su cabeza?

...

Roberto hace cuentas de su propia historia. ¿Por qué ha llegado a él este sonido cuyas cuerdas emulan la palabra *miser cordia*? ¿Por qué a sus manos precisamente? ¿Qué si aquel galeón español del siglo XVI no se hunde frente a las costas de Veracruz, y lo hace mejor frente a alguna de las Guyanas? ¿Qué si el judío poseedor de aquella Torah no decide viajar, y si lo decide prefiere dejar en casa el santo libro y no cargar con él en ese viaje? ¿Y si el Cámara y el Guacho de crudos no se hubieran levantado ese día y fuera otro desconocido quien halla la caja? ¿Cuál fue el efecto químico exacto de la podredumbre para acabar con todas las páginas de la Torah, excepto aquella que contiene la historia del anónimo? ¿Hubiera sabido Roberto acerca de este pasaje si Bolk

en vez de venir al puerto jala para Vilnius, y Roberto se desanima, y va y vende caja y hoja en un bazar del centro, o arroja aquella única hoja al bote de basura? ¿O si el yerno de Bolk se enamora de las pampas argentinas y dice “no, yo qué voy a hacer a México”, y decide establecerse de por vida en un buen barrio de Buenos Aires, y entonces no hay quien traduzca, y no hay entonces por qué interesarse en nada, y no se enciende esa luz de esperanza en Roberto y mejor se da un tiro de Rivotril-Zoloft con aguardiente?

El caso es que, arrugada y sucia, aquella hoja relampaguea en los ojos de Roberto. A pesar del tiempo y del espacio y de las múltiples historias que pudieron haberse zurcido sobre la tela del universo, aquella palabra subrayada con lápiz fluorescente sigue siendo el único y último asidero de Roberto: “misericordia, haré contigo misericordia”.

Aquella tarde de junio, Roberto durmió, otra vez, profundamente. En su cuaderno hizo varias anotaciones, algunas de ellas ilegibles y totalmente desordenadas; otras, en forma de cláusulas que se hilan torcidas a lo largo de las páginas y luego dan vuelta y parecen regresar al punto en donde comenzaron. De una de esas arañas de tinta, cuelga una línea hecha con bolígrafo negro: “Un momento crucial de nuestras vidas tuvo lugar cuando buscábamos la humildad como algo que realmente deseábamos y no como algo que estábamos obligados a hacer”. En el anverso de esta anotación —después de cruzar zonas de escritura cancelada, bifurcaciones hacia contextos anidados y notas al pie de página—, se halla este otro párrafo a la vez luminoso y desafiante. “En donde antiguamente la humildad había significado el amargo alimento para reconocer los errores, comienza ahora a significar el ingrediente nutritivo que puede darnos la serenidad”.

Y luego, ya con líneas aún más enmarañadas y dispersas, pero escritas a tinta azul con pluma fuente, esta otra cita que parece ser la penúltima en las páginas de su cuaderno:

*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos... Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos nos dio vida juntamente con Cristo.*



Sólo Roberto sabe qué pasó con su vida; es decir, cómo es que de pronto ésta se vio completamente transformada. Se sospecha que en un solo momento de iluminación repentina, su mente y espíritu realizaron aquellos tres sencillos elementos que Bolk le había sugerido, y que en el pasaje de su hoja arrugada y sucia se lee como: “Muéstranos la entrada de la ciudad...” —en otras palabras: “Discierne tu estado espiritual, y despierta...”. Nadie sabe cómo esto pudo suceder en la vida de Roberto. Nadie entiende si ésta es una experiencia en particular, única, sólo valedera para alguien como él. Más aun, se desconoce qué sucedió al fondo de aquella mente: si los genes que determinan el *esto vas a ser*, se *convirtieron* e *invirtieron* la determinación que pre-cargaban; o si la obsesión compulsiva por tomar alcohol era sólo una suerte de programa mal elaborado en el tejido celular, y de pronto ésta se re-programó; o si acaso no era todo aquello pura irresponsabilidad y culpa de él —o fue a fin de cuentas uno de esos despertares que ocurren uno entre un millón, y a Roberto le tocó, por aquello de las espadas gruesas y brillantes y soldados cumplidores de su deber, porque le tenía que tocar a él y no a otro.

O tal vez (¿por qué no?), fue un acto de fe al que tuvo acceso Roberto. Al fin y al cabo esos episodios espirituales no son extraños en la historia de los hombres. La de Roberto parece ser una que ha descubierto simultáneamente la libertad personal y el tiempo continuo: una historia que existe como tal, como historia, no como repetición. Y por lo cual, se da oportunidad a enfrentar la realidad de la propia existencia, a la vez que se ofrece una alternativa fuera de cualquier círculo vicioso. Es un tipo de fe sencillo que equilibra dos polos opuestos del intelecto humano: el sentido de que para Dios todo es posible, y de que, por lo tanto, el hombre ya no enfrenta la imposibilidad de manera aislada y desvalida. Esta fe equipara al hombre para la conquista, por un lado, de la libertad (que le concede autonomía en un universo regido por leyes, o en otros términos, la inauguración de un modo de ser nuevo y único en el universo), y por otro lado, certeza de que las tragedias históricas y personales tienen un significado trans-histórico; incluso cuando esa significación no sea evidente para otros.

Pero, bueno. Nadie sabe. Lo que se sabe está escrito en este cuaderno que, ya se ha dicho, es una verdadera maraña de signos y trazos al punto del jeroglífico. Se conoce sí, que Roberto ya no traía dentro de él esas revoluciones, que como aspas de molino cortante, subyugaban su mente y partían su cuerpo. Por propio testimonio, perdido entre líneas entrecruzadas de tinta azul y negra, se sabe que Roberto alcanzó eso que los entendidos en cosas del espíritu llaman “La paz que sobrepasa todo entendimiento...”. Al respecto, Roberto hizo la siguiente anotación: “Existe tal cosa como «la paz con Dios. Se puede sentir y se puede saber. Esta paz con Dios es una sensación tranquila e inteligente de amistad con el Señor del cielo y de la tierra. Quien la tiene, siente como si no existiera una barrera una separación entre él mismo y su Creador. Siente que está bajo la mirada del Señor quien todo lo ve, y sin embargo no tener miedo. Puede creer que este ser que todo lo ve, lo contempla y aún así no está disgustado. Este hombre puede ver a la muerte esperándolo y, aún así, no se preocupa. Puede ahogarse en un río frío, cerrar sus ojos ante todo lo que tiene en la tierra, lanzarse a un mundo desconocido, establecerse en la silenciosa tumba, y sin embargo, tener paz. Yo no conozco alegría

alguna que se pueda comparar con la que esta paz proporciona. Un mar calmado después de una tempestad; un cielo azul después de una nube negra de tormenta; salud después de una enfermedad; luz después de la oscuridad. Sin embargo, ninguna de ellas puede dar más que una tenue idea del bienestar que gozan aquellos que han sido llevados al estado de paz con Dios”.

Inmediatamente después de esta nota, y sin al parecer conexión alguna con ella, Roberto tiró una línea (la última) torcida y terminada con una punta desviada en que simplemente se lee:

“Y se fue aquel hombre a tierra de los heteos...”

---

Hasta aquí, las anotaciones de Roberto, hechas en un grueso cuaderno Five Stars de espiral reforzada. La labor de hacer legible estas páginas no fue nada fácil, básicamente porque, como ya se ha comentado, la escritura es densa y torcida: aquí y allá aparecen fragmentos de diario, pensamientos explosivos, citas de poetas y notas de carácter técnico y científico, aparte, claro de las ideas vertidas por el propio Roberto.

Tratar de ordenar cronológicamente los hechos, fue otro reto: no existen en los apuntes de Roberto fechas o referencias al tiempo, salvo tal vez, en tres o cuatro de las páginas. Por otro lado, se trató de trasladar los textos de la forma más fiel posible; si guardan o no-coherencia es cosa que el lector debe juzgar. Se dará cuenta, sin embargo, que la escritura no pretende otra cosa que ser el eje del sentimiento de un poeta alcohólico, sin más ambición que revelarse a sí mismo en el cuaderno a través de una serie de *flashbacks* explosivos. Así es como el mismo Roberto lo pone desde el principio: “Un juego pirotécnico que sube a las constelaciones; un corazón hecho cohete que revienta en la espesura de la noche y deja ver guirnaldas incandescentes. Cada uno de esos botones de fósforo (dispersos en la vaguedad infinita del negro cielo), son como las imágenes aquí escritas. El sabor de la pólvora, de los labios de quien enciende, es similar al aroma que ha dejado en mí este ejercicio de la mente”.

El tratar de ordenar, para luego publicar todo este inventario mental, es pura y única responsabilidad de los editores.

Por otro lado, el destino de Roberto parece cierto. Después de la conversión, revelación súbita, despertar espiritual, epifanía, o como el lector quiera entender lo sucedido a él, Roberto ha seguido adelante. El camino ha sido sumamente rudo. El “irse a tierra de los heteos”<sup>26</sup> fue apenas el inicio de la reconstrucción; le esperan largas jornadas de aprendizaje en las que la honestidad, el auto-respeto y la humildad van a jugar un papel muy importante.

¿Por qué al recibir Roberto esta opción de misericordia y serle perdonada la vida, no se le ha librado al mismo tiempo de las ganas inmensas que a veces le vienen de irse a beber, y volver a

---

<sup>26</sup> Una tierra que, según la Biblia, fluye leche y miel.

su vida antigua? Que Roberto no sea restaurado, sanado, rediseñado, “al instante” en que se le dice “en este momento eres libre de la esclavitud del alcohol”, no quiere decir que no lo vaya a ser: sólo que, como la mayoría parecidos a él, va a requerir de un largo proceso de restauración, a veces, durante toda la vida. ¿Y qué de raro tiene esto desde un punto puramente espiritual?.

Contra lo que se cree, no basta que el alcohólico deje de beber o cambie su manera de comportarse: si lo único que ha conseguido es intoxicarse un poco menos, o lo hace ya sólo de vez en cuando, el problema sigue siendo el mismo. Mientras no abandone totalmente la sustancia de la que depende, no puede haber esperanzas reales de cambio. Pero tampoco es suficiente el que deje de beber.

Dejar de ingerir alcohol, ciertamente trae signos alentadores. Existen muchos que han dejado la bebida por diez, veinte y hasta treinta años o más. Sin embargo, cualquiera puede dejar de beber; no todos tienen un despertar espiritual. Este despertar se materializa, básicamente, en conductas y actitudes fundadas en actos de honestidad y respeto, primero con uno mismo, y luego hacia los demás. Las “borracheras secas” (es decir, sin ingerir alcohol) son el resultado opuesto a ese estado de espiritualidad. Aquí, el alcohólico sin alcohol se muestra con los mismos síntomas emocionales y mentales que cuando ingería alcohol: ansiedad, ira, enojo, impaciencia, resentimiento, baja auto-estima. En pocas palabras, su espiritualidad continúa siendo cero, su proyecto de vida sigue siendo nulo, sus ideas y pensamientos fluyen en forma autónoma. A fin de cuentas, con ese carácter opresivo, sigue destruyendo su vida y la de los demás.

Hace falta auto-conocimiento: el revelar y exponer a la clara luz del día los conflictos que condujeron a las intoxicaciones no hace que las dificultades desaparezcan. Cada persona tiene que descubrirlas por sí misma en su interior, identificarlas y darles una jerarquía que le permita luchar con ellas una a una. Si antes del período de abuso del alcohol o de las drogas existían problemas personales e interpersonales, éstos crecieron, se magnificaron. Si no existían, aparecieron y sirvieron de justificación o excusa para seguir intoxicándose. En cualquiera de las dos situaciones, tienen que ser expuestos, enfrenarlos y oponerles las armas adecuadas. El problema central parece ser, no el alcohol, sino como apunta Jung, una profunda falta de espiritualidad. Al paso del tiempo, el conflicto básico se enredó con otros problemas y más conflictos, convirtiendo a la persona adicta en una maraña de complicaciones que parecen no tener pies ni cabeza. La omnipotencia, los resentimientos, la ansiedad excesiva, la confusión de los sentimientos, la poca tolerancia a la frustración, el falso orgullo, la desconfianza, la inseguridad, la capacidad para evadir los problemas, son sólo algunas de las caras de quien, aun cuando ha dejado de beber, no ha alcanzado madurez. Ésta, es una enfermedad profunda, que requiere de un carpintero hábil y capaz, para restaurar cada pieza de ese espíritu maltratado.

Dice Twerski que la restauración del alcohólico es una serie de retos constantes. Podemos invertir una gran cantidad de esfuerzo en superar una dificultad, pero apenas habremos empezado a relajarnos, nos encontramos frente a otra, y así sucesivamente hasta el infinito. Los alcohólicos en recuperación creen que esto es inusual. Si descubren que son incapaces de pasar un largo rato sin que su paz se vea alterada, se sienten separados e injustamente atormentados. Pero si vuelven al consumo de alcohol, se hallarán con una serie intolerable de problemas con los que deben lidiar. Según él, nadie más podría estar sujeto a tan terribles tribulaciones.

Otra vez, al “irse a tierra de los heteos”, Roberto dio un primer paso hacia su nueva vida, no el final. El pasaje de los Jueces termina de una forma realmente hermosa. En primer lugar, nos cuenta cuál fue el destino de ese hombre que minutos antes no se contaba ya como vivo: “Y edificó una ciudad”. Tal vez el hombre ya era improductivo, sin imaginación, totalmente cegado a propósitos específicos en la vida. Ahora, se le da la oportunidad, no sólo de salvarse, de irse, de

ese círculo vicioso que le oprime y conduce a una muerte inexorable, sino de crear ahora un destino diferente: utilizar sus capacidades técnicas, artísticas: toda su imaginación, sentimientos y pasión, para levantar una nueva ciudad. La ciudad no gris, no tenebrosa. Una vida cuyo resplandor se opone con fuerza a los oscuros embates de esa otra vida que lo trasladaba a una muerte lenta y dolorosa.

Pero otra vez: éste es sólo el inicio. A Roberto le esperan una serie de dificultades propias de la matemática existencial: si empleó 25 años de su vida en la bebida del alcohol, no se puede imaginar una inmediata recuperación. Una ciudad no se edifica en un día: requiere de tiempo, planeación y, sobre todo, el saber sortear las dificultades que inevitablemente se presentan en su proyección y puesta a punto.

Una de estas dificultades será para Roberto el aislamiento momentáneo. Por mucho tiempo su círculo de amigos y conocidos, lo formaron aquellos que bebían con él, comían con él y, en fin, pasaban la mayor parte del tiempo con él. Ellos eran sus camaradas, gente a quien confiaba algunos de sus secretos y proyectos, a los que pedía prestado dinero o simplemente fantaseaba. Ahora, esta cofradía tiende (por necesidades obvias), si no a desaparecer totalmente, sí a hacerse cada vez menos necesaria —y el vínculo se va adelgazar hasta desaparecer completamente, por lo menos en cuanto a actividades éticas se suponen. Roberto se halla entonces solo. Tal vez todavía con algunas personas que lo estiman y aman, pero privado de aquella compañía que era su engranaje cotidiano. Este es un choque existencial tremendo. Roberto tendrá que adaptarse a esta nueva modalidad. En esta adaptación diaria, continúa, habrá de librar una lucha interna de considerables proporciones.

Poco se toma en cuenta la inmadurez con la que el alcohólico arriba a su restauración, pero ésta es otra variante en la problemática tarea de edificar una nueva vida. Roberto pasó 25 años de su vida bebiendo, y no maduró; es decir, no creció como persona que resuelve y enfrenta los problemas de la vida diaria con serenidad, inteligencia y mesura. Durante los años que bebió, el alcohol fue un elemento auxiliar idóneo en la toma de casi todas las decisiones importantes de su vida, así como la solución al dolor cuando fue dañado mental y espiritualmente: en una palabra, Roberto trató de evitar el dolor emocional de cualquier tipo. Ahora, se halla sin el vital líquido y tiene que enfrentar cada problema sin él. Si ahora, alguien lo llega a lastimar emocionalmente, Roberto tendrá que ejercitarse con otro tipo de herramienta para salir bien librado del embate. Si tiene que enfrentar algún acto que le provoque pena, angustia, culpabilidad, ya no debe recurrir a un trago de alcohol para sedar ese dolor que en él se presenta violentamente agudo. Tendrá que echar mano del nuevo instrumental con que su mente va siendo llenada: elementos espirituales simples que sustituyen su antiguo esquema de vida por uno nuevo y poderoso.

Otro elemento con el que Roberto tendrá que lidiar, es el tiempo. ¿Cuánto de éste gastaba últimamente en beber o buscar medios para acceder a la bebida? Roberto invertía casi todo su tiempo en estos quehaceres. La casi totalidad de su energía mental y corporal estaba ocupada en resolver el problema de abastecimiento de alcohol; se ocupaba en la búsqueda de los del *Tendedero*, en “platicar” con ellos, en dormir bajo los efectos del alcohol, despertar, y volverse a ocupar en el asunto prioritario: la obtención de más droga.

Ahora que ha dejado de beber, ese tiempo tiene que ser ocupada en algo útil. No es fácil la tarea. Se trata de un desacomodo en el que todos los sentidos deben cooperar. La mente y el espíritu, por otro lado, deben acostumbrarse a estar solos y tratar de llenar ese largo espacio de tiempo.

¿Con qué? Un buen plan de restauración debe llenar esos huecos con actividades de todo tipo, desde la reintegración a su trabajo, los ejercicios deportivos, la diversión familiar, hasta la parte más íntima del individuo que tiene que ver con su dedicación diaria a un devocional familiar. Éste último parece ser el corazón de arranque para todo lo demás que rodea el tiempo vacío de Roberto.

¿En qué punto se halla ahora la vida de Roberto? Nadie lo sabe. Se adivina una lucha feroz frente a un destino señalado. Es decir: Roberto tiene ya el objetivo de construir una ciudad, de levantar una nueva vida, de restaurar las ruinas de ésta que fue demolida por el alcohol, pero, delante de este proyecto luminoso, se halla un reto mayúsculo representado por algunas de las dificultades arriba señaladas.

Una de las lecciones más hermosas aprendidas junto a Bolk, fue aquella en la que éste, citando los evangelios, decía a Roberto: “No te preocupes de lo que habrá mañana, que habrás de beber o de comer... Mira los lirios del campo que no trabajan ni hilan, y te digo que ni aún Salomón en sus tiempos de gloria, se vistió como uno de ellos...”. Entonces Bolk sale al borde de la colina y le señala, allá abajo, la planicie sembrada de pequeños tulipanes blancos, rojos y amarillos. En aquel momento no entendió nada de ese “No te preocupes por el día de mañana...”. Hoy, éste parece ser el secreto de esa marcha atribulada hacia la edificación de una nueva vida.

A lo largo de esta marcha que recién inicia, Roberto no deja de asombrarse de la breve historia que lo llevó a escribir en este cuaderno. Sobre todo, la actitud del hombre anónimo, quien en un instante relampagueante, nítido, lleno de pasión y lucidez, decide que esta nueva ciudad que le ha sido encomendado construir, será terminada. Y llevará un nombre. Y ese nombre será Luz. No importa que aquella otra, ahora en ruinas, la llamada Bethel, haya poseído ese nombre, perdiéndolo a causa de su proclividad al mal. No importa el pasado. No se echa el vino nuevo en odres viejos, ni remiendo en manto raído. Los Jueces, simplemente añaden que el hombre “edificó una ciudad” a la que [cuando hubo terminado] le dio el nombre, la llamó, Luz.



De vez en cuando me encuentro a Roberto. A veces camina, otras entra aquí y sale por allá; casi siempre con su mochila negra repleta de libros. Otras, lo veo descansando en la playa del Muerto, en Boca del Río. Como esta tarde, en que se encuentra leyendo, apoltronado en una silla de bejuco, vestido con una camisa azul y *jeans* deslavados del mismo color y con las rodillas raídas. Se le mira tranquilo, con rostro apacible. Disfruta de esta página marina que viene y va con un cedazo de espuma, y pega y salpica su cara y le hace dormir y soñar. Cuenta Roberto que bajo esos sueños, toma la pluma y dibuja un ojo enfebrecido y un corazón lleno de una paz que, no sabe por qué otra vez y otra vez, sobrepasa todo su entendimiento.

Cuando me ve llegar, sonrío y deja a un lado el libro que lee para saludarme. Habla de muchas cosas y me cuenta de sus sueños; en especial de uno que ha tenido la noche anterior. Se soñó a sí mismo entre la tripulación del conquistador Juan de Grijalva; la nave hacía su entrada por la línea del golfo hacia la boca del río Jamapa. Desde allí, vio cómo los del *Tendedero* lo saludaban, ondeando banderas de colores con gran energía. Pudo reconocer muchos de los rostros que estaban en la orilla, y pudo también, por primera vez en muchos años, escuchar que lo llamaban con euforia por su nombre: las letras de este nombre se mezclaban con un aire azul y cristalino. Se pudo dar cuenta que estaba vivo, y también (de alguna forma conmovedora) que los del *Tendedero* agitaban sus estandartes en señal de alegría porque él estaba vivo.

Cuando despertó del sueño, se sintió a sí mismo amado.

Está Roberto a punto de terminar de contar su sueño, cuando del libro que lee escapa una hoja. El papel vuela entre sal y aire, se moja de azul. Me apresuro a recogerla, pero ésta, rejega, dobla en dirección contraria a mí, yéndose a estampar en el tronco de un árbol mulato.

¡Roberto, se te está deshojando tu libro! —Grita un voz anónima salida de un manto de luz entre las espumas.

Por fin me hago de la hoja. La página suelta no es otra que aquella hojita mugrosa y arrugada que colgara de una de las vigas en el cuarto de Roberto, y que tiene la palabra *misericordia* subrayada con lápiz fluorescente. En el anverso de esta hoja, entre amarillo y sepia, se halla ahora escrito un breve poema al que, antes de devolver a Roberto, echo una rápida ojeada:

*Mientras con la pluma encañono  
la sien de otro poema  
un ángel me releva del cansancio  
y nombra con su espada  
guardián del infinito...*

—¡Roberto, Roberto —vuelve a gritar la voz—, no dejes ir la hojita!

—No, no voy a dejar que la hojita se pierda —contesta emocionado.

Me pide la hoja. Toma la pluma y —como para dar a entender quién es el autor del poema y que la hojita va a permanecer con él para siempre— firma a tinta negra el escrito. Levanta la pluma unos treinta centímetros de la hoja, y deja caer con vigor la punta de la pluma.

«Punto final»

Una luz límpida transparenta el reverso de la página, dejando ver la firma del poeta.  
Roberto. Roberto Blaga.

Éste, es su nombre hasta ahora.